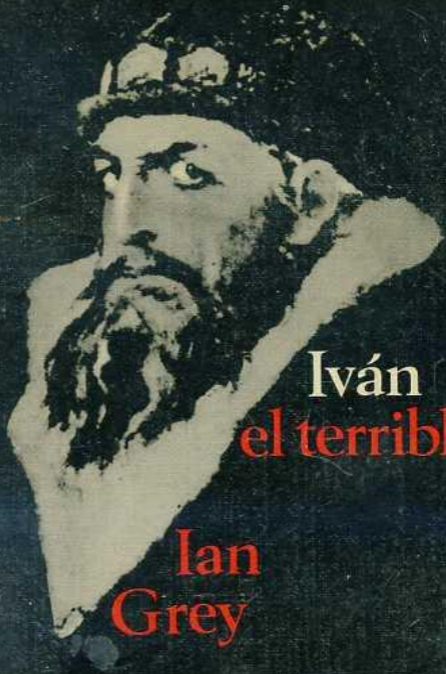


IVAN EL TERRIBLE

Ian Grey



Iván  
el terrible

Ian  
Grey

# Annotation

Biografía del zar ruso Iván IV llamado Iván el Terrible.

---

- [IVÁN EL TERRIBLE](#)
  - [Ian Grey](#)
  - [ÍNDICE](#)
  - [Prólogo](#)
  - [Capítulo primero: Origen y crecimiento de Moscú](#)
  - [Capítulo segundo: Iván III, 1462-1505](#)
  - [Capítulo tercero: Nace Iván Vasilievich, 1530](#)
  - [Capítulo cuarto: Período de](#)

- regencia de Elena, 1533-1538
- Capítulo quinto: El poder en manos de los boyardos, 1538-1548
- Capítulo sexto: Los terrores de la niñez
- Capítulo séptimo: Zar por la gracia de Dios
- Capítulo octavo: Coronación, matrimonio y los incendios de Moscú, 1547
- Capítulo noveno: El consejo electo, 1547-1549
- Capítulo diez: Primeras reformas, 1549-1551
- Capítulo once: La conquista de Kazan, 1551-1552
- Capítulo doce: La traición,

1553

- Capítulo trece: Las reformas, Astracán y los tártaros, 1554-1560
- Capítulo catorce: En marcha hacia Occidente, 1553-1564
- Capítulo quince: Comienza la época de terror, 1560-1564
- Capítulo dieciséis: La deserción de Kurbsky, 1564
- Capítulo diecisiete: La Oprichnina, 1565
- Capítulo dieciocho: El terror continúa, 1565-1572
- Capítulo diecinueve: La guerra con Livonia y el incendio de Moscú, 1565-1572

- Capítulo veinte: El testamento de Iván, 1572
- Capítulo veintiuno: Stefan Batory y el final de la guerra de Livonia, 1576-1582
- Capítulo veintidós: Los últimos años, 1581-1583
- Capítulo veintitrés: Muerte de Iván, 1584

- notes

- 
- 
- 
- 
- 
- 
- 
- 
-









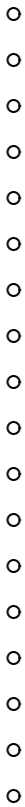






























# **IVÁN EL TERRIBLE**

# Ian Grey

Título del original inglés, Iván the terrible

Traducción, Rosa Tolosa Cubierta, Izquierdo

Círculo de Lectores, S.A. Lepanto, 350, 5.º Barcelona Agosto 1969

Edición no abreviada

© Ian Grey, 1964

© Ediciones Grijalbo, SA., 1966



# ÍNDICE

Capítulo primero Origen y crecimiento de Moscú

Capítulo segundo Iván III, 1462-1505

Capítulo tercero Nace Iván Vasilievich, 1530

Capítulo cuarto Período de regencia de Elena, 1533-1538

Capítulo quinto El poder en manos de los boyardos, 1538-1548

Capítulo sexto Los terrores de la niñez

Capítulo séptimo Zar por la gracia de Dios

Capítulo octavo Coronación,

matrimonio y los incendios de Moscú,  
1547

Capítulo noveno El consejo electo,  
1547-1549

Capítulo diez Primeras reformas,  
1549-1551

Capítulo once La conquista de  
Kazan, 1551-1552

Capítulo doce La traición, 1553

Capítulo trece Las reformas,  
Astracán y los tártaros, 1554-1560

Capítulo catorce En marcha hacia  
Occidente, 1553-1564

Capítulo quince Comienza la época  
de terror, 1560-1564

Capítulo dieciséis La deserción de  
Kurbsky, 1564

Capítulo diecisiete La Oprichnina,

1565

Capítulo dieciocho El terror continúa, 1565-1572

Capítulo diecinueve La guerra con Livonia y el incendio de Moscú, 1565-1572

Capítulo veinte El testamento de Iván, 1572

Capítulo veintiuno Stefan Batory y el final de la guerra de Livonia, 1576-1582

Capítulo veintidós Los últimos años, 1581-1583

Capítulo veintitrés Muerte de Iván, 1584

# Prólogo

Iván el Terrible es el zar ruso cuyo nombre ha sido objeto de mayor divulgación. Este personaje ha ejercido una siniestra fascinación a través de la historia, aunque sin dejar de ser una figura nebulosa contemplada a través de violencias y gran crueldad, ha mayoría de los historiadores, como Karamzin a principios del siglo XIX, le han considerado un cruel tirano, pervertido por el poder. Sin embargo, en la Unión Soviética ha sido reconocido como un gran zar y, posteriormente, considerado héroe nacional, tal como nos lo demuestra el notable film de Eisenstein.

Iván será siempre motivo de controversia, como ya lo fue en su tiempo. Era un carácter extraordinariamente complejo y no aceptaba términos medios ni en su conducta ni en sus palabras. Tenía una personalidad viva y poderosa, e inspiró apasionadas leyendas y polémicas. Su vida fue trágica. Desde su más tierna infancia, y a lo largo de toda su vida, el miedo, las calamidades y las tragedias personales le agobiaron. Todas estas desgracias, en la mayoría de los hombres habrían causado la perdición.

El miedo, la traición y la desesperación le convirtieron en un hombre desconfiado al que costaba poco encolerizarse; los castigos que infligía a

los demás eran los normales en aquellos tiempos. Es evidente que su comportamiento da muestras de muchos síntomas de un maníaco depresivo; su preocupación por el pecado, su ansiedad obsesiva en cuanto a su dinastía y sus reacciones poco humanas le llevaron muy cerca de la locura en ciertos momentos de su vida. Vero, al mismo tiempo, era un hombre capaz de sentir afecto y, en ocasiones, era amable y generoso, así como tolerante, y en todos los casos fue siempre un soberano práctico y responsable en lo referente a los intereses del imperio.

Iván fue uno de los zares más representativos y sobresalientes de Rusia. Hombre dominante, de gran

inteligencia y habilidad, era un gobernante por naturaleza, y por ser el primer zar coronado con este título en Rusia, exigía la lealtad y devoción de todo su pueblo, para el cual él representaba el centro y epítome de la nación.

Iván estableció su poder absoluto en Rusia y convirtió la nación en una unidad, cuando en la inquieta Europa del siglo XVI los estados centralizados giraban enteramente alrededor de sus monarcas. Puede decirse que el acontecimiento que convirtió a Rusia en nación fue la conquista de los kanatos de Kazan y Astracán, hechos que hicieron exaltar la imaginación de todos los rusos. También fue Iván quien estableció

los fundamentos del futuro imperio ruso, abriendo el camino a la colonización hacia el este. Luchó en occidente para conseguir un acceso al Báltico y para que Rusia tuviera su parte en el comercio y libre intercambio con el resto de Europa. Además, su reinado transcurría en unos momentos en que se creaba la maquinaria del gobierno centralizado y son muy notables las importantes reformas que llevó a cabo, tanto políticas como administrativas y eclesiásticas.

Sus súbditos le llamaron Grozny, que en ruso significa «el temido», es decir el zar «que ha de ser temido», en el mismo sentido en que Dios debe ser temido. La palabra Grozny puede que al



ser aplicada a Iván incluyera también la idea de groza, tormenta, porque su temperamento era ciertamente tormentoso. Pero la palabra «temido» refleja mejor la actitud de sus súbditos, que quedó bien definida por el inglés Anthony Jenkinson, quien escribió: «... creo que en toda la Cristiandad no hay príncipe que sea más temido por sus vasallos, ni tampoco más amado». El abuelo de Iván, Iván III, en algunas épocas de su reinado también fue conocido con el apodo de Grozny, porque al igual que su nieto era un gobernante fuerte, pero los historiadores se refieren a él más a menudo con el sobrenombre de «el Grande».

Sin embargo, no se debe a un

simple error de traducción el que la palabra Grozny haya sido aplicada como «El Terrible». Este sobrenombre deriva también de la reputación de Iván en el extranjero durante su reinado, reputación que ha quedado adherida a su figura a través de la historia, y que se debe principalmente a los informes y polémicas de sus enemigos, en particular del príncipe Andrei Kurbsky, cuyas calumnias, más que ningunas otras, han oscurecido la figura de Iván y contribuido a desmerecer su importancia como gran gobernante de toda la nación.

A fin de cuentas, me he encontrado con un Iván mucho menos terrible de como la leyenda lo presenta. Esto no significa, sin embargo, que las

crueldades perpetradas durante su reinado no sean ciertas ni tuvieran la importancia que se les ha dado. Pero también es importante tener en cuenta que los hechos deben ser juzgados tomando como referencia las costumbres de la época. La inflexibilidad de Felipe II de España y las barbaridades de la Inquisición y de las tropas españolas en los Países Bajos, así como la masacre del Día de San Bartolomé en Francia y la crueldad de los ejércitos alemanes, suecos y polacos, todo ello formaba parte de la época en que vivió Iván. Eran tiempos crueles, y la conducta de este zar y de su gente no era peor que la de sus contemporáneos. Al escribir este ensayo con frecuencia me he visto

sorprendido por la semejanza de Iván con sus paralelos contemporáneos. Refiriéndose a Stalin, dijo Krushchev el 10 de marzo de 1963 que «era una persona muy enferma, que sufría de manía persecutoria». Esto se podría aplicar también a Iván en alguna: etapas de su existencia. Vero aparte de las ejecuciones y persecuciones, se pueden encontrar otros paralelos entre la Moscovia del siglo XVI y la Rusia Soviética del siglo XX, los cuales causarían impresión en todos los que están interesados por el pueblo ruso y por su historia. Los Oprichniki, los esfuerzos por conseguir abrirse paso hacia Occidente, hacia el sur y hacia el este para asegurar las fronteras de la

nación, la colonización de las tierras vírgenes y otros hechos del reinado de Iván parecen a veces simplemente los primeros pasos de los acontecimientos llevados a cabo en el siglo XX. Esto no deja de ser una prueba de la continuidad que es esencial en la historia de Rusia, continuidad que a menudo pasa inadvertida.

Las principales fuentes de información que he utilizado se encontrarán detalladas en la bibliografía. También he incluido notas respecto a todos los capítulos, dando referencias respecto a citas y comentarios explicativos en los casos en que me pareció necesario. Doy las gracias a los grandes historiadores

Karamzin, Solovyev y Kyluchevsk, en quienes me he basado en todo momento al escribir este libro. Ha tenido para mí un valor inestimable la excelente traducción de míster J. L. I. Fennel de la correspondencia entre Iván y el príncipe Andrei Kurbsky, ya que la sintaxis y el vocabulario del siglo XVI hace necesario en muchas ocasiones que sean interpretados por un especialista. También he utilizado en todo cuanto me ha sido posible las investigaciones de los historiadores soviéticos, en los casos en que disponía de las mismas, ya que aquéllos han efectuado nuevos estudios en este campo con resultados muy interesantes. En especial las monografías de A. A. Zimin me han sido

de gran ayuda.

Doy las gracias a muchos amigos míos que han colaborado en muchos momentos de mi trabajo, especialmente al conde Alexei Bobrinskoy, que leyó mi original detenidamente e hizo comentarios muy valiosos. También estoy y estaré en deuda con mi esposa por su paciencia y colaboración.

# Capítulo primero: Origen y crecimiento de Moscú

Uno de los capítulos más fascinantes de la historia de Rusia es el espectacular crecimiento de Moscú, que, de simple ciudad sin importancia, pasó a convertirse en la capital política y eclesiástica de la nación, venerada por los rusos y cantada en su tradicional poesía popular.

La vasta región que más tarde iba a unirse bajo el cetro de Moscú, comprendía una extensa llanura cubierta



en gran parte por bosques y cruzada por grandes ríos y sus afluentes. Abedules, plátanos y robles se entremezclaban con las coníferas, formando una espesura tan densa que en algunos puntos apenas podía penetrarse. Habitaban estos bosques, lobos, alces, osos y toros salvajes, junto con martas cebellinas, zorros, castores, ardillas y otros animales de estimada piel. La ocupación más lucrativa de sus gentes era la caza; las pieles constituían el principal artículo de comercio. Los ríos rebosaban de peces. En las proximidades de Moscú, el suelo era arenoso y no muy productivo, pero más hacia el sur, donde el arbolado se hacía menos denso, la tierra era muy fértil, y

en las regiones de Chernigov y Riazán, el trigo crecía tan espeso y alto que los caballos apenas podían atravesar los campos.

En este país de climas tan extremados, el triunfal estallido de vida durante la primavera y el verano ofrecía una compensación al terrible frío que las gentes tenían que soportar durante el invierno. Aunque la comida no escaseaba por existir abundante caza y pesca, así como también era abundante la miel y gran variedad de bayas, y la madera para la construcción y para poder calentarse en invierno se conseguía con facilidad, la vida para los habitantes de aquellos lugares transcurría de forma dura y precaria. Su

existencia era una lucha cruel contra el hambre y las calamidades. Las guerras entre los príncipes rivales, los saqueos de los tártaros y otros enemigos y los propios azotes de la naturaleza, tales como incendios forestales, inundaciones y pestes, contribuían a ello. Todas estas dificultades y calamidades obligaron a las gentes a desarrollar su ingenio y su poder de resistencia para sobrevivir. Y no solamente sobrevivieron, sino que lograron colonizar grandes extensiones en Asia y consiguieron mantener una continuidad como nación durante los duros años que siguieron.

Moscú había comenzado a crecer en el siglo XIII, después de la invasión de los mogoles. La ciudad ocupaba una

situación geográfica privilegiada entre el alto Volga y el Oka, pues se levantaba en el mismo centro del sistema fluvial, lo cual facilitaba a sus habitantes el transporte y las comunicaciones por toda la llanura euroasiática. Esta situación en el interior del país proporcionaba a Moscú una mayor seguridad contra los ataques de los tártaros y de otros enemigos, y la ciudad servía de refugio a gentes de todas las categorías, procedentes de los principados vecinos, que contribuían a aumentar su prosperidad y poderío.

Moscú fue también afortunada con sus príncipes. Estos no nos llegan desde la oscura lejanía de la historia como individualidades aisladas, sino que, en

general, parece que todos fueron muy buenos administradores de sus dominios, perseverantes, poco escrupulosos y con una gran astucia para acumular riquezas. Las tierras las adquirirían por medio de tratados o bien comprándolas; sólo empleaban la fuerza como último recurso. En un tiempo inferior a un siglo las 500 millas cuadradas que constituían el suelo del principado se convirtieron en 15 000.

Los príncipes de Moscú fueron ayudados por dos importantes aliados en esta ambiciosa expansión de sus dominios: la llamada Horda de Oro y la Iglesia ortodoxa. La invasión mogólica del siglo XIII, el último gran movimiento occidental de los nómadas

eurasiáticos y uno de los acontecimientos más estremecedores y funestos de la historia, azotó a los rusos con toda su ferocidad. Los mogoles quemaban ciudades y pueblos hasta arrasarlos por completo, matando a la mayor parte de sus habitantes y llevándose con ellos a los jóvenes para venderlos como esclavos. La horda mogólica arrasó grandes extensiones en Polonia, Lituania, Hungría y Croacia; luego, súbitamente, retrocedió. Los mogoles no reanudaron sus conquistas hacia el interior del oeste europeo, pero ejercieron su soberanía sobre Rusia durante- doscientos años, desde Sarai, en el bajo Volga, que se convirtió en la capital del kanato de Kipchak, que

significa Horda de Oro.

Hasta el siglo siguiente los rusos no pudieron sobreponerse al terror de la invasión, ni se recuperaron de la destrucción y la devastación que habían paralizado la vida nacional. Sin embargo, ya a principios del siglo, los príncipes de Moscú habían obtenido del kan que les reconociera como grandes príncipes por encima de los demás príncipes rusos, convirtiéndose en intermediarios entre éstos y la Horda. Iván I (1328-1341), a quien se dio el sobrenombre de Kalita, también tomó el título de Gran Príncipe de Vladimir, que había sido el principado de mayor importancia después de la caída de Kiev. Este príncipe estaba encargado de

la recaudación y entrega de los tributos que los demás principados debían satisfacer al kan; y tanto Iván I como sus sucesores hicieron buen uso de toda la autoridad posible para poder aumentar su propio poderío.

También la ayuda de la Iglesia ortodoxa constituyó un factor importante en el crecimiento de Moscú. Durante la invasión de los mogoles la Iglesia había sufrido mucho, pero se recuperó con rapidez y durante el gobierno de los tártaros alcanzó una situación floreciente. Los kanes fueron tolerantes con las otras religiones, y durante algún tiempo mostraron una inclinación tan fuerte hacia el Cristianismo que Roma había alimentado esperanzas de verles



convertidos. Sin embargo, aún después de haber adoptado la religión islámica, los kanes siguieron prestando sus favores a la Iglesia ortodoxa, y bajo su protección ésta prosperó, los campesinos se sintieron atraídos por sus tierras y sus monasterios e iglesias se multiplicaron. Cada pueblo tenía su iglesia, construida con troncos de árboles, y las redondas cúpulas que se perfilaban en el horizonte señalaban los límites de la colonización moscovita.

Con el permiso del kan, Iván Kalita había trasladado la sede del Metropolitano, cabeza de la Iglesia ortodoxa en Rusia, desde Vladimir a Moscú, con lo que esta ciudad se convirtió en la capital eclesiástica de

Rusia. Además, el patriarca metropolitano Pedro, venerado por su santidad, fue enterrado en Moscú en cumplimiento de sus deseos y su tumba convirtiéndose en santuario nacional.

Cuando el país se hallaba bajo el yugo de los tártaros, la Iglesia había ayudado mucho al pueblo y alimentado su sentido de la unidad y sus esperanzas de echar a la dominación infiel. Posteriormente, los Metropolitanos ofrecieron y prestaron su ayuda a los Grandes Príncipes de Moscú para unir a todos los rusos ortodoxos bajo su mandato, y de este modo asegurar así su independencia. Moscú, que en el siglo XIV era ya la capital eclesiástica de Rusia, iba convirtiéndose rápidamente

en su capital política.

La expansión del poder moscovita fue acompañada por el resurgimiento económico de la nación. Después de la invasión mogólica la economía del país había decaído, la importancia del comercio disminuyó y las tierras fueron abandonadas. Asimismo, la población de las ciudades se redujo de tal forma, con las únicas excepciones de Moscú y Novgorod, que la mayoría de ellas quedaron reducidas a poco más que centros locales de administración.

La guerra fue la causa principal de esta depresión general. A los ataques mogólicos siguieron cuarenta y cinco guerras entre tártaros y moscovitas, durante el período de dominación de

aquéllos. A esto hay que añadir los constantes saqueos de que era objeto el país por parte de los invasores. Además, durante estos dos siglos los rusos sostuvieron un mínimo de cuarenta y una guerras contra los lituanos, treinta guerras contra las Ordenes germánicas del Báltico, y unas cuarenta y cuatro contra suecos, búlgaros y otros enemigos. Y las rivalidades entre los mismos principados de la Gran Rusia eran tan fuertes que, a pesar de los muchos enemigos extranjeros comunes, los moscovitas sostuvieron por lo menos noventa guerras civiles entre 1228 y 1462

La peste, que es siempre compañera de la guerra, fue la causa del gran descenso que sufrió la población del país, ya escasamente colonizado. Se sabe que las epidemias de Smolensko y Kiev en el siglo XIII mataban las gentes a millares. Solamente en el período comprendido entre 1348 y 1448 se cuentan veinte epidemias que causaron innumerables muertes, y la plaga que azotó Novgorod entre 1390 y 1400 se cree que causó la muerte a 80 000 personas

[\[2\]](#).

Durante el siglo XV Rusia fue resurgiendo gradualmente de este período negro de su historia. A medida

que declinaba el poderío de los tártaros el comercio cobraba vida y los comerciantes rusos se abrían camino nuevamente en los mercados del mar Negro y del Caspio. Las industrias reanudaron sus actividades. Las antiguas ciudades resurgían y se establecieron ciudades nuevas, algunas de ellas especialmente dedicadas al comercio y a la industria. En el siglo siguiente el número de ciudades iba a pasar de 160 a 280.

Quizá la prueba más significativa de la mayor confianza del pueblo y del mismo resurgir de la nación fue el aumento de población. No hay cifras exactas a este respecto y los cálculos que existen sobre la población de

Moscovia hacia finales del siglo XV varían entre dos millones cien mil habitantes a nueve o diez millones

[3]. Sin embargo, los registros de las propiedades y otros documentos de orden interior nos indican que hacia la mitad del siglo XVI la región central estaba mucho más poblada que un siglo antes. Richard Chancellor, el navegante inglés que llegó a Moscovia en 1553, quedó impresionado por la gran colonización que observó. Según sus manifestaciones, las tierras entre Yaroslav y Moscú «estaban llenas de pequeños pueblos, tan densamente poblados que maravillaba verlos»

Tanto el engrandecimiento de Moscú como la unión política de la Gran Rusia sacaron sus fuerzas de la ayuda del pueblo. Después de décadas penosas los rusos deseaban la estabilidad y la seguridad que podía proporcionarles un Estado fuerte y centralizado, bajo el gobierno de los capacitados príncipes de Moscú. Especialmente los campesinos ansiaban paz y seguridad. Tenían cargas muy duras que soportar, cultivaban la tierra, trabajaban en las industrias existentes en las casas de campo durante los largos y fríos inviernos, servían en las tropas de su señor en las continuas luchas y además eran los más perjudicados por



las incursiones de los tártaros, que arrasaban sus tierras, destruían los pueblos y se llevaban a sus mujeres. A pesar de todo, los campesinos disfrutaban de algunos derechos, así como de libertad, especialmente tenían libertad para establecerse donde quisieran. Vivían en pueblos y caseríos, trabajando de una manera conjunta, patriarcal, e incluso más adelante formando comunas territoriales. Existía la llamada «tierra negra», una vasta llanura todavía no asignada a un determinado propietario y que a pesar de pertenecer a los dominios del gran príncipe, éste no hacía uso de ella de una forma directa. En esta extensión de terreno, que disminuía de día en día, los

campesinos podían trabajar y vender los productos que conseguían como si ellos mismos fueran los propietarios. A pesar de estas ventajas, sin embargo, las familias abandonaban las tierras negras por su propia voluntad para establecerse en fincas privadas. Muchos campesinos se sentían tentados por las exenciones de impuestos y otras ventajas que les ofrecían los grandes terratenientes, ansiosos de cultivar sus propiedades, pero la mayor parte de los que se marchaban lo hacían impulsados por sus deseos de encontrar mayor seguridad.

Durante este período los campesinos que trabajaban en fincas particulares pudieron disfrutar de considerable independencia. La mayor

parte de los propietarios les cedían las tierras para que éstos las trabajaran por su cuenta, y en compensación prestaran algunos servicios al propietario, o bien pagaban una cantidad en dinero o en especies, en concepto de arrendamiento. Mientras cumplieran sus compromisos con el propietario, podían ejercer virtualmente los derechos de dueños de la tierra. Los campesinos también eran libres para marcharse de las tierras de sus señores, a pesar de que ya en el siglo XV aparecieron las primeras restricciones para el ejercicio de este derecho. La mano de obra era un elemento demasiado importante en las grandes extensiones de Moscovia, muy poco pobladas, para poder permitir a

los campesinos ir y venir libremente según su voluntad, y durante los dos siglos que siguieron, éstos fueron convirtiéndose gradualmente en algo atado por completo a la tierra y a sus dueños, apareciendo la funesta institución de la servidumbre.

A diferencia de los campesinos, que vieron con buenos ojos la formación del poder moscovita, la mayoría de las familias principescas se resintieron amargamente de lo que consideraban su nueva servidumbre al gran príncipe de Moscú. Los príncipes que prestaban servicio al Estado constituían una clase más bien numerosa y procedían de familias que en sus dominios ejercían un gobierno independiente. Muchas de

estas familias habían visto disminuida su riqueza principalmente por el hecho de tener que entregar principados independientes a los hijos de cada generación, y hacia el siglo XV muchos principados habían quedado reducidos a propiedades pequeñas y los hijos de estas familias se veían obligados a entrar al servicio del gobierno de Moscú.

Moscovia, sin embargo, escapó a este destino gracias a que, desde finales del siglo XIV, todos los grandes príncipes habían adoptado el sistema de asignar la parte más importante de sus posesiones al hijo mayor, y adoptando este mismo sistema, algunos otros principados lograron evitar la

fragmentación de las tierras. Una vez absorbidos por Moscovia, los príncipes se convertían en subordinados del gran príncipe, aunque en sus propios dominios continuaban ejerciendo la misma autoridad de siempre.

Los boyardos de la región de Kiev y posteriormente también los del noroeste de Rusia, habían disfrutado de rango y privilegios por tener una gran importancia militar y política para el gran príncipe. Cuando el gran príncipe llamaba a los boyardos, éstos, que le habían jurado fidelidad y servicio, se ponían al frente de sus hombres reclutados en sus mismas propiedades, para acudir en su ayuda, y en recompensa por sus servicios el gran

príncipe les regalaba tierras. De esta forma muchos boyardos se convirtieron en prósperos terratenientes. El hecho de ser terratenientes, sin embargo, no obligaba a los boyardos a servir al gran príncipe, pero sí obligaba a las clases medias que también prestaban servicio a la nación y a las clases más débiles que regentaban las tierras bajo la expresa condición de ayudar al gran príncipe. Y por esta razón y porque ello les proporcionaba mayor control sobre los terratenientes, los grandes príncipes de Moscú fueron poniendo progresivamente en práctica el sistema de conceder tierras exclusivamente bajo condición de servicio.

Al tomar el poder los grandes

príncipes habían sabido atraerse a su servicio a muchos de los mejores y más diestros boyardos del país, quienes les prestaron un servicio prolongado y fiel, y los que sin duda alguna contribuyeron en gran manera a la nueva y ventajosa situación de Moscú. Dmitri Donskoi había dicho de estos boyardos: «...yo creo que no se os debería llamar boyardos, sino príncipes de mi reino», y en su lecho de muerte recomendó a sus herederos que los trataran como a hermanos. Sin embargo, estas fraternales relaciones entre el gran príncipe y los boyardos no habían de prolongarse durante mucho tiempo.

En el siglo XV las familias boyardas más antiguas de Moscovia se



habían fundido con los príncipes al servicio de Moscú, y con los boyardos procedentes de principados que anteriormente habían sido independientes. De las 200 familias que prestaban servicio a Moscovia, hacia finales del siglo XVI, 150 habían entrado al servicio del gran príncipe solamente unos 100 años antes, y de las nuevas, la mayoría eran de procedencia principesca, lo que motivó que las familias boyardas moscovitas se sintieran desplazadas de su antigua y privilegiada situación de únicos consejeros de confianza del gran príncipe.

La mayoría de los boyardos y príncipes se lamentaban también de la

pérdida de su libertad, ya que antes de prestar servicio a Moscú cuando eran independientes, eran libres para ayudar al gran príncipe que prefirieran, de igual forma que los boyardos lo eran para servir al príncipe por ellos escogido. Pero con el nuevo estado de cosas, había solamente un gran príncipe, el de Moscovia, y únicamente podían servirlo a él. Algunos príncipes y boyardos habían jurado fidelidad a príncipes de Lituania, lo que muy pronto fue considerado como una traición a la nación.

El otro hecho que también constituyó motivo de descontento entre los boyardos fue la tendencia, cada vez mayor, del gran príncipe, a pedir

consejo a sus ayudantes de inferior categoría así como a las clases que regentaban las tierras con la obligación de servicio, y hasta a sirvientes de confianza y favoritos sin rango ni antigüedad. El Consejo Boyardo, al que habían pertenecido siempre los boyardos más importantes, había realizado valiosas funciones de tipo legislativo, administrativo y judicial, compartiendo las responsabilidades del gran príncipe, pero gradualmente se había visto reducido al ejercicio de funciones puramente consultivas y más tarde de simple fórmula. La mengua del poder y prestigio de este Consejo representó para los boyardos el símbolo del declive de su propia posición, que

ellos habían llegado a considerar les pertenecía por derecho hereditario. Durante el reinado de Iván, la restauración a este Consejo de sus antiguos poderes y responsabilidades había de convertirse en motivo de furiosas disputas. Sin embargo, a pesar de estos motivos de descontento por ambas partes, las rivalidades entre los mismos boyardos eran tan fuertes que no les permitieron llegar a conseguir una verdadera unión entre ellos

[\[5\]](#).

En el siglo XV los boyardos elaboraron un sistema jerárquico muy complicado, con la intención de proteger su posición. Este orden o sistema,

llamado mestnichestvo, señalaba de modo exacto el grado de preferencia entre las familias nobles y se aplicaba con toda rigurosidad. Los razryady o distribuciones de cargos se respetaban sin excepción alguna. Ningún príncipe ni boyardo hubiera aceptado un cargo de categoría inferior a otro concedido a alguien que estuviera por debajo de él. La aplicación de este sistema fue de efectos totalmente negativos, ya que la habilidad personal, la experiencia y la antigüedad en el servicio no tenían valor alguno. El único factor que se tenía en cuenta era la posición jerárquica de la familia y de sus componentes. Esto anulaba el poder del gran príncipe en un punto tan importante como era la

designación de hombres capacitados para ocupar cargos importantes. Ni el mismo gran príncipe podía prescindir del sistema, que, por otra parte, también daba origen a rivalidades entre las familias, aumentando la desunión de la clase aristocrática

[6]

Los boyardos fueron degenerando hasta convertirse en una clase ingobernable. Si se daba el caso de que el gran príncipe actuaba con debilidad, aprovechaban la situación para exigir privilegios y poder, cada familia haciendo todo lo posible para desbancar a las demás. Si una familia conseguía hacer valer su primacía y elevaba a

otras tras de sí, sus rivales conseguían pronto desplazarles. Los principales jefes militares y colaboradores del gobierno salían de las clases altas, o sea príncipes y boyardos, y en este punto tan importante para la nación, el gran príncipe dependía de ellos. Y esta cantera en la que se formaban los hombres que más tarde tendrían cargos importantes, se convirtió en una fuerza irresponsable y sin unidad. De todas formas, estos acontecimientos únicamente retrasaron, sin llegar a detenerlo, el crecimiento progresivo, incontenible, de Moscú, que a finales del siglo XV, bajo el reinado de Iván III, surgía con nuevo ímpetu.

# Capítulo segundo:

## Iván III, 1462-1505

Iván III, a quien en algunas ocasiones se llama el Grande, abuelo de Iván el Terrible, fue en muchas de sus características el prototipo de una larga serie de príncipes que transformaron el principado de Moscú. Su ambición era inmensa, pero también era grande su cautela. Al igual que una araña, iba tejiendo su red sistemáticamente desde Moscú, extendiéndola cada vez más, hasta que llegó a cubrir casi la totalidad de la vasta extensión de tierra de la que él mismo decía: «ha sido nuestro



patrimonio desde los tiempos remotos de nuestros primeros antepasados»

[7].

Su reinado, considerado de forma conjunta, pone de manifiesto una política forjada cuidadosamente y con deliberación, con la única intención de conseguir los objetivos perseguidos, cuya meta era la creación de una nación unida bajo el cetro del autócrata moscovita. Esta nación debía comprender no solamente la región del alto Volga, sino también todas las tierras ocupadas por los rusos ortodoxos.

Tanto las características del reinado de Iván como las crónicas de la época nos presentan a un hombre con un

gran dominio sobre sí mismo, dueño de su principado y de sus propios sistemas, que eran al mismo tiempo sencillos y complejos. Sin embargo, las nieblas de la historia apenas dejan entrever al hombre.

La única descripción de Iván III que ha llegado hasta nuestros días procede del viajero italiano Ambrogio Contarini, que estuvo en Moscú de paso para Persia, y quien nos indica que Iván «tendrá unos treinta y cinco años (tenía casi treinta y siete), es alto, delgado y bien parecido»

[8]. Se sabe que era también muy cargado de espaldas y en algunas crónicas se le señala con el apodo de

## Gorbaty, o sea el Jorobado

[9].

El embajador imperial Herberstein dice que Iván era tan desagradable con las mujeres que si alguna le encontraba por casualidad se desmayaba de terror

[10]. Entre sus súbditos inspiraba miedo y respeto. Los moscovitas deseaban ardientemente poder amar y venerar a un gran príncipe ya que de aquél dependía su suerte y hasta su misma vida, pero, a pesar de que Iván prestó grandes servicios a su país, su pueblo no le amó como más tarde amaría a su nieto Iván el Terrible. Las ruidosas demostraciones de duelo

popular que acompañaron a la tumba a tantos grandes príncipes, no tuvieron lugar a su muerte. El pueblo reaccionó silenciosamente ante la noticia. Hasta su propio hijo se rebeló en contra suya.

Contarini señala que Iván «tiene la costumbre de visitar todos sus dominios cada año»

[11]. Sin embargo, esta afirmación no es completamente exacta, pues Iván no era hombre a quien le gustara demasiado viajar. Prefería sentarse en su palacio del Kremlin y preparar y dirigir su política desde allí con toda tranquilidad. Su hijo político Esteban de Moldavia decía de él a menudo que «incrementaba sus dominios mientras

estaba en casa apaciblemente sentado o durmiendo»

[12]. Este comentario no está falto de malicia, pero sí es verdad que rara vez Iván se ponía al frente de sus ejércitos, prefiriendo confiarlos a sus generales. Consideraba que la guerra era un arma desagradable de la que debía hacerse uso únicamente cuando la diplomacia y los demás sistemas disponibles habían fallado. Las cualidades que le permitieron conseguir tantos triunfos durante su gobierno fueron su previsión, astucia, paciencia y una extraordinaria tenacidad, a falta de una gran inteligencia.

Cuando Iván III subió al trono en

1462 Rusia estaba aún dividida en feudos, y los extranjeros dominaban todavía en grandes extensiones de terreno. La región que comprendía el alto Volga y el Oka estaba ya bajo el cetro de Moscú, a excepción de algunos pequeños principados que conservaban todavía su independencia. Las repúblicas ciudadanas de Pskov y Novgorod tampoco perdieron su independencia. Novgorod dominaba todo el norte de Moscovia y su poder llegaba hasta las costas del mar Blanco. La Orden teutónica tenía bajo su poder las costas del Atlántico y los suecos dominaban Finlandia. La Rusia occidental, incluyendo la Rusia blanca y Ucrania o pequeña Rusia, formaban

parte de Lituania y Polonia. Las fértiles tierras del sur y del este las ocupaban los tártaros de los kanatos de Crimea y de Kazan, que impedían todos los intentos rusos para establecerse en ellas. La Horda de Oro llevaba por entonces una existencia muy precaria, pero, aunque sólo de modo nominal, consideraba a la Gran Rusia como vasallo suyo.

Así pues, Iván se encontró con un reino rodeado de enemigos, entre los cuales los tártaros eran el peligro más inminente. El poder y la autoridad de la Horda de Oro, ya muy menguados debido a disputas internas, quedaron debilitados de forma irreparable con la separación de los nuevos kanatos de

Crimea, que se formaron aproximadamente en 1420, y del de Kazan, establecido en 1438.

Los tártaros de Kazan estaban relativamente cerca de Moscú, y sus incursiones para saquear la ciudad se sucedían unas a otras. En 1469 Iván III emprendió una campaña en gran escala contra Kazan hasta que esta ciudad capituló. De cuando en cuando la inquietud reinante en Kazan había de producirle hondas preocupaciones, pero ya nunca más tuvo que hacer frente a desafíos peligrosos por parte de aquella región.

Los kanatos de la Horda de Oro y de Crimea estaban más alejados de Moscú, pero sus continuos y terribles



ataques constituían un peligro y costaban muchas vidas, siendo al mismo tiempo una carga para las defensas moscovitas. También eran un obstáculo para la necesaria continuidad del comercio. Y además siempre existía el peligro de que se unieran para atacar conjuntamente a Moscú. Afortunadamente para Iván, este último peligro no llegó a tomar cuerpo debido a la gran enemistad existente entre la Horda de Oro y el kanato de Crimea en los tiempos de su gobierno. La política de Iván consideraba como fundamental una alianza con Mengli Girei, el kan de Crimea.

La incorporación a Moscovia de los cuatro principados rusos todavía independientes no había de presentar

problemas, en comparación con la amenaza que representaban los enemigos del extranjero. El movimiento instintivo entre los componentes de la Gran Rusia, que había atraído a otros principados que se subordinaban al poder de Moscú, influenció a Tver, Rostov, Ryazán y Yaroslav. Ya en los comienzos del reinado de Iván su independencia era más o menos nominal y su anexión podía darse por segura llegado el momento oportuno. Esto no incluye, sin embargo, la república ciudadana de Pskov, que continuó disfrutando de autonomía hasta ser anexionada a Moscú durante el reinado de Vasily III, así como tampoco Novgorod.

Novgorod la Grande, a pesar de su

vasto territorio y de su prosperidad, era vulnerable. Dependía de Moscú y Lituania para su aprovisionamiento y la buena marcha de su comercio, y en tiempos de crisis se veía obligada a recabar ayuda militar de una u otra. Aunque los lazos que la unían con Lituania eran fuertes, en realidad dependía principalmente de Moscú. Sus gentes eran rusos de raza y cultura y su religión era la ortodoxa cristiana.

Durante muchos años Novgorod consiguió rechazar todos los intentos de Lituania y Moscovia para anexionarse la ciudad y su imperio, pero, cuando a pesar de todas las advertencias, persistieron en estrechar más sus relaciones con Lituania para

contrarrestar el poder, cada día mayor, de Moscú, Iván les declaró la guerra e infligió al ejército de Novgorod una gran derrota. Esto ocurría en el año 1471. Sin embargo, la república no fue anexionada a Moscú, sino que Iván se contentó con un régimen de independencia nominal bajo su severo control. Pero muy poco tiempo después los habitantes de Novgorod volvían a tener los ánimos revueltos y hacía presa en ellos una gran aversión hacia los moscovitas. Los ejércitos de Iván entraron de nuevo en acción y esta vez sí que, tal y como el mismo Iván anunciaba en forma exultante en un mensaje enviado a Moscú, había «sometido su patrimonio, Novgorod la Grande, a su

entera voluntad, y era allí tan soberano como en Moscú»

[\[13\]](#).

Desde que comenzó a reinar, Iván se había dado cuenta que el objetivo que perseguía hacía inevitable la guerra con Lituania, y los lituanos vivían bajo el constante temor de esta guerra. A la muerte de Casimiro en junio de 1492, a quien sucedió Alejandro como gran príncipe de Lituania, el miedo al poder moscovita les impulsó a proponer un nuevo tratado de paz con Moscú, y para confirmarlo sugirieron el matrimonio entre Alejandro y la hija de Iván, Elena, cuya propuesta fue bien acogida. Y como Moscú negociaba al lado de la

fuerza, pidió que se le reconociera el título de «Iván, por la gracia de Dios, soberano de toda Rusia y gran príncipe...»

[\[14\]](#).

Iván, aparte de ser muy puntilloso en asuntos de protocolo, como buen moscovita, daba importancia muy especial a este título en relación con su política. Los lituanos aceptaron el nuevo título y posteriormente, en 1494, concertaron un tratado confirmando la posesión por parte de Iván de la mayoría de las tierras de que se habían apoderado los moscovitas en sus campañas fronterizas.

Pero para Iván, tanto el tratado de

paz como el casamiento de su hija con Alejandro en el año 1495, no representaban más que un paso hacia adelante en sus proyectos. En la primavera del año 1500 declaró la guerra a Lituania y a los cuatro meses que siguieron a la declaración de guerra, había conseguido ya la mayoría de sus objetivos. Las campañas de verano de los años 1500 y 1501 fueron decepcionantes por no poder tomar Smolensko, que era el punto más importante de su estrategia política.

En el noroeste los moscovitas luchaban contra la Orden teutónica que había firmado una alianza con Alejandro a principios del año 1501. Los alemanes tuvieron una victoria inicial, pero en

noviembre de 1501 fueron vencidos por completo en Helmet, cerca de Dorpat. Las campañas de 1502 hacia el oeste tampoco proporcionaron a Iván el éxito deseado. Pero en marzo de 1503 concertó una tregua de seis años con Alejandro, al finalizar la cual debía negociarse una paz permanente. Iván retuvo, sin embargo, todos los territorios que había tomado a Lituania y que comprendían la mayoría de las tierras al este del Dniéper, que, de hecho, eran las tierras de Kiev antes de la ocupación mogólica. Smolensko y Kiev, sin embargo, siguieron bajo el gobierno de Alejandro. Iván continuaba sintiéndose decepcionado por no haberle sido posible apoderarse de Smolensko y



planeó una nueva campaña, pero esta vez, antes de que la guerra llegara a estallar, tanto él como Alejandro habían muerto.

Las facultades de Iván parecieron comenzar a fallarle solamente hacia finales de su reinado, que duró cuarenta y tres años. Herberstein ha señalado que Iván bebía mucho y que cada noche, después de cenar, el sopor se apoderaba de él

[15]. Anteriormente había sido siempre un hombre moderado y que daba la impresión de ser de carácter austero y disciplinado. Contarini, que le había visto veinte años antes varias veces, atestiguaba su medida,

especialmente en la bebida, lo que contrastaba con la tónica general de la gente que le rodeaba

[16]. Las rivalidades de su familia, especialmente las pretensiones de su hijo y de su nieto, ya que ambos creían tener derecho a sucederle a su muerte, así como la conspiración de su hijo Vasili en 1497, habían deshecho el equilibrio de sus nervios.

Iván III se casó dos veces. Su primera esposa, la princesa María de Tver, le dio un hijo, Iván Ivánovich, llamado a menudo también Iván Molodoi (Iván el joven), la que murió en el año 1467. Iván concedió a su hijo el título de gran príncipe y le reconoció

como heredero suyo, pero esto no fue suficiente para calmar las preocupaciones de su pueblo respecto al derecho de sucesión, que aumentaron al comprobar que Iván no mostraba prisa alguna para contraer nuevo matrimonio, a pesar de contar solamente veintisiete años a la muerte de su esposa.

Sin embargo, en febrero de 1469 se recibieron proposiciones de fuente completamente inesperada. El pontífice Pablo II ofrecía a Iván la mano de su pupila Zoé Paleóloga, sobrina del último emperador bizantino, Constantino XI, que había muerto junto a las murallas de Constantinopla en 1453 luchando contra los turcos. Su hermano Tomás Paleólogo había sido déspota de

Morea, pero huyó antes de la llegada de los turcos, refugiándose en Italia, donde murió poco tiempo después de estos acontecimientos. Su hija y sus dos hijos varones quedaron bajo la protección del pontífice, quien designó al cardenal Bessarion, erudito griego convertido al catolicismo de Roma, para cuidar de su educación. Zoé contaba trece años cuando llegó a Roma y vivió allí durante unos diez años.

Dos intenciones animaban al pontífice al hacer la proposición matrimonial. En primer lugar creía que Zoé, una convertida y con conocimientos muy vastos sobre la fe católica, podría, como esposa del gran príncipe, hacer mucho por la causa de Roma en

Moscovia, y haría revivir la unión entre las iglesias de Oriente y Occidente, que se había decidido en Florencia en 1439

[17]. En segundo lugar, el pontífice estaba ansioso por encontrar aliados para luchar contra los turcos otomanos y creía que Iván se convertiría en uno fuerte y activo frente a los infieles. Pero el Papa erró lamentablemente en sus cálculos.

Por parte de Iván, este matrimonio tenía grandes atractivos. El prestigio de los emperadores bizantinos siempre se había conservado muy alto entre los rusos, y el nombre de Bizancio retenía todavía un atractivo irresistible entre ellos, aunque consideraran que la justa

mano de Dios había intervenido en la conquista de los turcos. Sin duda alguna el matrimonio con la sobrina del último emperador bizantino realzaría la dignidad del gran príncipe y del mismo principado, que cada día era de mayores dimensiones.

Zoé emprendió viaje a Moscú en junio de 1472 y es muy probable que abandonara Roma sin gran pesar. Había recibido una educación muy moderna y crecida en el mundo excitante y culto de una Italia donde iba a florecer el Renacimiento, pero al mismo tiempo no dejaba de ser una huérfana acogida por caridad, y el cardenal Bessarion no perdía ocasión de repetirles a ella y a sus hermanos que debían considerarse

mendigos y no hijos de una familia ilustre. Pero Zoé no olvidó nunca sus orígenes imperiales. Siempre había de considerarse ante todo una princesa bizantina. En 1498, veintiséis años después de haber llegado a Moscovia, al bordar un mantel para el altar añadió junto a su nombre, no el título de gran princesa de Moscovia, sino de Princesa de Tsargrad, nombre que dan los rusos a Constantinopla

[\[18\]](#).

Zoé Paleóloga entra en Moscú el 12 de noviembre de 1472 y el mismo día es recibida en el seno de la Iglesia ortodoxa con el nombre de Sofía, y se casa con Iván, adaptándose sin

dificultades a su nueva situación. De la costa tibia y rica en matices del Mediterráneo se encuentra trasladada a los helados bosques y grandes extensiones de Moscovia, de la hermosa y culta Roma a la primitiva Moscú, cubierta por la nieve y construida enteramente con troncos de árboles. Todo lo que sus ojos contemplan ha de ser por fuerza distinto a lo que la rodeaba en Roma, pero rápidamente se pone en su lugar y hasta disfruta con la nueva dignidad que le ha sido otorgada junto con el poder e independencia. Tiene su propia corte, con toda clase de facilidades para que pueda recibir visitantes extranjeros. Contarini nos dice que la visitó a petición del mismo Iván y



que según él mismo indica «me ha tratado con mucha amabilidad y cortesía, rogándome encarecidamente presentara sus respetos a mi ilustre señor»

[19].

Un visitante que la vio en 1472 la describe como a una mujer hermosa, pero otro visitante que la vio al mismo tiempo que el primero la considera terriblemente gruesa

[20]. Fuera fea o hermosa, sin duda alguna se trató de una mujer inteligente, con grandes dotes para la intriga. Entre los rusos se extendió la creencia, que se conservó hasta generaciones

posteriores, de que tenía un gran poder, hasta quizás un poder siniestro, sobre Iván III

[\[21\]](#). Culta y dominando varias lenguas, por fuerza había de parecer una mujer excepcional a los boyardos, cuyas esposas eran criaturas ignorantes que vivían en estrecha reclusión.

Muchos rusos la miraban con suspicacia al mismo tiempo que le daban la bienvenida. El clero ortodoxo, en particular, vigilaba cualquier señal de adhesión al catolicismo de Roma, pero hasta éste quedó favorablemente impresionado cuando la vieron rogar en sus iglesias y venerar sus iconos. El hijo nacido del primer matrimonio de Iván

III, Iván Molodoi, tenía razones especiales para desconfiar de su madrastra, ya que los niños que ésta tuviera podían apartarle del poder. Y parece que expresó sus pensamientos, pues Contarini en 1476 señala que Iván Molodoi «no goza de gran favor debido a su mal comportamiento»

[\[22\]](#).

Sofía tuvo tres hijas durante los primeros cuatro años de su matrimonio. Contarini cree que de nuevo está embarazada cuando la ve en 1476

[\[23\]](#). Sin embargo, no es hasta tres años más tarde que tiene su primer hijo varón Vasili.

Mientras tanto, Iván Molodoi se había casado con la princesa Elena Stepanova de Moldavia, que le dio un hijo en 1476. Iván Molodoi murió en 1490, y a su muerte quedaron, pues, dos pretendientes al trono ruso: el hijo de Sofía, Vasili, y el hijo de Elena, Dmitri, en su calidad de hijo y nieto de Iván III, ya que la ley moscovita, respecto a los derechos de sucesión, dejaba mucho que desear. Iván no se dio ninguna prisa en mostrar sus preferencias, y la enemistad existente entre Sofía y Elena, las dos madres, se hizo mayor y más emponzoñada. En 1497, Vasili, que ahora cuenta dieciocho años de edad, se entera de que su padre va a proclamar a Dmitri su sucesor, con el título de gran

príncipe de Vladimir y Moscú, y con la ayuda de Sofía inicia una conspiración para marcharse al norte y establecer allí un principado independiente... Parte del plan consistía en matar a Dmitri. Pero Iván descubre a tiempo lo que se está tramando. Seis colaboradores de su hijo mueren con las cabezas enterradas en el hielo del Moskva, las «malas mujeres» que visitaron a Sofía con hierbas venenosas son arrestadas, se les hace penetrar por agujeros que atraviesan el hielo y mueren ahogadas. Dicen las crónicas que desde aquel momento Iván vivió con Sofía observando una «gran vigilancia»

El 4 de febrero de 1498, Iván, en la catedral Ospensky, en el Kremlin y con gran ceremonial, cuando el metropolitano y los obispos oficiaban, bendice a su nieto Dmitri como a su heredero y sucesor. Pero, repentinamente, un año después concede a Vasili el título de gran príncipe de Novgorod y Pskov, con lo cual parece otorgarle su perdón, aun cuando continúa siendo Dmitri su sucesor. Sofía y su hijo no descansaron hasta que hubieron suplantado a Dmitri. Vasili huyó a Viazma, donde los oficiales de su padre se pusieron de su parte y consiguieron hacerle volver a Moscú. Iván se ve obligado entonces a hacer todo lo posible para cumplir los deseos

de su hijo, y en abril de 1502 Dmitri y su madre Elena caen en desgracia y Vasili es proclamado «Gran príncipe de Vladimir y Moscú y Autócrata de toda Rusia»

[\[25\]](#).

Entre 1470 y 1480, la dignidad y el ambiente que rodean al gran príncipe comienzan a sufrir una transformación que ha de continuar hasta finales del reinado de Iván III. Sus títulos son más resonantes. La corte adopta ceremoniales nuevos y pomposos, inspirados en modelos bizantinos. El gran príncipe se aleja del pueblo. Se hacen venir arquitectos de Italia para construir la catedral Uspensky, el

palacio de Granovitaia y una nueva corte con edificios de piedra en lugar de las viejas construcciones de madera. Moscú está alcanzando una dignidad en consonancia con su significado nacional que cada día va en aumento.

Estos cambios de mayor importancia se atribuyen a la influencia de Sofía, ya que coinciden con los años de su matrimonio con Iván. Sin duda alguna, Sofía debió ejercer alguna influencia sobre su esposo, ya que tenía muy dentro de sí su origen imperial y conservaba el recuerdo de la grandeza de Roma, donde había pasado los años que dejaron en ella mayor huella. Pero también la idea de Iván al casarse con Sofía era rodear su trono con la aureola



de Bizancio, y fue lo suficiente astuto como para tomar las medidas que habían de asegurar una continuidad a la atmósfera que le rodeaba.

Los nuevos títulos de Iván reflejaban la creciente importancia y poderío del trono de Moscú. En sus relaciones con las cortes occidentales, anteriormente, había usado el título de «soberano de toda Rusia», pero una vez libre por completo del yugo de los tártaros, en 1480, Iván, al referirse a sí mismo, usa la denominación de «zar de toda Rusia», añadiendo en algunas ocasiones samoderzhets, palabra que equivale al título bizantino de «autócrata», en ruso. En aquellos tiempos, la palabra zar, contracción

eslava del latín «caesar», no tenía, en absoluto, el significado que posteriormente se le dio, de dictador con poder absoluto. Entonces se aplicaba simplemente a un gobernante que no debía obediencia a nadie y que no pagaba tributo a ninguna nación extranjera. Con anterioridad a esta época, los rusos habían reservado, generalmente, el título de zar para los emperadores bizantinos y los kanes de la Horda de Oro. Así, pues, Iván III, al denominarse a sí mismo «zar y autócrata», proclamaba únicamente que era un soberano independiente con gobierno efectivo sobre los territorios incluidos en sus títulos. Pero esta denominación pronto tomó una forma

más vanidosa. Los moscovitas hicieron sus primeros pasos en la aceptación de la idea bizantina de que el soberano es persona bendecida de forma especial por Dios para el ejercicio de su oficio supremo, al ampliar el título, que quedó convertido en: «Iván, por la gracia de Dios, soberano de toda Rusia.» Más tarde, Iván el Terrible había de desarrollar esta idea hasta tal punto que llegaría a decir que el zar es nombrado por Dios y que oponerse a su voluntad es sacrilegio.

Los nuevos títulos y solemnes ceremonias no eran únicamente una demostración de pompa y vanidad; eran parte de la política y de los proyectos de un gobernante que tenía bajo su mando

una nación en continuo desarrollo y crecimiento, y reflejaban la idea de grandiosidad que tenía Iván de su papel de gran príncipe de Moscovia, que llegaría a ser zar y autócrata, soberano de todas las tierras ocupadas por los rusos ortodoxos, el único que podía gobernar como heredero y sucesor de los emperadores bizantinos, ya que el zar moscovita era el único gobernante ortodoxo existente y que pudiera hacerse cargo de la herencia de Bizancio.

Vasili sucedió a su padre en el año 1505, sin dificultad alguna, y Dmitri murió tres años después en las propiedades donde se hallaba confinado. Vasili era un hombre alto, delgado y cargado de espaldas. Tenía

gran parecido físico con su padre y hasta cierto punto también una semejanza espiritual. Había heredado de él su tenacidad e inquietud por la idea de unidad, para llegar a reunir bajo un solo mando las tierras rusas. Pero no era hombre que soportara oposición alguna a sus planes, ni aceptara consejos, y se apartaba en seguida de los que diferían de él. Era más decidido y directo que su padre, quien a menudo prefería utilizar los tortuosos caminos de la diplomacia para conseguir sus objetivos. Era también más piadoso y, en conjunto, parece que fue un hombre de más agradable trato que su progenitor. Amaba mucho a su esposa y a su hijo Iván, quien había de sucederle con el

nombre de Iván IV, y se preocupaba mucho por ellos. Se conservan cinco cartas escritas a su esposa, en las que demuestra un afectuoso cariño, así como preocupación por el bienestar de su esposa y de su hijo

[\[26\]](#).

Al suceder a su padre y seguir la política señalada por éste, Vasili pudo comprobar que los acontecimientos no le eran muy favorables. Los tártaros de Kazan representaban nuevamente una amenaza para Moscú, y el kan de Crimea, Mengli Girei, que en tiempos de Iván III había sido un aliado muy valioso, se hallaba convertido ahora en un activo enemigo. La Horda de Oro ya

no existía y los territorios que habían tomado los rusos a Lituania habían incrementado el patrimonio moscovita, pero al mismo tiempo habían trasladado sus fronteras demasiado cerca de Crimea en opinión del kan. Y las tierras bañadas por el Dniéper, que con tanto provecho habían saqueado los tártaros cuando formaban parte de Lituania, no por estar ahora bajo el poder ruso eran menos tentadoras. Por último, las relaciones personales entre el kan y el gran príncipe no eran tan cordiales como hubieran podido ser. Vasili no tuvo tanta habilidad como su padre para cultivar la buena disposición del kan y se negó especialmente a hacerle regalos, por considerar que ello sería como pagar un

tributo, al igual que habían hecho los grandes príncipes a los kanes de la Horda de Oro durante tantos años.

Sin embargo, cuando en 1521, Mohammed Girei, hijo y sucesor de Mengli Girei, llegó hasta las inmediaciones de Moscú, con la intención de efectuar un saqueo en gran escala, los moscovitas, que se habían refugiado en la ciudad, pudieron salvarse únicamente gracias al envío de valiosos regalos, que indujeron al kan a levantar el sitio y abandonar la ciudad.

El principal enemigo era Lituania. Los territorios conseguidos por Iván III no habían sido confirmados por medio de un tratado, sino que solamente estaban garantizados por el frágil



armisticio de 1503; y, además, Lituania retenía Smolensko y otras regiones rusas. En 1508 se declaró la guerra entre Moscovia y Lituania, y seis años más tarde hubo de nuevo guerra entre los dos países. Por fin, Vasili pudo conseguir Smolensko y se la arregló para conservarla bajo su dominio a pesar de los desesperados esfuerzos de los lituanos para recuperarla. Y cuando en 1522 pactó un armisticio con Sigismund Augustus, no devolvió ni Smolensko ni ninguna de las tierras recuperadas por su padre.

Así, pues, hemos visto que Iván el Terrible tenía unos antepasados poco corrientes. Su abuelo, Iván III el Grande, fue uno de los hombres más capaces que

haya ocupado el trono de Rusia. Su madre, Sofía Paleóloga, sobrina del último emperador bizantino, fue una mujer inteligente y de mucho carácter. Su padre, Vasili III, un gobernante firme y hábil. Su madre, Elena Glinskaya, fue una mujer valerosa y lista. Iván heredó de todos ellos muchos de sus rasgos más sobresalientes.

# Capítulo tercero:

## Nace Iván Vasilievich, 1530

Iván nació en el palacio del Kremlin, en Moscú, el día 25 de agosto de 1530, hijo primogénito de Vasili III. Dicen los cronistas de la época que el día de su nacimiento cayó sobre la ciudad una terrible tormenta y que el ruido de los truenos y el brillo de los relámpagos eran tan grandes que las gentes estaban aterrorizadas

[27]. Había sido predicho que la

criatura que iba a nacer sería varón y se convertiría en un gran monarca. Veinticinco años antes de nacer Iván ya le habían pronosticado que conquistaría Kazan. Su nacimiento era, pues, esperado con gran expectación.

La noticia de que la gran princesa había dado a luz un hijo varón fue recibida en Moscú y en todo el país con gran regocijo. El gran príncipe Vasili hacía veinticinco años que rogaba a Dios le diera un hijo, y su alegría no tenía límites. Su primera mujer, Solomoniya Saburova, era estéril, y Vasili, al igual que todos los grandes príncipes moscovitas, tenía muy dentro de sí el sentido de posesión del trono y del principado, y estaba obsesionado

por la idea de pasar ambas cosas a su hijo cuando él muriera. Esta herencia la estimaban los grandes príncipes por encima de todo lo demás.

La Crónica de Pskov nos dice que unos años antes, estando Vasili paseando por el campo, no lejos de Moscú, sus ojos se fijaron en un nido de pájaros y comenzó a lamentarse de su infortunio: «¿A quién me parezco? - preguntaba-; a las aves del cielo, no, pues éstas son fértiles. Tampoco a los animales de la tierra, pues también engendran hijos...»

[28]. Poco tiempo después, cuando discutía con sus boyardos asuntos relacionados con la sucesión al trono,

exclamaba: «Después de mí, ¿quién gobernará en esta tierra, en todas mis ciudades, dentro de los límites de mis fronteras? ¿Tendré que dejarlo todo a mis hermanos? ¡Pero si éstos no saben guardar el orden dentro de sus propios principados!» Y los boyardos le respondieron: «Señor, gran príncipe, la higuera que no da fruto es arrancada del suelo y echada fuera del huerto»

[\[29\]](#).

Con estas palabras sugerían que Vasili se divorciara de su mujer, lo cual seguramente él ya tenía intención de hacer. La idea de un nuevo matrimonio por parte del gran príncipe tuvo muchos partidarios entre los boyardos y el

pueblo mismo. Los dos hermanos del gran príncipe, uno de los cuales ocuparía su lugar si éste moría sin sucesión, no inspiraban confianza alguna al pueblo, que tampoco les amaba. Los moscovitas deseaban ardientemente tener un príncipe fuerte que les dirigiera y protegiera al mismo tiempo. Sin embargo, los ortodoxos más estrictos se oponían terminantemente a que el gran príncipe contrajera nuevo matrimonio, pues consideraban que su máximo anhelo debía ser la observancia rigurosa de sus deberes religiosos y la preservación de la ortodoxia en su primitiva pureza. También los había que se oponían al divorcio por motivos políticos. Algunos príncipes y boyardos

querían terminar con la dinastía de los grandes príncipes de Moscú, que estaban por encima de ellos. Además de estos impedimentos, existía también el partido que había ayudado y apoyado las pretensiones de Dmitri, cuya aversión hacia Sofía y su hijo Vasili todavía no había desaparecido, y éstos hubieran preferido que el gran príncipe no dejara herederos al morir.

Pero Vasili, determinado a tener un hijo que heredara su patrimonio, consultó el caso seriamente con el metropolitano Daniel y obtuvo por fin el consentimiento de éste para llevar a cabo el divorcio. En noviembre de 1525, en medio de grandes protestas de la interesada, Solomoniya es sacada del



palacio y llevada a un monasterio en Suzdal, donde se le afeita la cabeza como a las monjas

[30]. Dos meses después, Vasili contraía nuevo matrimonio con la princesa Elena Glinskaya.

Elena descendía de una relevante familia de la Rusia occidental, de origen mogólico. Los príncipes Glinsky tenían principados en la región de Severia, que Vasili había recuperado de los lituanos hacía solamente dos años. El príncipe Mikhail Glinsky, tío de Elena, era uno de los hombres influyentes en Rusia. Había recibido una educación muy amplia en Europa occidental, cosa muy poco corriente en Rusia, y al regresar a

Lituania se había hecho pronto famoso, particularmente al mando de los ejércitos. En 1508 se rebeló contra Sigismund Augustus de Lituania y transfirió sus compromisos de vasallaje a Rusia, jurando obediencia a Vasili. Al trasladarse a Moscú le acompañó su hermano, Vasili Glinsky, cuya familia era muy numerosa, y de quien era hija Elena, que en el momento de llegar a Moscú era todavía una criatura.

Cuando Vasili la escogió para convertirla en su segunda esposa, Elena tenía poco más de veinte años y era una joven alegre y agraciada. Si bien había sido educada en Moscú, sus antecedentes familiares y su sistema de vida eran occidentales y su educación no

incluía las tradiciones moscovitas. Su marido la amó intensamente. Cuando se casó con ella, Vasili contaba cuarenta y siete años de edad y sin duda la juventud de su esposa la hacía todavía mucho más atractiva a sus ojos. Hasta se atrevió a afeitarse la barba para parecer más joven y prestó más atención a su forma de vestir para complacerla en sus gustos occidentales. Todos estos detalles levantaron críticas entre el pueblo, causando especialmente una deplorable impresión el hecho de que el gran príncipe se afeitara la barba, ya que ésta era una característica fundamental de la cristiandad de Oriente, y afeitársela se consideraba un pecado grave, casi apostasía.

Como el gran príncipe era un hombre muy popular entre sus súbditos, el desagrado que estos cambios causaron entre las gentes recayó sobre Elena. Y la opinión moscovita se recrudeció al pasar varios meses y no anunciarse el próximo nacimiento de un hijo. Cuando Elena quedó embarazada y nació Iván en medio del regocijo general, algunas voces se alzaron insinuando si sería realmente Vasili el padre de la criatura. Otros continuaron condenando el matrimonio, considerándolo ilegal, sin admitir a Iván como hijo legítimo.

Pero Vasili no experimentó duda alguna respecto a su paternidad. En los comienzos del embarazo de su esposa

había prometido que si el hijo que esperaba era varón haría construir una iglesia en acción de gracias. Esta iglesia se levantó y consagró en un solo día, en un lugar llamado Kolomenskoe, no lejos de Moscú. El mismo Vasili ayudó a los carpinteros que construían la iglesia

[\[31\]](#). Algo más de un año más tarde nacía otro hijo, al que pusieron por nombre Yuri.

Aunque el gran príncipe pasaba ya de los cincuenta años continuaba siendo un hombre enérgico y sano, y parecía destinado a gobernar todavía muchos años. Sin embargo, en 1533 comenzó a sentirse enfermo. Había ido con su esposa Elena y sus dos hijos en

peregrinación al monasterio de Troitsa, y desde allí partió solo hacia Volokolamsk para cazar en los bosques de aquellos alrededores, ya que era un apasionado de este deporte. En el camino comenzó a sufrir fuertes dolores ocasionados por un forúnculo en el muslo, con inflamación, que más tarde se complicaría con envenenamiento de la sangre. Al principio, Vasili no dijo a nadie que estaba enfermo, pues deseaba garantizar la seguridad de su mujer y de sus hijos, así como la sucesión de Iván al trono. No confiaba en absoluto en sus hermanos los príncipes Yuri y Andrei, y estaba seguro de que si él moría éstos se desharían de su viuda e hijos y se apropiarían del trono. Pero, a pesar de

sus esfuerzos, la inflamación fue extendiéndose, y al sentir próxima la muerte dedicó sus energías a asegurar el trono para Iván.

Se hizo trasladar a Moscú, haciendo varios altos en el camino para que el viaje no le resultara tan pesado, y al llegar a Moscú fue llevado a un monasterio, desde donde convocó al metropolitano, a sus dos hermanos y a todos sus boyardos. Solamente les anunció que su hijo Iván era el heredero del trono, y les hizo jurar que le servirían fielmente. Tuvo largas conversaciones con algunos boyardos, entre ellos Mikhail Glinsky, los hermanos Shuisky y Belsky, y otros en los cuales confiaba por sus años de

servicio o bien por tener lazos familiares con él mismo y con su esposa. Especialmente depositó su confianza en Mikhail Glinsky, Mikhail Zakharin y su consejero particular Shigon, a los que pidió protegieran a Elena y a sus hijos. Por último, hizo' jurar a sus hermanos que servirían fielmente a Iván, y les hizo besar la cruz en su presencia.

Ya hacia el final de su enfermedad, Vasili llamó a su esposa y a sus hijos, pues deseaba dar instrucciones a Elena sobre la forma de llevar los asuntos de estado cuando él ya no existiera. Pero Elena lloraba con tanto desconsuelo, que no le escuchaba, y el gran príncipe, temiendo que su esposa se excitara demasiado y los muchachos se asustaran



si continuaban junto a su lecho de muerte, les hizo salir de la habitación. Elena se despidió de su esposo en una conmovedora escena y tuvo que ser sacada de la habitación, perdido el control de sus nervios por la gran pena que le embargaba

[32]. Vasili dejó de existir en la noche del 3 de diciembre de 1533, teniendo junto a él a los monjes entonando el Otkhodnaya, plegaria de despedida.

Antes de informar a Elena de la muerte de su esposo, el metropolitano convocó a los dos hermanos de Vasili exhortándoles a servir al gran príncipe Iván y a su madre con fidelidad, y les

dio a besar la cruz en juramento de obediencia. Hecho esto se dirigió a las habitaciones ocupadas por Elena, acompañado de príncipes y boyardos. Al día siguiente el metropolitano ordenó que la gran campana tocara para convocar al pueblo y parece ser que los lamentos.

# **Capítulo cuarto: Período de regencia de Elena, 1533-1538**

Inmediatamente después de la muerte de su padre, fueron proclamados los derechos de Iván al trono de Rusia. El metropolitano deseaba ardientemente evitar un interregno en el cual los príncipes rivales tuvieran ocasión de conseguir apoyo para sus pretensiones. Así pues, bendijo públicamente a Iván como gran príncipe, en la iglesia catedral de Prechistaya Bogoroditsa, ante príncipes, boyardos, clérigos y el

pueblo allí congregado, proclamando en voz muy alta:

«Dios te bendiga soberano, gran príncipe Iván Vasilievich de Vladimir, Moscú, Novgorod, Pskov, Tver, Yugorsk, Perm, Bulgaria, Smolensko y otras muchas tierras, zar y soberano de toda Rusia. Que la buena suerte te acompañe en tu gran reino y en el trono de tu padre.»

[\[33\]](#)

Las personas allí congregadas entonaron la plegaria de larga vida para el gran príncipe, y los príncipes y boyardos hicieron a Iván ricos presentes. Se mandaron oficiales a todos los rincones del país para tomar juramento de obediencia a sus súbditos.

De acuerdo con la ley y las costumbres moscovitas, Elena, la madre de Iván sería regente hasta la mayoría de edad del gran príncipe. Esta perspectiva no agradaba a los moscovitas, que se sentían temerosos y desconfiados. Vasili había gobernado con fuerza y energía, manteniendo a los boyardos en el lugar que les correspondía, al mismo tiempo que repelía a los enemigos de Moscovia, pero un muchacho de tres años quedaba por completo a merced de ambos. Elena como regente no contaba con la ayuda ni el respeto del pueblo. Muchos veían todavía en ella a una enemiga lituana, o bien les desagradaba por sus gustos occidentales. Y en general a todos les molestaba y causaba

desconfianza que una mujer tan joven y con tan poca experiencia tuviera el poder en sus manos. Los augurios eran pues que durante la regencia de Elena surgirían muchas dificultades y la nación no disfrutaría de tranquilidad.

Cinco días después de enterrar a su marido, Elena tuvo noticias de que se estaba tramando una revuelta. El metropolitano y los boyardos habían insistido para que accediera a liberar a los príncipes Iván y Andrei Mikhailovich Shuiskey, que habían sido encarcelados por orden de Vasili, acusados de conspirar contra el trono, y una vez libres éstos comenzaron inmediatamente a planear la forma de obtener el poder, junto con el príncipe

Yuri, tío de Iván.

Durante estos primeros tiempos de la regencia la figura más influyente en la corte es el príncipe Mikhail Glinsky, tío de Elena, en quien Vasili había depositado gran confianza, por los lazos familiares que le unían con aquélla y porque valoraba mucho su experiencia y habilidad. En su lecho de muerte Vasili le había dicho: «y tú, príncipe Mikhail Glinsky debes permitir que tu sangre mane de tu cuerpo y que éste sea cortado en pedazos en defensa de mi hijo el gran príncipe Iván, mi gran princesa Elena y mi hijo el príncipe Yuri

[\[34\]](#).» Elena descansaba en su tío muchas de sus obligaciones, y éste

ejercía virtualmente el poder supremo del país.

Glinsky vio en el complot de Shuisky con el príncipe Yuri una amenaza para su posición en el gobierno y actuó en consideración. Consiguió la ayuda del Consejo Boyardo, el cual aconsejó a Elena que hiciera arrestar a Yuri y le encarcelara<sup>3</sup>. Elena accedió, pero parece ser que los Shuisky no llegaron a ser castigados. En enero de 1534 se descubre que el otro tío de Iván, el príncipe Andrei Staritsky, está preparando una revuelta para apoderarse del poder. Elena hace fracasar la conspiración y el príncipe Andrei ha de retirarse a sus propiedades.



Mientras suceden estos acontecimientos, Elena va ganando confianza en sí misma y demuestra ser una mujer valerosa. Conoce bien a su tío y sabe que éste es un hombre ambicioso y que en un momento dado puede llegar a ser peligroso. Se da cuenta de que le desagrada estar subordinado a su propia sobrina y al pequeño Iván, que cuenta sólo cuatro años de edad. Por fin, en julio de 1534, Elena se entera de que su tío proyecta arrebatárles el poder a ella y a su hijo. Como si presagiara estos acontecimientos, hacía algún tiempo que recibía la colaboración de un hombre joven de la nobleza, activo e inteligente, el príncipe Ovchin-Telepnev-Obolensky, cuya hermana era niñera de

Iván. Con la ayuda de Obolensky, que muy pronto ha de convertirse en su amante, Elena hace arrestar a Glinsky y le mete en prisión, donde muere de hambre y a consecuencia del peso de sus cadenas.

Al mismo tiempo el príncipe Semeón Belsky y el boyardo Iván Lyatsky, ambos personajes influyentes, huyen a Lituania. Elena ordena inmediatamente el arresto de Iván Belsky, hermano de Semeón, y también hace prender a otras personas bajo la acusación de complicidad. Probablemente estaban todos relacionados de alguna forma en un complot para apoderarse del poder.

Esta tremenda intranquilidad entre

príncipes y boyardos durante los meses que siguen a la muerte del gran príncipe Vasili es en realidad una reacción debida a la mayor liberalidad con que es ejercido el poder, en comparación con los últimos setenta años. Iván III y Vasili III habían mantenido a los boyardos bajo su control y reducido en gran manera su posición privilegiada dentro de la nación, y para muchos de aquéllos el hecho de que el trono lo ocupara ahora un niño en lugar de un autócrata severo era como una liberación. Así pues, consideraron que el período de regencia era muy apropiado para recuperar su libertad y sus privilegios. Pero al contrario de lo que imaginaban, se encontraron con que Elena era una

regente fuerte y decidida a continuar con todas sus fuerzas la política de Vasili, con el fin de conseguir un país unido bajo un único poder absoluto, el del gran príncipe de Moscú.

Desde Lituania, Sigismund Augustus estaba atento a las noticias que le llegaban sobre la inquietud reinante en Moscú, y la misma llegada de los desertores, como Semeón Belsky e Iván Lyatsky, parecía confirmar que el gobierno de Elena era débil e inestable. El armisticio entre Moscovia y Lituania había expirado el verano de 1534, y al mismo tiempo que tenían lugar conversaciones para firmar otro armisticio, las tropas lituanas invadían y asolaban las tierras occidentales de

Moscovia. Pero en otoño del mismo año los lituanos son rechazados y sufren grandes pérdidas al intentar apoderarse de Starodub, Chernigov y Smolensko. La firme resistencia de Moscú durante los dos años siguientes a estos acontecimientos demostraron a Sigismund Augustus la conveniencia de firmar un tratado de paz, y en 1537, después de acaloradas discusiones, se firma un nuevo armisticio, que debía durar cinco años.

En aquella época, sin embargo, el mayor peligro que amenazaba a los moscovitas no eran los lituanos, sino los tártaros de Crimea y de Kazan. Saip Girei, el cruel e inteligente kan de Crimea, deseaba encontrar la manera de

anexionarse los kanatos del Volga y hacer resurgir la gran horda de Mamai, pero, por fortuna para Moscú, a este kan le surgió un rival en la persona de Islam Girei, miembro de la misma familia, aunque mayor, y las tierras de los tártaros de Crimea quedaron repartidas entre los dos kanes. De repente, la amenaza tártara se hace mayor, al llegar Semeón Belsky, que había huido de Lituania a Crimea para persuadir al sultán turco a que le acompañe con los tártaros y los lituanos para atacar a Moscú. Gracias a esta campaña Belsky esperaba conseguir para él un principado independiente.

Pero los moscovitas continuaron manteniendo comunicación con Saip

Girei, quien continuamente profería amenazas y hacía peticiones de dinero y presentes como la siguiente:

«Ahora no ocurriría como en tiempos anteriores en que atacábamos únicamente con la fuerza tártara (decía en una nota). Además de mi propia artillería llevaré 100 000 hombres a caballo, que pertenecen al glorioso kan (el sultán)... Las tierras de Kazan son parte de mis dominios y Safa Girei, el zar de Kazan, es mi hermano; a partir de hoy no os atreváis a entrar en las tierras de Kazan para hacer la guerra, y si fuerais allá con esta intención, podéis comenzar a esperarme en Moscú.»

Las amenazas de Saip Girei no eran solamente una fanfarronada. Su rival Islam Girei había sido asesinado y Saip ejercía mucha influencia en los asuntos de Kazan. Su hermano Safa Girei se había establecido como kan y se dedicaba a saquear en territorio moscovita. Pero a principios de 1537, al firmar Moscovia la paz con Lituania, sus ejércitos pudieron por fin dirigirse hacia el este para enfrentarse con los tártaros, y al darse cuenta de ello Safa Girei retiró inmediatamente sus fuerzas, y en adelante Saip Girei se volvió más reacio a arriesgar incursiones en territorio moscovita.

Así pues, Elena consigue, con la ayuda de Obolensky mantener a raya,



apartados de Moscú, a sus tres enemigos más peligrosos. Además, en 1537, firma un tratado con Gustavus Vasa de Suecia, y mantiene también relaciones cordiales con el imperio austríaco. Los presagios de tantos moscovitas que creían que la regencia sería un período difícil, que aprovecharían los enemigos de Moscovia para saquear y arrasarlo a voluntad, demostraron ser completamente equivocados.

También en los asuntos internos del país, Elena consiguió triunfos. Continuó con tenacidad la tarea que había comenzado su esposo Vasili construyendo ciudades y ciudadelas cerca de las fronteras. Se reconstruyeron las ciudades viejas, perjudicadas o

destruidas por los saqueos de los tártaros y de los lituanos, y se construyeron muchas ciudades nuevas. El 16 de mayo de 1536 se pusieron los cimientos para una nueva muralla de piedra alrededor del distrito conocido con el nombre de Kitai Gorod o Ciudad Intermedia. Esta muralla había de construirla el arquitecto italiano Pedro Friazin. El mismo año Elena da su aprobación a una medida tan importante como es la edición de moneda nueva, que, aunque confirmó la devaluación de la que se venía usando desde hacía cincuenta años, había de resultar muy estable durante más de un siglo.

La provocación más seria con que Elena y su gobierno tuvieron que

enfrentarse ocurrió en 1537, hacia el final de la regencia, y procedía del príncipe Andrei Staritsky, tío de Iván. Este príncipe se había retirado a sus posesiones como resultado de haber sido descubierta su conspiración en enero de 1534, y a partir de entonces se había negado a prestar sus boyardos, oficiales y tropas para servir en las operaciones militares del gobierno contra lituanos y tártaros. Llamado a Moscú, Staritsky confirmó el juramento de obediencia a Iván, que había prestado en diciembre de 1533, pero no quiso dar las otras garantías de lealtad que Elena le pedía

En 1536 se pide de nuevo al príncipe Andrei Staritsky que mande sus tropas para colaborar en los preparativos que se están haciendo para impedir la invasión de Moscovia por parte de Safa Girei, y de nuevo el príncipe se niega a ello, así como a desplazarse a Moscú. Elena considera esta negativa como una manifiesta hostilidad hacia el gobierno central y teme que otros príncipes y boyardos le apoyen. Decide llamarle de nuevo y hacerle arrestar a su llegada, mientras ordena que se hagan preparativos para hacer frente a una revuelta armada dirigida por Andrei. Las siguientes noticias que Elena recibe son que el príncipe ha huido a Staritsa y se hacen

preparativos apresurados para capturarlo. Obolensky y su hermano toman el mando de dos ejércitos, uno para capturar al príncipe Andrei y el otro para perseguir a su primer boyardo Feodor Pronsky. Pero el príncipe se entera de estos preparativos y abandona Staritsa, marchándose a Novgorod, ciudad que en el pasado había sido cuna de muchas conspiraciones contra Moscú.

Obolensky le sigue con la esperanza de conseguir enfrentarse con él, pero no fue necesario. Durante la marcha muchos hombres del ejército del príncipe Andrei le habían abandonado, y sus fuerzas se hallaban, pues, considerablemente debilitadas. Además,

Novgorod le negó toda clase de ayuda y cerró sus puertas ante él. Los habitantes de Novgorod, especialmente los comerciantes y artesanos, eran fieles al gran príncipe y el propio Macary, su arzobispo, estaba plenamente convencido de la necesidad de la unión de toda Rusia bajo el cetro de Moscú, y aconsejó al pueblo que defendiera la ciudad contra los rebeldes. El príncipe Andrei se dio cuenta de lo incómodo de su situación e intentó huir a Lituania, pero más tarde tuvo que rendirse.

Elena trataba con dureza a los rebeldes. Andrei fue encadenado y encarcelado junto con su esposa y su hijo, y murió poco tiempo después. Los boyardos y oficiales del gobierno que le

habían prestado su ayuda también fueron encarcelados en una torre del Kremlin, muriendo allí muchos de ellos. De la ciudad de Novgorod solamente le habían intentado ayudar treinta personas, que fueron azotadas con el «knut» y más tarde colgadas. Todos los príncipes y boyardos moscovitas que se habían unido a él fueron también castigados. La revuelta había servido para demostrar claramente que tanto el pueblo como las clases acomodadas y la mayoría de boyardos eran leales al gran príncipe.

Pero Elena, a pesar de todos sus éxitos en la defensa del país, en sus luchas contra los enemigos y los rebeldes, no consiguió hacerse popular entre sus vasallos. Sus relaciones con

Obolensky eran del dominio público, y a pesar de que por aquella época las costumbres de Moscú eran más bien inmorales y era frecuente el libertinaje, no estaba bien visto que la propia gran princesa tuviera un amante. Esto era desaprobado por todos y hasta considerábanse estas relaciones con desprecio. Sin embargo, aparte de sus relaciones con Obolensky, parece que Elena fue una mujer sin tacha, y merecedora de respeto. Era una mujer devota que acudía regularmente a la iglesia y hacía frecuentes viajes en peregrinación al monasterio de Troitsa, así como a otros lugares de especial veneración. Cuidaba de sus hijos y no volvió la espalda a las



responsabilidades que la regencia le echó encima. Pero por mucho que hubiera hecho seguramente nunca habría conseguido el apoyo del pueblo.

Súbitamente, el 3 de abril de 1538, a las 2 de la tarde, Elena muere. No se conserva documento alguno de aquella época que indique que Elena estuviera enferma o no tuviera buena salud. Herberstein afirma que fue envenenada

[\[37\]](#). Su cuerpo fue sepultado a toda prisa en el monasterio de Voznessensky, pocas horas después de su muerte.



Al fallecimiento de Elena, en Moscú no se produjeron demostraciones

de duelo ni dolor. Tanto los boyardos como el pueblo se limitaron a demostrar una absoluta indiferencia, y parece ser que el metropolitano no llegó ni a celebrar el servicio litúrgico de costumbre por el eterno descanso de su alma. Solamente dos personas lloraron la muerte de Elena. Una de ellas el gran príncipe Iván, que tenía siete años de edad, y que adoraba a su madre. Al enterarse de su muerte sus ojos se llenaron de lágrimas y se echó en brazos de Obolensky. Pero también Obolensky estaba desesperado. Tanto su posición como su seguridad personal dependían de Elena. De nuevo la misma pregunta acudía a los labios de los moscovitas: ¿quién iba a ejercer el poder hasta que

el gran príncipe alcanzara su mayoría de edad?

# Capítulo quinto: El poder en manos de los boyardos, 1538-1548

La vida de Iván en los primeros años de su niñez había sido tranquila y feliz. Ocupaba junto con su hermano unos hermosos aposentos en el Kremlin, bajo el afectuoso cuidado de su nodriza Agrafena Chelyadina y otras damas de la nobleza especialmente designadas para atenderle. Su madre estaba cerca de él cuando la necesitaba y cuando ésta se desplazaba al santuario de Troitsa u otro monasterio se llevaba a sus hijos.

Es probable que la muerte de su padre no causara en Iván una gran impresión, ya que cuando éste falleció el pequeño gran príncipe contaba solamente tres años. Obolensky siempre atento y complaciente con su madre así como solícito por el bienestar del pequeño príncipe, seguramente ocuparía el lugar de su padre. Los únicos cambios en la monotonía de los días debían ser las ocasiones en que le hacían sentar en el trono del gran salón de audiencias para recibir embajadores extranjeros, o bien para que con su sola presencia diera su aprobación a algún asunto de estado. En tales ocasiones vestían a Iván con ropas magníficas bordadas con oro y cubiertas de perlas y piedras

preciosas.

La repentina muerte de la gran princesa hizo desaparecer toda la tranquilidad y confianza de que gozaba Iván. La mayor desgracia que puede ocurrir a un muchacho de pocos años es la pérdida de su madre, ya que nadie puede reemplazarla. Nadie puede dar al niño el cariño y la compañía que puedan hacer desaparecer su nueva y desesperada soledad. Y para Iván que era un muchacho sensible y afectuoso esta tragedia personal significó mucho más todavía, porque los años que siguieron a la muerte de su madre, y que comprendían el período de formación de su vida, fueron para él un tiempo de terror y abandono inolvidables.

Inmediatamente después de la muerte de Elena los boyardos comenzaron sus intrigas para apoderarse del poder. La corte se llenó de murmullos y temores. En el palacio del Kremlin, con sus espaciosas habitaciones, sus pilares inclinados y sus numerosas escaleras, las figuras de los santos pintados en colores llamativos fijaban sus ojos escrutadores sobre los mortales a sus pies, mientras éstos planeaban sus conspiraciones y se observaban unos a otros con suspicacia y temor. Obolensky, que tantos amigos y aliados tenía en la corte, se encontraba ahora, de la noche a la mañana, con que todos se apartaban de él. Su solicitud y cuidados para con Iván aumentaron con

la esperanza de que la misma necesidad que el muchacho sentía por tenerle a su lado contribuiría a reforzar su posición en la corte. Iván, por su parte, se aferraba a Obolensky y Agrafena, ya que estos dos seres representaban para él todo el cariño y la seguridad que le quedaban una vez muerta su madre. Pero la lucha por el poder continuaba sin descanso y los deseos del gran príncipe no contaban para nada.

Diecisiete días después de haber muerto Elena, Iván se vio obligado a contemplar, mientras lloraba desesperadamente, como apartaban de él a Obolensky y Agrafena, a los cuales no volvería a ver nunca más. Obolensky fue encerrado en un calabozo, donde murió



poco tiempo después de hambre, y a Agrafena la trasladaron a un convento de monjas en los helados bosques al norte de Moscú.

El nuevo regente, que con tanta rapidez habíase deshecho de Obolensky, era el príncipe Vasili Shuiskey, hombre inteligente pero cruel y despiadado. Este príncipe anteriormente había prestado servicio de Novgorod y cuando esta república perdió los últimos vestigios de independencia había transferido sus juramentos de fidelidad a Moscú, prestando servicio al gran príncipe. La antigüedad de su familia, su energía y habilidad le habían hecho sobresalir. Había sido el presidente del Consejo Boyardo durante el reinado de Vasili y

la regencia de Elena, aunque tal nombramiento fuera simplemente nominal, porque aun cuando era él quien ostentaba el cargo más alto en la nación, era Obolensky el que tenía todo el poder y la influencia. Y por ello Shuisky le odiaba. Llegaron a correr rumores en el Kremlin de que el príncipe Vasili Shuisky había envenenado a Elena, con el único propósito de destruir a Obolensky.

Así pues, el príncipe Vasili Shuisky y su hermano Iván se convirtieron en los dueños del Consejo Boyardo y de la nación, aunque tenían que compartir el poder, hasta cierto punto, con el príncipe Iván Belsky, que tenía muchos partidarios entre los otros

boyardos y dentro de la misma Iglesia. Uno de los primeros pasos de Shuisky fue liberar al príncipe Iván Belsky, a quien Elena había hecho encarcelar. La facción de los partidarios de Belsky entre los boyardos era lo suficientemente fuerte para poder enfrentarse a los Shuisky, y Vasili seguramente confiaba en llegar a un acuerdo con Belsky. Pero la arrogancia de Shuisky y sus abusos en el ejercicio del poder levantaron tal resentimiento entre los boyardos que seis meses después era ya Iván Belsky quien contaba con más partidarios. La rivalidad entre las dos facciones aumentaba continuamente y Shuisky decidió cortar por lo sano. De una

manera descarada y por completo inesperada hizo encarcelar a Iván Belsky, exilando a sus principales colaboradores a sitios muy lejanos. Al principal ayudante de Iván Belsky, el consejero Feodor Mishurin, le fueron arrancados sus vestidos, le golpearon de una forma salvaje y luego le ejecutaron.

A los pocos días de estos acontecimientos Vasili Shuisky se sintió repentinamente enfermo y murió, haciéndose cargo del poder el príncipe Iván Shuisky, su hermano, cuyo orgullo y depravación superaban en mucho a los de este último. Lo primero que hizo cuando tuvo el poder en sus manos fue vengarse de Belsky y de su partido. Se atrevió también a deponer de su cargo al

metropolitano Daniel, y los obispos, obedientes a los deseos de Shuisky, nombraron en su lugar a Iosaf, padre superior del monasterio de Troitsa.

La Iglesia jugaba un papel muy importante en la lucha por el poder entre las dos principales facciones boyardas. Tanto el mismo metropolitano como los obispos, y los mismos monasterios, que a veces incluían prósperas propiedades tenían una influencia muy considerable entre el pueblo. Los Shuisky y los Belsky, estos últimos menos que los primeros, hicieron grandes esfuerzos para conseguir el apoyo de la Iglesia y su favor. Parece que para conseguir tal apoyo se concedían exenciones de pagos en concepto de impuestos así como se

les eximía de otros servicios que acostumbraban a prestar al Estado. En los once años que siguieron a la muerte de Elena se concedieron por lo menos 288 escrituras con privilegios especiales e inmunidades a distintos monasterios esparcidos por todo el país

[\[38\]](#).

En el mismo seno de la Iglesia existían dos facciones, los «josefinos», llamados de esta forma en recuerdo del famoso abad de Volokalamsk

[\[39\]](#), y los eremitas del otro lado del Volga. Los josefinos afirmaban que la Iglesia necesitaba sus bienes, así como la protección del Estado, para poder

llevar a cabo su importante misión entre el pueblo. Por el contrario, los eremitas, el otro partido importante, practicaban las enseñanzas de Nil Sorski

[\[40\]](#) y algunos otros de las mismas ideas, que creían que la Iglesia tenía la obligación de deshacerse del lujo que la rodeaba y de las tierras, así como de los campesinos que las cuidaban, para que sus sacerdotes pudieran dedicar sus vidas a la plegaria y a la meditación. Los Shuisky cultivaron el favor de los abades y monjes de los monasterios de Simonov, Troitsa y Kirillo-Belozersky entre otros, en todos los cuales habitaban gran cantidad de seguidores de Nil Sorski y de eremitas. Los

Josefinos eran, sin embargo, más importantes e incluían el metropolitano Daniel y muchos monasterios, y prestaban su apoyo al partido de Belsky.

Al subir al poder Iván Shuisky a la muerte de su hermano, gobernó como un autócrata, apoderándose de lo que se le antojaba del tesoro del Estado. Hasta hizo grabar sus nombres en plancha de oro que era propiedad del gran príncipe de Moscú. La plancha de oro representaba mucho más que simple riqueza de metal; en el oro estaba representado el poder y el prestigio ya que Moscú, al igual que en los otros países de Europa occidental, las familias gobernantes amontonaban oro y plata como evidencia palpable de su



dignidad

[41]. También los campesinos sufrieron bajo la férula de Shuisky y sus partidarios, que obligaban a pagar dinero a todos, propietarios, comerciantes, artesanos y gente del campo, aterrorizando a todo aquel que osaba demostrar la menor resistencia.

La actitud de los Shuisky con respecto al gran príncipe era de completa indiferencia. Aunque todavía era muy joven, Iván sentía crecer dentro de sí su irritación y su odio, en particular hacia el mismo Iván Shuisky, quien parecía tener especial predilección en insultarle a él, al trono y a la misma memoria de sus padres.

«Recuerdo que una vez -escribía Iván muchos años después- mientras nosotros estábamos jugando con nuestros infantiles entretenimientos, el príncipe Iván Vasielievich Shuiskey se hallaba sentado en una banqueta con los codos apoyados en el lecho de mi padre, con sus piernas sobre una silla, y ni siquiera se dignó inclinar su cabeza hacia nosotros, ni en demostración de afecto paternal ni como a sus superiores. En su actitud no había señal alguna de deferencia hacia nosotros, y ¿quién puede soportar tal arrogancia?»

[\[42\]](#)

Este y otros muchos incidentes parecidos iban registrándose en la viva memoria del gran príncipe aún niño, que

soñaba con la venganza y esperaba el momento en que el miedo le abandonaría para poder defender sus derechos con toda justicia.

La ley y el orden conseguidos y mantenidos por Iván III y Vasili III desaparecieron dando paso a una completa anarquía, aumentando la violencia con la aparición de numerosas bandas de ladrones que rondaban por el país sin encontrar tropiezo alguno que les frenara en sus actividades, matando y saqueando a gusto. Cientos de personas escaparon a Lituania, desde Pskov y otros distritos cercanos a la frontera occidental, y otros huyeron hacia los bosques del norte, desde las regiones centrales.

Los tártaros estaban siempre dispuestos a sacar ventaja de cualquier síntoma de debilidad de Moscú, y el kan Saip Girei comenzó a mandar insolentes amenazas a Iván Shuisky. Este estaba interesado únicamente en conservar su ascendencia personal y respondió a las amenazas mandando un embajador con regalos para comprar la paz. El kan de Kazan exigió el pago de un tributo anual, y mandaba grupos de hombres a saquear Moscovia. Un cronista de la época escribió que los tártaros de Kazan «derramaban la sangre de los cristianos como si de agua se tratara. El pueblo, sin defensa, se escondía en los bosques y en cuevas; en muchos lugares donde habían existido viviendas crecían ahora

las malas hierbas. Los infieles reducían a polvo los monasterios y vivían y dormían en las iglesias, bebiendo en los vasos sagrados. Desnudaban los iconos para, con las vestiduras, hacer pendientes y collares para sus mujeres, e introducían carbones al rojo vivo en las botas de los monjes, obligándoles a bailar; violaban las monjas jóvenes, y a las personas que no se llevaban cautivas las dejaban ciegas, les cortaban las orejas, la nariz, los brazos y las piernas... Escribo -concluye el cronista- no según rumores, sino sobre lo que he visto y que nunca podré olvidar.

[\[43\]](#)

Pedro Friazin, el arquitecto italiano que había servido al gran príncipe

Vasili y que adoptó la religión ortodoxa, contrayendo matrimonio en Moscú, y estableciéndose en las tierras que había recibido en recompensa por sus servicios, huyó de Rusia en el año 1539, abandonando todas sus propiedades. Cuando, hallándose en Dorpat, le preguntaron el motivo de su huida, contestó:

«El gran príncipe y la princesa han muerto. El actual gran príncipe es todavía joven y los boyardos gobiernan a su gusto y cometen toda clase de violencias. En todo el país no hay justicia para nadie. Los boyardos luchan entre ellos y yo me marché dejando detrás de mí grandes rivalidades y desórdenes.»



# Capítulo sexto: Los terrores de la niñez

Durante el gobierno de los Shuiskey, tanto Iván como su hermano sufrieron un completo abandono. No tenían a nadie que les cuidara y vivían como podían, sufriendo a menudo hambre y frío. En el palacio abundaba la comida, los vestidos y las pieles, pero nadie pensaba en absoluto en los pequeños príncipes. Veinticinco años más tarde, Iván mismo exclamaría: «¡Cuánto he llegado a sufrir por falta de ropa y comida!»



Más que el sufrimiento físico, le atormentaba la angustia mental y el miedo. El miedo a Shuisky y a sus boyardos no le abandonaba un instante. En cualquier momento podían prenderle y mutilarle, abandonarle en un calabozo y dejarle morir de frío, o simplemente, podían matarles a él y a su hermano y quedarse definitivamente con el poder. La historia de Moscovia y Bizancio contenía muchos ejemplos de los extremos a que los hombres podían llegar empujados por sus ansias de poder. A su propio abuelo Vasili el Ciego, un primo suyo le había sacado los ojos luchando por el trono de Moscú. El conocimiento de tales hechos,

aunque hubieran ocurrido en el pasado, no hacía sino aumentar los temores de Iván. Se volvió observador e imaginativo y su precoz inteligencia se desarrolló en la soledad durante este período de su vida, mientras el miedo iba infiltrándose en su mente influenciando su carácter.

De nuevo los boyardos comienzan a mostrar señales de inquietud. Detestan a Iván Shuisky, pero al mismo tiempo temen tomar medida alguna en contra suya. Por fin, en julio de 1540 el metropolitano reúne todo su valor y actúa. Consigue el apoyo del Consejo Boyardo y una vez obtenido el consentimiento, puramente formulario, del gran príncipe Iván, libera a Iván

Belsky. Cuando Shuisky se entera de lo ocurrido, se pone furioso y jura vengarse, en especial del metropolitano, a quien él mismo había virtualmente elevado al cargo. Al mismo tiempo, sin embargo, se ve obligado a reconocer la fuerza que en aquel momento representa Iván Belsky, y deja el poder en sus manos.

Iván Belsky era uno de los boyardos que apoyaban la política nacional de Vasili III y Elena, y su gobierno fue muy superior al de los Shuisky, a quienes importaba únicamente su interés personal. Cuando Belsky subió al poder se aflojó la opresión y disminuyó la anarquía. Fue clemente en muchas ocasiones y

permitió a los Shuiskey, sus enemigos, que vivieran en libertad en sus propiedades. Con esto cometió una equivocación, como más tarde se vería. Asimismo, también fue un error por parte de Belsky hacer perdonar a su infame hermano Semeón, que se hallaba todavía junto al kan de Crimea planeando la invasión de Moscú junto con los tártaros, turcos y lituanos.

Moscovia podía considerarse afortunada de tener un jefe como Iván Belsky, que se sentía responsable de la defensa y el bienestar del país. El kan Saip Girei, convencido de que los moscovitas estaban demasiado divididos entre sí, bajo un gobierno débil, para poder defenderse de sus

enemigos del extranjero, trabajaba intensamente preparando una invasión con su horda de Crimea y la de Kazan, de su hermano el kan Safa Girei.

No llegaron a actuar conjuntamente las dos hordas, pero Moscovia tuvo que hacer frente a dos invasiones separadas, cualquiera de las cuales podía reducir el joven estado a ruinas.

En diciembre de 1540, el kan Safa Girei avanza desde Kazan con todos sus hombres, pero encuentra una fuerte resistencia. Cuando Iván Shuisky llega a Vladimir con órdenes de Iván Belsky y del Consejo Boyardo para ponerse al mando de las tropas allí reunidas, el kan se bate inmediatamente en retirada.

La amenaza más seria con que tuvo

que enfrentarse el país fue Crimea. El kan Saip Girei avanzaba hacia el Don con todos sus hombres y los refuerzos turcos. Los hombres enviados por Moscú para inspeccionar los avances del enemigo mandaban informes diciendo que el ejército tártaro era tan numeroso que cuando se hallaba en la estepa los ojos no alcanzaban a ver dónde terminaba

[46]. En Moscú se llevaban a cabo febriles preparativos para defenderse de la invasión tártara, e instintivamente todos los ojos se volvían hacia el gran príncipe en busca de protección y guía, aunque éste fuese sólo un niño. Iván imploraba en la catedral de Uspensky

con los ojos llenos de lágrimas, para que su país no fuera sacrificado, y en medio de sus temores sintió sobre sí el peso de la responsabilidad y la esperanza que su pueblo depositaba en él. «No tengo padre ni madre, ni conocimientos suficientes, ni fuerza en mis dedos -se lamentaba en sus oraciones implorando la ayuda divina-, pero el país pide que lo salve.»

[47] Iván hizo reunir el Consejo Boyardo para saber si debía alejarse de Moscú o quedarse allí. Los boyardos le pidieron que se quedara. Un gran príncipe de sólo diez años se había convertido en el eje de su pueblo, y en este momento de peligro nacional las

gentes le demostraron la fe y confianza que en él tenían, desde la aristocracia a los campesinos; todos miraban a este niño como si pudiera hacer un milagro para salvarles. Pero no estaban ni mucho menos inactivos. La amenaza tártara les unía para defender el país, y hasta los boyardos tomaron la decisión de prescindir por el momento del orden de precedencia, el mestnichestvo, y servir bajo las órdenes de los más capacitados y hábiles durante el período de guerra.

El 30 de julio de 1541, el kan llegó al río Oka. En la orilla opuesta se hallaba ya esperando el ejército de vanguardia moscovita, y el zar, creyendo que tenía delante de él a todas las fuerzas de que disponía Moscovia, se



preparó para cruzar el río mientras los artilleros turcos disparaban sin cesar sus cañones. Los rusos resistieron mientras comenzaban a llegar los cuerpos principales del ejército. Sorprendido el kan ante lo numeroso de las fuerzas rusas, se volvió a Semeón Belsky, que estaba junto a él, y le maldijo por haberle dejado creer que los moscovitas no podrían defenderse de sus ataques, ordenando en seguida la retirada de su ejército. Los kanes evitaban siempre llegar a encuentros cuerpo a cuerpo si no tenían de su parte una abrumadora superioridad.

En Moscú, el pueblo daba gracias a Dios en las iglesias. Les parecía un milagro haberse librado de los tártaros,

y en sus oraciones de acción de gracias incluían a su gran príncipe: «Soberano, hemos vencido gracias a tus angélicas oraciones y a tu buena suerte.»

[48] El gran príncipe era para ellos guía y talismán al mismo tiempo.

Una vez pasado el peligro, se reanudaron las discordias entre los boyardos. No eran una clase capaz de sofocar durante mucho tiempo sus rivalidades ni de una actuación conjunta prolongada, a no ser en momentos de gran peligro. No querían ni destruir ni desplazar a la aristocracia moscovita en beneficio de su clase, ni siquiera disminuir el poder de aquélla. A lo más que aspiraban era a la confirmación de

sus privilegios y posición, y que el gran príncipe acudiera en busca de asesoramiento al Consejo Boyardo. Estos eran sus limitados objetivos políticos, que, envueltos ellos mismos en disputas internas, perdían a veces de vista.

Iván Belsky se había mantenido a la cabeza de la nación dos años, y en conjunto su actuación podía considerarse acertada. Pero el simple hecho de que durante tanto tiempo ocupara el poder y que tanto el metropolitano como Iván le tuvieran en gran estima, le convertía en el blanco de los celos y el resentimiento de la corte. Algunos boyardos descontentos se reunieron con el príncipe Iván Shuisky,

que tenía a su mando el ejército que se había preparado para rechazar la invasión tártara y que se encontraba en Vladimir planeando apoderarse nuevamente del poder.

El plan de Shuisky era marchar hacia Moscú el 3 de enero de 1542; y al amanecer, un cuerpo del ejército formado por trescientos hombres penetraba en la ciudad apoderándose de Iván Belsky, de sus oficiales y de sus partidarios. Consiguieron acorralar al metropolitano en un rincón de su celda y le apedrearon, pero éste consiguió escapar y buscó refugio en el palacio del Kremlin. Los hombres de Shuisky le siguieron y mientras estaban buscándole un grupo de ellos irrumpió en el

dormitorio del gran príncipe. Debían faltar unas tres horas para salir el sol y el gran príncipe estaba durmiendo; al despertarse, debido al ruido y los gritos que aquellos hombres daban en su habitación, Iván se asustó terriblemente. Estaba convencido que aquellos hombres habían entrado en su aposento para apoderarse de su hermano y de él mismo y matarles. Los hombres pasaron a otros aposentos en busca del metropolitano, pero el miedo de Iván no disminuyó y mientras esperaba con ansia la llegada del nuevo día, creía que de un momento a otro sus verdugos regresarían. Esta fue otra de las experiencias que quedaron grabadas en su memoria, y que hizo que el miedo

formara permanentemente parte de su naturaleza.

Unas horas más tarde, Shuisky entró en Moscú sin encontrar oposición alguna y nuevamente se convirtió en el hombre más poderoso del país. El 3 de enero descubrieron el escondrijo del metropolitano Ioasaf, que estuvo a punto de ser asesinado. Más tarde fue depuesto de su cargo y enviado al monasterio de Belozersky. Shuisky esperó dos meses antes de nombrar al sucesor de Ioasaf. El cargo de metropolitano proporcionaba a la persona que lo ostentaba poder e influencia, y Shuisky no quería precipitarse para no encontrarse más tarde con otro hombre que se opusiera a

su voluntad, como en el caso de Ioasaf, que usó su poder en contra de él. Por fin, el nombramiento recayó sobre el arzobispo de Novgorod, Makary, que aparentemente había ganado el favor de la familia Shuisky cuando éstos eran boyardos de aquella república, y algunos dijeron que este nombramiento era la recompensa a un prelado ambicioso, que deseaba mayor poder y una posición más elevada. Es difícil de comprender el motivo que hizo unirse a Makary a los Shuisky en aquellos momentos, así como su aceptación del metrópolitanado. Makary era un ardiente partidario de la política tradicional de la Iglesia de prestar ayuda a los grandes príncipes de Moscú para reunir bajo su

poder central todas las tierras rusas; había hecho rebelar a los habitantes de Novgorod contra el príncipe Andrei Staritsky y se había mostrado leal a Iván y a su madre cuando ésta ocupaba la regencia del país. Quizá se daría cuenta de que los abusos egoístas de los Shuiskey estaban llevando al país al caos y destruyendo la unidad en la que él creía. Makary no era hombre ambicioso ni interesado, sino devoto y de altos ideales, y usó su autoridad en Moscú, cuando ejercía el cargo de metropolitano, para proteger al gran príncipe y al país.

Apenas Iván Shuiskey se había hecho cargo del poder cuando cayó enfermo y tuvo que retirarse a sus



propiedades en el campo. Otros miembros de su familia ocuparon su lugar, los príncipes Iván y Andrei Mikhailovich Shuisky y el príncipe Feodor Ivánovich Skopin-Shuisky, que continuaron ejerciendo un gobierno de corrupción y violencia. El gallo de pelea de este pequeño grupo que aterrizzaba a la corte y al país era Andrei Shuisky, hombre más violento, arrogante y cruel todavía que sus predecesores. Hacía uso del poder sin prestar consideración alguna al Consejo Boyardo, y toda Rusia, desde el gran príncipe Iván hasta el más humilde campesino, vivía en perenne terror de lo que podría hacer.

Iván temía tanto como odiaba a

Andrei Shuisky. Sin embargo, ahora Iván tenía ya doce años, era cada vez más alto y había dejado de ser un niño, y se le trataba de distinta forma. Ya no tenía que soportar el despreciativo abandono de los años que siguieron a la muerte de su madre, cuando era una criatura. Ahora los Shuisky le adulaban y le rodeaban de jóvenes irresponsables e indiferentes que le entretenían y le impedían fijar su atención en otras cosas, vigilando al mismo tiempo que no se presentara un posible rival que ganara su confianza y su afecto.

Iván pasaba las horas entretenido en juegos violentos en el Kremlin montando a caballo y cazando en los bosques que rodeaban la ciudad. Eran en

realidad pasatiempos inofensivos, pero en manos de los Shuisky se convertían en aficiones malvadas. Animaban a Iván a desarrollar su gusto por la crueldad, los placeres vulgares y las costumbres vergonzosas. Al igual que su padre, era un apasionado de la caza, pasión que derivó en el placer de torturar animales. Junto con sus compañeros hacía llevar a la parte más alta de las murallas y a las torres más altas del Kremlin, perros, gatos, osos y otros animales, desde donde los tiraban. Otro de sus juegos consistía en galopar a través del barro y la porquería de las calles de Moscú, echando al suelo a todas las personas que encontraban a su paso, jóvenes o viejos.

También bajo la influencia de estos compañeros se inició Iván en el gusto de la bebida y el placer de la lujuria.

Sin embargo, tales diversiones no absorbían a Iván tanto como Shuisky esperaba. Se atrevió a demostrar un afecto especial a Vorontsov, que no pertenecía a su partido, y después de llevar a cabo varios intentos para echar a Vorontsov de la corte, los Shuisky apelaron a la fuerza. El 9 de septiembre de 1543 se reunió el Consejo Boyardo en presencia de Iván y del metropolitano. Era una ocasión solemne; los boyardos llevaban sus abrigos rígidos de brocado, cubiertos de perlas y piedras preciosas, que les llegaban hasta el suelo y se sentaban a ambos

lados del salón. Iván, sentado en el trono, vestía sus mejores atavíos, con joyas todavía más valiosas.

La reunión iba transcurriendo con la ponderada dignidad y el ceremonial que desde los tiempos de Iván el Grande caracterizaba la corte de Moscú. De repente, los Shuisky, capitaneados por el príncipe Andrei, irrumpen en el salón, hacen toda clase de acusaciones contra Vorontsov, le cogen y se lo llevan a otra habitación. Allí le golpean y le desnudan. Por los gritos y los chillidos que se oyen parece que le estén matando a golpes. Iván envía al metropolitano y a los dos boyardos Morozov para interceder por la vida de aquél. Estos emisarios consiguen hacerse oír y

tranquilizar algo a los asaltantes. Los Shuisky escuchan los ruegos del gran príncipe y de mal grado consienten en no matar a Vorontsov, pero le arrastran hasta la prisión. De nuevo Iván intercede, pidiendo, a través del metropolitano, que Vorontsov pueda salir del país, ya que no permiten que se quede en la corte ni en Moscú. Esta vez los Shuisky no se dignan enterarse de la petición de Iván hasta que éste manda otros mensajeros pidiéndoles clemencia.

Este incidente, que tan humillante debía ser para Iván, como gran príncipe, aumentó su determinación de librarse de la tiranía de los Shuisky. Tenía entonces trece años y vivía en perpetuo terror de que le mataran a golpes, le enterraran

vivo en un calabozo, o le asesinaran en el momento menos pensado. Pero estaba próximo ya el día en que se negaría a ser únicamente la fuente de poder, silenciosa e impotente, poder que él mismo no usaba. También los boyardos y hasta el mismo metropolitano tenían miedo a Shuisky y sus seguidores, pero Iván no podía contar con nadie para ayudarlo a llevar a cabo sus planes. Cada vez iba dándose cuenta con más claridad de su verdadera posición y del poder que le pertenecía y, ya sea siguiendo consejos del metropolitano Makary u otra persona, o bien por propia iniciativa, tomó por fin una decisión y actuó con gran valentía.

El 29 de diciembre de 1543, Iván

da repentinamente órdenes de arrestar a Andrei Shuisky y echarlo a una cuadrilla de perros que le despedazan. Todo Moscú quedó atónito y al mismo tiempo aliviado ante esta rápida desaparición del hombre más temido y odiado por el país, y para Iván, cuyas órdenes habían sido obedecidas con tanta prontitud, el incidente resultó experiencia extraordinaria que le permitió darse perfecta cuenta de todo el alcance del poder que tenía en sus manos. De una manera rápida y definitiva había hecho desaparecer las cadenas que le tenían prisionero a él y a la nación. Y desde aquel momento, según dicen los cronistas de la época, los boyardos comenzaron a temer a su gran príncipe





# Capítulo séptimo: Zar por la gracia de Dios

El mandato de los boyardos no había todavía llegado a su fin, pero Iván se había liberado del terror que le tenía prisionero. Después de la muerte de Andrei Shuisky, los que le rodeaban le trataron con deferencia y respeto. Si lo hubiera deseado hubiera podido empuñar las riendas del país, pero era demasiado joven y desinteresado para ello, prefiriendo dejar tales responsabilidades a sus dos tíos los príncipes Yuri y Mikhail Vasielievich Glinsky, y a su abuela, la princesa Anna

Glinskaya, que tuvieron gran cuidado de mantenerse en segundo plano, evitando cualquier apariencia de querer usurpar la autoridad de Iván. Sin embargo, sus inicuos abusos y su egoísmo, siguiendo los malvados sistemas de los Shuiskey, pronto pusieron en contra suya al pueblo.

Al mismo tiempo, Iván, aunque no estaba preparado, ni quizás interesado en aceptar todas las responsabilidades de su gobierno, deseaba afirmarse en su posición y ganar renombre como gobernante de Moscovia. Tenía la impaciencia de un muchacho de quince años que quiere llevar a cabo una empresa atrevida para que los suyos le amen y le aclamen. Y nada tenía tantas

probabilidades de atraerse el entusiasmo popular hacia su persona como una victoria contra los tártaros. Así, pues, en abril de 1545 proclamó una campaña contra Kazan, siendo éste su primer acto de importancia como gobernante.

Al mes siguiente las tropas moscovitas se dirigieron hacia el Este; parte en barcazas siguiendo el curso del río, y parte por tierra, alcanzando un cierto número de victorias que, si bien no fueron muy importantes, eran alentadoras. Más importante que las victorias era el hecho de que la presencia de los ejércitos moscovitas causara tanta alarma entre los tártaros, que las rivalidades, siempre latentes

entre éstos últimos, estallaron en conflicto declarado. En enero del mismo año, Iván se desplazó a Vladimir para estar cerca del lugar de la lucha, y allí tuvo conocimiento de que el kan Safa Girei se había visto obligado a huir de Kazan y que muchos de los componentes de su guardia de Crimea habían muerto en luchas internas. Los tártaros de Kazan enviaron emisarios a Iván, rogándole olvidara su descontento y designara un nuevo kan, que ellos querían fuera Shig Alei. En junio del mismo año, el príncipe Dmitri Belsky, caudillo de las tropas moscovitas, cabalgó hacia Kazan y nombró kan a Shig Alei. Pero, no bien Belsky hubo partido, los tártaros se sublevaron contra su nuevo kan y

devolvieron el poder a Safa Girei, en un gesto muy típico y que retrata su volubilidad; si tenían un caudillo fuerte, los tártaros se convertían en un enemigo también fuerte y temible, pero cuando se hallaban divididos en facciones internas, luchaban con furia entre ellos y no podían preverse sus reacciones. Así, pues, a Iván no le fue posible obtener la resonante victoria con que soñaba.

En aquella época, Iván no podía resistir la tentación de utilizar en la corte y entre los suyos el poder del que le habían mantenido apartado tanto tiempo, pero lo usaba de forma caprichosa y para su propia satisfacción. Aprovechaba todas las oportunidades que se le presentaban para vengarse de

los boyardos, a los que consideraba culpables, como clan, de las injusticias e infortunios de su niñez.

Desde 1544 a 1546, Iván se dedica a humillar y castigar a los boyardos por la más pequeña falta, sin tener en cuenta en absoluto si en el pasado se habían opuesto a los Shuisky o les habían ayudado. Feodor Vorontsov, a quien había salvado de la muerte en manos de los Shuisky, cayó en desgracia, parece que por haberse envanecido del afecto que Iván le profesaba, con lo que se ganó una sumarísima ejecución. Muchos fueron exiliados a sitios lejanos o metidos en la cárcel. Afanasy Buturlin, de noble familia, fue acusado de hablar con insolencia, seguramente en

presencia de Iván, y le cortaron la lengua en público.

En diciembre de 1545, seguramente por la intercesión del metropolitano, Iván perdona a sus boyardos. Pero no fue un perdón total, sino una tregua, ya que cinco meses más tarde de nuevo le ataca la sospecha y vuelve a arremeter contra ellos. Se había desplazado hasta Kolomna con parte de sus tropas, unas setenta millas al sudeste de Moscú, ya que se esperaba que los tártaros de Crimea saquearan aquellos lugares, y mientras esperaba montado en su caballo y rodeado de su séquito, un grupo de arcabuceros de Novgorod se dirigió hacia él, haciéndole una petición. Pero Iván los despidió con enfado y al



ver que aquéllos no querían marcharse, mandó a los hombres de su séquito que los dispersaran. Como los de Novgorod no retrocedieron, hubo lucha y murieron seis hombres.

El incidente enfureció a Iván, pero también le hizo pensar. La conducta agresiva y obstinada de aquella gente le preocupaba. Envió inmediatamente a Vasili Zakharov, uno de sus más íntimos consejeros, para hacer una investigación, y éste le informó después que los de Novgorod habían sido incitados a comportarse como lo habían hecho por tres boyardos, que les habían alentado a proferir amenazas al mismo gran príncipe. En opinión del cronista que nos narra el incidente, este informe

era falso, pero Iván, que siempre estaba dispuesto a considerar culpables de lo que fuera a sus boyardos, inmediatamente ordenó la ejecución de los tres acusados

[\[50\]](#).

Estos hechos son una muestra de la arbitrariedad y la poca responsabilidad con que el gran príncipe de dieciséis años hacía uso de su poder. Sin embargo, ¿no es ésta la forma en que él había visto que los demás gobernaban? Durante la anarquía del gobierno boyardo el arma que imperaba era la fuerza bruta. Ciertamente que durante el tiempo en que el país se halló bajo la influencia de los Belsky, cuando las

amenazas de los tártaros habían servido para unir hasta a los mismos boyardos en un movimiento instintivo de defensa popular, el ambiente había sido distinto, pero una vez los tártaros dejaron de ser una preocupación, los boyardos habían vuelto de nuevo a su corrupción y violencia. En ausencia de mejor guía ni ejemplo, Iván adoptaba los métodos que usaban los demás. La única persona entre las que rodeaban a Iván que podía darle mejor ejemplo era el metropolitano Makary.

Makary resultaba una figura fascinante y hasta algunas veces enigmática en la corte de Iván. Hombre de una personalidad fuerte y persuasiva, parece relegado a un papel sin

importancia, y sin embargo, su influencia se infiltraba en todos los rincones del Kremlin. Cuando llegó a Moscú era ya muy conocido en el país como orador y pastor de almas, y se le veneraba como a hombre muy santo. El clero ruso ortodoxo no acostumbraba a predicar principalmente porque sus componentes eran personas poco cultas e ignorantes en muchos aspectos y temían decir herejías, pero cuando Makary era arzobispo de Novgorod hablaba al pueblo haciéndose entender por medio de historias y parábolas que les dejaban maravillados y cuyo significado comprendían con claridad, considerándole un hombre de inspirada elocuencia y gran sabiduría. Y como

pastor de almas, Makary cuidaba con mucha más dedicación que sus predecesores a los pobres y huérfanos y abrió más libremente las puertas de sus monasterios a los necesitados.

Makary no era solamente un eclesiástico con sentido práctico, sino también un hombre erudito y un historiador. Tenía la intención de recopilar en una sola obra todas las vidas de los santos y sus enseñanzas, y guiado por este propósito escogió para comenzar su labor la Mineya-Chetya, una obra bizantina del siglo IX, que estaba ordenada de forma que servía de lectura devota durante un mes. A esta obra, Makary añadió las enseñanzas y la historia acumuladas durante cinco siglos

de cristiandad en Rusia. Para poder llevar a cabo este trabajo reunió un grupo de colaboradores instruidos, del cual formaba parte el padre Sylvester, que tan importante papel había de representar más adelante. Con estos ayudantes, Makary trabajó durante diez años en su gran obra, en Novgorod, y hacia 1541 había conseguido preparar más de 13.500 páginas grandes que incluían 1.300 vidas de santos y escrituras sagradas de todas clases. Cuando fue designado para ocupar el metropolitanado de Moscú se trasladó a la capital con todos sus ayudantes y su obra, a la cual iba añadiendo más cosas todavía.

Durante los primeros años de la

estancia de Makary en Moscú el principal entretenimiento de Iván consistía en cabalgar salvajemente por el campo, visitando monasterios y dando rienda suelta a su pasión por la caza. No se preocupaba en absoluto de las dificultades y el descontento del pueblo, ocupándose solamente de su propia satisfacción. En 1546 él y su hermano Yuri visitaron Novgorod y Pskov durante los meses de otoño y dejaron un amargo recuerdo de su paso a los habitantes de aquellos lugares. Las gentes de Pskov se quejaron de que el gran príncipe no había prestado atención alguna a sus problemas locales. Una de sus mayores dificultades era el abuso de autoridad por parte del Nastavnik,

equivalente a un gobernador, que había sido nombrado por los Glinsky. Y si hemos de creer los relatos del pueblo, en Novgorod Iván llegó a cometer robos en la catedral de Santa Sofía. Los habitantes de ambas ciudades fueron alimentando un amargo resentimiento hacia su gran príncipe al mismo tiempo que su odio hacia los Glinsky. También la aversión que la ciudad de Moscú sentía por los Glinsky iba en aumento, y había pronto de encontrar una válvula de escape en las revueltas y demostraciones populares de descontento.

Sin embargo, no todo su tiempo lo ocupaba Iván en cazar y cabalgar, ni estos deportes absorbían su caudal de



energía, ni adormecían su mente inquisitiva e inquieta. Durante su niñez había aprendido algo de gramática y recibido una cierta enseñanza al estilo de la época en Rusia, o sea aprendido de memoria el Salterio, as páginas de los Evangelios y el Libro de las horas y repitiéndolos sin cesar. Absorbió tan por completo el contenido de estos libros, que años más tarde podía en cualquier momento citar fácilmente trozos de las escrituras para reforzar sus argumentos y hacerlos más directos utilizando ilustraciones bíblicas adecuadas a cada caso.

Con los años crecía la avidez de Iván por leer todo lo que le caía a las manos. Estudió la Biblia, la historia de

Grecia y de Roma, los escritos de los santos varones y las vidas de los santos, y de todo se acordaba. Es probable que Makary le ayudara en estos estudios, y desde luego el mismo Mineya-Chetya debía de proporcionarle material en abundancia de la misma clase que a él le interesaba, ya que Iván estudiaba con una idea fija.

El gran príncipe se daba perfecta cuenta de la herencia que había recibido de su abuelo y de su padre, a los cuales veneraba. Comprendía que habían seguido una política de unión, para poder llegar a reunir todas las tierras rusas bajo el gobierno de Moscú, aumentando la autoridad y la dignidad del gran príncipe. Iván hizo suya la idea

y con valerosa sinceridad se propuso continuar la empresa y ampliarla en lo posible. Llegó a identificarse a sí mismo con su gente y con su reino al mismo tiempo que imaginaba a Moscovia convertida en el futuro en una gran nación. Al mismo tiempo su idea del poder y de su posición fue desarrollándose hasta que se consideró soberano designado por Dios y eje de toda la nación.

Hasta el siglo XV las relaciones entre el gran príncipe y sus vasallos se habían distinguido por una gran sencillez. Ni los clérigos, ni los campesinos, ni los habitantes de las ciudades temían hablar personalmente con su gran príncipe. Cuando en el año

1480, hallándose los rusos preparados para rechazar el ataque de los tártaros, Iván III, en lugar de quedarse junto a sus tropas había regresado súbitamente a Moscú, sus súbditos le criticaron abiertamente y con dureza, acusándole de no haber cumplido su deber de defenderlos contra el enemigo

[51]. Vassian, arzobispo de Rostov, no fue con rodeos y le llamó desertor y cobarde

[52]. Años más tarde Josef, el conocido abad de Volokolamsk reprendió en una ocasión al gran príncipe Vasili, padre de Iván, por comportarse poco respetuosamente ante

un hombre al servicio de la Iglesia y aquél al escucharle, se levantó, se quitó con humildad el sombrero y pidió perdón

[53]. Estas relaciones francas y sencillas entre el gran príncipe y su pueblo pronto habían de considerarse descabelladas, aun tratándose de un venerable clérigo.

Cuando hacia finales del siglo XV Iván III adoptó como escudo el águila de dos cabezas de los emperadores bizantinos, dio un símbolo a la transformación que estaba efectuando el sentido del trono en Rusia. Su casamiento con Sofía Paleóloga, sobrina del último emperador, constituyó un

paso muy importante en su camino, ya que le permitió proclamarse heredero y sucesor de los emperadores bizantinos. No es probable que ni el mismo Iván, hombre muy realista y hasta cínico en sus sistemas políticos, creyera que Sofía podía proporcionarle algún título legal

[54], pero no por ello dejaba de hacer uso de símbolos, leyendas y posibles asociaciones para apoyar sus pretensiones y ganarse la credulidad y la ayuda del pueblo.

En el siglo XV los grandes príncipes comenzaron a difundir su genealogía reconstruyéndola directamente desde los emperadores romanos. Una leyenda que según parece

se inició más tarde, durante el reinado de Iván III, nos relata cómo el emperador Augusto dividió su imperio entre sus hijos, cediendo a su hermano Prus un reino a orillas del río Nieman, que había de conocerse con el nombre de Prusia. Se aseguraba que Rurik, el fundador de Rusia, procedente de Varanger, era descendiente directo de Prus, y siguiendo esta línea, él y sus sucesores los autócratas moscovitas podían encontrar todos sus antepasados desde los tiempos de los emperadores romanos. Aunque este árbol genealógico no dejara de tener la apariencia de una ingenua fábula, no por ello sería citado con menos convicción por Iván en 1563 con motivo de unas negociaciones con

los embajadores de Polonia, deseando justificar su título de zar

[\[55\]](#).

Otra leyenda que apareció casi al mismo tiempo que la primera entró también a formar parte de este mundo creado por la imaginación rusa, y se refería al príncipe de Kiev, Vladimir Monomakh. Dice la leyenda que habiendo sido coronado Vladimir en Kiev, envió tropas para amenazar con la guerra a Constantino Monomachus (1042-1054) de Constantinopla y éste mandó al metropolitano griego a Kiev con regalos y con su propia corona para proponer la paz y para que los países ortodoxos pudieran vivir en armonía



«bajo la autoridad conjunta de nuestro imperio y de tu poderosa autocracia»

[56]. Vladimir aceptó la proposición de Constanino y al coronarse tomó el nombre de Monomakh, zar de la gran Rusia por inspiración divina. Y en adelante siempre se usó el Shapka Monomakha (casquete de Monomachus) para coronar a los zares de Rusia.

Hay que buscar la explicación de esta leyenda en la pretensión del gran príncipe moscovita de ser el heredero de los emperadores bizantinos en su sentido más amplio. El emperador había ejercido poder absoluto sobre sus vasallos tanto en el campo político como en el eclesiástico. Cuando en el

año 1453 Constantinopla cayó bajo el poder de los turcos, Moscú recabó el reconocimiento de sus derechos de sucesión para sí misma y para su autocracia. Con motivo de un Concilio de la Iglesia en el año 1504, al definir las obligaciones del zar en dieciséis capítulos, se indicaba que «el zar es por naturaleza igual a cualquier otro hombre, pero en lo referente a su poder y sus funciones es igual al más alto Dios»

[\[57\]](#).

Un monje llamado Philotheus, del monasterio de Pskov, en una carta dirigida a Vasili III, padre de Iván, decía lo siguiente:

«Deseo añadir unas pocas palabras

respecto al actual imperio ortodoxo de nuestro señor; él es el único emperador (zar) de los cristianos en la tierra, la cabeza de la Iglesia apostólica, que ya no tiene su sede en Roma ni en Constantinopla, sino en la bendita ciudad de Moscú. Únicamente ella brilla en todo el mundo más esplendorosamente que el sol... Todos los imperios cristianos han caído y en su lugar se alza solamente el imperio de nuestro príncipe, según se cita en los libros proféticos. Han caído dos Romas, pero la tercera permanece, y nunca existirá una cuarta.»

[\[58\]](#)

Estas manifestaciones las hacía Philotheus en los comienzos del siglo

XVI y probablemente iban más lejos de la comprensión de la propia Moscú en aquellos tiempos, pero sin duda alguna fueron de efectos emocionales tremendos sobre un pueblo devoto en tan alto grado. Para sus habitantes la Iglesia era quien marcaba su camino y su comportamiento en las tareas cotidianas, disponiendo sus ritos, sus fiestas y los días sagrados. Sin embargo, la forma de sentir de aquellas gentes queda expresada con toda su sencillez por el cronista, que en 1512 escribía:

«La ciudad de Constantinopla ha caído, pero nuestra tierra rusa crece, y es joven y exaltada gracias a la ayuda de la Madre de Dios y de los santos. Así sea, ¡oh Cristo!, hasta el fin de los

tiempos.»

[59] No era suficiente para Iván que la fuente de su poder estuviera representada por la herencia que su padre le había dejado y que él aumentó hasta incluir la mayoría de los imperios rusos que pretendía dominar. Deseaba que su poder estuviera respaldado en la base más noble e irrefutable de la mano divina, como sugería el ejemplo de Bizancio. Cuando el emperador Federico III le ofreció el título de rey, Iván III rechazó con orgullo la oferta diciendo: «Nosotros, por la gracia de Dios, hemos sido autócratas de nuestra tierra desde un principio, desde nuestros primeros antepasados, y nuestro

nombramiento nos proviene de Dios.»

[\[60\]](#)

Iván admitió con apasionado fervor este proceso de elevación del autócrata moscovita hasta el punto de que «en poder y en sus funciones es igual al más alto Dios»

[\[61\]](#). Producto de su época, era muy devoto y tenía dentro de sí la fe profunda y primitiva de los primeros cristianos, que la Iglesia ortodoxa inculcaba a sus seguidores. Podía aceptar con facilidad, como parte de su fe y de su herencia, la idea de que había sido enviado por Dios para ocupar el trono y desempeñar su papel por inspiración divina para defender a la

cristiandad.

Los habitantes de Moscú aceptaron con igual rapidez la idea de la procedencia divina del monarca, al igual que estaban haciendo la mayor parte de los pueblos de Europa en aquella época. Era el siglo de las monarquías, en que el derecho divino de los reyes era proclamado con pasión, y prestar obediencia al monarca era un deber porque éste lo era todo: el símbolo y la fuente de la unidad y seguridad a que aspiraban. Vemos, pues, que, aunque de una manera independiente, Iván seguía la misma línea de evolución de las otras monarquías europeas del momento, manteniendo sin embargo sus raíces dentro de las tradiciones de Moscovia.

Esta teoría influyó de una forma muy especial sobre la naturaleza de Iván, que siempre se había visto dominada por el miedo. Su niñez le había hecho acostumbrarse a desconfiar de todos, costumbre que había degenerado en una aprensión morbosa. Para él cada persona era un enemigo que estaba conspirando para destruirle, y destruir al mismo tiempo la nación, y veía en los boyardos a sus mayores enemigos. Buscaba febrilmente pruebas de su poder absoluto durante la lucha sin cuartel a que se vio impelido para proteger su trono y su dinastía y para reafirmar la propia nación. Ni siquiera durante el régimen del terror bajo los Shuisky nadie había osado poner en



duda su rango; los boyardos le habían humillado y abandonado en su niñez, pero sin dejar de considerarle su gran príncipe, y aún a pesar de todo Iván buscaba pruebas, quizá para convencerse a sí mismo de la divina naturaleza de su poder, y quizá también para encontrar en tales pruebas la justificación moral del odio y la amargura que sentía latir dentro suyo. Evidentemente, quería demostrar a sus boyardos y súbditos, y sin duda alguna al mundo entero, que su posición y su poder eran intocables.

Todo lo que Iván leía lo asimilaba de acuerdo con sus propias convicciones y buscaba a través de las escrituras y de la historia ejemplos y

textos que le sirvieran para sus fines, identificándose a sí mismo con las grandes figuras bíblicas y de la historia. Quería gobernar con el poder absoluto de Augusto y Teodosio, y tomar ejemplo de Salomón y David porque él también había sido designado por Dios para ocupar su cargo. En sus reflexiones sobre su sucesión al trono y la naturaleza de su autoridad, llegó a aclarar la concepción de las funciones del autócrata moscovita. La integraban tres elementos: primero, la fuente de su poder era Dios; segundo, Moscovia como heredera de Bizancio era el único representante existente y defensor de la Iglesia ortodoxa, es decir de la cristiandad; y tercero, como heredero

directo de Vladimir Monomakh el gran príncipe de Moscovia era el verdadero autócrata de toda Rusia. La aceptación de estos elementos llevaba a aceptar el hecho de que cualquiera que osara oponerse a sus deseos era culpable de traición y apostasía.

Tanto Vasili III como Iván III, padre y abuelo de Iván respectivamente, habían abierto el camino y marcado el sendero que había de llevar a este resultado, pero Iván desarrolló la idea por completo. Ya a la edad de dieciséis años parece que se daba perfecta cuenta de su posición y lo que ésta significa. Aunque su inteligencia era precoz y su carácter impetuoso, en parte debido a su obsesión por su seguridad personal, se

hace difícil creer que estas teorías las desarrollara y comprendiera por sí mismo, sin ayuda de nadie. El metropolitano Makary, hombre sabio y culto y que compartía esta idea de poder absoluto, es de suponer que le influenciaría y le guiaría.

Sin embargo, según el cronista de la época, parece que fue el mismo Iván quien convocó al metropolitano y después a sus boyardos y les anunció de una forma súbita y teatral que iba a ser coronado no como gran príncipe sino como zar

# **Capítulo octavo: Coronación, matrimonio y los incendios de Moscú, 1547**

El 13 de diciembre de 1546 Iván sostuvo una larga conversación en privado con el metropolitano, quien salió del aposento con una sonrisa de satisfacción en los labios. Al día siguiente, después de rezar sus oraciones en la catedral Uspensky, Makary reunió a todos los boyardos y

les condujo al palacio del Kremlin, donde Iván les aguardaba. Muchos de ellos imaginaban que algo importante iba a serles comunicado, pero pocos esperaban las sorprendentes manifestaciones que escucharon.

Después de haber invocado la bendición de los santos, Iván dijo con gran sencillez que había decidido contraer matrimonio, y después, dirigiéndose al metropolitano, continuó:

*«Al principio pensé casarme con la hija de un rey o zar de otro país, pero rechacé la idea porque no quiero casarme con ninguna extranjera. Yo era todavía muy joven cuando mi padre y mi madre me dejaron, y si escojo una esposa de otra nación, con costumbres*

*distintas a las mías, nuestra vida en común será muy desgraciada; así pues, deseo casarme con una mujer de mi reino, a la que Dios bendiga por medio de tu bendición.»*

[63]

Dice el cronista que, tanto el metropolitano como los boyardos, sintieron acudir las lágrimas a sus ojos al escuchar estas palabras, pronunciadas con tal dignidad y entereza por una persona tan joven. Pero las palabras que a continuación dijo Iván les dejaron a todos atónitos. Dijo que también había decidido tomar antes de su matrimonio «los títulos de mis antecesores y... de

mi pariente el gran príncipe Vladimir Vsevolodovich Monomakh» incorporándolos a su imperio, y ser coronado

[\[64\]](#).

Esta decisión de que Iván fuera coronado desagradó a muchos boyardos. Iván había ya dado muestras de su suspicacia y hostilidad hacia éstos y los nuevos acontecimientos podían solamente redundar en un aumento del poder autocrático que mantenía sobre ellos. Pero aceptaron la situación con sus acostumbradas demostraciones de humilde obediencia, expresando su complacencia y beneplácito por la decisión del gran príncipe.



Iván fue coronado zar de toda Rusia el día 16 de enero de 1547, con el magnífico ceremonial de la Iglesia ortodoxa, pero esta coronación constituyó un acontecimiento excepcional y casi sin precedentes. Iván fue coronado zar, no gran príncipe. Su abuelo, Iván III, había usado el título de zar de toda Rusia, pero de una forma intermitente y sin todo el significado que Iván daba a este nombramiento. Además, esta era la primera coronación que se hacía tomando como modelo los precedentes bizantinos y de la cual se dijo que los distintivos reales utilizados fueron los recibidos cinco siglos antes del emperador Constantino Monomachus

Una vez coronado zar, Iván continuó los preparativos de su boda. Ya en el mes de diciembre antes de ser coronado, oficiales veteranos de la corte habían galopado a todos los rincones del reino con un bando, dirigido a príncipes, boyardos y terratenientes, en el cual, después de citar los títulos y dignidades del autócrata, se decía:

«Cuando este mensaje llegue hasta vosotros, los que tengáis hijas solteras debéis presentaros con ellas a mi representante en cada ciudad, para pasar un examen, no debiendo bajo ningún concepto esconder a vuestras hijas...»

Había muchos cabezas de familia que tenían en gran estima la paz y seguridad de que disfrutaban en sus posesiones y no deseaban mezclarse en las salvajes luchas por la posición y el poder que convertían a Moscú en un lugar de verdadero peligro. La conexión directa con el autócrata por medio del matrimonio proporcionaría a la familia gran rango y autoridad, pero a un precio que muchos boyardos consideraban demasiado alto. Esta actitud estaba tan extendida que el edicto del zar incluía una advertencia en el sentido de que todo aquel que escondiera a sus hijas solteras caería en desgracia y podría hasta ser ejecutado.

Las jóvenes que fueron escogidas

por su belleza, piedad y buen carácter, fueron reunidas en Moscú para que el zar hiciera su elección definitiva. El padre de Iván, Vasili III, se había hecho traer ante él 1 500 de las más hermosas muchachas del país para escoger entre ellas a su primera esposa, según nos cuenta Herberstein

[67]. Iván seguramente hizo su elección entre un número de jóvenes parecido, pero no se conocen los detalles ni las razones de por qué su elección recayó sobre Anastasia, hija del difunto Okolnichy, Román Yurievich Zakharin-Koshkin, cuya familia era de origen prusiano emigrada a Moscovia en el siglo XIV y que tenía que dar a Rusia

## la dinastía de los Romanov

[68]. El tío de Anastasia, Mikhail Yurievich, ostentó el cargo de consejero de confianza de Vasili III y quizás este hecho favoreció la elección de Anastasia. Los boyardos, sin embargo, se horrorizaron de que el zar contrajera matrimonio con una mujer de tan humilde origen. Su abuelo habíase casado con una princesa de Bizancio y su padre con una joven de una familia que, si bien poseía muchos enemigos, no podía negarse que fuera eminente y noble. Pero Iván escogía una novia cuya familia no tenía el menor vestigio de origen principesco y los boyardos no solamente la consideraron indigna de su

zar, sino que ellos mismos se sintieron ofendidos, lo que había de dar lugar a resentimientos y dificultades.

Anastasia poseía todas las virtudes femeninas más apreciadas entre los rusos ortodoxos, es decir: humildad, caridad y piedad, las cuales hacían de ella una compañera gentil y obediente. En Moscovia las mujeres estaban por completo relegadas a un plano de subordinación con respecto al marido y su vida era difícil y en muchas ocasiones poco agradable. Herberstein nos dice que los moscovitas «consideran una mujer virtuosa solamente si vive encerrada en su casa y no sale de ella para nada»

[69]. Ni tan siquiera eran libres para ir a la iglesia en las fiestas públicas. Las mujeres de las familias nobles, relegadas al harem, sus aposentos especiales, llevaban una vida de aburrimiento, cuya monotonía quedaba solamente aligerada con labores de hilado y costura. Su única ocupación era tener hijos, ya que los criados se encargaban de todos los trabajos domésticos. Entre las clases más plebeyas las mujeres no vivían apartadas de la sociedad y trabajaban de tal forma que se convertían en simples bestias de carga. Si una mujer tenía carácter, podía quizás ejercer gran influencia dentro de su familia, pero esto ocurría solamente en casos

excepcionales. Y desde luego, la mujer del autócrata tenía que servir de modelo para las demás.

El 13 de febrero el metropolitano ofició el matrimonio en la catedral Uspensky

[70]. La pareja se presentó ante el pueblo, que les bendijo a gritos, y luego los moscovitas se dedicaron a celebrar el acontecimiento con fiestas que duraron varios días. Pero Iván y Anastasia dejaron las alegres celebraciones para los demás, y aunque el país se hallaba bajo el helado manto del invierno, caminaron juntos, en varias etapas, las cuarenta millas que separaban Moscú del monasterio de



Troitsa, donde pasaron la primera semana de Cuaresma, rezando cada día ante la tumba de San Gregorio.

Estas demostraciones de piedad tan profunda y sincera formaban parte de la vida diaria de todos los moscovitas y por ello eran de esperar de una forma natural por parte del autócrata. En aquella violenta época la devoción cristiana iba unida a la crueldad y la barbarie, no solamente en Moscovia sino en toda Europa. Esta posibilidad de combinar una gran brutalidad con la piedad y hasta la ternura, la poseía Iván en alto grado. Podía sentir afecto por los demás, y los que conseguían apartar de él sus morbosas sospechas y ganar su confianza descubrían un alma bondadosa

que deseaba ser amada y amar a su vez.

Anastasia supo apelar a sus buenos sentimientos y él siempre la trató con suave afecto y respeto. Más tarde, su esposa había de ejercer sobre él una influencia tranquilizadora, pero lo que ella no pudo conseguir fue mitigar inmediatamente sus odios ni hacer desaparecer su desconfianza en los demás. Cuando Iván sentía a su alrededor hostilidad o simple oposición, inmediatamente creía sentirse rodeado de enemigos, y en tales casos su furia era irreprimible.

En los años que estamos describiendo, Iván, a pesar de las cristianas promesas y juramentos de que era responsable como zar desde su

coronación y el ejemplo de piedad cristiana que daba con su zarina, estaba intoxicado por su poder, recién descubierto. Era un autócrata, nada podía serle negado y nadie podía oponerse a él. Se entregaba a sus gustos más vulgares, a los divertimientos, bebida y deportes crueles y jugaba con el poder, elevando y derribando a quien le parecía. Los Glinsky continuaban teniendo en sus manos las riendas del país y, aparte de estar obligados a aceptar como buena cualquier extravagancia del zar, eran libres para seguir sojuzgando a los boyardos y al pueblo en su propio beneficio. Los nastavniki o gobernadores nombrados por ellos se portaban sin consideración

hacia el pueblo, y los que sufrían bajo su poder no podían hacer nada para mejorar su situación.

Los habitantes de Pskov, que, al igual que los de Novgorod, tenían una tradición de libertad e independencia, se sentían siempre más dispuestos a manifestar sus quejas y pedir justicia que las gentes de la Rusia central, y en esta ocasión decidieron atrevidamente presentar al zar sus quejas sobre el mal uso que del poder hacía su *nastavnik*, el príncipe Turantai-Pronsky.

Los diecisiete habitantes de Pskov, que habían sido escogidos por sus conciudadanos para presentar su petición, junto con las debidas acusaciones y pruebas contra el

nastavnik, partieron hacia Moscú y consiguieron ver al zar en el pueblo de Ostrovka, pero éste se negó a escucharles, ya que su misma presencia le resultaba insultante. En un ataque de rabia se puso a gritar y les insultó, condenándoles a muerte. Hizo verter vino caliente encima de sus cabezas y a algunos de los peticionarios les chamuscaron los cabellos y las barbas. Ordenó después que se desnudaran y se echaran sobre la nieve. Aturdidos y resignados, los enviados de Pskov obedecieron, esperando ser ejecutados sumariamente, y ciertamente éste debía ser el destino que les aguardaba, si en aquel momento no hubieran entrado a galope en el pueblo unos mensajeros de

Moscú notificando al zar que en la capital se había declarado un terrible incendio. Iván inmediatamente partió a caballo hacia Moscú con su séquito. Los peticionarios de Pskov fueron relegados al olvido y salvaron sus vidas

[\[71\]](#).

Los incendios eran frecuentes en Moscú. Las casas, construidas con troncos de árboles, se calentaban de tal forma durante el invierno, debido a las estufas, que la madera se secaba en extremo y durante el corto y caluroso verano eran como una mecha siempre lista para encenderse. La mayoría de las casas estaban rodeadas por un patio, que contribuía a evitar que el fuego se

propagara, pero un ligero viento bastaba para esparcir las chispas y entonces eran distritos enteros los que quedaban bajo las llamas. La ciudad había sufrido muchos incendios importantes, pero ninguno durante los últimos años.

Siendo el lugar donde habitaba el zar y la principal ciudad de Moscovia, Moscú crecía rápidamente, atrayendo a las gentes de todas las regiones de la nación. Continuamente aparecían nuevas casas. Richard Chancellor, capitán de la Marina inglesa, consideraba que Moscú «era mayor que Londres... pero primitiva y sin ningún orden»

[\[72\]](#). Herberstein escribió que «apenas podía creerse» que las casas de

Moscú, que se decía ascendían a 41 500, llegaron a tal número, pero que el Kremlin era tan grande que contenía no solamente «el palacio de piedra del príncipe, inmenso y construido con magnificencia», sino también las casas de madera del metropolitano, los principales boyardos y muchas iglesias

[73]. Dentro y fuera del Kremlin las casas nuevas se mezclaban con las viejas y destartaladas, y tal apretujamiento de viviendas, motivada por el rápido crecimiento de la ciudad, hacía aún mayor el riesgo de expansión de los incendios.

El 12 de abril de 1547 se inició un incendio muy importante en Kitai Gorod,



que era el centro de la ciudad y el barrio de los comercios. Todos los tenderetes y almacenes de los comerciantes y mercaderes quedaron reducidos a escombros. Una torre que se utilizaba para almacenar pólvora explotó y los trozos de la muralla de la ciudad llegaron hasta el río Moskva. Este fuego fue sofocado, pero, sin duda alguna, algún residuo quedaría, porque algunos días más tarde nuevos fuegos destruyeron el barrio situado al otro lado del río Yauza, donde había una gran concentración de fraguas y almacenes de curtidos. De nuevo se apagó o adormeció el incendio, con pequeños brotes de cuando en cuando. Y algunas semanas después ocurrió el gran

desastre, el fuego más devastador que Moscú había experimentado.

El 21 de junio, cuando comenzó el fuego en el distrito de Arbat, suburbio junto al lado occidental del Kremlin, el viento soplaba con fuerza. La iglesia de Vozdvizhenskoy quedó pronto convertida en cenizas. El fuego se extendió con rapidez y destruyó toda la parte occidental de la ciudad, hasta las orillas del río Moskva. Al llegar el fuego al Moskva, el viento cambió de dirección y se dirigió hacia el Kremlin, que muy pronto pareció una hoguera. Todo quedó destruido: el palacio, el tesoro, las armaduras, los servicios del estado, las casas particulares, el palacio del metropolitano, las catedrales y las

iglesias. Los libros y manuscritos y los tesoros del Kremlin quedaron también destruidos, así como los iconos sagrados, con excepción de unos pocos que pudieron ser salvados y entre los que se hallaba el icono milagroso de la virgen de Vladimir. La catedral de Uspensky con sus famosos iconos y vasos de oro pudo salvarse en parte, pero su estructura quedó seriamente dañada. La gran campana de Moscú cayó de su montante envuelta en llamas, estrellándose contra el suelo, donde quedó reducida a pedazos. Las explosiones procedentes del arsenal del Estado, donde estaba almacenada la pólvora, contribuían todavía a aumentar el horror de aquel infierno humeante en

que se había convertido la ciudad.

En seguida que se tuvieron noticias del primer brote del incendio, el metropolitano Makary había ido a la catedral Uspensky para rogar por la salvación de la ciudad. El fuego por poco le ahogó, pero consiguió escapar, llevando consigo el icono sagrado de la Madre de Dios, pintado por el metropolitano Peter. Le siguieron algunos sacerdotes y un arcipreste con las imágenes antiguas que habían sido traídas de Constantinopla. Consiguió pasar la muralla de la ciudad por un pasadizo secreto, pero de nuevo el humo le asfixiaba, y los sacerdotes que le acompañaban tuvieron que bajarle de la muralla por medio de una plataforma de

madera. La cuerda se rompió y el metropolitano cayó pesadamente al suelo, y estaba en un estado casi inconsciente cuando pudo trasladársele al monasterio de Novospassky.

Con la ayuda del fuerte viento el fuego continuaba invadiendo la ciudad. Pocos edificios habían podido salvarse y la mayoría de los distritos quedaron reducidos a ruinas humeantes. Aproximadamente 1 700 personas perdieron la vida, cifra que no incluye la de muchos niños que también perecieron. Durante días y días unas densas nubes de humo cubrieron la ciudad. Los supervivientes, con los cabellos chamuscados y las caras ennegrecidas, removían

desesperadamente entre las ruinas carbonizadas en busca de sus familiares y de cosas que fueran de su propiedad. Todos habían sufrido alguna pérdida, y encorvados por el peso de su tragedia particular, buscaban un consuelo que nadie podía darles. La tristeza aturdidora de las gente fue derivando en resentimiento, especialmente hacia su autócrata que tan completamente había dejado de cumplir su obligación de socorrerles y pensar en ellos en aquellos momentos de apuro.

Ya en los primeros momentos del desastre Iván se había trasladado al pueblo de Vorobiovo, no lejos de Moscú, junto con su esposa, su hermano y los boyardos, quedándose allí

contemplando el palio de humo que se levantaba de Moscú, hasta que el fuego hubo cesado. Aparentemente, no le preocupaba mucho el pueblo ni sus sufrimientos, y tanto él como algunos boyardos dieron en seguida órdenes para la reconstrucción de sus palacios en el Kremlin.

Al día siguiente de haberse apagado el fuego, Iván fue a caballo con su séquito al monasterio de Novospassky a presentar sus respetos al metropolitano, que se estaba recuperando de su fatiga y del golpe causado por el accidente. Y allí, el capellán de Iván, el arcipreste Feodor Barmin, el príncipe boyardo Feodor Skopin-Shuisky, Iván Chelyadin y otros,

todos ellos enemigos de los Glinsky, le dijeron que el incendio había sido debido a la magia negra. Que las brujas habían extraído los corazones de víctimas humanas, los habían introducido en el agua y rociado con ésta las calles de Moscú, siendo aquello la causa del fuego.

Iván quedó estupefacto ante lo que le decían, pero aceptó inmediatamente como buena esta explicación de los hechos. La brujería, esta pertinaz y poderosa reliquia de las religiones paganas, era muy practicada en Moscú y en toda Europa occidental en el siglo XVI, como demuestran los innumerables procesos y la persecución general de brujas en aquellos tiempos. Las gentes



creían fervientemente en la existencia del demonio y no les era difícil aceptar la idea de la existencia de las brujas como agentes suyos. Para un joven del temperamento de Iván, la brujería representaba una fuerza real, una manifestación de la influencia maligna del diablo, contra la que se podía luchar con oraciones. Iván ordenó inmediatamente a sus boyardos que llevaran a cabo una investigación, y el sistema adoptado por éstos para efectuarla sugiere la idea de que, o bien la acusación de brujería fue inventada como parte de un cuidadoso plan para derribar a los Glinsky, o que los boyardos hicieron suyo un rumor popular para así conseguir sus

propósitos.

Cinco días después de producirse el incendio, los boyardos, sin efectuar las interrogaciones de costumbre, ni reunir pruebas, hicieron un llamamiento para que los habitantes de Moscú acudieran a la plaza delante de la catedral Uspensky, y una vez congregada la multitud allí le preguntaron: «¿Quién ha incendiado Moscú?» Con gritos espontáneos, el pueblo contestó: «La princesa Anna Glinskaya y sus hijos con sus encantamientos...» y dieron los detalles relativos al uso de corazones a que hemos aludido anteriormente. Y ya sea debido a que esta explicación fuera la creencia popular o porque hubiera sido bien propalada entre las gentes de

antemano, la muchedumbre no necesitó que le mostraran el camino. Además, con sus palabras el pueblo exteriorizaba el gran odio que sentía hacia los Glinsky y, al mismo tiempo, siendo los Glinsky de su misma familia y contándose entre sus favoritos, censuraban al joven zar, que había pensado únicamente en su seguridad personal

[\[74\]](#).

El príncipe Yuri Glinsky, tío de Iván, estaba con los demás boyardos en la plaza del Kremlin y al oír a la muchedumbre que le condenaba a él y a su familia, se escurrió con disimulo, metiéndose en la catedral Uspensky en busca de protección. Los boyardos, que

sentían tan poco afecto por los Glinsky como por el mismo pueblo, incitaron a la muchedumbre a perseguirle. La plebe irrumpió en la catedral, y sin prestar atención al hecho de hallarse en lugar sagrado y en un sitio de santidad especial, dio muerte al príncipe muy cerca del altar. Después sacaron su cuerpo del Kremlin, llevándolo al lugar de las ejecuciones en la Plaza Roja, donde lo dejaron expuesto para que todos lo pudieran ver.

Pero la furia del pueblo no decrecía y la gente se esparció por toda la ciudad en persecución de los que apoyaban y ayudaban a los Glinsky, matando a todos los que encontraban. Tres días después de estos

acontecimientos, el populacho, todavía sediento de sangre, fue a Vorobiovo. Ocuparon una tribuna delante de la residencia del zar y con grandes voces pidieron que les fueran entregados la abuela y el tío de éste, la princesa Anna y el príncipe Mikhail Glinsky, que creían estaban escondidos allí.

Iván consideró tal conducta como una traición y una afrenta a sí mismo, que no podía tolerar de ninguna forma por parte de sus súbditos. No demostró ninguna clase de miedo ante la gente, y no solamente rehusó acceder a su petición, sino que hizo prender a muchos de los alborotadores y los hizo ejecutar rápidamente. El resto del populacho, que no esperaban que el zar actuara

como lo había hecho, cogió miedo y escaparon rápidamente hacia la ciudad, acabando de esta forma tanto la revuelta como las habladurías sobre la magia negra.

Asimismo acabó también el gobierno de los Glinsky, que de hecho puede decirse que habían sido vencidos por el partido de los Shuisky. Los principales defensores de Andrei Shuisky, que fueron exiliados o dispersados después de la ejecución de éste, habían conseguido regresar de una forma gradual a Moscú. Ya no se atrevían a actuar de una forma directa y tenían que conseguir sus fines por medio de alianzas con personas que estuvieran más cerca del zar. Feodor Skopin-

Shuisky actuaba en colaboración con el capellán del zar, Barmin y el tío de la zarina, Grigory Zakharin. Pero al fin habían conseguido su propósito de destruir a los Glinsky. El príncipe Mikhail Glinsky temía tanto por su seguridad personal que intentó escapar con su amigo el príncipe Turuntai-Pronsky a Lituania, pero ambos fueron capturados y, aunque perdonados, nunca volvieron a ocupar cargos en el gobierno. Por otra parte, también es significativo el hecho de que Iván no confiara el poder a ningún miembro del partido de los Shuisky.

Las revueltas habían causado en Iván una gran impresión, no solamente por la intensidad del antagonismo

popular hacia los Glinsky, sino porque iba dirigido también hacia su persona. El descontento del pueblo, siempre latente en su reino, se concentraba normalmente en los boyardos, que eran al mismo tiempo sus propios enemigos, y fue para él una sorpresa encontrarse que sus súbditos le aparejaban precisamente con la clase que más odiaba. Y el descubrimiento resultó favorable.



# Capítulo noveno: El consejo electo, 1547-1549

Los acontecimientos de los seis primeros meses de 1547 fueron causa de una transformación sorprendente en el aspecto y la conducta de Iván. Su coronación y su matrimonio, ocasiones ambas de gran ceremonial y de una responsabilidad sagrada, le habían conmovido intensamente, así como también los terribles incendios de Moscú y la revuelta contra sus propios familiares, los Glinsky, la cual

representaba implícitamente una censura a su propia persona por parte del pueblo. El resultado, tanto directo como indirecto de estas experiencias, fue que Iván pareció convertirse en un hombre distinto. El joven que, al igual que un animal acorralado, se había lanzado contra sus enemigos y como una criatura mal criada torturado y ejecutado a voluntad mientras jugaba con el poder con que se hallaba investido, de repente esconde su furia y sus deseos de venganza, y comienza a comportarse como un hombre humilde, responsable de sus actos y de clara visión. Este comportamiento fue una demostración muy clara de lo extremado de su carácter. No tenía idea de lo que era la

moderación y en su constante fermento emocional durante toda su vida fue balanceándose de un extremo al otro, sin término medio.

En su forma de hablar, Iván también hacía patente lo abierto de su naturaleza. Se expresó siempre con una elocuencia espontánea y a veces apasionada. Sentía una constante necesidad de comunicarse con los demás y de explicar los tormentos que su mente y su alma le infligían. Le perseguía un sentido de culpabilidad, de haber dejado de poseer la gracia de Dios. No disimulaba ante sí mismo ni escondía de los demás sus actos censurables, sino que los reconocía y oraba devotamente pidiendo perdón. Al

mismo tiempo, con este comportamiento se había defendido a sí mismo ante su gente y ante Dios, dando la culpa de su perversidad a sus boyardos. Pero después de su transformación, en lugar de humillarles y ejecutarles, como había hecho en otras ocasiones, quería juzgarles como personas culpables. Pero muy pronto el mismo Iván había de sugerir que fueran perdonados todos los boyardos para que el imperio pudiera desarrollarse y crecer bajo la protección de Dios.

El mismo Iván atribuía su reforma en cierto modo, a los fuegos de Moscú, y en una ocasión, al dirigirse a los clérigos reunidos, les explicó el impacto que le habían causado los incendios de

la ciudad, y, extendiéndose sobre las preocupaciones de su mente y su arrepentimiento por su pasada conducta, les decía con la humildad de Job:

«Es imposible describir o explicar con la voz humana todas las terribles maldades que he llegado a cometer en mi pecaminosa juventud. Primero Dios me humilló arrebatándome a mi padre, vuestro pastor y defensor. Los boyardos y los nobles, pretendiendo ser mis protectores, buscaban en realidad conseguir el poder para ellos... Cuando murió mi madre los boyardos gobernaron como déspotas en nuestro imperio. A causa de mis equivocaciones, de que era un huérfano y también a causa de mi poca madurez,

murieron muchas personas en sanguinarias disputas, y fui creciendo en el abandono, sin instrucción, y acostumbándome a la bajeza de las costumbres de los boyardos. Desde entonces, ¡cuánto he llegado a pecar ante Dios y cuántos castigos me ha mandado Dios! Más de una vez he intentado hacer pagar nuestros infortunios a mis enemigos, pero sin éxito. No comprendía que era el Señor quien me mandaba estos grandes castigos y no me arrepentía sino que oprimía más a los pobres cristianos con el peso de mi poder. El Señor me castigó por mis pecados con calamidades y plagas y todavía no me arrepentía, y entonces Dios mandó grandes fuegos y el terror se

apoderó de mi alma haciendo temblar mis huesos; mi alma se rindió, comprendí y reconocí mis pecados y al pedir perdón a la Iglesia concedí al mismo tiempo el perdón a los príncipes y boyardos.»

[\[75\]](#)

Esta transformación de Iván fue tan dramática y repentina que muchos la consideraron un milagro. El príncipe Kurbsky escribió que después de los fuegos de Moscú y la revuelta del pueblo, Dios había extendido milagrosamente su mano «para dar una tregua a la tierra de los cristianos» enviando al zar a cierto cura cuyo nombre era Sylvester

[76]. El historiador Karamzin, que escribía sobre estos acontecimientos tres siglos más tarde, también creía que había ocurrido un milagro. «Para convertir a Iván fue necesario que Moscú se consumiera bajo el fuego» y que después un hombre notable, Sylvester, apareciera súbitamente ante él

[77]. En realidad, fuera o no milagroso, el cambio de Iván no fue de ninguna forma repentino, ya que se había desarrollado gradualmente durante muchos meses, siendo principalmente debido a la influencia de este cura enigmático y poderoso que se llamaba Sylvester



Iván sucumbía en seguida a la influencia que sobre él ejercían los demás. Su actitud para con sus semejantes había sido desviada por la desconfianza, y en cuanto a sus boyardos, su actitud estaba envenenada por el odio y el miedo. Pero estas emociones, que sentía de una forma tan intensa, le habían dejado en una terrible soledad. La desconfianza aísla a un hombre de una forma tan completa, que en el desierto de su soledad es como un viajero que se está muriendo de sed; pero, en este caso, esta sed no era de agua, sino de amistad y afecto, hasta que llega a ser tan grande que acepta cualquier mano que se le ofrezca.

Vemos, pues, paradójicamente, que un hombre tan suspicaz como Iván cae mucho más rápidamente y de una forma más completa bajo la influencia de otra persona una vez su desconfianza ha sido vencida. Y así ocurría con Iván, quien una vez había depositado su confianza en alguien, se entregaba por completo. Para destruir esta fe necesitaba una traición total o una amenaza muy seria hacia su seguridad personal, o bien que se le enfrentaran en el ejercicio de su poder como zar, y entonces toda su furia vengadora perseguía al favorito caído, hasta el final.

Sylvester no apareció de una forma súbita ante Iván. Probablemente llegaría a Moscú procedente de Novgorod, su

ciudad natal, en 1542, con el metropolitano Makary, a quien ayudaba en sus trabajos del Mineya Chetya. Era un hombre dedicado al estudio, pero también alternaba su fervor religioso con la habilidad práctica, lo que quedó demostrado cuando, en 1550 y los siguientes, escribió el Domostroi, manual de la conducta cristiana y sobre la forma cristiana de llevar una casa, que era una obra notable y reflejaba el espíritu de la época y que tenía que servir como guía a muchas generaciones futuras de rusos ortodoxos

[\[79\]](#). En Moscú, Sylvester servía como simple sacerdote en la catedral Blagoveshchensky, donde el zar y su

corte acudían regularmente. Pero, aunque estuviera cerca del metropolitano, podía no haberse distinguido entre los numerosos clérigos de la catedral si no hubiera sido un hombre fanático, valiente y de gran personalidad. Sylvester era un sacerdote austero y devoto, y se asemejaba a Elijah de Tishbite, el profeta que surgió de repente del desierto y sirvió a Dios, que contestó por medio del fuego. También Sylvester había hecho una aparición teatral que había impresionado a sus contemporáneos después de los fuegos de Moscú, y al igual que Elijah, no tenía descanso en su lucha contra los que él consideraba falsos profetas. Veía en Iván una

semblanza con Ahab, quien había hecho más para provocar las iras del Dios de Israel que todos los reyes antecesores suyos, y sin temor alguno se dedicó a la tarea de reformar al joven zar y hacerle arrepentirse de su anterior proceder.

Aparentemente, la ascendencia de Sylvester sobre Iván comenzó poco tiempo después de los incendios de Moscú y de la revuelta popular. Fue un tiempo en que Iván estaba muy solo. Sus familiares, los Glinsky, le habían fallado y habían sido echados de su lado como resultado de las demostraciones de indignación de los habitantes de Moscú. Su hermano Yuri era un deficiente mental e Iván le trataba siempre con afectuosa condescendencia, pero no era

la clase de compañero que precisaba un hombre del temperamento y un espíritu como el suyo. En su soledad se volvió hacia algunos hombres de reciente aparición en la corte, entre los que sobresalía el austero clérigo. Pocos meses después, Feodor Barmin, el confesor del zar, dejó su cargo y se retiró a un monasterio, siendo nombrado Sylvester para ocupar la vacante

[\[80\]](#).

Sylvester pone manos a la obra, comenzando la tarea que se había propuesto, amenazando y atemorizando al joven zar. De nuevo Iván, cuya niñez había transcurrido en un estado de terror constante, tiene miedo del compañero

que se halla tan cerca de él; en su niñez había temido por su seguridad personal y ahora teme por la salvación de su alma. Sylvester le contaba profusión de historias sobre sucesos milagrosos y apariciones enviadas por Dios para servir de aviso, y mantenerle apartado del mal que condenaría su alma por toda la eternidad. Inventaba ejemplos de terror para obsesionar al imaginativo y susceptible muchacho, para dominar «su fiereza y mejorar su modo de obrar a un tiempo pueril y desenfrenado»

[\[81\]](#). El príncipe Kurbsky, que se hallaba cerca de Sylvester e Iván en aquella época, escribía después en una carta dirigida al zar: «El venerable

(Sylvester) procedió aplicando distintas compresas, a causa de tu enfermedad incurable..., primero atacándote e insultándote con palabras que mordían, y después, cortando como con una navaja tus costumbres profanas por medio de duros castigos...» El mismo Iván, en contestación a una carta de Kurbsky, cuando ya estaba lejos de la influencia del cura, se refería a los intentos de éste «para asustarme con infantiles ejemplos». Sin embargo, en su momento este procedimiento surtió sus efectos, ya que el zar, solo y asustado en el Kremlin, y contando solamente diecisiete años de edad, aparentemente cedió a las prédicas amenazantes del clérigo, ya que apartó de sí las malas



costumbres y, como Ahab, se arrepintió.

La idea de Sylvester era primero reformar al zar y después desenmascarar y poner fin a ciertos abusos que se cometían en el gobierno de la nación. En esta última tarea tuvo varios aliados que le ayudaron. Además, el metropolitano Makary, aún sin contar con el fervor y la personalidad poderosa de Sylvester, veía más lejos que éste y probablemente le ayudaría. Makary había representado un papel muy importante en la educación y crianza de Iván, contribuyendo a fomentar en él la idea de actuar como un autócrata y quizás inspirándole la de coronarse zar, animándole además a desarrollar el espíritu de cruzado contra los tártaros infieles. Y como todo lo que

favorecía la fuerza y unidad de Moscú, así como el poder del zar ortodoxo, contaba con el apoyo de Makary, seguramente favorecería las reformas que planeaban Sylvester y los miembros de su grupo.

En los asuntos profanos, Makary y Sylvester estaban por completo de acuerdo, pero no así en lo que se refería a la Iglesia. Makary pertenecía a la fracción de los «josefinos», que consideraban que la Iglesia tenía necesidad de su poderío y riqueza, así como de la protección estatal para poder realizar su misión. Sylvester, por el contrario, pertenecía a los «eremitas» del otro lado del Volga y condenaba el poder y la prosperidad de la Iglesia,

instigando a la misma a abandonar sus tierras y riquezas para quedar libre de su corruptora influencia. Los motivos de discusión más importantes entre los dos clérigos eran los privilegios e inmunidades de la Iglesia y la secularización de sus tierras, y pronto entraron en querrela por estos motivos en ocasión de un concilio de la Iglesia. Sin embargo, entre 1540 y 1550, más bien en los últimos años comprendidos en este período, parece que, aunque Makary era el metropolitano, su proyección al exterior quedó grandemente reducida y su influencia era mucho menor que la del simple cura. El colaborador más íntimo de Sylvester era Alexei Adashev, hombre de estado

práctico, y que probablemente era el personaje más simpático y atractivo que prestaba servicio en la corte del zar en aquel momento. Pertenecía a una clase acomodada y quizá trabó conocimiento con Iván en su niñez, ya que era uno de los compañeros de juegos especialmente nombrados para distraer al joven zar. Después de compañero de juegos fue batozhnik, nombre que se daba a los que llevaban un bastón con que iban apartando la gente al paso del zar. En junio de 1547, Adashev era ya postelnichy, o sea mayordomo del dormitorio del zar, cargo de considerable importancia ya que le permitía estar diariamente en contacto directo con Iván y que además llevaba

aparejada la administración de su tesoro personal.

En aquellos tiempos Adashev había ya ganado la confianza de Iván y demostrado ser un cortesano muy eficiente y leal. Se trataba de un hombre que conseguía tener éxito en sus manejos y sin embargo continuaba siendo popular. Su carácter agradable y su integridad le ganaban la buena voluntad y amistad de todos los que tenían tratos con él. Kurbsky decía de él que era un ángel, y, también según Kurbsky, más tarde con motivo de la guerra de Livonia, las ciudades enemigas estaban prontas a capitular si podían rendirse a Adashev, «gracias a su bondad»

Se sabe que a finales de 1547 tanto Sylvester como Adashev disfrutaban de la confianza y amistad de Iván, pero no hay la evidencia de que tuvieran ningún papel importante en los asuntos del gobierno, ni por entonces ni durante el siguiente año. Según todas las apariencias, ambos dirigían sus afanes a transformar el corazón de Iván, apartándole de sus antiguos compañeros, al mismo tiempo que consolidaban sus respectivas posiciones en la corte. Pero también discurrían y planeaban futuras reformas de tipo gubernamental e iban seleccionando hombres para llegar a formar un equipo de personas que llegado el momento se dedicarían al

trabajo de reforzar y reformar el estado moscovita.

Este equipo, que Kurbsky denominó el «Consejo Escogido»

[83], había de realizar una tarea de gran importancia durante los siglos siguientes años. No se trataba de un organismo organizado sino de un grupo no oficial que giraba alrededor del zar y que ejercía las tareas de gobierno. No se conoce exactamente el nombre de todos los componentes del «Consejo Escogido». No se trataba de las mismas personas del Consejo Boyardo, el consejo oficial del estado, pero sí puede haber coincidido con el consejo interior, el organismo de consulta más cercano a

la figura del gobernante y que los grandes príncipes moscovitas habían reunido junto a ellos. Parece probable que el Consejo Escogido comenzara como un equipo suelto y que gradualmente fuera confundiéndose con el consejo interior convirtiéndose en el gabinete del zar. Sylvester y Adashev eran los que llevaban la voz cantante del Consejo, pero, aunque tuviera gran influencia sobre el gobierno, puede que Sylvester no fuera en realidad un miembro del mismo debido a su investidura eclesiástica

[84]. El príncipe Dmitri Kurlyatev, consejero de confianza de Vasili III, el padre de Iván, fue miembro del consejo



después de 1549, año en que fue elevado a la categoría de boyardo

[85]. El príncipe Andrei Kurbsky y el boyardo Mikhail Morozov seguramente eran miembros también. La mayoría de los otros miembros del consejo seguramente procedían de las distintas familias principescas que habían tenido ya experiencia en el gobierno y podían ocupar cargos de responsabilidad. Es cierto que posteriormente Iván, en una ocasión, acusó al Consejo de favoritismo hacia los príncipes y boyardos, por haberles devuelto las tierras que antiguamente les habían pertenecido y que su padre y su abuelo habían confiscado

[86]. Pero las tardías acusaciones de Iván, que eran hechas en momentos de gran enfado y desilusión, no podían siempre tomarse al pie de la letra.

El Consejo Escogido actuaba como un gobierno de compromiso. Dependía en parte de la aristocracia de boyardos y príncipes, ya que precisaba su apoyo, pero también tomaba en consideración las demandas de reformas y cambios de la burguesía sirviente y de otras clases de la población. El grado de compromiso, en realidad, no era muy grande, y el sentido de las reformas que se llevaban a cabo, por la iniciativa del Consejo, tendían a consolidar el poder central del zar, socavar la posición de "la aristocracia formada por príncipes y

boyardos y elevar a la nueva clase de los militares en su lugar. Así pues, aunque la mayoría de los miembros del consejo pertenecían a familias principescas, las reformas no les favorecían, y esto confirma la creencia de que Sylvester y Adashev, y el propio Iván, dominaban este Consejo.

Entre 1547 y 1549, Sylvester y Adashev estuvieron muy ocupados preparando su política y la instauración de la misma. Los preparativos más importantes en este período fueron los que afectaron al Consejo Boyardo, los miembros del cual aumentaron de doce a treinta y dos a finales del año 1549. Son nombrados varios nuevos boyardos, que ejercen cargos en el Consejo,

incluyendo hombres como el príncipe Dmitri Kurlyatev, Iván Sheremetev y Mikhail Morozov, que eran íntimos colaboradores de Sylvester y Adashev, y, probablemente, también miembros del Consejo Escogido. Este aumento numérico del Consejo Boyardo tuvo como resultado reducir la influencia de las principales familias boyardas, las cuales durante la minoría de edad de Iván abusaron del poder de tal forma que eran odiadas por casi todos los moscovitas. En la opinión de los miembros del Consejo Escogido, el resultado desastroso de los feudos y las luchas entre los boyardos habían sido la causa de hacer retroceder al país más de un siglo, a los tiempos en que la región

nordeste de Rusia se hallaba todavía dividida en principados rivales en continua pelea. Se daban cuenta de que, para poder sobrevivir, Moscovia había de convertirse en un Estado fuerte y centralizado y por ello su primer paso en cualquier programa de reformas era elevar a la burguesía que prestaba servicio al Estado, como clase capaz de desempeñar tareas importantes y ocupar cargos de responsabilidad, al mismo tiempo que se apremiaban sus servicios y su lealtad al zar. Este solapado intento de asalto a la posición de boyardos y príncipes era, sin embargo, solamente el primer paso del programa de reformas, que pretendía acabar con la corrupción, la injusticia y la ineficacia y disponer

una nueva administración que proporcionara unidad y fuerza a la extensa y joven nación.

Es difícil saber la parte que Iván desempeñaría al principio en este programa de reformas, entre 1549 y 1556, cuando acababa de cumplir los veinte años. Sin duda alguna la idea de llevar a efecto estos cambios contaba con su apoyo incondicional. Por razones personales odiaba y temía al mismo tiempo a las familias boyardas y estaba muy decidido a crear una autocracia absoluta. El zar además se daba perfecta cuenta de la necesidad de contar con una Moscovia completamente centralizada. Aunque probablemente no inició las primeras reformas de este período, los

miembros del Consejo Escogido las discutirían con él, ya que éstos no podían permitirse ser lo suficiente presuntuosos o incautos para intentar actuar sin conocimiento del zar.

Iván era un hombre que se dejaba conducir y guiar, pero a quien nunca podía empujarse en contra de su voluntad, así como tampoco enfrentársele con los hechos consumados en la confianza de que los aceptara

[87]. Nunca olvidaba que era el zar, origen de todo el poder; una simple falta de respeto hacia su persona o su autoridad le enfurecía. De todas formas, nunca fue un carácter pasivo que

necesitara del estímulo de los demás; al contrario, poseía una imaginación creadora.

Gracias a su rápida inteligencia Iván comprendió los propósitos de Sylvester, Adashev y otros componentes del Consejo Escogido y abrazó sus ideas con energía y entusiasmo. Al ir avanzando el programa de reformas, cada vez tomaba más la iniciativa sugiriendo y efectuando otras nuevas. En realidad, durante la intensiva preparación y puesta en práctica de estas reformas hizo su aprendizaje, convirtiéndose en un monarca responsable y con experiencia.



# Capítulo diez: Primeras reformas, 1549-1551

El 27 de febrero de 1549 una muchedumbre se congregó en la Plaza Roja de Moscú, en respuesta al llamamiento del zar, quien había ordenado que se reunieran en la capital hombres procedentes de todas las ciudades de Moscovia para informarles de importantes asuntos de Estado. Esperaron pacientemente hasta que en la torre Spassky, la más alta y más hermosa de todas las del Kremlin, apareció la

figura del zar. Iba en procesión, con el metropolitano, los obispos, boyardos, jefes del ejército y miembros de las clases acomodadas al servicio del Estado, todos ellos vestidos con sus mejores atavíos, que relucían.

La muchedumbre guardó un silencio temeroso mientras el zar, alto, ancho de espaldas y con ademanes imperativos, alcanzaba el centro de la plaza y subía al Lobnoe Mesto, o lugar de las ejecuciones.

Se entonaron oraciones y después, volviéndose al metropolitano, el zar habló. Se refirió a su niñez cuando, privado de sus padres, había sufrido el abandono de los boyardos y soportado el terror que éstos le inspiraban. A

menudo hablaba de los crueles tiempos de su infancia, en parte porque estas memorias infantiles eran para él una obsesión, y en parte con la idea expresa de despertar la simpatía popular. Todos los desengaños y sufrimientos que había soportado en su vida estaban en su mente relacionados en cierto modo con estos dos hechos principales: su orfandad y el temor a los boyardos.

Animado con estos desagradables recuerdos, Iván comenzó denunciando a los boyardos.

Dijo que éstos:

«deseaban alcanzar todo el poder; en mi nombre se apoderaban de honores y cargos, se enriquecían gracias a las injusticias que cometían, oprimiendo a

la gente, y nadie se lo prohibió. En mi desgraciada infancia actué como si fuera sordo y mudo; no hice caso de los lamentos de los pobres, ni salió de mis labios acusación alguna hacia nadie. ¡Vosotros, boyardos, hicisteis todo lo que se os antojó, rebeldes malvados y jueces injustos! ¿Qué clase de justificaciones podéis darnos ahora? ¡Cuántas lágrimas, cuánta sangre habéis hecho verter! ¡Pero yo soy inocente de esta sangre! Tendréis que defenderos ante el Juez celestial!»

[88].

Iván hizo una pausa y después se inclinó, volviéndose a su alrededor antes de hablar de nuevo:

«¡Mi piadoso pueblo, dejado por Dios a mi cuidado! Invoco vuestra fe en El y vuestro amor hacia mi persona. ¡Olvidad! El mal hecho no puede ya evitarse. Por mi parte solamente puedo impedir que en el futuro sufráis violencias y opresión. Olvidad lo que ha ocurrido y que nunca volverá a suceder. Apartad de vosotros la enemistad y el odio y seamos todos amigos en el amor de Dios. ¡En adelante yo seré vuestro juez y vuestro defensor!»

[\[89\]](#)

Bajo el hechizo que emanaba de Iván la reunión se había convertido en un acontecimiento dramático, casi teatral. Siempre tuvo la facultad de expresarse con vehemencia, pero cuando

se hallaba ante un gran número de personas que le escuchaban, se expresaba con una vibrante elocuencia. En adelante, Iván a menudo hizo llamamientos semejantes al pueblo y siempre su poderosa personalidad dominaba al auditorio. Como hombre solitario y suspicaz que era, necesitaba el apoyo de las masas, y como también era un gobernante astuto apelaba al sentimiento de lealtad de las gentes. Sin embargo, en este caso particular, había otro factor que jugaba un papel muy importante que era la necesidad que sentía Iván de confesarse públicamente. Las amenazas y amonestaciones de Sylvester habían conseguido que el zar se arrepintiera y enmendara, pero para

éste no era nunca suficiente arrepentirse en la soledad del confesionario, y repetidas veces durante el tiempo que duró su reinado confesó sus pecados en público.

Para los moscovitas éste fue un día excepcional y grandioso. Su zar, expresándose con gran sinceridad y pasión, denunciaba a los boyardos identificándose a sí mismo con el pueblo que, al igual que su propia persona, había sufrido bajo su yugo. Confesaba el abandono en que había tenido a su gente en el pasado y prometía defenderles en adelante. Al mismo tiempo, les pedía que como cristianos que eran perdonaran a sus verdugos para que todos juntos pudieran vivir en cristiana

armonía. Ningún gran príncipe hasta aquel momento les había dicho nada semejante, ni expresado su preocupación por el bienestar popular, ni prometido su protección. Con estas palabras Iván había colocado los cimientos del gran apoyo popular de que disfrutó hasta el fin de su reinado.

La reunión, sin embargo, también tuvo una importancia constitucional ya que era la primera Zemsky Sobor o Asamblea del País. Se hallaban reunidos los miembros del Consejo Boyardo y el Consejo de la Iglesia, así como la burguesía al servicio del Estado; a pesar de todo distaba mucho de ser representativa de toda la nación ya que no todas las clases se hallaban



presentes. No asistían diputados del comercio ni de los aldeanos, así como tampoco delegados de muchas ciudades y distritos, y los que se hallaban presentes probablemente habían sido designados de una forma arbitraria y no elegidos por sus conciudadanos. Lo importante era sin embargo que esta Asamblea del País había de ir desarrollándose gradualmente en el futuro. A través de ella Iván podía dirigirse a las clases que se encontraban por debajo de la aristocracia boyarda, y a los oficiales al servicio del Estado, de las cuales dependía porque necesitaba su ayuda para el gobierno y la defensa del imperio

Al día siguiente la muchedumbre se congregó otra vez en la Plaza Roja. El zar, acompañado del metropolitano y otros dignatarios, hizo de nuevo su aparición. En esta ocasión se anunciaron las primeras reformas importantes respecto a la administración de la justicia, reformas que iban a ser seguidas por otras muchas. Fue una demostración inmediata de la intención que había expresado el zar de ser el defensor de sus vasallos frente a la injusticia y la opresión.

Las declaraciones de Iván en la Plaza Roja fueron sin duda alguna el comienzo de un movimiento de renovación cuyos objetivos alcanzaban

lejos, así. como también señalaban el principio del gran período de su reinado.

Se promulgó un nuevo código legal, y la justicia, la economía, los servicios militares y la organización del ejército sufrieron cambios fundamentales, así como también la administración del Estado y de la Iglesia en Moscovia. Estas reformas formaban parte del movimiento general para crear y reforzar un estado centralizado, equipado con una administración a la altura de sus necesidades y atendida por una nueva clase de hombres, en los cuales el zar pudiera confiar servicios militares y civiles.

No fue, sin embargo, un período

dedicado solamente a reformas estatales y a la creación de una nueva administración gubernamental. También en aquella época tuvo lugar un resurgimiento religioso y moral dentro de la Iglesia y entre el mismo pueblo. El mismo Iván estaba afectado por un ardiente fervor al estilo de los cruzados. Sentía que su deber era gobernar el imperio de forma que éste, gracias a su ejemplo y a las mejoras introducidas, se convirtiera en un país verdaderamente cristiano, un poderoso guardián de la ortodoxia.

La génesis de este movimiento moral y religioso hay que buscarla en las enseñanzas de unos cuantos hombres, personalidades eminentes de la Iglesia.

Josef de Volokolamsk, Maxim el Griego

[\[91\]](#), Nil Sorski, Makary, Sylvester y otros habían marcado el camino con sus enseñanzas y ejemplos, y la misma Iglesia en general, además de sus individualidades, también contribuyó grandemente a alentar este movimiento. El resultado de esta Asamblea de febrero de 1547 fue la canonización de algunos santos rusos. Makary había relatado la vida de estos santos en su Mineya Chetya, haciendo que, tanto su ejemplo como sus preceptos, pudieran ser conocidos por los demás para que los imitaran, pero la corrupción y la dejadez, que habían invadido progresivamente la Iglesia durante tantos

años, llegaron a un momento crítico hacia mitades del siglo XVI. Uno de los estímulos del renacimiento religioso que había de llegar a consolidarse con las reformas necesarias, era la necesidad de hacer una purga que pusiera en evidencia los abusos cometidos.

Tanto en el campo civil como religioso este movimiento era algo más que el trabajo de unos pocos. Iván y su Consejo Electo, junto con un grupo de clérigos entusiastas, daban los pasos definitivos, pero el movimiento tenía sus raíces muy introducidas en las necesidades y peticiones del pueblo.

Durante casi un siglo, Moscovia había sufrido un cambio en cuanto a sus límites, ensanchándose el territorio,

pero el gobierno interno no se había desarrollado. La administración heredada por Iván no era más que una adaptación provisional del sistema que sirvió para las necesidades del pequeño principado de origen y que al correr del tiempo demostró ser completamente inadecuada para un país de vastas dimensiones. El fermento general de descontento e impaciencia se hizo muy intenso durante el período de anarquía bajo el gobierno de los boyardos. Las revueltas populares después de los incendios de Moscú no eran más que manifestaciones de la opinión general. Sin embargo, entre el pueblo existían algunos hombres inteligentes y dispuestos, contrarios a la violencia,

que preparaban proyectos para futuras innovaciones, demostrando con ello la opinión popular. Las palabras pronunciadas por Iván con motivo de la Asamblea de febrero de 1549 animaron a algunos de estos hombres a presentarle sus sugerencias. Entre estos renovadores se destacaba Peresvetov.

«Ivashka, hijo de Semeon Peresvetov»

[\[92\]](#), como se llamaba a sí mismo, pretendía ser el descendiente del Peresvetov que había encontrado heroica muerte en el campo de batalla de Kulikovo en 1380, cuando Dmitri Donskoi puso en fuga a la Horda de Oro. El mismo Peresvetov había nacido



cuando todavía ocupaban el poder los lituanos, y su vida era interesante. Había servido con las tropas polacas que, desobedeciendo las órdenes del rey, tomaron parte en la campaña de Jan Zapolya Ianos para apoderarse de la corona húngara. Jan Zapolya contaba con la ayuda del sultán turco, Suleiman II, y probablemente fue entonces que Peresvetov adquirió los conocimientos que tenía sobre el ejército turco. Más tarde sirvió bajo Ferdinand I, rey de Bohemia, y después a las órdenes de Peter, voivoda de Valaquia, es decir, comandante en jefe de los ejércitos.

Después de pasar algún tiempo en Lituania, en 1538 ó 1539, lo que no se sabe exactamente, entró al servicio de

Moscú, habiendo obtenido el encargo de fabricar escudos según modelo de Macedonia, hechos con piel y con aros de hierro en su parte inferior, y que eran de gran utilidad para luchar contra los tártaros. Pero la suerte no le fue muy propicia en Moscovia. Como emigrante lituano quizás el ambiente no le favoreció, y parece que perdió las tierras que le habían sido concedidas. El 8 de septiembre de 1549, en la iglesia real de Rozhdestvo Bogoroditsy (Natividad de la Virgen) presentó al zar una petición, junto con varios escritos suyos, para que le fuera devuelta su propiedad, pero su demanda no fue escuchada. Unos dos meses después presentó su «Gran Petición», que incluía

una exposición muy extensa de sus ideas políticas y proyectos para llevar a cabo mejoras en el país, y que le valió ser considerado como un hombre de inteligencia abierta y penetrante.

Los puntos de vista de Peresvetov eran fundamentalmente los mismos del Consejo Escogido y del propio Iván. Consideraba urgente la necesidad de un poder autocrático fuerte para la centralización de la economía y de la justicia, así como la creación de una fuerza militar permanente. Pero sus propuestas alcanzaban todos los aspectos de la vida nacional y en algunos aspectos se adelantaban en mucho a las disposiciones del mismo Consejo Electo.

En su «Gran Petición», Peresvetov se refería sin disimulos de ninguna clase a la inteligencia política de Pedro de Valaquia, poniendo el ejemplo del héroe turco, al cual él llamaba Makalimet Sultán, para reforzar sus argumentos. Su principal objetivo era que el zar debía gobernar, al igual que el sultán hacía, sin temor ni consideración alguna hacia sus magnates. Censuraba con bastante atrevimiento algunos aspectos de la vida moscovita, haciéndolo con la excusa de acusar a los griegos. De una forma poco exacta, pero sin duda alguna intencionadamente, se refería a Constantino Paleólogo, indicando que había subido al trono a los tres años y sufrido bajo la influencia de sus nobles,

lo que era una referencia indirecta a la infancia de Iván. Pero Constantino fracasó, porque, guiado por sus magnates, no prestó suficiente atención a los asuntos militares, permitiendo que la injusticia reinara en todo el imperio

[\[93\]](#).

Los temas en que más insistía Peresvetov eran la justicia y la renovación de la administración de la misma, y es probable que su insistencia se debiera a alguna desgraciada experiencia personal. Citaba ponderativamente la frase de Peter de Valaquia: «Dios no ama a la fe, sino a la justicia», y él mismo escribía que: «en el reino donde hay justicia está presente

Dios y le presta su ayuda, y sobre él no recae su ira». Su ideal de justicia era apremiante, pero en consonancia con las ideas de Iván, y sin duda alguna, de acuerdo con las costumbres de la época. Escribía que «no puede haber gobernante que no use el terror», y que «un reino sin terror es como un caballo sin riendas»

[\[94\]](#).

Otro de sus temas favoritos era la igualdad, y sus ideas a este respecto eran avanzadas. Condenaba todas las formas de esclavitud, ya se tratara de la servidumbre total del esclavo o parcial del siervo. Todos los hombres debían ser legalmente libres, pues solamente la

gente libre podía trabajar y servir con lealtad. En sus escritos se transparenta su antagonismo hacia los boyardos. «Los mismos magnates del zar de Rusia se enriquecen y vuelven perezosos, empobreciendo su país... y no hacen honor a la consigna de muerte contra el enemigo, traicionando a Dios y a su soberano.»

Escribió largamente en este sentido, alabando al sultán turco, que había dicho: «Hermanos, todos somos hijos de Adán; el que de entre mis hombres sirva con lealtad y luche con valentía contra el enemigo, éste será mi noble más apreciado.»

coincidía con el zar al expresar estas ideas. Pero no era todavía el momento oportuno para deshacerse de los boyardos, que estaban enraizados en la vida moscovita con toda la fuerza de la tradición y la costumbre.

Peresvetov se expresaba en sus escritos de una manera clara y valiente. Sus ideas son especialmente interesantes, porque eran el fruto del pensamiento independiente de un hombre que no pertenecía a la corte ni a la jerarquía eclesiástica. Sin duda alguna se hallaba más cercano a la baja burguesía y al mismo pueblo, y sus propuestas transparentaban los deseos de muchos moscovitas. También estos moscovitas deseaban ardientemente un



zar que reinara con justicia, reformara la administración del país y se deshiciera de los boyardos eminentes. También deseaban contar con jefes militares eficientes y guerreros bien instruidos que no volvieran la espalda al enemigo, como a menudo hacían los boyardos y sus servidores, sino que resistieran y les defendieran, especialmente contra los tártaros que merodeaban por el país. Probablemente las aspiraciones del pueblo no llegaban tan lejos como las ideas de Peresvetov con respecto a la igualdad, pero en sus otras propuestas éste expresaba las necesidades generales del momento. Entre 1550 y 1560, el gobierno de Iván hizo bastante para satisfacer tales necesidades.

La reforma que fue anunciada a la Asamblea en febrero de 1549 imponía restricciones a los *nastavniki* o gobernadores, y liberaba a la burguesía que prestaba servicio al Estado de su jurisdicción. También concedía a los «cristianos» el derecho a apelar contra las injusticia

[96]. Se estableció un Despacho de Peticiones, a cuyo frente se hallaba Adashev, probablemente ayudado por Sylvester. Este despacho recibía peticiones y emitía juicios y fallos en nombre del zar, sirviendo como tribunal supremo de apelación y al mismo tiempo como organismo para vigilar la administración general de la justicia en

todo el país.

Iván puso un gran interés en esta reforma, y su preocupación para que el pobre y el humilde estuvieran protegidos era verdadera. Cuando nombró a Adashev encargado de las peticiones le dijo:

«Alexei, no eres de origen noble y tampoco rico, pero sí eres un hombre de buena voluntad. Te elevo a una posición importante, no a petición tuya sino para consolar mi alma que padece por esta pobre gente; alíviame de mi preocupación por este sufriente pueblo que Dios me ha confiado. No temas a los poderosos ni a los famosos cuando, haciendo caso omiso del honor, se

comporten injustamente. ¡Pero tampoco debes dejarte engañar por las mentiras del pobre que te denuncie a un rico por envidia! Examina todas las quejas con cuidado e infórmame de la verdad, y teme solamente al Juez que está en el cielo!»

[\[97\]](#)

Uno de los asuntos principales que se trataba en el Sudebnik o código legal promulgado en 1550, fue la administración de la justicia

[\[98\]](#)

. Las ideas prácticas contenidas en el mismo habían sido aclaradas por Sylvester, Adashev y otros miembros del Consejo durante los anteriores dos o tres años. Sin embargo, lo que hizo ver

claramente la urgente necesidad de los cambios, fue la preparación para la campaña de Kazan en los años 1549 y 1550.

El mismo Iván discutía con los jefes del ejército algunas reformas militares mientras las tropas avanzaban hacia Kazan. Existe también la evidencia de que en junio o julio después de su vuelta a Moscú, el zar convocó una Asamblea del País, a la que acudieron muchos militares. Esta Asamblea aprobó la revisión de las leyes contenidas en el Sudebnik, así como una propuesta para restringir las reglamentaciones por las que se regía el orden de precedencia entre los boyardos y la institución de una fuerza permanente

de arcabuceros o strelsti

[\[99\]](#).

El mismo Sudebnik era algo más que una revisión del código original que había emitido el abuelo de Iván en 1497. De sus noventa y nueve artículos, treinta y siete eran nuevos y otros, adaptados del código anterior, habían sido reestructurados en su base

[\[100\]](#). Muchas de las innovaciones llevadas a cabo, concernientes especialmente a propiedad de la tierra, administración local y asuntos militares, eran simplemente los primeros pasos de las reformas, que muy pronto iban a desarrollarse más concretamente.

La administración de la justicia se hallaba en su mayor parte en las manos de los nastavniki o gobernadores. Las ricas propiedades familiares que todavía conservaban unos cuantos príncipes y boyardos de los más antiguos, así como las vastas extensiones de terrenos retenidos por los monasterios, continuaban siendo administradas como propiedades más o menos independientes, dentro de las cuales la palabra del terrateniente era ley, y en asuntos domésticos los empleados del zar no ejercían virtualmente ninguna autoridad. El resto del país se dividía en uezci o regiones, que se subdividían en distritos. Cada distrito contaba con un gobernador en

representación del zar, que era el único responsable de la justicia y la administración general. Además, como no recibía emolumento oficial alguno, tenía derecho a cobrar impuestos para cubrir sus necesidades. Este era el pernicioso sistema llamado kormlenie, que significa literalmente «alimentación», y según el cual los empleados del Estado vivían del pueblo.

El sistema dio origen a grandes exigencias sobre el pueblo, al mismo tiempo que favoreció la corrupción. Toda la preocupación del gobernador y de sus ayudantes consistía en comprobar cuánto podrían sacar de los desgraciados que tenían bajo su tutela. Además, dentro de su distrito, el



gobernador no admitía contradicción y sus decisiones no estaban sujetas a apelación. Tan pronto como el gobernador salía de su distrito, grupos de ciudadanos se ponían en viaje hacia Moscú para pedir, casi siempre en vano, que se les hiciera justicia.

El sistema kormlenie no era solamente muy poco eficiente, sino también la causa del descontento general, y dio origen a una gran parte del odio popular hacia los boyardos, que directa o indirectamente, por medio de colaboradores, administraban la mayoría de los distritos. El Sudebnik no abolió la «alimentación» de los gobernadores, pero les marcaba unos límites, así como disponía una

vigilancia estricta tanto local como desde el gobierno central. Se nombraron empleados especiales para advertir a los gobernadores y al pueblo de los límites de los impuestos y tributos aceptables. Los inspectores y oficiales elegidos en todas las localidades a los que en algunos distritos se les habían reconocido poderes muy amplios tanto judiciales como administrativos, fueron entonces reconocidos en todos los distritos. Poco tiempo después, Iván puso fin a la reforma emitiendo una ley que permitía a cada distrito del país elegir sus funcionarios y asumir toda la responsabilidad de la justicia y la administración locales, así como de los impuestos a satisfacer.

El Sudebnik introdujo también unas nuevas disposiciones concernientes a la propiedad de terrenos. Las leyes y costumbres que regían los tratos sobre propiedad de las tierras en Moscovia eran muy complejas y en su mayor parte encaminadas a proteger las fincas patrimoniales de la aristocracia boyarda y las grandes extensiones de tierra mantenidas por los poderes eclesiásticos. Pero las exigencias provenientes de la necesidad de proporcionar fincas a la cada vez más numerosa burguesía al servicio del país barrió los viejos privilegios y protecciones

En los años que siguieron a 1550 la falta de terrenos de los cuales hacer fincas para la burguesía llegó a ser crítica, como quedó demostrado al fracasar el proyecto de Iván para establecer mil hombres, previamente escogidos, en fincas cercanas a Moscú. Tal como se había proclamado el 3 de octubre de 1550, el plan de Iván era formar una guardia especial de los mejores hombres elegidos entre la burguesía. Muchas familias pertenecientes a esta clase tenían propiedades en distintas partes del país y las tierras de que disponían en la región central no alcanzaban a cubrir sus necesidades y las de sus ayudantes y servidores. El nuevo ukaz proponía

conceder tierras adicionales a estos hombres para permitirles establecerse cerca de la capital. Estos mil hombres habían de ser inscritos en el «libro de los mil», tendrían que estar siempre preparados para servicio administrativo, diplomático y militar, y formarían los «regimientos del zar y gran príncipe». En total se escogieron 1078 hombres para «los mil», considerados la flor y nata de la burguesía. Parece, sin embargo, que, a pesar de estos minuciosos preparativos y la selección de estos hombres, el proyecto no consiguió realizarse porque el gobierno no pudo conseguir las tierras necesarias en la región de Moscú. Sin duda alguna, este fracaso motivó que Iván encargara

la preparación de un registro de terrenos, una especie de catastro, para conseguir hacerse una idea clara sobre los propietarios de las tierras de su reino

[\[102\]](#).

Las fincas que eran patrimonio de boyardos y príncipes y las que se hallaban en poder de la Iglesia ofrecían una probabilidad de solución para el problema de la escasez de tierras disponibles. Tanto el abuelo como el padre de Iván habían echado miradas codiciosas a las posesiones de los monasterios e iglesias, y en aquel momento de su gobierno Iván hacía activos proyectos respecto a la probable

secularización de las mismas. Sylvester creía, tanto religiosa como políticamente, que la Iglesia debía abandonar todas sus propiedades y bienes, y no era hombre que alimentara creencias sin dar curso a la acción. Adeshev y otros miembros del gobierno apoyaban completamente esta política.

El 15 de septiembre, Iván recibe al metropolitano para discutir el asunto. Aparentemente, Makary conocía el plan del gobierno y había preparado un discurso muy largo para defender el derecho a retener las propiedades eclesiásticas, pero Iván no se dejó emocionar por sus argumentos, y poco tiempo después de esta reunión dispuso varias restricciones sobre los derechos

de los monasterios. Eran restricciones de poca importancia, pero bastaban para demostrar que el zar mantenía su posición.

La lucha entre la Iglesia y el zar y su gobierno dio entonces origen a la gran Asamblea de la Iglesia, que se conoce con el nombre de Stoglavny Sobor o Stoglav, que había de ser tan importante para la Iglesia ortodoxa como lo fue el Concilio de Trento, que también ocurrió hacia la misma época, para la Iglesia de Roma

[\[103\]](#).

Los preparativos para el Stoglav comenzaron en diciembre de 1550. Consistían en preparar una lista de



asuntos que el zar presentaría cuando la asamblea tuviera efecto, y cuyos puntos servirían como orden del día o base de trabajo. El autor de la mayoría de los sesenta y seis puntos, y quizá de todos, fue Sylvester. Estas cuestiones o puntos eran una investigación detallada de todos los asuntos de la Iglesia, y virtualmente delimitaban el programa de la reforma

[\[104\]](#).

El metropolitano, nueve obispos, archimandritas y abades, todos con luengas barbas y con ricas vestiduras, se reunieron en el palacio del zar, en el Kremlin, en enero de 1551. También se hallaban presentes los principales

boyardos y la burguesía al servicio del imperio. Era una imponente asamblea que incluía los clérigos y nobles más importantes. Iván aparece ante ellos. Tiene solamente veintiún años, es alto, y su apariencia llama la atención. No le atemoriza la autoridad ni la gravedad de la mayoría de los asistentes, así como tampoco la avanzada y venerable edad de los mismos; son sus vasallos. Consciente en alto grado de su posición como zar, y de su superioridad, ofrece un aspecto digno, como mostrando su confianza en su poder para dominar la audiencia.

Iván les dirige la palabra con fuerza y elocuencia. Se refiere de nuevo a su infancia y a los sufrimientos que

cayeron sobre él y sobre su pueblo durante aquella época de anarquía. «Entonces mi alma se hallaba oscurecida por el miedo y mis huesos temblaban; mi espíritu estaba subyugado y mi corazón acusó la influencia. Ahora odio el mal y amo la virtud.» Esto les dijo, y volviéndose hacia el metropolitano y los obispos, continuó: «Pido de vosotros que me enseñéis con esmero, ¡vosotros, venerables obispos de la Iglesia, no seáis benignos con mis crímenes! ¡Reprochadme claramente mi debilidad! ¡Proclamad en voz alta la palabra de Dios y mi alma vivirá!»

[\[105\]](#)

Después, Iván se refirió a su sincero deseo de que el orden y el

bienestar reinaran en todo el imperio, para lo cual usaría de todos los medios a su alcance y de toda su habilidad. Hasta aquel momento, les dijo, había introducido leyes nuevas para garantizar una mejor administración, y presentó a la asamblea de la Iglesia el Sudebnik concerniente a los gobernadores y sus decretos, para que los examinaran y aprobaran. Iván no encontraba extraño en absoluto pedir a la Iglesia que confirmara esta legislación civil. Consideraba que su poder y posición descansaban en dos pilares gemelos, que eran la Iglesia y el Estado, sobre los cuales él gobernaba como autócrata supremo. Ahora necesitaba que trabajaran conjuntamente en pro del

bienestar del país y del pueblo.

Durante el siglo anterior, la corrupción, la dejadez y los abusos habían llegado a infectar todos los rincones de la Iglesia, y, al igual que sucedía en Europa occidental por aquellos tiempos, el grito de «reforma total de la Iglesia» se oía cada vez más alto, jerarquía ortodoxa reconocía la necesidad de eliminar los abusos, y las cuestiones presentadas por el zar con motivo del Stoglav obtuvieron una respuesta inmediata. Sin embargo, al mismo tiempo que Makary y los obispos «josefinos», que se contaban en número superior en los consejos eclesiásticos, deseaban ansiosamente efectuar algunas reformas en beneficio de la Iglesia, se

daban cuenta que la presión existente por parte de Sylvester y otros de los «eremitas» del Volga, cuya política en favor de reformas extremas incluía la secularización de las tierras en poder de la misma. Y consideraron que una reforma preliminar actuaría como primera defensa contra los extremistas.

Los puntos sometidos por el zar en el Stoglav eran directos y específicos y criticaban las faltas en que incurrían los servidores de Dios. Los curas se emborrachaban y se volvían indolentes; casi todos estaban faltos de instrucción, no sabían efectuar los oficios con propiedad, omitiendo partes de la liturgia y permitiendo, además, que los asistentes se comportaran sin respeto;

pedían precios excesivos para celebrar matrimonios y otras ceremonias. En las traducciones de los manuales eclesiásticos había errores que debían corregirse.

La conducta de los monasterios fue objeto de fuertes acusaciones. Iván dijo incluso que a muchos monjes se les autorizaba a tomar las órdenes aunque no tuvieran interés en «la salvación de las almas», sino solamente en el «descanso del cuerpo» y la lujuria. Los archimandritas y abades fracasaban a menudo cuando intentaban imponer la disciplina, y ellos mismos encontraban gusto en vivir señorialmente sin hacer nada, descuidando sus monasterios y haciendas

[106]. Se hicieron al Stoglav dos proposiciones importantes en forma de preguntas. Se propuso abolir el privilegio de que gozaba la Iglesia, según el cual los tribunales del zar no podían juzgar a los curas y monjes si no se trataba de faltas muy graves. La segunda proposición era crucial, ya que sugería que no era conveniente para los monasterios adquirir tierras y beneficiarse de favores especiales, tales como la exención de impuestos. La posesión de fincas y bienes perjudicaba la vida monacal, y el Stoglav era el encargado de considerar que quizá sería beneficioso para los monasterios verse privados de sus beneficios económicos.

Se presentó a la consideración de



la asamblea la necesidad de crear alguna organización estatal para comprar la libertad de los numerosos moscovitas prisioneros en manos de los tártaros de Kazan y de Crimea. El principal problema era conseguir los fondos para llevar a cabo este propósito y se esperaba que la Iglesia haría algunas sugerencias prácticas al respecto. Otra de las cuestiones se refería, con ánimo de queja, a las personas de avanzada edad, que morían en el mayor abandono, demostrándose claramente que la Iglesia no cumplía su deber de proporcionar los fondos necesarios para cuidar de los desafortunados.

El último grupo de cuestiones

exigía una mayor fuerza a las prohibiciones de la Iglesia respecto al afeitado de las barbas, los juramentos falsos y la blasfemia. Los Skomorokhi y guselniki, comediantes y músicos bohemios que la gente adoraba, pero que la Iglesia condenaba, debían ser suprimidos con energía. Se les consideraba de la misma categoría de los magos, adivinos y falsos profetas, a los cuales los clérigos ortodoxos estrictos como Sylvester aborrecían.

En la gran asamblea de clérigos y boyardos a los cuales se dirigía Iván, solamente diez hombres formaban parte del consejo que estaba encargado de deliberar y entregar respuestas a los puntos sometidos al zar. Estos hombres

eran el metropolitano Makary y nueve arzobispos y obispos. Es significativo el detalle que de estos diez hombres, nueve pertenecían declaradamente a la facción de los «josefinos», y por ello dispuestos probablemente a oponerse a cualquier reforma extrema que Sylvester pudiera presentar. De todas formas, estuvieron de acuerdo en muchas de las propuestas, a las cuales respondieron con una acción pronta y efectiva

[\[107\]](#).

Tanto los abusos como el relajamiento de las costumbres era cosa demostrada, y la asamblea dispuso que se reforzaran las leyes de la Iglesia. Dedicaron especial atención a la

conveniencia de seleccionar los curas y monjes, y se decretó que se establecieran institutos especiales para educarles, tanto en Moscú como en otras ciudades, especialmente para curas y diáconos. Asimismo, la disciplina monástica debía ser observada de manera rigurosa y vigilada la administración de los monasterios. Se castigarían con la mayor severidad las ofensas contra la moralidad entre los curas, así como otros crímenes, ya que éstos constituían «un baldón para nuestra fe cristiana «ortodoxa»

[\[108\]](#). Se condenó el afeitado de las barbas, la tolerancia de skormorokhi y guselniki en las fiestas nupciales y otras

ocasiones, así como la lectura de libros heréticos. Debían cuidarse los ancianos y los que padecían enfermedades y acomodárseles en edificios especiales. En cuanto a los fondos para comprar la libertad de los prisioneros en poder de los tártaros, el consejo de la Iglesia recomendaba que se recogieran entre todos los ciudadanos. Las iglesias y monasterios también contribuirían, lo que era ya un paso adelante, pues hasta entonces estaban exentos de tales tributos.

En cuanto al punto que amenazaba los bienes y privilegios de la Iglesia, el Stoglav respondió de una forma que no dejaba lugar a dudas. Rechazaba la sugerencia de que los curas y monjes

podrían procesarse en los tribunales del zar por todas las faltas. Confirmaron claramente sus opiniones «Josefinas» contra cualquier intento de arrebatar a las iglesias y monasterios sus fincas y riquezas. Llegaron a referirse a los que envidiaban las posesiones de la Iglesia como a «violadores y ladrones»

[\[109\]](#).

Makary, como metropolitano, había presidido las reuniones del Stoglav, y del mismo texto de los cien capítulos se desprende que los esbozó él mismo, o bien fueron escritos bajo su vigilancia directa

[\[110\]](#). Su victoria sobre Sylvester,

que había preparado las preguntas, era clara en el asunto más importante de todos, el de la secularización de bienes. Al mismo tiempo esta victoria significaba que la política de Iván y su gobierno había fracasado, en cierto modo, a manos del consejo de la Iglesia.

Iván detestaba que se opusieran a sus planes y no podía soportar los impedimentos. Probó de conseguir una revisión de las disposiciones tomadas por la Stoglav sometiéndolas a tres monjes de gran cultura del monasterio de Troitsa. Estos tres monjes eran oponentes declarados de los «josefinos», pero sus comentarios no influyeron sobre las decisiones finales de la Stoglav, que concluyó sus trabajos

en mayo de 1551

[\[111\]](#).

Pero, a pesar de ello, Iván y su Consejo Escogido prosiguieron sus presiones sobre los «josefinos». En mayo y junio llevaron a cabo algunos cambios en la jerarquía eclesiástica, cambios que reforzaron la posición de los «eremitas» en los consejos de la Iglesia. Después siguieron una serie de medidas restrictivas de los privilegios de propiedad de tierras de los organismos eclesiásticos. En mayo de 1551 se publicó un decreto prohibiendo la compra de tierras patrimoniales sin el especial permiso del zar. El Sudebnik, que había sido confirmado en la Stoglav,



había prohibido cualquier posterior concesión de exención de impuestos, y a esto siguió en los días 17 y 18 de mayo una investigación de las cédulas de los privilegios y su consiguiente cancelación. Sin embargo, aunque Iván necesitaba desesperadamente conseguir terrenos para aumentar y reforzar la burguesía al servicio del país, no estaba de ninguna forma dispuesto a provocar un conflicto de mayores consecuencias confiscando las tierras eclesiásticas. Necesitaba la colaboración de la Iglesia y tenía que conseguir las tierras por otros sistemas.

# Capítulo once: La conquista de Kazan, 1551-1552

Desde hacía mucho tiempo los tártaros eran el azote de los moscovitas. Eran nómadas de raza turca, de baja estatura y fuertes, con ojos oblicuos hundidos y la piel muy morena; llevaban negras barbas y las cabezas afeitadas. Eran magníficos jinetes; puede decirse que vivían sobre sus caballos, pequeños y veloces, y tanto los hombres como los caballos podían realizar verdaderas proezas en cuanto a resistencia física. La

contemplación de estos tártaros poniéndose en marcha para atacar inspiraba terror. Aparecían cuando menos se les esperaba, echándose encima de sus presas con ferocidad. Mataban, destruían y saqueaban a voluntad y después desaparecían con la misma rapidez con que se habían presentado.

Al correr de los años sus continuas y desalmadas incursiones fueron la causa de que grandes extensiones de terreno quedaran arrasadas e improductivas, así como también costaron un gran tributo de vidas humanas. A una distancia de 150 millas al este y al sur de Moscú no había pueblo ni cabaña que permaneciera en

pie, y la tierra no se cultivaba. Las personas que habían perdido su vida a manos de los tártaros o que fueron hechas prisioneras por éstos se contaban por millares. En el año 1551 se creía que el número de moscovitas que vivían prisioneros en el kanato de Kazan era de 100 000

[\[112\]](#). Los mercados de esclavos del Mediterráneo se surtían ampliamente de rubios eslavos raptados por los tártaros.

Pero los moscovitas habían llegado a temer mucho menos a los tártaros que en siglos anteriores. Las rivalidades internas, que habían sido causa de la desintegración de la Horda de Oro, hacían imposible que en la actualidad

los tres kanatos, es decir el de Kazan, el de Crimea y el de Astracán, pudieran actuar conjuntamente. Además, los rusos habían aprendido la manera de luchar y enfrentarse a los tártaros, los cuales, si bien eran terribles en el ataque, acostumbraban a comportarse con debilidad y cobardía en la defensa. Pero su movilidad y su táctica de atacar por sorpresa en cualquier punto de los cientos de millas de las fronteras moscovitas les convertían en un peligro permanente.

De los tres kanatos, el de Kazan era el más amenazador y el más cercano. Los recuerdos de los tormentos sufridos a manos de los tártaros pasaban entre los moscovitas de generación en

generación; debido a esto la destrucción del kanato de Kazan era considerado por ellos como una necesidad ineludible si querían sentirse a salvo. Además era también su deber sagrado, ya que los tártaros eran mahometanos fanáticos y enemigos de la Cruz, por lo que su sola presencia constituía una afrenta para todos los cristianos. El sentir profundamente religioso de los moscovitas de la época convertía la probable campaña contra los tártaros en una cruzada. Y de todas formas, era inevitable una guerra contra el kanato de Kazan, ya que la colonización moscovita avanzaba hacia el Este creciendo por momentos, y Kazan se interponía en su camino.

Iván estaba poseído de gran entusiasmo y elevados ideales y nada podía parecerle más glorioso que la conquista de Kazan; de una sola vez liberaría su imperio de un enemigo destructor y a los ojos del mundo se convertiría en el zar libertador. Su fama por haber vencido a los mahometanos y llevado la Cruz a Asia llegaría a todos los rincones de la cristiandad. Con tales imperativos no era pues de esperar que una persona del temperamento de Iván tardara mucho en pasar a la acción. A los 15 años, en abril de 1545, había ya proclamado una primera campaña contra Kazan, que no tuvo éxito.

A finales de 1547 Iván declaró de nuevo la guerra a Kazan, y sus ejércitos

se pusieron en marcha en enero de 1548, con los que el zar se unió a la altura del Volga. Pero esta campaña fue tan poco afortunada como la anterior. En lugar de nieve y fuertes heladas como era habitual en aquella época del año, se desencadenaron lluvias torrenciales. La capa de hielo sobre el Volga, que acostumbraba a ser lo suficientemente resistente para soportar el peso de todo un ejército, en aquella ocasión era blanda y se agrietaba con facilidad. Armas, municiones y cientos de hombres desaparecieron bajo el hielo. Iván esperaba en la isla de Robotka, en el Volga, confiando en que se presentarían nuevas heladas, pero esperó en vano. En marzo de 1548 volvió a Moscú y al



entrar en la ciudad iba llorando de decepción y rabia

[\[113\]](#).

Safa Girei, kan de Kazan, murió en marzo de 1549 y le sucedió su hijo Utemish, de dos años de edad. En aquellos tiempos, el hecho de que el poder lo ostentara una criatura, con la consiguiente libertad para las rivalidades entre los principales guerreros, y dejando a la gente sin caudillo, significaba sin duda alguna el caos. Los tártaros estaban alarmados; de la misma forma que ellos se habían aprovechado de la minoría de Iván para asaltar Moscú, temían que los moscovitas les atacaran. Enviaron

mensajes urgentes al kan de Crimea implorando que les mandara a su hijo para actuar como regente y defenderles contra los moscovitas. Asimismo en junio de 1549 propusieron a Iván la paz, pero Iván les contestó invitándoles a mandar sus emisarios para negociar, y cuando éstos llegaron él y su ejército partieron para Kazan.

El invierno entre 1548 y 1550 fue excepcionalmente severo. Las personas caían muertas en las calles a causa del frío. Iván y sus tropas soportaron duras pruebas, pero continuaron su avance llegando ante Kazan el 14 de febrero. Las tropas moscovitas, compuestas por 60 000 hombres, después de cuidadosos preparativos se lanzaron al ataque y la

lucha duró todo el día sin ventaja para ningún lado. Sin embargo, al día siguiente se produjo un gran deshielo. Unas fuertes lluvias convirtieron el suelo en un barrizal y los ríos salieron de su cauce. La situación iba de mal en peor e Iván se vio de nuevo obligado a ordenar la retirada.

La desoladora experiencia de tener que retirarse de Kazan tres veces en cinco años hacía a Iván mucho más decidido a aprovechar esta formidable oportunidad. Odiaba el fracaso y le molestaban las murmuraciones en son de crítica con que sus súbditos comentaban estas infructuosas campañas. En realidad la crítica popular iba dirigida contra los boyardos, que mandaban los

ejércitos, y se excusaba a Iván por su juventud e inexperiencia y porque era el zar, pero Iván sabía perfectamente que las críticas podían en cualquier momento volverse hacia su persona. Había aprendido a dominar su impetuosidad y a prepararse con mayor cuidado. Dedicó mayor atención a las reformas militares, que incluían la formación de un núcleo de tropas permanentes, como había propuesto Peresvetov. Pero ante todo era preciso dejar sin efecto el existente orden de preferencia.

El mestnichestvo, el funesto sistema que fijaba de forma inmutable la categoría por antigüedad dentro de la aristocracia boyarda y que impedía se

nombraran los hombres más capacitados para los cargos importantes, actuaba de forma destructiva en todos los sectores del gobierno, pero sus peores efectos se dejaban sentir en el ejército, desbaratando las operaciones militares. Se perdían oportunidades para atacar a los tártaros mientras los jefes del ejército disputaban entre sí por sus nombramientos y cargos y sobre si éstos estaban repartidos de acuerdo con el dichoso orden de precedencia. Aun en el caso en que estas discusiones no llegaban al extremo de inmovilizar el ejército, eran motivo de tirantez en las relaciones entre los generales en el campo de batalla, lo que bajaba la moral de las tropas. Los mismos moscovitas se

daban cuenta de lo perjudicial que resultaba el sistema, pero éste se hallaba respaldado por la tradición y por las mismas rivalidades entre los boyardos

[\[114\]](#).

Cuando Iván se disponía a marchar hacia Kazan en noviembre de 1549, antes de partir para la guerra decretó que el sistema de precedencia no se aplicaría entre los jefes del ejército en el campo de batalla. Este decreto fue puesto de nuevo en vigor en Vladimir en diciembre de 1550, y en Nijni Novgorod en enero del mismo año cuando el ejército se disponía a entrar en combate. Pero aunque el mismo zar tuviera el mando del ejército, surgieron igualmente

disputas entre sus jefes, hasta encontrándose ante Kazan preparándose para atacar. Este factor contribuyó en gran manera a la decisión que de tan mala gana tomara Iván de retroceder y retirarse. Al mismo tiempo vio tan clara la necesidad de llevar a cabo reformas militares y especialmente de restringir las reglamentaciones de la precedencia, que en febrero de 1550, cuando se hallaba todavía en Kazan, mandó órdenes a Moscú para que se prepararan los borradores para las nuevas regulaciones

[\[115\]](#).

La nueva ley, que se ocupaba del orden de precedencia y que apareció en

julio, confirmaba los previos decretos de Iván respecto a este punto y, sin que ello significara la abolición del sistema, afirmaba la autoridad del comandante en jefe, al que se daba el nombre de voivoda del gran ejército, y se establecía una graduación de los jefes, aumentándose la responsabilidad de los oficiales con menor antigüedad. Al mismo tiempo prohibía se aplicara la precedencia durante la guerra. Gracias a este refuerzo de la dirección y disciplina del ejército moscovita se desarrolló con mayor eficacia en las siguientes campañas

[\[116\]](#).

En verano de 1550 Iván creó



también una nueva fuerza permanente, a la que se dio el nombre de streltsi, o arcabuceros, que constituían el núcleo de un ejército regular. Cuando a principios de siglo tuvieron efecto las mejoras en las armas de fuego, se habían apuntado algunos destacamentos de, arcabuceros, especialmente procedentes de las ciudades

[\[117\]](#). Los streltsi procedían de estos arcabuceros, e iban armados con arcabuces y alabardas. Tenían sus cuarteles en el suburbio de Vorobiovo y su paga consistía en cuatro rublos al año. No satisfacían impuestos ni siquiera en las profesiones y comercio en los que se ocupaban en tiempo de

paz. Primeramente se reclutaron 3 000 streltsi, que fueron de gran utilidad en Kazan y en otras campañas, y su número se aumentó en vista de la gran ventaja que representaban. Hacia finales del siglo los streltsi que servían en las guarniciones existentes en todas las ciudades llegaban al número de 20 000 aproximadamente

[\[118\]](#).

Iván, a su regreso a Moscú, en marzo de 1550, infundió una intensa actividad a su gobierno. Las reformas, en especial el nuevo código legal, el Sudebnik, reclamaban su atención. Se recibieron informes de que el kan de Crimea Saip Girei avanzaba hacia

Moscovia y tuvieron que mandarse tropas a defender las fronteras. El mismo Iván se desplazó a Kolomna y Riazán para inspeccionar las defensas e infundir valor a sus hombres. Se quedó junto a ellos durante algún tiempo, pero como los tártaros no aparecían volvió a Moscú.

Por entonces los tártaros de Kazan hicieron nuevas proposiciones de paz. Yusuf, el kan de los tártaros de Nogai, que erraban por una vasta región al norte del mar Caspio, separados por el Yaik o río Ural, era un hombre muy respetado por tártaros y turcos, y se ofreció a actuar de mediador. Iván expresó su buena disposición a negociar, pero al mismo tiempo apresuraba sus

preparativos para poder llevar a cabo una campaña decisiva.

Cuando el año anterior regresaba de Kazan, Iván había subido a una colina llamada Kruglaya, en la desembocadura del río Sviyaga, y comprobado que desde allí arriba se dominaba magníficamente la situación de Kazan, Vyatka, Nijni Novgorod y de los desiertos de la región de Simbirsk. Quedó impresionado por las grandes ventajas estratégicas de aquel lugar y antes de descender de la colina se dijo a sí mismo: «Aquí habrá una ciudad cristiana. Venceremos a Kazan, Dios nos la pondrá en las manos.»

[\[119\]](#)

Con la llegada de la primavera en

1551, Iván mandó a Shig Alei, el kan desplazado que había buscado la protección de Moscú, con 500 hombres escogidos entre sus mejores tropas tártaras, y un destacamento importante de moscovitas, a la desembocadura del río divaga. Tenían órdenes de establecer una ciudad en la colina y para poder llevar a cabo este proyecto se echaron árboles al Uglich, que se hicieron flotar Volga abajo. El príncipe Peter Serebryanny-Obolensky partió, también con tropas, de Nijni Novgorod, y el día 11 de mayo de 1551 izó la bandera moscovita en aquella cima. Las fuerzas principales del ejército moscovita llegaron por río el día 14 de mayo, y a las pocas semanas se había ya

construido la ciudad de Sviyazhsk.

La súbita aparición de aquella fortaleza moscovita que amenazaba el kanato de Kazan causó gran impresión sobre las gentes al norte y al oeste del Volga y del Kama. Las tribus de Chuvash, Mordva, Votyak y Cheremis eran de origen finlandés que habían sido conquistadas por los tártaros, pero que nunca habían adoptado su religión ni su lengua, y aprovecharon la oportunidad para mandar a Moscú a sus hombres más importantes para jurar fidelidad y servicio al zar.

La nueva proximidad de los moscovitas en Sviyazhsk intensificó la inquietud ya existente entre los tártaros. Los principales jefes guerreros de

Kazan estaban de acuerdo en que era preciso negociar la paz con Moscú, pero los tártaros de Crimea establecidos en Kazan y que estaban dirigidos por Ulan Korshchak, no deponían sus hostilidades contra el zar. Constantemente apremiaban a los jefes de Kazan para que aguardaran las tropas prometidas de Crimea y Astracán y las que habían de llegar de Nogai, insistiendo que con tales refuerzos podrían vencer al zar de la misma forma que le habían derrotado en el pasado. Sin embargo, no llegaron las tropas esperadas y las gentes de Kazan expulsaron a los de Crimea de su ciudad. Los ejércitos moscovitas se enfrentaron con ellos en el río Vyatka y los mataron a todos a excepción de

Korshchak y su séquito que fueron ejecutados en Moscú posteriormente.

Inmediatamente después de estos acontecimientos los habitantes de Kazan enviaron mensajeros a Iván proponiendo la paz y pidiendo que Shig Alei ocupara de nuevo su puesto al frente del kanato. Iván aceptó y mandó a Adashev para confirmar las condiciones de la paz y para instalar a Shig Alei como kan, pero solamente en las regiones más meridionales del kanato, reclamando las regiones del norte como parte de su imperio por su proximidad a Sviyazhsk. Esta inesperada pérdida de territorio fue una sorpresa para los tártaros y Shig Alei se sintió muy ofendido. «¿Qué va a ser de mi reino -se quejaba-, cómo



puedo pedir a mi pueblo que me ame si yo cedo a Rusia una parte importante de su país?»

[\[120\]](#) Pero Iván no quería oír hablar de devolver aquellas tierras que junto con su nueva fortaleza de Sviyazhsk, le proporcionaban un mayor control del que nunca había tenido sobre el inquieto kanato. Mientras tanto los moscovitas expresaban su alegría por la libertad de los prisioneros que habían estado bajo el poder de los tártaros. Llegaron por vía fluvial a Moscú sesenta mil hombres y los demás volvieron a sus casas en las regiones de Vyatka y Riazán. El país hervía de admiración hacia Iván, que había conseguido liberar a sus súbditos

prisioneros.

Iván trató con gran benevolencia a los tártaros de Kazan, pero éstos no correspondieron en absoluto. Shig Alei insistía continuamente para que le fueran devueltos los territorios del norte del kanato, pero sin éxito, siendo firmemente rechazada su demanda. Posteriormente Shig Alei se enteró de que los principales tártaros del kanato estaban preparando un complot para rebelarse y proyectó un brutal plan para deshacerse de tales enemigos. Les invitó a un banquete en su palacio y cuando estuvieron reunidos, sus guardias desenvainaron las espadas y les mataron a todos. El suelo del palacio quedó cubierto de sangre y hasta los mismos

tártaros quedaron horrorizados ante tal carnicería. Temiendo por su vida, muchos huyeron escondiéndose por todo el kanato, y el pueblo sintió crecer su ira contra el kan de tal forma que Iván ordenó de nuevo a Adashev que fuera a Kazan, esta vez para proteger a Shig Alei de su propio pueblo. Pero el grito del pueblo era demasiado fuerte para no ser oído. Los tártaros pidieron a Iván que depusiera al kan y nombrara un gobernador moscovita en su lugar. Y allá va de nuevo Adashev con el encargo de informar a Shig Alei de que ha sido destronado por deseo popular.

Iván nombra al príncipe Semeon Mikulinsky representante suyo en Kazan y se hacen los preparativos necesarios

para escoltarle con todo ceremonial a su entrada en la ciudad. Los tártaros, que tenían conocimiento de este nombramiento, parecían contentos, pero de repente cambiaron de parecer. Los nobles tártaros a los cuales Mikulinsky había permitido adelantarse a su llegada para unirse a sus familias, difunden la historia de que los moscovitas proyectan matar a todos los habitantes de Kazan. Esto era completamente falso, pero fue suficiente para despertar el temor y la sospecha natural de los tártaros con respecto a su eterno enemigo.

Al tener conocimiento de lo ocurrido en Kazan, Mikulinsky, Obolensky y Adashev cabalgan hacia allá para tranquilizar los ánimos, pero

se encuentran las puertas de la ciudad cerradas y el pueblo armado protegiendo las murallas y las torres. Fallaron todos sus esfuerzos para convencer a los tártaros para que les dejaran pasar, pero las puertas de Kazan continuaron cerradas para los moscovitas.

Esta provocación tan imprevista, después de la humilde sumisión por parte de los tártaros, hizo enfurecer a Iván y le convenció de que Kazan no podía ser sometida si no era por la fuerza. Hizo reunir al Consejo Boyardo declarando ante el mismo que estaba dispuesto a liberar a Moscú «de la ferocidad de estos eternos enemigos, junto a los cuales no puede haber paz ni

tranquilidad»

[\[121\]](#).

Sin pérdida de tiempo Iván ordena que salgan tropas con suministros por vía fluvial hacia Kazan. Su proyecto es seguir a las tropas por tierra, pero antes de que pueda hacerlo le llegan noticias de Mikulinsky, que se halla en Sviyazhsk, en el sentido de que las tribus finlandesas se han rebelado y se han unido al pueblo de Kazan. Sin embargo, la noticia más importante que recibe Iván es que la peste ha azotado la ciudad de Sviyazhsk. Inmediatamente manda al príncipe Gorbaty y a Peter Shuiskey con tropas para reforzar la fortaleza y someter a los rebeldes de las

tribus de Shuvash y Cheremis. Algunos días más tarde se entera de que la virulencia de la peste ha aumentado haciendo mayor su preocupación. Muchos hombres habían muerto ya y la moral entre las tropas que quedaban y los mismos generales era tan baja que se abandonaban a la bebida y a toda clase de placeres, presentando poca resistencia a las incursiones de los tártaros; los hombres procedentes de las tribus habían llegado al extremo de atreverse a robarles los caballos.

Estas últimas noticias hacen montar en cólera a Iván, quien manda al arcipreste Timofei, de la catedral de Arkhangelsk, con agua bendita para levantar los decaídos ánimos de

Sviyazhsk. Timofei, hombre famoso por sus conocimientos y su gran elocuencia, amonesta a las tropas por haber olvidado su honor y sus deberes para con Dios y el zar. Les habla con severidad y sin compasión y sus últimas palabras son: «Dios, Iván y la Iglesia esperan vuestro arrepentimiento. Volved al buen camino, pues, de lo contrario, conoceréis la ira del zar y oiréis la maldición de la Iglesia.» Los hombres podían entender esta forma de hablar y no se dieron nuevos casos de indisciplina entre ellos

[\[122\]](#).

En Kazan los tártaros estaban animados. Contaban con un jefe



decidido, Edíger Mohammed, hijo del kan de Astracán, que había conseguido llegar a Kazan junto con 500 tártaros de Nogai, haciendo fracasar los esfuerzos moscovitas para capturarlo. Fue entronizado kan e impresionó a los tártaros por sus modales muy guerreros y sus juramentos de luchar hasta la muerte. Gracias a él confiaban en vencer de nuevo a su tradicional enemigo.

El 16 de junio Iván parte hacia Kolomna. La zarina Anastasia llora su partida. Está esperando un hijo y teme por la suerte de su marido. Cae de rodillas ante él y ruega a Dios por el éxito de la empresa y por su pronto regreso. También Iván ora largamente y con devoción para que Dios proteja a su

esposa y no surjan dificultades cuando su hijo nazca. También pidió a Dios la victoria.

Cuando ya se halla en camino sale a su encuentro un correo trayéndole la noticia de que los tártaros de Crimea han cruzado el Donets del Norte y continúan avanzando. Otro correo informa que los tártaros van hacia Riazán y Kolomna. Pero dos días más tarde llegan noticias de que están atacando, Tula.

Inmediatamente Iván manda tropas y cuando, poco después, se entera de que el kan de Crimea está poniendo sitio a Tula con el grueso de su ejército, se prepara para acudir en persona. Los rusos de Tula luchan ferozmente

defendiéndose de los tártaros y cuando se enteran de que el propio zar va a acudir en su ayuda, su moral sube todavía y de tal forma que hasta las mujeres se atreven a atacar a los tártaros. Al saber el kan que el zar va hacia allí, ordena la retirada, pero el ejército moscovita les sigue y vence junto al río Shivoron, haciendo muchos prisioneros y apoderándose de camellos y víveres.

Iván se halla pues libre para poder dedicar todos sus esfuerzos a la toma de Kazan y se pone en camino el día 3 de julio, siguiendo la ruta de Vladimir y Murom, incrementando todavía más su ejército. Por el camino le van llegando buenas noticias. La peste ha

desaparecido casi completamente de Sviyazhsk, sin duda alguna gracias a la elocuencia de Timofei y al agua bendita. Además el príncipe Mukulinsky ha derrotado totalmente a las tribus del norte, de tal modo que éstas de nuevo han jurado obediencia al zar. Asimismo traen abundantes cereales, miel salvaje y carne que, junto con las provisiones reunidas por las tropas de Iván a medida que avanzan, garantizan un aprovisionamiento adecuado durante la campaña que se avecina.

Los soldados esperaban que al llegar a Sviyazshk podrían descansar y disfrutar de la abundancia que les rodeaba, pero Iván estaba dispuesto a no perder tiempo. El 15 de agosto manda a

Kazan, en nombre propio y en el de Shig Alei, unos escritos instigando a los tártaros a rendirse prometiéndoles su perdón. Los moscovitas comienzan a cruzar el Volga y el 20 de agosto se hallan ya ante Kazan y reciben la respuesta de los tártaros a las notas del zar. Ediger demuestra un desprecio insultante hacia el zar y especialmente hacia Shig Alei y se burla de una manera blasfema de la fe cristiana; su respuesta termina retando a los moscovitas a luchar.

El 23 de agosto Iván ha situado ya sus ejércitos en posiciones estratégicas para sitiar la ciudad, y hace reunir a todos los generales y oficiales en un lugar al aire libre frente a la ciudad. Al

dirigirse hacia ellos a caballo, acompañado de su séquito, su insignia se va desplegando lentamente, pudiendo comprobar los allí reunidos que en la misma hay una imagen de la Virgen que se pensó había aparecido de una forma milagrosa y no estaba hecha por manos humanas. A la bandera se había unido, formando un solo cuerpo, la cruz que Dmitri Donskoi llevaba consigo cuando venció al kan de la Horda de Oro en el famoso campo de batalla de Kulikovo, 172 años antes. Tanto para Iván como para todos los moscovitas estos objetos no eran solamente sagrados sino hasta milagrosos y podían proporcionarles nuevas victorias.

Después de la oración, Iván se

dirige a sus generales. Las palabras que pronuncia son las que pueden esperarse de un zar joven que cree en su obra y se dedica a ella con todas sus fuerzas, y estas palabras las escuchan, entre la excitación y la tensión que anteceden a una batalla importante, unos hombres que creen con todo el fervor que les da una fe viva en el poder de la plegaria y del sacrificio y en su caudillo.

«El momento de nuestra gran empresa se acerca -dice Iván-. Uniros para sufrir por vuestra fe, por la Santa Iglesia, por la fe cristiana ortodoxa, por nuestros hermanos de raza, estos cristianos ortodoxos que sufren larga cautividad y padecen bajo el yugo de los tártaros paganos... Estemos preparados

para entregar nuestras vidas; si sucumbimos, no es la muerte sino la vida lo que encontraremos; si no morimos ahora lo haremos más tarde, pero ¿cómo lograremos librarnos de estos infieles en el futuro? Yo mismo he estado junto a vosotros y es mejor que muera aquí antes que contemplar cómo se blasfema contra Cristo y que los cristianos que me han sido confiados por Dios sufran en las manos de los paganos habitantes de Kazan. Si Dios generoso se digna concedernos su gracia y nos presta su ayuda, mi mayor placer será concederos grandes recompensas y los que hubieran muerto luchando serán recompensados a través de su mujer y sus hijos...»



[\[123\]](#)

El príncipe Vladimir Andreevich contestó a estas palabras en nombre de los príncipes y boyardos que escuchaban a Iván: «¡Sé valiente, zar! Animados por un mismo espíritu todos lucharemos por Dios y por ti!» Entonces Iván se volvió a la imagen sagrada de Jesús y declaró en voz muy alta que se extendió por el llano: «Señor, en tu nombre comenzamos la lucha.»

[\[124\]](#)

En el interior de Kazan un fervor nacional y religioso unía a todos los tártaros, determinados a luchar hasta el fin. Habían cesado las rivalidades que les tenían divididos en el pasado y como los mismos moscovitas, también ellos se

daban cuenta de que la batalla que se avecinaba sería definitiva en las relaciones largas y emponzoñadas entre ambos pueblos. Rogaban a Mohammed y a Alá que les concedieran la victoria y confiaban en ella. El kan Ediger contaba con una fuerza de 30 000 hombres experimentados y 2 700 tártaros de Nogai, así como los habitantes de Kazan, y sus provisiones podían resistir un largo sitio. En cuanto a las defensas de la ciudad, las construcciones eran fuertes y contaba con buenas fortificaciones. La ciudad estaba rodeada de altas murallas hechas con tablones de roble, asegurados en la parte interior por medio de gravilla y barro de río endurecido, y dentro de las murallas

había mezquitas, torres y palacios  
construidos de piedra.

El ejército de Iván constaba de 150 000 hombres, dominando numéricamente al enemigo. Tan pronto hubieron ocupado sus posiciones, salieron de Kazan 15 000 hombres para atacarles. Los strelsti sufrieron todo el impacto de este súbito ataque y retrocedieron. A toda prisa se refuerzan las filas. Los strelsti forman de nuevo y tiene lugar una lucha salvaje en la que los tártaros van retrocediendo lentamente hasta las puertas de la ciudad. Las pérdidas son cuantiosas, tanto para los moscovitas como para los tártaros. Sin embargo, los rusos pudieron obtener una primera victoria.

Poco tiempo después una violenta tempestad les redujo a la desesperación. La lluvia inundó sus campamentos y hundió las barcasas de aprovisionamiento que se hallaban amarradas junto a la orilla del río Kazanka. Fuertes vientos arrancaron de los palos la tienda del zar, los toldos de las tres iglesias de campaña y muchas tiendas de los soldados. Acordándose de los desastres que había obligado a los moscovitas a retroceder en dos ocasiones anteriores, los sitiadores se volvieron pesimistas. Parecía inevitable una tercera retirada en vista de la gran pérdida de provisiones sufrida. Pero Iván no se sentía en absoluto alarmado. Inmediatamente mandó mensajeros a

Sviyazhsk y a Moscú para que enviaran comida y también encargó ropas de abrigo para sus hombres. Iván lo apostaba todo por el éxito de la campaña y estaba decidido a mantener al enemigo bajo cerco durante todo el invierno si era necesario.

Los moscovitas, animados por sus generales y su zar, trabajaban febrilmente en sus emplazamientos. Levantaban cercas y empalizadas y cavaban profundas trincheras. El propio Iván no se tomaba un minuto de descanso y, montado en su caballo, inspeccionaba los preparativos y animaba a sus hombres. El trabajo no era solamente pesado sino también peligroso porque tanto de día como de

noche los tártaros efectuaban ataques repentinos. Pero a pesar de estos ataques no podían ni hacer retroceder a sus enemigos ni impedir que el cerco se estrechara cada vez más a su alrededor. Pero, por su parte, los moscovitas, que apenas podían dormir ni comer, comenzaban a acusar el cansancio.

La presión tártara aumentó considerablemente cuando, procedentes de los bosques cercanos a la población de Arsk, a varias millas de distancia de Kazan, tártaros montados llevando a la cabeza al príncipe Yapancha se lanzaron salvajemente contra los moscovitas. Estos ataques eran combinados por medio de señales desde las murallas de Kazan, de forma que tenían lugar al

mismo tiempo que las tropas de Kazan salían de la fortaleza. Pero el 30 de agosto los príncipes Gorbaty y Serebryanny, con la ayuda de un gran ejército, consiguieron reducir a Yapancha y hacer 340 prisioneros, dejando el bosque libre de soldados.

Estos prisioneros fueron llevados a las líneas moscovitas y atados a unos palos delante de las murallas de Kazan. A uno de ellos se le dio la libertad y se le mandó al pie de la muralla, desde donde voceó el mensaje del zar: «Iván promete la vida y la libertad a estos prisioneros y su perdón y benevolencia para vosotros si os entregáis.» Los habitantes de Kazan escucharon en silencio el mensaje y luego, empuñando

con sangre fría sus arcos, dijeron a sus desafortunados amigos: «Es mejor que muráis a manos nuestras que están limpias, que en las sucias manos de los cristianos», y diciendo esto una nube de flechas salió de sus arcos. Cada prisionero quedó varias veces traspasado y unido a su palo y ninguno sobrevivió

[\[125\]](#). Iván fue testigo del incidente y quedó asombrado por la furia y el odio que demostraban los tártaros, dándose cuenta de la lucha despiadada que les esperaba.

Al día siguiente Iván decidió llevar a cabo una iniciativa importante y dio órdenes al danés que estaba a su



servicio, hombre muy hábil en el manejo y uso de explosivos, para que hiciera volar los suministros de agua de Kazan

[\[126\]](#). Sabía, pues se lo habían dicho los prisioneros y refugiados, que los tártaros obtenían el agua de una fuente y un manantial subterráneo que llegaba a Kazan procedente del río Karanka. Mandó a Adashev junto con el danés encargado de dirigir la operación, que consistía en cavar por debajo del manantial y colocar los explosivos. El trabajo se llevó a cabo con toda rapidez. Se colocaron once barriles de pólvora, y el 4 de septiembre se voló el manantial, matando a muchos tártaros y haciendo un boquete en las murallas de la ciudad.

Inmediatamente los moscovitas se lanzaron al ataque, pero fueron rechazados.

El cerco continuaba. Los tártaros descubrieron una pequeña fuente para sustituir su suministro habitual de agua y luchaban con el valor que proporciona la desesperación. Pero también muchos entre los moscovitas se hallaban cerca del agotamiento y su moral se derrumbó cuando comenzó otra racha de mal tiempo. Lluvias torrenciales convirtieron sus trincheras y terraplenes en barrizales. El príncipe Kurbsky tenía la convicción de que el mal tiempo era obra de encantadores tártaros. Según sus informes, cada día al llegar el alba, los magos aparecían sobre las murallas de

Kazan, desde donde gritaban en tonos amenazadores y agitaban sus vestiduras en dirección a las posiciones moscovitas, invocando poderes malignos para que hicieran desencadenar nubes y lluvias. La creencia en el poder de la brujería tártara y el mal tiempo, que no cesaba, dañaban seriamente el campamento moscovita. También Iván se hallaba preocupado y ordenó que trajeran desde Moscú una cierta cruz milagrosa. Al llegar la cruz se bendijo agua con ella que se esparció por todas las posiciones moscovitas. Todos creían devotamente en esta clase de conjuración, y por otra parte, las lluvias cesaron y el buen tiempo volvió casi inmediatamente

Entretanto los moscovitas habían construido altas torres en las cuales colocaron cañones; cuando se situaron estas torres más cerca de las murallas, dispararon desde lo alto en dirección a las defensas de la ciudad. Sin embargo Iván se dio cuenta de que el fuego de cañón causaba poco daño y ordenó la colocación de más minas. De nuevo su experto danés dirigió la operación y el 30 de septiembre se voló una gran parte de las defensas de Kazan. Los tártaros, aturcidos por el ruido y la caída de maderas y escombros, fueron invadidos por el pánico, pero después se tranquilizaron y se lanzaron fuera de la ciudad atacando furiosamente. Continuó

un salvaje cuerpo a cuerpo durante varias horas, pero gradualmente los tártaros tuvieron que retirarse hacia su fortaleza.

Algunos moscovitas consiguieron entrar en la ciudad, pero se vieron obligados a retroceder. Iván era prudente y todavía no quería que sus fuerzas entraran en la ciudad, donde podían quedar atrapadas.

El 1 de octubre ordenó se hicieran preparativos para efectuar un asalto general al día siguiente. Los soldados comulgaron y después quedaron a la espera de la explosión de nuevas minas. Al mismo tiempo, ansioso como estaba por evitar nuevo derramamiento, de sangre, Iván pidió de nuevo a los

tártaros que se rindieran, pero, como un solo hombre, los tártaros respondieron que lucharían hasta el fin

[\[128\]](#).

Iván confirmó la posición de sus tropas, pues deseaba que todos estuvieran dispuestos para atacar después de la explosión de las minas, y luego se retiró a su capilla a orar. El príncipe Vorotynsky le interrumpió para decirle que los técnicos habían terminado su trabajo. Se habían colocado cuarenta y un barriles de pólvora, pero como los sitiados habían descubierto los túneles cavados por los moscovitas, no había tiempo que perder. Iván mandó mensajes a todas las tropas

para que estuvieran alerta y listas para atacar. Hizo situar su destacamento personal delante de la ciudad, donde pensaba reunírseles más tarde, y se retiró de nuevo a rezar.

Cerca del amanecer una tremenda explosión hace temblar el suelo. Iván acude a la entrada de la tienda que hacía los efectos de capilla y ve volar los escombros por el aire. Entra de nuevo para acabar de oír los rezos, pero le interrumpe una segunda y todavía más terrible explosión. El ejército moscovita al grito de «¡Dios está con nosotros!» avanza

[\[129\]](#).

Los tártaros esperan firmes en

medio de la destrucción causada por las dos explosiones y hacen fuego contra el enemigo. Cuando los moscovitas se acercan, los tártaros disparan conjuntamente con el cañón, los arcabuces y los arcos. Las filas moscovitas se debilitan, pero los vacíos se van llenando al tiempo que el ejército avanza. Algunos se escurren por las brechas abiertas en las murallas y otros suben trepando por las escalerillas de cuerda o usando las altas torres. Los sitiados luchan con furia echando líquidos hirviendo, pesadas maderas y piedras sobre los enemigos que intentan escalar la muralla. Pero los moscovitas, sintiendo que la victoria no está lejana, consiguen entrar en Kazan. Durante



varias horas se lucha en las calles de la ciudad. El suelo está cubierto de cuerpos mutilados, piernas, brazos y cabezas, y la sangre forma riachuelos en las calles, pero los tártaros no se rinden, aunque sobrepasados de tal forma en número que no pueden alimentar ninguna esperanza de vencer.

En este momento decisivo de la batalla los soldados moscovitas flaquearon. Muchos de ellos abandonaron la lucha para robar en las casas y a los mismos muertos, y los habitantes de Kazan, dándose cuenta de lo que estaba ocurriendo, aprovecharon la oportunidad y reavivaron el ataque. Los moscovitas comienzan a perder terreno. Al tener noticias el zar de esta

peligrosa situación manda oficiales de confianza con órdenes de matar a todo aquel que encuentren robando o huyendo de la lucha. El mismo Iván ocupa su sitio en la puerta de la ciudad sosteniendo la insignia sagrada, para impedir el paso a los soldados que intenten huir. Al mismo tiempo manda refuerzos para ayudar a los que luchan dentro de la fortaleza.

Con la ayuda de los refuerzos los moscovitas toman de nuevo la ofensiva y el kan Ediger, que todavía lucha valientemente, decide refugiarse con los hombres que le quedan en un palacio con grandes fortificaciones, pero dándose cuenta de que por más resistencia que presente no podrá

vencer, intenta huir saliendo por la puerta menos importante de la ciudad. Encuentra su camino obstaculizado y utilizando como escalera los cuerpos de los luchadores caídos, tanto tártaros como moscovitas, consigue alcanzar la parte alta de la muralla junto con los que le siguen. Una pequeña parte de sus hombres le escoltaron hasta una torre que todavía seguía en pie.

Pero parece ser que al llegar este momento de la lucha, las tropas tártaras tomaron la justicia por su mano y desde la torre gritaron a los generales moscovitas: «¡Oíd! Mientras tuvimos kanato luchados hasta morir por nuestro kan y nuestro país. Ahora Kazan es vuestro y os entregamos a nuestro kan,

vivo y sin daño alguno, elevadle a la presencia de Iván, que nosotros vamos a salir para beber la última copa de nuestra desgracia con vosotros.»

[\[130\]](#)

Los tártaros al acabar de hablar bajaron de la muralla, marchando hacia las orillas del río Kazanka. Los príncipes Andrei y Román Kurbsky con un pequeño destacamento montado se las arreglaron para alcanzarles y, aunque lucharon bravamente, eran solamente unos pocos cientos de hombres y pronto fueron superados por los tártaros. Sin embargo, su ataque sirvió para detenerlos mientras una fuerza mayor, al mando de los príncipes Mikulinsky, Glinsky y Sheremetev, galopaban hacia

allí, con lo que se pudo evitar que los fugitivos se internaran en los bosques de la orilla opuesta. A continuación tuvo lugar una lucha cruel. Los vencidos, superados en número y cansados, se negaban a rendirse. La lucha no cesó hasta que el último tártaro no pudo ya luchar. De los cinco mil que salieron de la ciudad, solamente unos pocos, heridos de gravedad e incapaces de continuar luchando, fueron hechos prisioneros.

En Kazan el combate había cesado. La ciudad ardía en varios puntos y los lamentos de los heridos, las mujeres y las criaturas se confundían con los gritos de los vencedores. El comandante en jefe de los ejércitos moscovitas, el

príncipe Mikhail Vorotynsky, informó a Iván de lo ocurrido. «Alégrate, piadoso autócrata -le dijo-, gracias a tu valor y a tu buena suerte hemos conseguido la victoria. Kazan es nuestra, su kan está en nuestras manos, su gente ha sido destruida o se halla prisionera y hemos obtenido inmensas riquezas, ¿cuáles son tus órdenes?» A lo cual el zar respondió: «Alabar al Todopoderoso.» E inmediatamente se celebró un servicio de acción de gracias en el cual tomó parte. Después el kan Ediger fue llevado a su presencia e Iván le trató con respeto y amabilidad

[\[131\]](#). «Desgraciado -le dijo Iván-, ¿no te diste cuenta del poder de Rusia y

de la falsedad de los habitantes de Kazan?»»

[132] Ediger se inclinó ante Iván y recibió el perdón del zar.

La entrada de Iván en Kazan revistió gran ceremonia y fue vitoreado por sus soldados y por los moscovitas, que hasta aquel momento no se habían visto libres de la cautividad de los tártaros. Dicen las crónicas que la vista de los cuerpos caídos, apilados en varios lugares de la fortaleza, le hicieron derramar lágrimas de lástima. Antes de partir dio órdenes que fueran extinguidos los incendios que todavía ardían, y en cuanto al botín y a los prisioneros, incluyendo las mujeres y

los niños, los entregaba a sus soldados a excepción de Ediger, las joyas y propiedades del kan y el cañón tártaro, que quería para sí mismo. Por último, en el centro de la ciudad levantó las manos en forma de cruz y dispuso que se levantara allí una iglesia que llevaría el nombre de la Anunciación de Nuestra Señora; dos días más tarde, la iglesia estaba concluida y consagrada.

De vuelta a su campamento, Iván habló a sus generales más próximos y a los ejércitos que se encontraban delante de su tienda, y sus palabras expresaban no solamente su alegría por la victoria, sino la de su propia gente.

«Boyardos, generales, oficiales -



dijo-, en este día tremendo habéis sufrido en nombre de Dios por vuestra fe, vuestra patria y vuestro zar. Habéis ganado fama como nadie lo había hecho todavía en nuestros tiempos. Nadie ha demostrado nunca un valor tan grande ni conseguido una victoria como ésta. Sois como nuevos macedonios, honrosos descendientes de los héroes que con nuestro gran príncipe Dmitri aplastaron Mamai...»

[\[133\]](#)

El 11 de octubre, Iván emprende su viaje de regreso a Moscú. Había dispuesto todo lo concerniente al gobierno del kanato, nombrando administradores a los príncipes Alexander Gorbaty y Vasili

Serebryanny. Hizo mandar correos a todos los rincones del kanato advirtiéndole a la gente que no temieran nada y que juraran obediencia y le pagaran el mismo tributo que pagaban al kan. Muchos de sus boyardos le aconsejaron que se quedara con su ejército en Kazan hasta la primavera. Temían revueltas entre los tártaros y los hombres de las tribus, y creían conveniente que el zar mantuviera el ejército preparado para someter aquellas gentes indómitas. Pero Iván, guiado según se dijo, por los Zakharini, sus cuñados, rechazó el consejo. Estaba impaciente por regresar a Moscú, ver a su esposa y ser aclamado por su gente. Los streltsi y los otros cuerpos del

ejército que había dispuesto se quedaran en Kazan cuidarían de mantener la paz. Además, tener todo el ejército en Kazan durante el invierno significaba un gran problema. Sus tropas no eran soldados profesionales sino paisanos que habían sido llamados para tomar parte en la campaña. Habían luchado mucho y bien y se hallaban ansiosos por regresar a sus casas. Así, pues, distribuyó entre ellos liberalmente su recompensa y hubo desbandada general. El viaje de Iván de regreso hacia Moscú fue triunfal. En Nijni Novgorod fue saludado por los habitantes con júbilo y con plegarias de gratitud. En Vladimir recibió un mensaje que hizo completa su felicidad. El boyardo Trakhaniot galopó hasta allí

para notificarle que la zarina había dado a luz un hijo, cuyo nombre era Dmitri. La zarina le había dado ya dos hijas, una de las cuales había muerto pero tener un heredero para el trono era su mayor deseo, y al saber la noticia, fuera de sí de gozo, Iván abrazó a Trakhaniot y después, buscando alguna forma en que poder dar rienda suelta a su alegría y a su gratitud hacia este mensajero que le traía tan buenas noticias, súbitamente se quita la capa de su hombros y se la da junto con su propio caballo. Asimismo envió a su cuñado, el boyardo Nikita Romanovich, a Moscú portador de sus saludos a Anastasia. Después, Iván continuó su viaje al monasterio de Troitsa donde fue recibido por el

anterior metropolitano Josef, y pasó allí algún tiempo dedicado a la plegaria dando gracias por la victoria conseguida sobre Kazan y por el nacimiento de su hijo.

En las primeras horas del 29 de octubre, Iván, acompañado por su hermano, algunos boyardos y su séquito y guardia personal, llegaba a las cercanías de Moscú, y allí le aguardaba una bienvenida inigualada hasta entonces en fervor y magnitud. Las gentes habían salido de la ciudad y le esperaban junto al camino por donde había de pasar. En un recorrido de cuatro millas siguiendo la orilla del río Yauza, desde los últimos suburbios de la ciudad, la gente se apretujaba para

verle, dejando solamente un estrecho camino para que pasara. Iván cabalgaba despacio a través de la multitud, agradeciendo sus aclamaciones, en las que le llamaban «conquistador de los bárbaros y defensor de los cristianos»

[\[134\]](#). Todos los que conseguían llegar cerca de él le besaban los pies y las manos o las vestiduras. Su júbilo se hallaba tan mezclado con fervor religioso que mostraban hacia su zar algo de la adoración que hubieran podido demostrar hacia el mismo Salvador.

A la altura del monasterio de Sretensky, junto al sitio en donde los moscovitas habían recibido el icono de

Vladimir durante la invasión de Tamerlán, Iván desmontó. En aquel lugar, el metropolitano, llevando el venerado icono y acompañado de los obispos y los boyardos más importantes, le dieron la bienvenida. Iván se arrodilló ante el icono y oró, y después dirigió la palabra a todos los presentes. De nuevo, al tiempo que exultaba de felicidad por la victoria conseguida, se mostró humilde y devoto, sin arrogancia alguna. Después el metropolitano tomó la palabra y alabó las virtudes del zar y su victoria, que era la de Cristo sobre Mahoma. Y por último, en una conmovedora escena, el anciano metropolitano y los obispos, así como los boyardos y otros entre los presentes,

se arrodillaron humildemente ante el joven zar en señal de gratitud.

Una vez en Moscú, Iván se reunió con su zarina, besó y abrazó a su hijo y pasó varios días junto a su familia. Después inauguro las fiestas con un gran banquete en el palacio Granovitaya. La gente daba rienda suelta a su júbilo, bebiendo, cantando y bailando por toda la ciudad, vitoreando como a héroes a los soldados que volvían del campo de batalla. Pero en medio de todas las celebraciones, constantemente expresaban su veneración hacia su zar. Más que Dmitri Donskoi y Alexander Nevsky, que para ellos eran parangones de valor y de virtudes cristianas, algo así como el Rey Arturo para los ingleses



Iván era exaltado por la imaginación popular.

La importancia de la conquista de Kazan en la historia de Rusia fue muy grande. Los moscovitas habían comenzado a tomar la ofensiva contra las hordas asiáticas, y después de dos siglos y medio de vivir bajo su yugo, por fin conseguían deshacerse del opresor tártaro. Durante el reinado del abuelo de Iván, en 1480, Moscú se había independizado de los kanes tártaros, pero el cambio fue llevado a efecto de una forma callada, sin ruido, y sin que la gente participara en ello. La conquista de Kazan, con las terribles luchas y grandes pérdidas de hombres, inspiraba la imaginación popular. Además, había

hecho despertar el sentido de nacionalismo que la unidad económica, política, racial o religiosa, ni por sí solas ni conjuntamente, podían proporcionar. Puede decirse que de la conquista de Kazán nació el sentido de nación.

Con esta victoria, además, el poder del zar quedaba establecido en las tierras del Volga. Pronto seguiría el anexionamiento del kanato de Astracán junto a la desembocadura del Volga, con lo que Moscú ejercería su poder sobre el ancho e importante río. Ahora ya podía comenzar la colonización de las ricas tierras del sur y del sudeste, regadas por los afluentes del Volga y del Don, así como hacia el este, más allá del

Volga y hasta las grandes expansiones de Siberia.

# Capítulo doce: La traición, 1553

Iván regresó de Kazan dispuesto a gobernar como autócrata. La experiencia de haber conducido a su ejército a una victoria tan importante y las aclamaciones sin precedentes de sus súbditos habían proporcionado madurez a su espíritu y confianza en sí mismo. Los boyardos habían dejado de intimidarle como clase; en realidad, parece que poco después de la toma de Kazan, les dijo: «Ahora ya no os temo»<sup>1</sup>. Todavía respetaba y amaba a Sylvester como a su consejero moral y

espiritual. Su confianza en Adashev y otros miembros del Consejo Escogido no había disminuido, pero de todas formas estaba dispuesto a llevar a cabo sus proyectos de una forma independiente y sin necesitar el apoyo de los demás como en el pasado. Su victoria sobre Kazan proporcionó nuevo ímpetu y fuerza a su ambición de siempre de destruir a los enemigos de Moscú y situar al imperio entre las grandes potencias.

Sylvester, Adashev y otros miembros del Consejo Escogido observaron esta nueva independencia de que hacía gala el joven zar con poco agrado. Habían saboreado el poder durante algún tiempo y éste no abandona

a sus adictos sino que se une a ellos con más fuerza que la droga más eficaz. Al encontrarse con que tenían que acatar en todo los deseos del zar, lucharon como les era posible para continuar con las riendas de la nación en sus manos, reacios a abandonarlas. El más obstinado era Sylvester. Este cura, sencillo pero fanático y poderoso, se había convertido en un hombre arrogante y que creía en la infalibilidad de sus actos. Cuando el zar no hacía caso de su consejo, como ya había comenzado a hacer, Sylvester le decía que su terquedad desencadenaría la ira de Dios. Pero Iván, cansado de amenazas y de la lucha de voluntades que tenía lugar entre los dos, continuó con su

determinación de liberarse del dominio del clérigo. Al llegar este momento, sin embargo, sus relaciones con Sylvester y con sus otros consejeros sufrieron un cambio drástico.

A principios de marzo de 1553, Iván se vio atacado por unas fiebres terribles, llegando a encontrarse tan mal que su vida estuvo en peligro, e incluso se le administraron los últimos sacramentos. Fue algo completamente inesperado, todo hacía imaginar que tenía ante él un reinado muy largo y de repente se hallaba en las puertas de la muerte. La noticia de su enfermedad pronto se esparció por la ciudad y por todo el país. La gente se reunió ante el Kremlin esperando con ansia noticias y

diciéndose entre ellos: «Nuestros pecados deben ser muy grandes cuando Dios arrebató a Rusia un soberano de tal valía.»

[\[135\]](#) Dentro del palacio los boyardos más importantes estaban reunidos, preocupados en gran manera por la sucesión del trono.

Iván se hallaba todavía inconsciente en su aposento cuando su secretario Iván Mikhailov se acercó y le dijo que había llegado el momento de tomar las últimas disposiciones y hacer testamento. Iván con voz débil dio órdenes para establecer el documento en el que hacía a su hijo, el pequeño Dmitri, su único heredero y sucesor. El



documento fue terminado con rapidez y después Iván llamó a su lado a sus boyardos más íntimos y sus consejeros para que besaran la cruz comprometiéndose a obedecer y servir a su hijo. Hacia el atardecer de este día, los príncipes Iván Mstislavsky, Vladimir Vorotynsky y Dmitri Paletsky, los boyardos Iván Shermetev y M. Morozov, y los consejeros Iván Viskovaty, Alexei Adashev y Vishyakov hicieron su juramento. Los parientes de la zarina, los boyardos Daniel Romanovich y Vasili Yuriev, también juraron obediencia al pequeño hijo del zar. Pero el príncipe Kurlyatev y el tesorero Funikov se excusaron de hacerlo alegando que se hallaban enfermos.

Al día siguiente, todos los boyardos acudieron al palacio llamados por el zar, para prestar sus votos de obediencia. Iván les recibió, pero se sentía demasiado débil para tomar el juramento y los príncipes Mstislavsky y Vorotynsky se prepararon para tomarlo ellos en nombre de Iván, en el aposento vecino. De repente, la quietud que ha rodeado a Iván, solamente interrumpida por los mensajes en quedos susurros y las plegarias entonadas en voz baja, se ve rota por las furiosas discusiones entre los boyardos. Iván oye el bullicio y queda muy sorprendido al enterarse de que muchos de ellos se oponen al juramento. Algunos se atrevieron a decir que Dmitri se hallaba todavía en pañales

y tardaría muchos años en poder gobernar, y que si él era el heredero, el país pasaría de nuevo por una época de anarquía como había ocurrido durante la niñez de Iván. Sin embargo, la causa de las discusiones y de la negativa de los boyardos a jurar fidelidad a Dmitri era su ansia de poder toas que el miedo a la anarquía.

Los grandes príncipes de Moscú habían seguido la costumbre de hacer herederos del trono a los hijos mayores y para Iván no había discusión posible en este punto; su hijo varón, aunque contara pocos meses de edad, debía sucederle en el trono. Pero esta costumbre no tenía todavía la fuerza de la ley y la sucesión al trono provocaba

rivalidades terribles. Además, vivían todavía dos príncipes de la familia de Iván, el príncipe Yuri, su hermano, y el príncipe Vladimir Staritsky, su primo. Yuri era deficiente mental y no había que tenerle en cuenta para la sucesión, pero el príncipe Vladimir era un hombre inteligente y enérgico, así como ambicioso, al cual apoyaba su madre Efrosinia, una mujer tan decidida como él.

El ruidoso altercado continuó entre los boyardos en la misma cámara dónde estaba Iván y en el aposento contiguo, sin consideración alguna para el moribundo. Reuniendo sus fuerzas para hacerse oír, éste habló a sus boyardos.

«Si no besáis la cruz en señal de

fidelidad a mi hijo Dmitri -les dijo-, significa que tenéis ya otro soberano. Sin embargo, más de una vez besasteis la cruz en señal de fidelidad hacia mí, jurando que nunca buscaríais a otro para que os gobernara. Yo mismo sostendré la cruz mientras la besáis... Os ordeno que sirváis a mi hijo Dmitri...»

[\[136\]](#)

De nuevo surgieron las peleas y gritos de los boyardos. Entonces Feodor Adashev, padre de Alexei, el favorito más íntimo de Iván, le dijo claramente: «Besaremos la cruz en señal de fidelidad hacia ti y tu hijo Dmitri, pero no serviremos a los Zakharini, ni a Daniel, ni a su hermano. Hemos presenciado ya demasiados desastres

motivados por los boyardos durante tu niñez»

[137]. Tres príncipes muy influyentes, Peter Schchenyatev Patrikeev, Semeon Rostovsky e Iván Turuntai-Pronsky, continuaron oponiéndose al juramento. «Los Zakharini nos harán sentir su poder -decían-, ¿por qué hemos de someternos a los Zakharini y servir al joven príncipe? Es mejor que sirvamos al príncipe Vladimir Andreevich, ya en edad de gobernar»

[138].

El antagonismo general hacia los Zakharini era muy grande. Cuando el

pequeño Dmitri sucediera en el trono a su padre, su madre Anastasia sería la regente, según la costumbre moscovita, pero siendo aquélla una mujer joven y muy devota, sin experiencia alguna en asuntos de Estado, el poder sin duda alguna iría a parar a las manos de sus dos hermanos. Puede que los Zakharini se hubieran portado con demasiada arrogancia y estupidez debido a que el matrimonio de su hermana con el zar les había elevado de una forma tan rápida, situándolos cerca del trono. Sin embargo, aparte del comportamiento personal de los dos hermanos, éstos eran motivo de burla por su relativamente humilde origen. Otra razón a añadir a la oposición, e igualmente de mucha

importancia era que los Zakharini no eran miembros del Consejo Escogido, el círculo interior de gobierno que rodeaba al zar, los miembros del cual habían monopolizado el poder en el Kremlin.

Desde 1547, Sylvester y Adashev se habían aprovechado de la confianza ilimitada que en ellos depositaba Iván para colocar a sus propios partidarios en los cargos importantes. El mismo Iván mandaba a los que él deseaba mejoraran de posición a sus dos consejeros para que hablaran con ellos y dieran su aprobación. Además muchos príncipes y boyardos, dándose cuenta de la desconfianza que Iván sentía por su clase y que era una barrera que impedía les fueran asignados cargos importantes,



se habían acercado más a Sylvester y Adashev buscando su favor. Así, pues, se da el caso que el príncipe Dmitri Kurlyatev, que en otros tiempos había sido amigo de los Shuiskey y tomado parte en la desordenada escena ocurrida en el Consejo cuando Vorontsov fue arrastrado fuera de la sala, había sido nombrado boyardo y era miembro del Consejo Escogido gracias a la influencia de Sylvester. El príncipe Dmitri Paletsky, otro íntimo aliado de los Shuiskey y uno de los que habían caído en desgracia al derrumbarse el poderío de aquéllos, ahora contaba con el favor de Sylvester y su hija se había casado con Yuri, el hermano de Iván, en noviembre de 1547

El poder de Sylvester y Adashev y de sus aliados parecía incontestable. Pero la familia Zakharini-Yuriev quedaba fuera de su influencia y gracias a la zarina estaban ligados estrechamente con Iván. Por esta razón el partido de los favoritos les denunciaba continuamente. Kurbsky, miembro del Consejo Escogido, les llamaba traidores y saqueadores del imperio. Sylvester llegó hasta a atacar a la gentil Anastasia, comparándola a Eudoxia, la esposa del emperador Arcadio, que había perseguido a San Juan Crisóstomo, que en este caso sería Sylvester. Por medio de insinuaciones insidiosas y otros métodos los favoritos

querían minar la posición de Anastasia y de su familia y aumentar el odio que los boyardos y las otras clases sentían hacia ellos. El que Sylvester, Adashev y el mismo Consejo Escogido conservaran la posición actual dependía de que el príncipe Vladimir Staritsky, quien se hallaba en trato muy amistoso con Sylvester, sucediera a Iván en el trono.

El príncipe Vladimir y su madre, mientras tanto, no se hallaban inactivos. Al enterarse de la enfermedad de Iván habían movilizado a sus partidarios, pagado sumas de dinero a otros colaboradores, y pedido apoyo a ciertos boyardos. Su comportamiento era tan poco respetuoso en unos momentos en que parecía que el zar estaba en las

puertas de la muerte, que algunos boyardos se lo echaron en cara. El príncipe Vladimir Vorotynsky y el consejero Iván Viskovaty pidieron al príncipe Vladimir que jurara fidelidad al pequeño hijo del zar sin más demora, a lo que aquél les contestó: «¡No os atreváis a discutir conmigo ni a decirme lo que tengo que hacer!»

[\[140\]](#) Pero Vorotynsky se mantuvo firme y le recordó su juramento de fidelidad a Iván. Se preparó un documento especial por el que se comprometía a servir al hijo del zar, pero al principio el príncipe Vladimir se negaba a firmarlo. Algunos boyardos, leales a Iván y a su hijo, intentaron

presionarle, y no le dejaban salir del palacio ni acercarse al lecho del zar. Pero entonces aparece Sylvester, que hasta aquel momento ha estado silencioso, y abiertamente se pone de parte del príncipe Vladimir, arremetiendo contra estos boyardos leales a Iván.

Pero ya la mayoría de los boyardos habían jurado fidelidad al pequeño Tsarevich Dmitri y muchos entre ellos intentaban persuadir en voz alta a los boyardos recalcitrantes recordándoles la lealtad que debían al zar. Las discusiones fueron subiendo de tono y haciéndose más enconadas. Iván hacía llamamientos desesperados para que juraran y algunos más lo hicieron, pero

otros, como el príncipe Dmitri Paletsky, el príncipe Kurlyatev, que fue uno de los últimos en prestar juramento, y el tesorero Funikov, se apresuraron en secreto a ponerse en contacto con el príncipe Vladimir y su madre prometiéndoles su ayuda. Pero, por último, el príncipe Vladimir prestó juramento de fidelidad, al tiempo que protestaba en alta voz contra el mismo, por lo que su juramento estaba vacío de cualquier clase de convicción.

Iván, debilitado por la fiebre y creyéndose muy cerca de la muerte, yacía en su cama ansioso y con gran preocupación. Hasta aquel momento creía contar con el apoyo de sus boyardos más íntimos y no había nunca

dudado de la total lealtad de sus consejeros, que él mismo había escogido. Pero de repente su enfermedad ponía de manifiesto que por lo menos algunos entre ellos estaban dispuestos a echarse sobre su familia y su dinastía cuando él muriera. Sylvester, su guía espiritual, se había manifestado abiertamente en favor de la causa del príncipe Vladimir, y Adashev, a quien Iván había elevado a un puesto prominente en el país, donde era adulado por los hombres más importantes de la nación, había jurado obediencia, sí, pero la protesta de su padre ponía una sombra sobre el juramento del hijo. Para Iván no se trataba de simple ingratitud, sino de una

traición como amigo y como zar designado por Dios.

Lo que le causaba mayor preocupación, sin embargo, era la amenaza que veía ceñirse sobre su esposa y sus hijos. Era un esposo amante y buen padre y le torturaba el temor de que cuando ya no viviera él, el príncipe Vladimir o las facciones rivales entre los boyardos mataran a Anastasia y a sus hijos.

Volviéndose hacia los boyardos que habían prestado su juramento, Iván les imploró que protegieran a su joven familia.

«Me habéis prometido, así como a mi hijo, que nos serviréis, pero otros boyardos no están conformes en que mi



hijo sea vuestro soberano. Si es la voluntad de Dios, yo moriré, pero os ruego no olvidéis vuestro juramento; no entreguéis a mi hijo para que encuentre la muerte a manos de los boyardos, huid con él a una tierra extranjera; a donde Dios os guíe.»

[\[141\]](#)

Los hermanos de Anastasia, los Zakharini, no habían levantado la voz mientras duraron las disputas. Lo único que les preocupaba era su propia suerte a la muerte del zar. Su temerosa conducta no escapó al zar, que les dijo enfadado: «Vosotros, Zakharini, ¿por qué estáis tan asustados?, ¿creéis que los boyardos tendrán compasión de vosotros? Seréis su primer sacrificio y

debéis prepararos a morir por mi hijo y su madre. ¡No dejéis que mi mujer sea ofendida por los boyardos!»

[142] Pero a pesar de sus palabras Iván se daba perfecta cuenta de que no podía contar con ellos y entre todos los hombres que le rodeaban asegurándole su lealtad no había ni uno solo en el cual pudiera confiar plenamente. En aquellas horas de enfermedad e impotencia le consumía el temor de que a su muerte todos le abandonarían sin tener en cuenta para nada su obra.

Durante varias semanas Iván estuvo en cama enfermo y sin fuerzas. La incertidumbre se apoderó de Moscú y de todo el país, pero contrariamente a la

expectación general, la crisis pasó y el zar comenzó a reponerse. Durante su enfermedad había prometido que si sobrevivía iría en peregrinación de acción de gracias al monasterio de Kirillo-Belozersky. Esto significaba un viaje largo y pesado y Adashev, Kurbsky y otros le aconsejaron que no lo emprendiera. Le dijeron que se hallaba todavía débil después de la enfermedad que su hijo pequeño tendría muchas incomodidades durante el viaje y que su presencia era necesaria en Moscú. Los tártaros de Kazan se estaban sublevando y había que atajar la revuelta. Peto Iván no se dejó convencer. Probablemente deseaba abandonar por algún tiempo la atmósfera del Kremlin que le resultaba

opresiva y que parecía engendrar falsedad y traición, y quería reflexionar sobre su propia posición y su futura conducta, sintiéndose rodeado como ahora se sentía, por la traición.

Iván inició el viaje de peregrinación en mayo, con su mujer y Su hijo. Hicieron alto en el monasterio de Troitsa y visitó la celda de Máximo Griego, el famoso estudioso a quien Vasili III había llamado a Rusia para que tradujera los libros sagrados. Máximo cayó en desgracia debido a sus ideas políticas y se le exiló a monasterios lejanos, pero Iván le había devuelto la libertad y en la actualidad vivía en el monasterio de Troitsa dedicado a la oración Su influencia en

otros tiempos fue grande y sus ideas se parecían mucho a las de Sylvester. En realidad, cuando Máximo habló a Iván en su celda lo hizo en el mismo tono de aquél, pidiéndole que abandonara tan pesado viaje y cuando Iván se negó a ello le amenazó con la cólera del Señor; por último predijo que su hijo el Tsarevich moriría durante el viaje.

Iván continuó adelante con Anastasia y su hijo. Cuando llegaron al monasterio Josef Volokolamsk sostuvo largas conversaciones con Vassian Toporkov, el antiguo arzobispo de Kolomenskoe, que había disfrutado del favor especial de Vasili III, siendo depuesto durante la regencia de los boyardos. Iván habló al anciano como a

un amigo de su padre y oponente de Sylvester, y le preguntó: «¿Cómo debo gobernar para que mis nobles me guarden obediencia?» y Vassian, que odiaba personalmente a los boyardos y creía fervientemente en el poder absoluto del autócrata, le aconsejó ampliamente. La esencia de su consejo consistía en que el zar debía conservar todo el poder en sus manos, no haciendo caso de ningún consejero y gobernando por sí solo. Se dice que Iván al oír estas palabras exclamó: «Si mi padre viviera ni aun él hubiera podido darme un consejo tan razonable.»

[\[143\]](#)

Tanto Kurbsky como otros de los que criticaban más acerbadamente a

Iván consideraron que esta conversación fue la causa del cambio que se operó en él. Sin embargo, no fue el consejo del anciano monje lo que inspiró a Iván la desconfianza y el odio que sentía hacia sus boyardos. Esta hostilidad era el fruto amargo del terror sufrido en su infancia y del falso comportamiento que él consideraba traición, por parte de aquellos en que confiaba más plenamente.

Animado por el afecto y el consejo del anciano clérigo, Iván emprende de nuevo el viaje, pero le aguardaba otra tragedia. Su pequeño hijo muere de repente. Parece como si Dmitri hubiera nacido solamente para ser el instrumento que tenía que revelar a Iván la perfidia

de sus amigos y de sus consejeros.  
Después de tan abrumador viaje Iván y  
Anastasia vuelven a la tristeza y soledad  
del Kremlin.



# Capítulo trece: Las reformas, Astracán y los tártaros, 1554-1560

Los acontecimientos de la primavera de 1553 causaron una profunda y duradera impresión en Iván, la cual, sin embargo, no se traslució ni en el hombre ni en su conducta. En realidad, durante los siguientes seis años el zar fue un enigma. No es posible saber si actuaba de acuerdo con los principios cristianos de caridad y

perdón para los enemigos, o si, por el contrario, su conducta obedecía a un astuto cálculo de las circunstancias. Podía ser muy humilde y generoso en ocasiones, pero también era capaz de demostrar una vengativa crueldad, de esperar el momento oportuno y entonces atacar de una forma inmediata y terrible.

A su regreso a Moscú, después de su peregrinación, Iván no demostró enfado alguno contra los que habían querido traicionarles a él y a su familia; no los castigó ni les apartó de su lado. Lo mismo que anteriormente trataba a Sylvester con toda cortesía y escuchaba sus consejos. Su trato con Alexei Adashev era tan amistoso como siempre, e incluso en 1555 hasta le ascendió a la

categoría de okolnichy, rango inmediatamente por debajo de los boyardos. Posiblemente Iván sentía un gran respeto y afecto por ambos, o quizá no consideraba a Alexei Adashev, que había jurado obediencia al Tsarevich, como un traidor. Al mismo tiempo se daba perfecta cuenta de que les necesitaba, tanto a ellos como a los otros miembros del Consejo Escogido, en aquel período de su reinado.

En cuanto al príncipe Vladimir Andreevich de Staritsa, fue generoso con él, aunque esta aparente generosidad encubría una desconfianza permanente. El 28 de marzo de 1554, unos nueve meses después de su vuelta a Moscú, Anastasia dio a luz otro hijo, al que

pusieron por nombre Ioann o Iván. Sin perder tiempo Iván hizo preparar un nuevo testamento en el cual nombraba, en caso de que él falleciera, al príncipe Vladimir guardián del joven zar y de la regente. Además el testamento disponía que si el Tsarevich moría antes de llegar a su mayoría de edad, el príncipe Vladimir le sucedería en el trono. Por su parte, el príncipe Vladimir tuvo que jurar solemnemente cumplir sus deberes como guardián y regente de una manera honrada, apartando de su lado, si fuera necesario, a su ambiciosa y obstinada madre, en caso de que ésta conspirara contra Anastasia o el Tsarevich. También se comprometió a llevar a cabo sus funciones de regente de acuerdo con

los consejos de la zarina, del metropolitano y de los consejeros del zar, y a no reunir nunca en Moscú al mismo tiempo más de cien hombres pertenecientes a su tropa personal. De no hacerle ejecutar, cosa que probablemente no podía hacer en vista del apoyo con que contaba el príncipe entre la aristocracia boyarda y principesca, ésta era la solución práctica, y quizá la única que Iván podía dar al problema de la sucesión de su hijo y para proteger a su querida esposa.

Entre los cortesanos que no habían querido prestar juramento, o lo habían hecho pero a desgana, la actitud de Iván que parecía haberlo olvidado todo era, sin embargo motivo de continua

inquietud. Una muestra de esta aprehensión y también del permanente descontento entre los boyardos es la conspiración de los Rostovsky, una familia principesca eminente, que huyeron a Lituania. En julio de 1554 el príncipe Nikita Rostovsky fue aprehendido cuando intentaba pasar la frontera sin ser visto. Cuando se le interrogó declaró que el boyardo príncipe Semeon Rostovsky, su padre, le había enviado junto al gran duque lituano con el mensaje de que la familia Rostovsky deseaba jurarle fidelidad. El príncipe Semeon declaró también que había tenido dos entrevistas con los embajadores de Lituania en las cuales había calumniado al zar y divulgado

secretos de Estado. El Consejo Boyardo le condenó a muerte, pero gracias a la intercesión del metropolitano y de otros clérigos Iván conmutó la pena de muerte por la de prisión en Beloozero.

Para Iván fue este un tiempo difícil y de prueba por varias razones aparte de las preocupaciones que le daban los boyardos, que no querían aceptar la realidad de un estado nacional y la suprema autoridad del zar. Se encontraba solo y bajo la presión constante de Sylvester, Adashev y su poderoso grupo. Algún tiempo más tarde escribía:

«¿Quién podría detallar las molestias y opresión que tuve que soportar en mi vida diaria, cuando me

desplazaba y hasta cuando descansaba, así como cuando acudía a la iglesia y en todos mis menores movimientos...? Me imponían estas vejaciones en el nombre de Dios, asegurando que lo hacían por el bien de mi alma y no por baldad.»

[\[144\]](#)

Iván tenía que estar alerta vigilando que no «tuvieran reuniones secretas y sin mi conocimiento» y tomaran decisiones independientemente de su voluntad «por juzgarme incapaz de tener criterio»

[\[145\]](#)

También escribía: «Y además si no estaba de acuerdo con ellos me decían que mi terquedad sería la perdición de mi alma y la causa de la destrucción del imperio.»



Sin embargo, en política interior Iván iba más de acuerdo con sus consejeros y estaba impaciente para implantar las reformas. Pero también esto le proporcionaba algunas veces preocupaciones y disgustos, especialmente con Sylvester que se irritaba en seguida cuando sus sugerencias no se tenían en cuenta o se rechazaban. Molesto con el zar por la independencia que éste demostraba, comenzó a atribuir todas las indisposiciones o desgracias, por pequeñas que fueran, que sufrían el zar, la zarina o sus hijos, a la cólera divina, desencadenada por la obstinación de

Iván.

Iván se sentía muy ofendido, además, por el hecho de que Sylvester y sus partidarios no reparaban en medios para consolar a los que habían caído en desgracia ante el zar o se oponían a la voluntad de éste. Según las mismas palabras de Iván, eran culpables de «cumplir todos los deseos del príncipe Vladimir». Gracias a la intercesión de Sylvester, Semeon Rostovsky recibió una consideración especial en el exilio. Por último Iván escribía: «incitaban a la gente a odiar a la zarina Anastasia y la comparaban a todas las zarinas impías...»

Los siete años que siguieron a la conquista de Kazan y a la enfermedad de Iván, no fueron, sin embargo, solamente un período de lucha en la corte; también fueron tiempos de una intensa actividad militar y grandes reformas. Iván tomó la ofensiva contra los tártaros. Sometió a los rebeldes de Kazan, se apoderó de Astracán, y gracias a una serie de atrevidas incursiones sus tropas atemorizaron al kan de Crimea. Y conjuntamente con estas campañas militares promulgó una serie de reformas.

El primer período de reformas que duró de 1549 a 1552 había proporcionado disciplina y eficiencia al ejército, que dieron sus frutos en la

campana de Kazan. Tambi3n se haba promulgado el nuevo c3digo legal, el sudebnik, y tomado medidas gubernamentales locales que en cierto modo establecban ya un nuevo sistema de administraci3n.

En este segundo per3odo de reformas, que dur3 de 1553 a 1560, se acabaron de desarrollar con rapidez los cambios ya introducidos.

En lo referente a la administraci3n local, se definieron las funciones del alguacil mayor, o starosta, que sustitu3a el cargo de gobernador o namestnik. Su principal obligaci3n consist3a en acabar con los robos y asesinatos que se comet3an en todo el pa3s, impedir que los campesinos abandonaran la tierra, y

protegerles de los poderosos terratenientes. Estos alguaciles tenían una jurisdicción muy amplia y fueron citados para jurar que llevarían a cabo su trabajo fielmente, y que se podía castigar con la muerte su corrupción o negligencia.

La sustitución de los gobernadores por los alguaciles fue acompañada de abolición gradual del tributo de «alimentación» en favor de los funcionarios del zar, especialmente en el norte del país. Con esto se consiguió un aumento muy significativo de la renta nacional, que ahora cuidaban de cobrar el alguacil y los funcionarios locales. Se estableció la Casa Central o Bolshoi Prikhod, que se convirtió con rapidez en

el más importante departamento del tesoro del país. Tanto el aumento de las rentas públicas como la mayor eficiencia en la administración eran muy valiosas en aquellos momentos en que los compromisos militares eran mayores que nunca, y cuando tantos generales tenían que ser desagraviados por la pérdida de sus «alimentaciones» por medio de pagos del tesoro.

La creación de un Estado fuertemente centralizado dependía en gran parte del estímulo y la seguridad de la clase cada día más numerosa formada por la burguesía al servicio del Estado. Es significativo que, mientras la aristocracia boyarda continuaba reteniendo tantos de sus privilegios,

cada día aumentaban las cargas sobre la burguesía. Pero el problema continuaba siendo el de conseguir fincas para conceder a esta clase social una base económica segura. Había fallado el intento de conseguir tierras pertenecientes a las vastas extensiones en poder de la Iglesia, e Iván consideraba inoportuno presionar más sobre este punto de la propiedad de tierras por parte de la Iglesia y sus otros privilegios, ya que la misma era una valiosa defensora del estado centralizado y de su autoridad como autócrata. Sin embargo, se introdujeron una serie de medidas que contribuyeron a aumentar el bienestar de la burguesía como clase. Testimonios de la atención

especial que se les dedicaba eran los dos nuevos departamentos establecidos en Moscú: uno para asignar las tierras a la burguesía al servicio del Estado, y el otro para controlar su servicio militar.

Entre 1550 y 1560, especialmente en el período comprendido entre 1555 y 1556, se instituyó un sistema de departamentos centrales que convirtió a Moscú de una forma todavía más indiscutible en la capital y centro administrativo de la nación. La mayor parte de estos departamentos llamados Prikazi estaban dirigidos por un dyak o secretario, que tenía unas funciones claramente definidas. Los secretarios comenzaron la práctica de guardar comprobantes de las leyes y



regulaciones y tomaron la costumbre de reunirse entre ellos para hablar de su trabajo y coordinar sus funciones. La administración central se hacía cargo cada vez más de la responsabilidad de todo el país.

Las reformas en el ejército son objeto de especial preocupación por parte de Iván. Primero, es necesario definir las obligaciones de los terratenientes en cuanto a servir en el ejército y proporcionar hombres. Muchos boyardos y otros terratenientes no pertenecientes a esta clase pero que también poseían fincas de su patrimonio, en el pasado habían servido a sus príncipes según unos acuerdos específicos que habían caducado y no se

habían renovado. Para tales boyardos, el servicio militar era voluntario y algunos de entre ellos ni servían ni prestaban tropas. En 1555 y 1556 Iván dicta unos estatutos en los cuales se definen las obligaciones de estos terratenientes. Todos y cada uno de los propietarios de tierras ya fueran éstas hereditarias o bien asignadas bajo condición de servicio a la nación, en el futuro debían servir personalmente también proporcionar hombres armados con su montura y los suministros necesarios en cantidad proporcional a la extensión del territorio que poseyeran, para lo cual se daban como ejemplo unas ciertas medidas. El propietario que no sirviera personalmente o que no proporcionara

los hombres necesarios y que le correspondía ceder según la extensión de su territorio, debía efectuar un paso calculado sobre la base de sus responsabilidades. Estos estatutos que se cumplían al pie de la letra, hicieron aumentar de una forma considerable la fuerza del ejército del zar, que hacia el año 1560 probablemente llegaba al número de 150 000 hombres, y en 1580 a unos 309 000

[\[148\]](#).

Estos grandes progresos administrativos y militares redundaban sin embargo, en mayores cargas para los campesinos y creaban unas condiciones bajo las cuales se hacía inevitable la

implantación de la servidumbre. La vida del campesino se hacía cada día más difícil debido a las cargas que representaban el pago de los impuestos, el servicio militar, las exigencias de sus terratenientes y la necesidad de ganarse la vida cultivando la tierra, cazando, pescando y haciendo trabajos de artesanía. Muchos campesinos se hallaban en deuda con sus amos, y el destino del deudor que no pagaba era convertirse en el kholop, que virtualmente era el esclavo de su acreedor. Los campesinos huían cada vez en mayor número de tal esclavitud y de la insostenible dureza de sus vidas. Entre 1550 y 1560 muchos pueblos quedaron desiertos debido a las huidas

en masa.

Esta desbandada hacia la libertad de las tierras vírgenes del este y el sur del país preocupaba a Iván. La nación, joven y en continuo crecimiento, no podía permitirse perder la mano de obra en tal escala. Dictó varias medidas encaminadas a detener la emigración, y dispuso que una de las principales obligaciones de los alguaciles era impedir que los campesinos huyeran y hacer regresar a los que conseguían abandonar la región. Pero, preocupado como estaba con los asuntos de Estado y especialmente con las necesidades del ejército, no tuvo en cuenta la posibilidad de aligerar las cargas que pesaban sobre los campesinos.

Estas reformas se introducían con el acompañamiento de los frecuentes disturbios causados por los tártaros. A los dos meses de la conquista de Kazan bandas de tártaros robaban a los mercaderes rusos y las caravanas de aprovisionamiento. Se organizó una expedición de castigo desde Sviyazhsk cuyo resultado fue que se colgaron 12 tártaros, con lo que el orden quedó restablecido. Pero éste duró solamente unas cuantas semanas. En marzo de 1553, el príncipe Gorbaty, gobernador de Kazan, informó que habían ocurrido serias revueltas entre los tártaros, al mismo tiempo que llegaban informes de Sviyazhsk respecto a las rebeliones de las tribus de Cheremis y Votyak. Se

enviaron destacamentos para restablecer el orden, pero éstos fueron descaradamente atacados y vencidos.

El gobierno moscovita actuó rápidamente. Daniel Adashev, hermano de Alexei, partió para Vyatka al mando de sus tropas y desde allí patrulló por las vastas regiones de los ríos Kama, Vyatka y Volga durante el verano. En septiembre de 1553 partieron de Moscú cuatro de los principales generales moscovitas, el príncipe Simeón Mikulinsky, Peter Morozov, Iván Sheremetev y el príncipe Andrei Kurbsky, llevando con ellos importantes fuerzas, y comenzaron a arrasar las regiones que se habían rebelado. Entre los cuatro hicieron prisioneros a 6 000

hombres tártaros y 15 000 mujeres y criaturas. Sin embargo, continuaban surgiendo revueltas de importancia que causaban grandes pérdidas tanto a los moscovitas como a los tártaros, así como eran motivo de una terrible devastación de la tierra. Finalmente, en 1557, capituló el último de los rebeldes entre los tártaros y las tribus finlandesas, que juraron de nuevo obediencia al zar.

Así pues, se habían necesitado cinco años de estado de guerra para someter el kanato de Kazan, siendo una de las razones de la persistente rebelión, que los tártaros de Nogai ayudaban activamente a los rebeldes. Los tártaros de Nogai habían mantenido



anteriormente amistosas relaciones con Moscú y sus mercaderes eran famosos entre los rusos, por las manadas de magníficos caballos, que conducían durante cientos de millas, cruzando las estepas, para irlos a vender a Moscú. Pero posteriormente estos tártaros habían comenzado a saquear en los caminos de mayor tránsito, destruyendo los pueblos y despojando a los comerciantes.

Iván envió sus quejas a los príncipes de Nogai, quejas sin embargo amortiguadas por un lenguaje amistoso, prometiéndoles presentes e invitándoles a enviar sus mensajeros a Moscú para discutir las futuras relaciones entre ellos. Sabía que la toma de Kazan había

sorprendido en gran forma a los tártaros, así como a todo el mundo mahometano y estaba ansioso por evitar que los de Nogai se lanzaran a una alianza activa con los de Crimea, en contra de Moscovia. Aun antes de la toma de Kazan, el sultán del poderoso imperio otomán, avisado por la amenaza moscovita al kanato, había pedido a Nogai que acudieran en defensa de sus hermanos, y en respuesta a esta llamada una banda de Nogai dirigida por Ediger había luchado valerosamente en Kazan.

Iván tenía constantemente en su mente el peligro que representaría para Rusia la unión de los musulmanes del sur y del norte para luchar en contra suya. Pero el punto débil de los tártaros

estaba en sus constantes luchas entre ellos mismos, y las riñas interiores no respetaban ni los lazos de familia ni de religión. Fuera el que fuera el peligro que amenazaba a los tártaros, Moscú siempre podía encontrar aliados entre aquellos que le ayudaran en sus planes. Y fue este factor de las rivalidades tártaras lo que permitió que la conquista de Astracán fuera una campaña sencilla y casi sin derramamiento de sangre.

El kan de Astracán, conocido con el nombre de zar, era Yamgurchei, quien había prometido fidelidad a Iván, pero posteriormente le había expresado su hostilidad al tener noticias de lo ocurrido en Kazan. Entre los tártaros de Nogai, el príncipe Yusuf era enemigo de

Moscú, pero su hermano Izmail mandó a Iván mensajes pidiéndole con urgencia que tomara Astracán, depusiera a Yamgurchei y devolviera el poder al antiguo zar Derbysh. Después de la caída de Kazan renovó estas proposiciones, y en octubre de 1553, Izmail envió embajadores a Moscú pidiendo protección contra el zar de Astracán y prometiendo la colaboración activa de Nogai.

Esta proposición despertó el interés de Iván. Astracán tenía una gran importancia para el comercio moscovita y una vez se hubiera apoderado de la ciudad controlaría el gran Volga desde su nacimiento hasta su desembocadura. Además, Iván consideraba a Astracán

como parte de su imperio, creyendo equivocadamente que se trataba de la ciudad conocida con el nombre de Tmutarakan que en los tiempos de la Rusia de Kiev, antes de la invasión mogólica, se hallaba bajo el poder del gran príncipe Vladimir que la había regalado a su hijo Mstislav. Estaba pues convencido de que pertenecía al patrimonio del zar de Moscovia.

Iván mandó a Alexei Adashev para que hablara con los embajadores de Nogai, y entre ellos dispusieron el plan de ataque. En la primavera de 1554, cuando comenzó el deshielo, el príncipe Yuri Ponsky Shernyakin condujo, 30 000 hombres por vía fluvial hasta Astracán, donde se le reunieron otros

destacamentos del ejército procedentes de la región de Vyatka al mando del príncipe Vyazemsky. Con la ayuda de los de Nogai, las fuerzas moscovitas destruyeron el ejército de Yamgurchei, capturaron Astracán y elevaron de nuevo al zar Derbysh.

Entonces comenzaron a luchar entre sí los tártaros de Nogai. En febrero de 1555, Iván es informado de que Izmail ha matado a su hermano Yusuf y vencido al ejército de éste. Había tenido lugar una batalla terrible con grandes pérdidas en ambos bandos y que había debilitado en gran manera la horda de Nogai. Pero ahora, Izmail, lejos de disfrutar su victoria, temía ser atacado por los hijos de Yusuf y pedía la protección de Iván.

Mientras ^tanto, Derbysh no parecía muy dispuesto a cumplir lo prometido. Se había acordado que pagaría a Iván un tributo en dinero junto con 3 000 esturiones cada año, y temía las hostilidades del kan de Crimea y del sultán que no veían con buenos ojos el pago de este tributo a Moscú. Y ciertamente, en abril de 1555, Derbysh notifica a Moscú que Yamgurchei, con los apoyos de los hijos de Yusuf, los tártaros de Crimea y fuerzas de jenízaros turcos iban hacia Astracán. Durante la confusa lucha que siguió murió Yamgurchei, e Izmail fue vencido por sus sobrinos, pero después, sin que nada dejara suponer lo que iba a ocurrir, y de una manera muy típica de la forma de

actuar de los tártaros, los sobrinos se unieron a Izmail, que volvió a ejercer el mando de la horda de Nogai. Y éste, poco después, informó a Moscú que Derbysh se había aliado con el kan de Crimea. Iván inmediatamente envió tropas Volga abajo, pero Derbysh huyó a Azov, y de esta forma Astracán, cuya gente no dudó en jurar fidelidad al zar de Moscovia, fue anexionada sin derramar sangre.

Esta vez, Astracán y la desembocadura del Volga continuaron en poder de Rusia. Los nómadas de Nogai podían pescar en los ríos, acampar en los alrededores de Astracán y dedicarse al comercio, pero siempre bajo la vigilancia de la guarnición. Iván



ordenó al atamán de los cosacos, Lyapin Filimov, disponer una guarnición para controlar el transporte en el Volga así como que apostara tropas junto a las orillas del río Irgyz para garantizar que la paz reinara en aquella región. De cuando en cuando los tártaros se sentían inquietos y luchaban entre ellos, pero la dominación moscovita de Astracán y las tierras del Volga no se vio amenazada seriamente.

Los moscovitas estaban animados. Habían comprobado que los tártaros, que tan valientes y terribles eran en el ataque, podían portarse cobardemente en la defensa y esto podía aplicarse especialmente a los tártaros de Crimea, a quienes tiempo atrás temían más que a

nadie. Iván demostró una gran confianza cuando el verano de 1555 decide atacar Crimea. Era el primer soberano moscovita que se atrevía a llevar la guerra al kanato de Crimea, lo que también demostraba sin lugar a dudas que después de muchos años de estar a la defensiva, Moscovia había decidido tomar la iniciativa.

En el verano de 1555, el kan de Crimea, Devlet Girei, invade Moscovia con un ejército de 60 000 hombres, inmediatamente Iván envía al príncipe Iván Mstislavsky con tropas a Kolomna y, acompañado por el príncipe Vladimir Andreevich, él mismo sigue al ejército para tomar el mando de la operación. Cuando el kan se entera de que el propio

zar le está esperando al frente de sus hombres, retira a su horda, pero el boyardo Iván Sheremetev le sigue con 13 000 hombres y aunque largamente superados en número, vencen a los tártaros después de una larga y difícil lucha. Esta pequeña victoria anima al zar, y el kan se retira para después volver a avanzar en dirección a Tula. Entre los generales de Iván, algunos expresan su desconfianza respecto a la oportunidad de enfrentarse con el propio kan al frente de un ejército tan poderoso, y le aconsejan se retire para defender a Moscú. Pero Iván está decidido a vencer al kan en una batalla definitiva y conduce a su ejército a Tula. Se dirige hacia allá cuando le notifican que los

tártaros están retrocediendo rápidamente hacia Crimea.

En marzo del siguiente año Iván envía dos partidas de exploración para que le confirmen los informes de que el kan está de nuevo preparándose para invadir Moscovia, y el mismo zar va con su ejército hacia Tula para estar dispuesto. El kan avanza hacia la frontera, pero se retira inmediatamente al enterarse de que Iván está preparado esperándole. Sin embargo, no transcurrió el verano sin acción. El secretario Rzhevsky, al mando de una de las partidas de reconocimiento, consigue valerosamente bajar 700 millas por el Dniéper hasta el puerto tártaro de Ochakow, en el Mar Negro. Causa

grandes daños a las instalaciones del enemigo y después retrocede sin sufrir pérdida alguna.

Este suceso desmoraliza al kan a la vez que deleita a Iván. Davlet Girei cree que a continuación llegará la invasión moscovita en gran escala y sus temores aumentan cuando comprueba que el príncipe Dmitri Vishnevetsky, el jefe de los cosacos de Ucrania, que recientemente había transferido sus juramentos de fidelidad de Lituania a Moscovia, está montando una fortaleza en la isla de Khortisa en el Dniéper. Desde esta fortificación Vishnevetsky amenaza los terrenos de los campamentos tártaros, y cuando el kan intenta desalojarle de la isla con su

partida de cosacos, fracasa ignominiosamente.

Los cosacos se marchan solamente en el otoño cuando sus provisiones se han terminado.

El kan está desesperado. Sus llamadas de socorro al sultán no han tenido éxito porque los turcos están preocupados por otros asuntos. A finales de 1558, sin embargo, el kan se entera de que el zar va con su ejército hacia Livonia, y rápidamente reúne 100 000 nombres y avanza hacia Moscovia. Pero Iván se encuentra en Moscú y sus tropas están preparadas a lo largo de la frontera. De nuevo el Davlet Girei ha de retroceder, sin atreverse a correr el riesgo de luchar.

Iván quiere tomar la iniciativa y manda dos partidas para hacer una incursión hacia el sur, en los comienzos de 1559. Vishnevestky conduce 5 000 hombres bajando por el Don, y Daniel Adashev, con una fuerza de 8 000 hombres baja por el Dniéper. Ambas expediciones tienen un éxito completo. Vishnevetsky derrota a las posiciones tártaras en los alrededores de Azov, y Adashev, que embarca a sus hombres en botes, en Ochakov, navegando hasta el mar Negro, captura dos barcos turcos y desembarca en la península de Crimea. Al llegar allí arrasa los campamentos tártaros y pone en libertad a los prisioneros moscovitas y lituanos, antes de hacer retirar a sus tropas sin haber

sufrido grandes pérdidas. Esta era un proeza sin precedentes y desde luego constituía una provocación en las mismas barbas del sultán.

Durante el verano de 1559, Iván espera la invasión tártara, que parece inevitable después de estas atrevidas incursiones. Pero el kan no da señales de vida. Los cosacos del Don y de Ucrania, los tártaros de Nogai y de Astracán, todos penetran independientemente en el kanato de Crimea, donde los tártaros han de luchar además contra una época de terrible escasez. El kan envía propuestas de paz a Moscú y se queja de que se le ataque por todos lados. Pero sus quejas consiguen solamente que Iván le



reproche secamente sus voraces incursiones de saqueo tiempo atrás, le aconseja que siga una política de paz con sus vecinos en el futuro y al mismo tiempo le indica amenazadoramente que los rusos saben ahora el camino de Crimea por mar y por tierra

[\[149\]](#).

Las victorias rusas sobre los tártaros reciben una honrosa conmemoración. Iván había prometido después de la conquista de Kazan y de Astracán levantar una catedral monumental para conmemorar estos grandes acontecimientos de su reinado. El lugar escogido fue el extremo sur de la Plaza Roja de Moscú. En los años

comprendidos entre 1555 y 1560, dos arquitectos rusos, Postnik y Barma, construyen la catedral de San Vasili el Bendito, que es una de las glorias de la arquitectura rusa.

La alta torre octogonal de la iglesia central, montada sobre una elevada plataforma, está rodeada por cuatro torres grandes y cuatro pequeñas, todas octogonales también, en forma de capilla, y cada una de ellas es de distinta altura y diferente superficie exterior. El colorido exterior de las torres es también distinto y el conjunto de la edificación va bajando hacia el río a plano inclinado. El resultado es un edificio con riqueza de diseño, confuso, pero atractivo y conmovedor. Sigue la

tradición nacional rusa, pero aún dentro de ella, demuestra un tremendo individualismo.

La catedral fue en realidad una expresión triunfal de la personalidad de la nueva nación moscovita. Al mismo tiempo reflejaba al propio Iván con su simplicidad y sus contrastes violentos. A semejanza suya, la catedral de San Vasili es esencialmente rusa y tal como ha llegado hasta nuestros días, su mole domina la Plaza Roja como permanente monumento a uno de los rusos más representativos y uno de los zares más sobresalientes, así como al nacimiento de Rusia como nación



# Capítulo catorce: En marcha hacia Occidente, 1553-1564

Los rusos, moviéndose por instinto y con gran tesón, iban extendiendo sus dominios hacia el oeste, buscando sus fronteras naturales. Una vez dominados sus enemigos tártaros del Volga, no había ya ninguna barrera que impidiera su comercio con los países occidentales, por lo que su colonización podía avanzar hacia el oeste. Habían tomado la ofensiva contra los tártaros de Crimea, y en 1560 todo hacía prever que

podrían extender sus fronteras hasta las costas del mar Negro sin dificultades.

El esfuerzo de Rusia para avanzar hacia occidente fue, sin embargo, largo y agotador. Novgorod, Kiev y el río Dniéper formaban parte de Rusia desde los primeros tiempos de su historia y estas ciudades siempre habían representado la posibilidad de comerciar y familiarizarse con Europa occidental. Anteriormente su obra había sido destruida por la invasión de los mogoles. Los rusos también estaban impacientes por recuperar las tierras que sus enemigos del oeste habían ocupado mientras Rusia yacía sin fuerzas bajo el yugo de los tártaros, y que todavía eran habitadas por rusos

ortodoxos. Tanto Iván III como otros príncipes moscovitas las reclamaron como parte de su patrimonio, pero Suecia, los Caballeros Teutónicos, Lituania y Polonia se habían mantenido firmes frente a Rusia, siendo todavía mayor su hostilidad porque temían a la gran nación que iba despertando de su letargo.

Durante sus campañas contra los tártaros los pensamientos de Iván continuamente iban hacia Occidente, y cada vez con mayor intensidad. La mayor gloria que podía conseguir, después de la conquista de Kazan, era sin duda alguna la recuperación de las tierras rusas retenidas por sus enemigos, así como la reanudación del comercio

entre Moscovia y Occidente por el mar Báltico. Al mismo tiempo esta ambición era una necesidad. Iván sabía que su imperio llevaba muchos años de atraso con respecto a Europa occidental, especialmente sobre la técnica de la guerra, que sin duda alguna sus hombres tendrían que aprender para que Moscovia fuera una nación fuerte capaz de defenderse y atreverse a reclamar los territorios que por derecho le pertenecían. Estaba decidido a incorporar Moscovia al resto de Europa en todos los campos, participando en el libre intercambio de ideas y comercio.

Los objetivos de Iván reflejaban las aspiraciones de su pueblo, a pesar de que Sylvester y muchos boyardos se



opusieran a su política occidental en aquellos momentos. Insistían en que aprovechara la debilidad de los tártaros de Crimea, sobre la que habían informado Adashev y Vishnevetsky al regreso de sus incursiones, y conquistara aquel kanato igual que conquistara Kazan y Astracán. Con el fervor de las cruzadas Sylvester solamente pensaba en otra victoria de la Cruz sobre la Media Luna. Consideraba que ésta era la misión del zar ortodoxo y no la guerra contra livonios y lituanos, que eran también cristianos aunque algo distintos y que debían conquistarse para la ortodoxia por medio de grandes demostraciones de fe y amistoso consejo y no con la espada. Pero, a pesar de

todo, Iván se obstinó en seguir sus objetivos y Sylvester comprobó con gran enfado que sus consejos no eran escuchados.

El zar consideraba que aquél no era el momento oportuno para intentar la conquista de Crimea. Se daba cuenta de los grandes obstáculos que encontraría y, de todas formas, ni las victorias conseguidas sobre Kazan y Astracán ni su fervor religioso le impedían ver clara la realidad, como les ocurría a Sylvester y a sus partidarios. Las expediciones de Adashev y Vishnevetsky no podían repetirse con un ejército de 100 000 hombres o más, cruzando 700 millas de estepa, como sería necesario hacer en caso de intentar una campaña en gran

escala contra los tártaros de Crimea. Sin embargo, el mayor peligro de una guerra con Crimea era que enfrentaría a Rusia con el imperio turco, que en aquel momento se hallaba en la cumbre de su poder. El kan de Crimea era vasallo del sultán y en sus campañas contra Moscovia la horda de Crimea en muchas ocasiones contaba con refuerzos de jenízaros turcos. Iván sabía que cualquier intento para invadir Crimea le pondría en guerra con el sultán, y siempre había evitado este peligro. Cuando Adashev le trajo prisioneros turcos, el zar se apresuró a devolverlos al pacha de Ochakov con un mensaje en el que decía que el zar estaba en guerra con su enemigo el kan Devlet Girei,

pero deseaba paz eterna con el sultán.

Así pues, el momento no era el más indicado para conquistar Crimea, y la historia ha demostrado la clara visión de Iván al tomar tal decisión. Tenían de pasar más de dos siglos antes de que Rusia pudiera conquistar la península y deshacerse de los turbulentos tártaros de Crimea.

Un hecho inesperado, ocurrido en 1553, intensificó la ansiedad de Iván por acercarse a Occidente. Un navegante inglés, de nombre Richard Chancellor, había llevado su barco por el mar Blanco, demostrando así que el Báltico no era la única ruta posible para efectuar intercambio comercial con el resto de Europa. Chancellor tenía a su

mando el Edward Bonaventure y era el jefe piloto de una expedición compuesta por tres barcos confiados al mando de sir Hugh Willoughby, con objeto de encontrar una vía marítima en el Nordeste que les permitiera alcanzar las legendarias riquezas de Catay. Los tres barcos habían zarpado de Gravesend el 18 de mayo de 1553. Después de pasar el cabo Norte una tormenta los había separado. El Bona Speranza, en el cual iba Willoughby, y el Bona Confidentia, el otro buque de la expedición, se refugiaron en un fiordo desierto, donde, tanto Willoughby como la tripulación de ambas embarcaciones, murieron helados durante el invierno ártico.

Richard Chancellor era un marino

más experto que Willoughby y consiguió navegar más hacia el este adentrándose en el mar Blanco y echando el ancla en la desembocadura del río Dvina. Allí se enteró por unos pescadores que se hallaban en los dominios del zar de Moscovia, y al cabo de algún tiempo le llamaron a Moscú. Se le recibió en el Kremlin, donde le mostraron gran cortesía y quedó impresionado por la magnificencia que le rodeaba. Según él mismo dice, en la antecámara donde le hicieron esperar «se sentaban cien o más cortesanos, todos con vestiduras de oro muy suntuosas, y desde allí me llevaron a la sala del Consejo donde se hallaba el propio Duque con sus nobles que formaban un magnífico conjunto; éstos

se hallaban sentados alrededor de la sala en lugares elevados, pero no tanto como el Duque que se sentaba a mayor altura que sus nobles en un sillón dorado y cubierto con un vestido largo tejido en oro con la corona imperial sobre su cabeza y un báculo de cristal y oro en su mano derecha, y su otra mano la tenía apoyada en el sillón»

[\[151\]](#).

Chancellor entregó la carta de Eduardo VI dirigida a «los reyes, príncipes y otros magnates que habitan las regiones del norte del mundo en el camino hacia el poderoso imperio de Catay»

[152], y en la que se pedía permiso para pasar por el país, así como ayuda e intercambio comercial «para estos nuestros servidores»

[153]. Una vez finalizadas las ceremonias de bienvenida con toda cortesía, la audiencia concluyó y Chancellor salió de la sala, pero dos horas más tarde recibió recado de acudir a comer, lo que era un hecho significativo de gran favor. De nuevo queda Chancellor impresionado por la riqueza de la corte, aunque el salón donde tiene lugar el banquete, según dice, «no es tan grande como el de su majestad el rey de Inglaterra». El zar se hallaba sentado, con vestidura plateada



y llevaba su corona, y entre él y donde se sentaban sus súbditos «había un gran espacio desocupado»

[\[154\]](#). Toda esta exhibición de oro, que por cierto se destinaba expresamente para ocasiones similares, era sin embargo testimonio de la prosperidad y el poderío del zar. Los comensales eran doscientos y todos ellos eran servidos en platos de oro. Chancellor nos dice que «las copas también eran de oro y muy macizas»

[\[155\]](#).

En la audiencia de despedida Chancellor recibió la respuesta formal del zar para Eduardo VI, de cuya muerte

todavía no habían llegado noticias a Moscovia. Iván expresó asimismo su buena disposición para recibir barcos ingleses en sus dominios, y para permitir «libre comercio con toda clase de privilegios», después de las oportunas negociaciones con uno de los consejeros de su majestad, para los mercaderes ingleses que acudieran a sus dominios

[\[156\]](#).

Chancellor partió para su viaje de regreso, en febrero de 1554 llevando consigo la carta del zar. Al año siguiente se formó por decreto real la Compañía de Rusia o Moscovia y Chancellor partió de nuevo por vía marítima, esta vez acompañado por los agentes de la

Compañía y llevando una carta de Felipe y María en la que se pedían privilegios para comerciar. Iván recibió de nuevo a los ingleses con gran cortesía y le causó gran impresión George Killingworth, uno de los agentes, que llevaba una barba «que no solamente es espesa, ancha y de color amarillo, sino que tiene cinco pies y dos pulgadas de largo»

[\[157\]](#). Parece ser que, sin poner dificultades, Iván hizo a la Compañía unas concesiones muy amplias, pero como los agentes no tenían poder para satisfacer las demandas de Iván en cuanto a material de guerra y hombres entrenados en este arte, éste designó una

embajada para ir a negociar a Londres.

Chancellor embarcó en julio de 1556, partiendo del mar Blanco en el Edward Bonaventure, acompañándole Osip Nepea, el primer embajador ruso en Inglaterra, pero el viaje tuvo un trágico final. El barco embarrancó en las costas de Aberdeenshire, y Chancellor murió al intentar salvar al embajador ruso para que no se ahogara. Nepea y los nueve supervivientes de su séquito no consiguieron llegar a Londres hasta febrero de 1557. Fue recibido en audiencia y tratado con gran cortesía, pero la carta real que llevó a Moscú concedía unos privilegios de comercio que estaban muy por debajo de los que Iván concediera a la Compañía. No se

sabe lo que se decidiría con respecto a la venta de armas al zar, pero se obtuvo el permiso para reclutar hombres experimentados en las prácticas de la guerra, para trasladarse a Moscú.

Habiendo conseguido una primera posición firme, la Compañía estaba ansiosa de ampliar sus privilegios y obtener monopolios, así como de conseguir el derecho de comerciar con los países asiáticos por tierra a través de Moscovia. Anthony Jenkinson, buen navegante al igual que Chancellor, fue designado para llevar a cabo estas negociaciones, y cuando Nepea partió de Inglaterra en mayo de 1557, iba embarcado en el buque de Jenkinson. Ya en Moscú, Jenkinson pronto consiguió

ganarse el afectuoso respeto de Iván, y posteriormente había de desempeñar un papel importante en las complicadas relaciones que se desarrollarían entre Iván y la reina Isabel.

Anthony Jenkinson consiguió de Iván todo lo que pidió, y llevó a cabo por sí mismo el primer intento para establecer relaciones comerciales con Asia por tierra. Habiendo recibido toda clase de facilidades, consiguió llegar hasta Bucaria. Los informes suyos respecto a los posibles mercados movieron a la Compañía a mandar una serie de expediciones a Persia, e Iván concedió a estas arriesgadas aventuras grandes privilegios, al mismo tiempo que ampliaba los derechos de la

Compañía hasta que disfrutó virtualmente del monopolio del comercio europeo con Moscovia.

Verdaderamente, durante los trece años que siguieron al descubrimiento de la ruta del mar Blanco por parte de Chancellor, Iván recibió muy bien a todos los ingleses que acudieron a él, portándose con generosidad con la Compañía, pero a cambio de ello obtuvo muy poca cosa. Había conseguido reclutar un cierto número de especialistas y probablemente importaría cantidades pequeñas de armas, pero no han llegado hasta nosotros las pruebas de que esto fuera así, debido al gran secreto con que esta cuestión se desarrollaba. Los pocos

mercaderes rusos que fueron a Inglaterra en los barcos de la Compañía, casi siempre con encargos del zar, desde luego no tenían que pagar impuestos pero no disfrutaban de otros privilegios. El hecho es que Isabel, que había subido al trono en 1558, ayudó en forma activa a los mercaderes de su país para que obtuvieran todas las ventajas posibles concediendo por su parte las mínimas.

Las peticiones de Iván, sin embargo, ponían a Isabel en una situación delicada, y éste no se daba cuenta que la reina tenía que actuar con mucho tacto. Los reyes de Polonia, Suecia y Dinamarca, así como el emperador, habían ya presentado sus protestas a Londres en contra del



comercio entre Inglaterra y Moscovia, especialmente criticando el desplazamiento de especialistas ingleses y la supuesta venta de armamento. En 1561, los senados de Colonia y Hamburgo llegaron hasta a suspender los embarques de armas para Inglaterra hasta que la reina garantizó que tales armas estaban destinadas a su país y no serían embarcadas hacia otros lugares. Isabel dio su real palabra de que las municiones servirían únicamente para la defensa de su reino. Ciertamente, en aquellos momentos prohibió la exportación de armas, pero no por ello cesaron las protestas de Dinamarca, Suecia y Polonia, y parece difícil de aceptar que fueran por completo

infundadas.

Esta tempestuosa oposición al comercio entre Inglaterra y Moscovia demostraba el temor que sentían los países del Báltico y Europa oriental hacia el zar. También era una muestra de lo fuerte de la oposición que Iván experimentó en sus intentos para restablecer el comercio y las relaciones con el resto de Europa. Especialmente sus vecinos tenían un gran interés en que no llegaran a conocimiento de Moscovia las técnicas nuevas y el equipo militar desarrollado por Occidente, mientras los rusos todavía estaban divididos entre sí y bloqueados por los tártaros. Como Moscovia no tenía puerto en el Báltico, Iván había visto con muy

buenos ojos el descubrimiento de la ruta del mar Blanco por Chancellor porque confiaba que usando este camino podría romper el bloqueo.

Se trataba de un verdadero bloqueo. Los países del Báltico percutían solamente que se mandaran a Moscovia mercancías que no tuvieran valor militar ni industrial, y hacían tremendos esfuerzos para que ningún hombre experimentado en el arte de la guerra entrara al servicio del zar. Cuando en 1539, Peter Frianzin huyó a Livonia le preguntaron si conocía a un alemán llamado Alexander, que estaba al servicio del zar. Frianzin respondió que le conocía y añadió que Alexander había informado a los boyardos que

tenía un amigo en Dorpat que era muy hábil en el manejo de la artillería y que estaba dispuesto a servir al zar. Los livonios se pusieron inmediatamente a buscar a este artillero y ya no se supo más de él.

En 1547, Iván mandó a un sajón llamado Schlitte a Alemania para que reclutara cuantos hombres entrenados y hábiles pudiera para servir en los ejércitos moscovitas. Schlitte, una vez obtenido el permiso del emperador Carlos V, se las arregló para reclutar 123 hombres, a los cuales reunió en Lübeck. Los livonios se alarmaron, e inmediatamente reclamaron al emperador avisándole de] gran peligro que representaba permitir que los

moscovitas aprendieran las nuevas técnicas de la guerra, y sus protestas surtieron efecto, haciendo que el emperador les autorizara a impedir que los hombres reclutados pudieran embarcar hacia Moscú. Como consecuencia de ello el grupo se dispersó y Schlitte fue a parar a la cárcel. Uno de los hombres reclutados, un tal maese Hans, era más decidido que los demás y probó de ir a Moscú solo, pero le cogieron y encarcelaron también. Tan pronto como estuvo libre lo intentó de nuevo y volvieron a capturarlo, pero esta vez fue ejecutado

[\[158\]](#).

Iván lamentaba amargamente estos

esfuerzos que estaban haciendo los demás países para que Rusia continuara siendo débil y atrasada, así como su negativa en cuanto al libre comercio. Le parecía intolerable que Moscovia no tuviera un acceso directo al mar Báltico, lo que consideraba era su derecho basándose en la historia. A su determinación de recuperar una posición en las costas del Báltico contribuyó el hecho de que tal cosa era esencial para su ambiciosa política de expansión. Así pues, después de la captura de Kazan concentró su atención sobre Livonia, el más hostil y más débil de sus enemigos occidentales.

Livonia formaba parte de los dominios de la orden feudal de los

Caballeros Teutónicos, que nació después de la tercera cruzada. Estos caballeros poderosos y guerreros, que elegían a su propio gran maestre, habían tenido grandes éxitos en sus campañas de conquista y en las cruzadas, y en 1230 habían absorbido la orden hermana de los Caballeros de la Espada. Sin embargo, su avance hacia el este contra los rusos, se vio detenido cuando el gran príncipe de Novgorod, Alexander Nevsky, les venció en 1242 sobre el hielo del lago Peipus. Hacia mitades del siglo XIV la Orden Teutónica gobernaba las costas del Báltico, desde Estonia y Livonia hasta Pomerania oriental. Pero su poder comenzó a declinar de una forma rápida después de ser vencida por

Gajiello, el gran rey lituano en Tannenberg, en 1410. Se perdió el sentido de cruzada y la riqueza y el poder corrompieron a los caballeros.

Moscovia había vivido en paz con la Orden durante muchos años, en gran parte gracias a que estuvo ocupada en otros lugares. El padre de Iván, Vasili III, tuvo demasiado trabajo con Lituania y con los tártaros de Kazan y de Crimea para pensar en romper su alianza con el gran maestro, aunque tenía motivos para disputar con la Orden. Durante la niñez de Iván los boyardos no cuidaban de los intereses del país y no les interesaba la lucha. Pero ahora había llegado el momento en que Iván estaba preparado para saldar viejas cuentas y conseguir



así una salida al Báltico, arrebatándosela a la Orden.

En 1554 Livonia había mandado sus embajadores a Moscú con la propuesta de renovar el tratado de paz que había caducado. Alexei Adashev, que fue designado para negociar con los embajadores, les indicó claramente que los livonios habían ofendido y puesto trabas a los comerciantes rusos así como utilizado las iglesias rusas para sus propios ritos. Pero la queja más importante que Moscovia tenía contra Livonia era que la ciudad de Dorpat no pagaba tributo al zar. Y este fue el motivo escogido para la guerra. Dorpat, que estaba regida en forma independiente por su obispo, pagó

durante mucho tiempo tributo a los grandes príncipes de Moscovia, y aunque en 1503 se firmó un tratado con el obispo, según el cual se confirmaba la obligación de pagar el tributo, en cincuenta años no se había satisfecho ningún pago. Adashev dijo a los embajadores que por estas razones expuestas, el zar «hacía recaer su enojo» sobre el gran maestro el obispo y todo el país, y rehusaba renovar el tratado de paz

[\[159\]](#).

Los embajadores de Livonia al principio se negaron a reconocer la obligación de pagar tributo alguno, pero esta negativa obtuvo solamente una fría

respuesta por parte de Adashev, respuesta que era el reflejo de la actitud moscovita.

«Qué interesante es que no queráis reconocer que vuestros antepasados llegaron a Livonia del otro lado del mar, penetrando sin derecho en las tierras hereditarias de los grandes príncipes rusos, causando con ello gran derramamiento de sangre. Nuestro soberano, que no deseaba ver más sangre de cristianos vertida, permitió a los demanes vivir en las tierras de que se apoderaron con la condición de que pagaran tributo al gran príncipe, pero los alemanes han roto su promesa. No han pagado el tributo y ahora tendrán que Pagar los atrasos.»

Esta actitud decidida y clara de Moscovia cortó en seco las Protestas de los embajadores livonios, que afirmaron que en el futuro se pagaría el tributo y que los atrasos quedarían liquidados en tres años. También estuvieron de acuerdo en que todas las iglesias ortodoxas de Livonia, que habían sido perjudicadas por fanáticos protestantes, serían devueltas a los habitantes rusos del país, quienes podrían, en el futuro, celebrar los servicios con toda libertad. Aceptaron también la condición de que los comerciantes rusos disfrutaran de libre comercio con los mercaderes livonios y de otros países en toda clase de mercancías a excepción de las cotas

de malla. Asimismo los extranjeros contratados para servir al zar tendrían paso libre a través de Livonia, y este país negaría rotundamente cualquier clase de ayuda en contra de Moscovia, al gran príncipe de Lituania y al rey de Polonia.

Sin embargo, cuando el representante del zar llegó a Dorpat para ratificar el acuerdo, se encontró con nuevas excusas. Los livonios pretendían que antes de ratificar el acuerdo éste tenía que ser aprobado por su máxima autoridad, el emperador romano, pero después de escuchar las reconvenciones y avisos del embajador de Iván, por fin ratificaron el acuerdo. Tres años después llegan de nuevo a Moscú los

embajadores livonios. El tributo continuaba pendiente y tenían el atrevimiento de solicitar que se cancelara por completo toda clase de contribución.

La paciencia de Iván llegaba a su fin. En noviembre de 1557 dispuso que el tártaro Shig Alei, al mando de un ejército de 40 000 hombres, con refuerzos procedentes de destacamentos de las tribus del Este, avanzara hasta alcanzar posiciones en las cercanías de la frontera con Livonia. En diciembre llegaba otra embajada livonia a Moscú con distintas proposiciones respecto al pago del tributo pendiente, pero tan pronto como Iván se enteró de que iban con las manos vacías les ordenó

airadamente que se marcharan.

En enero de 1558 las tropas rusas, que avanzaron desde Pskov, invaden Livonia y arrasan sus tierras en una distancia de 150 millas de la frontera. Después de esta incursión, Shig Alei retira sus tropas y manda un correo al Gran Maestre, invitándole a someterse al zar. El Maestre pidió salvoconducto para su embajadores e inmediatamente el zar suspendió las hostilidades. Posteriormente se recibieron noticias de que los livonios de Narva continuaban atacando la fortificación rusa de Ivángorod a pesar del alto el fuego concertado, y enojado por esta traición, Iván ordenó a su ejército que se apoderara de la ciudad, que cayó el 11

de mayo de 1558.

Esta conquista causó gran alegría a Iván. Los grandes príncipes moscovitas hacía mucho tiempo que deseaban apoderarse de Narva. Esta ciudad se hallaba situada en la orilla izquierda del río Narova, a unas diez millas antes de desembocar en el golfo de Finlandia, y había sido uno de los puertos más florecientes del Báltico en tiempos de la Liga Anseática. En los tiempos de Iván era todavía un punto importante como fortificación, y su captura fue el afortunado comienzo de la campaña iniciada para conseguir acceso al Báltico.

Cuando las noticias de la toma de Narva llegaron a Moscú, se encontraban



ya allá los componentes de una misión livonia que se habían desplazado para negociar un armisticio. Este primer éxito hizo a Iván todavía más exigente para que sus condiciones fueran aceptadas sin discusión. El Gran Maestro y el obispo debían ir personalmente a Moscú, trayendo el tributo de todo el país de Livonia y al mismo tiempo para jurar sumisa obediencia y confirmar la rendición oficial de Narva y otras ciudades al poder de Moscovia. La misión partió inmediatamente de Moscú para informar de estas exigencias al Maestro, y la guerra continuó.

El ejército de Iván avanzaba rápidamente a través de Livonia. Muchas ciudades se rindieron sin

defenderse. El Maestre llamado Furstenberg, de avanzada edad, huyó a Valk, donde dimitió de su cargo, y en su lugar los caballeros de la Orden eligieron a Gottgard Kettler. En julio de 1558, el príncipe Peter Shuisky, al mando de un gran ejército, consiguió capturar Dorpat. En el otoño se hallaban ya en poder de los moscovitas treinta ciudades livonias, grandes y pequeñas y el zar estaba tan seguro ya de conseguir sus deseos, que hasta concedía tierras del país recién conquistado a miembros de la burguesía moscovita.

La campaña de Livonia fue tan afortunada que en septiembre, después de situar guarniciones en todas las ciudades, el cuerpo mayor del ejército

volvió a Moscovia. Kettler, hombre inteligente y enérgico, aprovechó esta retirada para atacar las guarniciones moscovitas, pero esta atrevida provocación encontró pronto su respuesta. En enero de 1559, un ejército moscovita, compuesto por 130 000 hombres, invadió Livonia y arrasó metódicamente el país, datando a todo el que conseguían capturar, aunque fueran criaturas.

Kettler se sentía desesperado por la falta de dinero y tropas que se urgían. Primero se dirigió a Erik, hijo del rey de Suecia, Gustavo Vasa, ofreciéndole regiones de Livonia a cambio de su ayuda activa contra los moscovitas. Erik deseaba aceptar inmediatamente k

oferta, pero el viejo rey le contuvo. El mismo había estado en guerra con Iván en 1554, por un asunto fronterizo, y se había visto obligado a pedir la paz. Había esperado que Polonia y Livonia saldrían en su defensa, pero estas naciones estaban demasiado preocupadas por sus asuntos y se mostraron reacias a verse envueltas en una guerra con Rusia. Gustavo Vasa firmó entonces la paz con Iván y no tenía la intención de romperla en favor de la causa de Livonia.

La ciudad de Reval pidió ayuda de una forma independiente al rey de Dinamarca, Cristian III. Recordando que esta región de Estonia, tiempo atrás había sido una provincia de Dinamarca,

los habitantes de Reval pedían al rey les aceptara de nuevo como súbditos. Pero Cristian III, lo mismo que Gustavo Vasa, era un hombre anciano que no deseaba indisponerse con el zar. Sin embargo, ofreció a los habitantes de Reval interceder por la ciudad ante Moscú. Este rey murió después de designar a los embajadores que debían ir a Moscú, los cuales partieron del país hacia Moscovia ya en nombre de su sucesor, el rey Federico II.

Cuando los daneses llegan a Moscú pidieron con respeto y timidez al zar que no permitiera que sus tropas continuaran invadiendo Livonia, que anteriormente había sido tierra danesa. Iván no acogió con enfado este acercamiento por parte

de los daneses. En realidad deseaba con gran interés poder desplazar sus tropas hacia sus fronteras más al sur para estar preparado en caso de agresión por parte de los tártaros de Crimea, y por ello contestó a los embajadores de Dinamarca, que por respeto al rey danés concedía un armisticio a la Orden desde mayo a noviembre de 1559. Subrayó, sin embargo, que hacía esto esperando que durante este intervalo, el mismo Gran Maestro, o enviados suyos, irían a Moscú para jurarle fidelidad y firmar un tratado de paz eterna.

Kettler, mientras tanto, se había puesto en contacto con Segismundo II Augusto, gran príncipe de Lituania y rey de Polonia, y el 16 de septiembre de

1559 concluyeron un acuerdo de alianza entre ellos. Segismundo Augusto, como gran príncipe lituano, se hacía cargo de la defensa de la Orden contra el zar, y a cambio el maestro cedía la región sudoeste de Livonia y Dunaburg a Lituania.

Segismundo Augusto no era un gobernante fuerte ni tenía una personalidad dominante; en realidad, algunas veces parecía estar completamente avasallado por el zar. Era un hombre perezoso, amante de los placeres de la vida, que se le conocía por el sobrenombre de «el rey-mañana», por su costumbre de dudar y de retrasar las cosas, e Iván se aprovechó de esta forma suya de actuar. Sin embargo, este

rey, en la segunda mitad de su reinado, mostró una mayor visión y determinación, luchando por reunir a Lituania y Polonia y convertirlas en una sola nación.

En aquellos tiempos, Polonia y Lituania, aunque unidas gracias a una unión dinástica desde 1386, eran todavía independientes una de otra. Lituania era un país extenso que durante el reinado de la dinastía de los Jagellón había llegado a abarcar toda la Rusia Blanca y gran parte de Ucrania, con Kiev y grandes extensiones al este del río Dniéper. Las posesiones de Lituania al oeste, pobladas por rusos ortodoxos, y que antes se hallaban bajo poder ruso, eran consideradas por Iván y sus



predecesores como parte de su patrimonio. Polonia, menos de la mitad de la extensión de Lituania, estaba separada de Rusia por las grandes superficies de su socio dinástico. El avance de los rusos hacia el oeste desde la mitad del siglo XV daba motivo a que los polacos desearan fervientemente consolidar la unión entre ambos estados. Los lituanos se retraían todavía, temiendo una dominación polaca.

Segismundo Augusto había observado con creciente inquietud de qué forma iba creciendo el poder moscovita durante el reinado de Iván y se daba cuenta de que era inevitable la guerra, aunque ansiaba retrasarla por lo menos hasta que hubiera persuadido a

los polacos para que lucharan junto a los lituanos en contra del enemigo moscovita. Entre los años 1549 y 1556, Segismundo Augusto, como gran príncipe de Lituania, se había dirigido en tres ocasiones a Iván, intentando concluir una paz permanente. Lo máximo que en cada caso Iván había concedido era un armisticio por un tiempo limitado, siendo la principal razón de su negativa a firmar una paz definitiva su decisión de conseguir una posición rusa en la costa del Báltico, así como recobrar Kiev y otras ciudades rusas que se hallaban en poder de los lituanos. Su hostilidad hacia el país vecino se vio agravada por negarse Segismundo Augusto a reconocerle el título de zar.

De todas formas, Iván accedió al primer armisticio porque en aquellos momentos estaba ocupado con sus campañas contra Kazan; al segundo armisticio porque estaba en guerra con Suecia, y al tercero, accedió porque todas sus ideas se centraban en la necesidad de concluir de una forma rápida la guerra con Livonia.

Con una flexibilidad y paciencia similares a las que habían hecho notable el reinado de Iván III, su abuelo, Iván daba prioridad a la necesidad de conseguir un puerto en el Báltico, posponiendo la recuperación de la región de Kiev. Al mismo tiempo comenzaba a considerar la posibilidad de una alianza temporal con Lituania Para luchar

conjuntamente contra el kan de Crimea. Las tierras del Dniéper, que formaban parte de las posesiones lituanas, eran fronterizas con el kanato de Crimea y sufrían tanto como la misma Moscovia por las incursiones de los tártaros. El razonamiento de Iván era que tal alianza contribuiría a aliviar la carga de la defensa contra los tártaros, permitiéndole concluir con mayor rapidez la campaña de Livonia.

Por fin, en 1558 Moscovia hace propuestas a este respecto a Segismundo Augusto, pero las conversaciones que los embajadores sostuvieron para tratar sobre la alianza llegaron pronto a un punto muerto, debido a que los lituanos insistían en que primero Iván debía

devolverles las ciudades tomadas por sus predecesores, en especial Smolensko. El verdadero obstáculo era, sin embargo, como admitieron por fin los embajadores lituanos, el temor que Moscovia les inspiraba, ya que en aquel momento representaba para su país un peligro mayor que el kanato de Crimea.

La guerra de Livonia, que era la causa principal de que Iván persiguiera la paz con Lituania, había de ser en realidad motivo para que se declararan las hostilidades entre Moscovia y Lituania y Polonia. Segismundo Augusto reconoció que no podía retrasar por más tiempo hacer frente a la amenaza moscovita. Al firmar la alianza con la Orden se había comprometido a

defenderla, y así pues, en enero de 1560 su embajador llegaba a Moscú para presentar una nota oficial pidiendo al zar que cesara en sus operaciones militares contra Livonia. La respuesta de Iván fue corta y tajante: «Por la voluntad de Dios, desde los tiempos del gran gobernante ruso Rurik, las tierras de Livonia han sido por derecho parte de nuestro imperio.»

[\[161\]](#) Estas fueron sus palabras y, como consecuencia, la guerra con Lituania era ya inevitable.

# **Capítulo quince: Comienza la época de terror, 1560-1564**

El año 1560 fue notable en el reinado de Iván, ya que marcó el comienzo de un sistema de gobierno completamente personal, sin traba alguna. Los historiadores a menudo nos dicen que durante este año tuvo lugar la dramática transformación de su carácter, cuando de zar devoto y responsable se convirtió en tirano. Pero esta transformación fue más aparente que real. Siempre había sido un extremista,

lo llevaba muy arraigado dentro de sí, y ésta era también una característica de todo su pueblo. Pero durante este año ocurrieron dos acontecimientos que le darían completa libertad para poder gobernar a su antojo, sin trabas de ninguna clase. Estos acontecimientos fueron, primero su liberación del tutelaje de Sylvester y Adashev, y muy poco tiempo después, la muerte de su querida zarina

[\[162\]](#). Estos hechos le dejaron enfrentado con una terrible soledad, que le causaba gran sufrimiento y contribuía a agravar sus temores.

Por aquel entonces, la posición de Iván y su autoridad no admitían duda



alguna, lo que en gran parte era debido a la fuerza de su personalidad y a su inteligencia. Era alto y su aspecto físico daba sensación de fuerza, su nariz romana era imperiosa, y sus ojos grises, aunque pequeños, tenían una mirada viva y penetrante. En algunas ocasiones podía ser bondadoso y amable, pero en otras era temible. Sin embargo, siempre era el zar, jefe por naturaleza y cabeza de la nación.

Los visitantes extranjeros que llegaban al Kremlin quedaban vivamente impresionados. Anthony Jenkinson, al informar sobre su visita a Moscovia en 1557, escribía que Iván:

«excede a sus predecesores en

nombre... tanto en conocimientos como en intrepidez y valentía y en otros muchos aspectos... No solamente es amado por los nobles y el pueblo, sino que también se le tiene gran respeto y temor en todos sus dominios. Creo que no hay príncipe en toda la cristiandad más temido por sus vasallos que él, ni tampoco más amado»

[\[163\]](#).

Hasta siete años después de tomar el poder en sus manos, Iván soportó a su lado en la corte y en cargos con autoridad a Sylvester, Adashev y sus colaboradores, aunque se diera cuenta que se aferraban al poder y les molestaba su independendencia.

Seguramente en muchas ocasiones surgirían diferencias entre ellos, aunque Iván procuraba retenerse, ya que les necesitaba. Sin embargo, no era tan abierto como antes, e insistía en que todo se llevara a cabo de acuerdo con sus deseos y métodos. Pero, de una forma gradual, la presencia de estos consejeros llegó a serle intolerable, y parece ser que lo que hizo agotar su paciencia fue la hostilidad de aquéllos para con la zarina Anastasia.

En octubre de 1559, se hallaban Iván y Anastasia en Mozhaisk, unas sesenta y cinco millas al sudoeste de Moscú, cuando les llegó la noticia de que los livonios habían roto el armisticio de seis meses concertado a

primeros de aquel año. El invierno había comenzado antes de lo acostumbrado y el frío era muy intenso. Las carreteras se hallaban bloqueadas por la nieve y los desplazamientos, ya fueran a caballo o en trineo, eran casi imposibles. Pero Iván estaba tan ansioso por saber lo que estaba ocurriendo en Livonia, que inmediatamente emprendió el camino de regreso a Moscú acompañado por su esposa. Fue un viaje difícil, bajo un gran frío y rodeados de nieve, y Anastasia cayó enferma como resultado del mismo.

El mismo Iván más tarde escribía: «¿Cómo puedo todavía acordarme del duro viaje desde Mozhaisk a la capital con mi zarina Anastasia enferma?»

[164] Este recuerdo era para él una amarga memoria. Acusó a Sylvester y a sus asociados de no haber proporcionado a Anastasia los cuidados médicos debidos. Además les acusó también de que por sus «malvadas prácticas» habían destruido todos los beneficios que Iván y su familia hubieran podido conseguir como resultado de sus peregrinaciones y plegarias por la salvación de sus almas y su salud corporal

[165]. Su mal comportamiento no era debido a que odiaran al zar, sino a la zarina.

Las razones de este odio hacia la zarina Anastasia no se conocen. Iván

escribía en secreto que «una simple palabra de labios de Anastasia era motivo para que la miraran con desprecio y descargaran su ira contra ella»

[\[166\]](#).

En ocasión de la enfermedad de Iván, Sylvester y Adashev se habían mostrado en contra de Anastasia porque ésta representaba a la familia que asumiría el poder si sucedía al trono el pequeño Tsarevich. Desde aquel momento, sin embargo, parece que su odio se dirigió a Anastasia de una manera personal y «por una sola y simple palabra». Esto es muy extraño. Todos los historiadores nos describen a

Anastasia como una mujer amable y devota, no una intrigante ni una mujer de fuerte personalidad con preferencias señaladas. Desde luego, Sylvester, como tantos clérigos fanáticos, era capaz de sentir el odio de una forma intensa, pero Adashev, hombre bondadoso con los pobres y que en su propia casa cuidaba de diez leprosos hasta el extremo de que les lavaba con sus propias manos, era amado por todos por su bondad y por ser un ardiente cristiano; es difícil de creer que sintiera odio por una mujer tan sencilla y le causara daño deliberadamente dejando de prestarle los cuidados médicos que necesitara, o de alguna otra forma.

Desde su regreso de Mozhaisk,

Iván volvió la espalda a Sylvester y Adashev, pero todavía tenía cuidado de no dejar caer su ira sobre ellos ni alejarlos de su lado totalmente. En la primavera de 1560, Iván nombró a Adashev para el mando de un ejército en Livonia y más tarde, en el verano, fue nombrado gobernador de la ciudad de Fellin, que acababa de ser tomada por los moscovitas.

Aproximadamente en la misma época en que Adashev partía de Moscú, Sylvester se retiró al monasterio de Kirillov-Belozersky, donde le afeitaron el cabello como a los monjes

[\[167\]](#). Todavía en esta época, Iván fue respetuoso con Sylvester, y más



tarde explicaba su actitud cuando escribía:

«...el cura Sylvester al contemplar cómo sus informadores eran neutralizados, partió por su propia voluntad. Yo le he dado mi bendición y le he apartado de mi lado, no porque estuviera avergonzado, sino porque no deseo juzgarle aquí en la tierra, sino en el otro mundo, ante el Cordero de Dios, por todo el mal que me ha causado cuando me servía y al mismo tiempo pasaba por encima de mí de forma tan malvada. Entonces aceptaré juzgarle por lo mucho que he sufrido espiritual y físicamente en sus manos. Por esta razón no he permitido que nadie moleste a este su hijo, hasta el momento; solamente se

ve privado de mi presencia»

[\[168\]](#).

Durante estos meses, la salud de Anastasia empeoraba. No se había recuperado totalmente del viaje invernal a Moscú, y en julio de 1560 se puso gravemente enferma. El temor agravó su estado, ya que durante este mes se declaró un terrible incendio en el Arbat, que aterrorizó a todo Moscú. Fuertes vientos llevaban grandes nubes de humo sobre el Kremlin y las llamas parecían querer llegar hasta el palacio. Anastasia temía que el fuego llegara hasta ellos bloqueándolos, y entonces el zar la hizo trasladar al pueblo de Kolomenskoe, donde estaba a salvo. Iván se quedó en

Moscú para luchar contra el fuego, exponiéndose al peligro y dando ejemplo a los demás acarreando agua y echando edificios al suelo para impedir que el fuego se propagara. Muchos hombres perdieron su vida y sufrieron los tremendos efectos del fuego antes de que se extinguiera por completo.

Cuando el incendio estuvo completamente sofocado, Iván fue a Kolomenskoe inmediatamente, pero Anastasia estaba ya muy grave y los médicos no podían hacer ya nada por ella. El 7 de agosto muere Anastasia. Fue una madre feliz y devota, aunque siempre inquieta, que dio a luz seis criaturas en los trece años de matrimonio, viendo morir a cuatro de

ellas en la infancia, enfajadas estrechamente como era la costumbre moscovita de la época

[169]. Había amado mucho a Iván, a quien consideraba, además de su marido, su protector. Siempre había sabido que si su esposo moría la separarían de sus hijos, a los cuales matarían bien de una forma rápida y violenta, o por abandono y frío en cualquier lejano monasterio rodeado por la nieve. Cuando tenía que separarse de Iván, las despedidas eran por ello mucho más tristes. Este miedo desesperado debía de haberla hecho sufrir mucho durante la enfermedad de Iván, cuando la hostilidad declarada de

Sylvester y otros no dejaba lugar a dudas sobre su destino en caso de que el zar hubiera muerto. Ciertamente que el temor debía ser su compañero constante mientras transcurría su vida en el *terem*, aposentos destinados a las mujeres, o visitaba las oscuras iglesias del Kremlin, en las cuales los viejos iconos, ennegrecidos por el humo de las lámparas de aceite, miraban desde las paredes como presagios de muerte.

La gente humilde amó también a la gentil y piadosa zarina, y a su muerte, el pueblo de Moscú se entristeció. Una gran muchedumbre acompañó su féretro al monasterio de Novodevichy, mientras el zar caminaba detrás del mismo con lágrimas en los ojos.

Iván y su corte guardaron un luto intenso, pero de poca duración. Solamente ocho días después de morir la zarina, el metropolitano, la jerarquía de la Iglesia y los boyardos se presentaron ante él y le pidieron formalmente que tomara una nueva esposa. La sucesión del trono era un asunto importante para toda la nación, en aquellas décadas en que la vida era difícil y corta y la muerte se impacientaba. El mismo Iván también quería asegurar la sucesión al trono, porque nadie podía saber si sus dos hijos, el Tsarevich Iván, de seis años, y Foedor, nacido tres años más tarde, en 1557, le sobrevivirían. Así, pues, el 18 de agosto Iván anunció que se casaría

con la hermana de Segismundo Augusto, al tiempo que abandonaba toda señal de duelo. El Kremlin comenzó a bullir con el ruido de los banquetes y diversiones, y se bebía abundantemente. Algunos de los boyardos más ancianos disgustados por tal forma de beber, se apartaron, pero solamente consiguieron que los cortesanos más jóvenes se burlaran de ellos y les humillaran echándoles vino sobre la cabeza.

En todas las épocas los hombres tienden a considerar que el dolor duradero es señal de gran amor y que una pena corta puede ser solamente señal de indiferencia. Pero el inmediato abandono de Iván a la alegría y la bebida no indicaban ni indiferencia ni

olvido. El no olvidaba a Anastasia. Diecisiete años más tarde se quejaba todavía en una carta por verse separado de ella, «de mi pequeña»

[\[170\]](#), decía. Era el lamento de un hombre que recordaba unos tiempos en que había disfrutado de la compañía tranquila de una esposa a la que amaba, sintiéndose en paz consigo mismo. Envió grandes donativos a los monasterios de Monte Athos para que los monjes rezaran por el eterno descanso del alma de su zarina. Nunca olvidaría a la única persona que le había amado y era incapaz de traicionarle.

Durante las orgías que tuvieron lugar después de la muerte de la zarina,



Iván reunió a su lado a un nuevo grupo de favoritos. Los Principales eran el boyardo Alexei Basmanov y su hijo Feodor, así como el príncipe Afanasy Vyazemsky, Vasili Gryaznoi y Malyuta Skuratov-Belsky. No eran hombres de la categoría de Sylvester y Adashev, sino más bien compañeros de borrachera. Si hemos de creer al príncipe Andrei Kurbsky, estos compañeros envenenaron la mente de Iván en contra de los partidarios de Sylvester y Adashev, y fueron los responsables de las primeras ejecuciones de la época del terror. Pero es más probable que fueran las mismas víctimas las que atrajeran la furia de Iván sobre su cabeza

Una vez Sylvester y Adashev hubieron desaparecido de su lado, Iván demostró clemencia por los que habían sido partidarios suyos. Se limitó a ordenarles que se abstuvieran de ver ni comunicarse con sus anteriores jefes y les hizo jurar de nuevo lealtad a su persona como zar. Pero su benevolencia fue una equivocación, como pronto se había de demostrar. Según las propias palabras de Iván,

«rompieron el juramento hecho sobre la cruz; no solamente no se distanciaron de aquellos traidores, sino que les ayudaron todavía más y probaron de todas maneras de devolverles su anterior categoría para

conspirar con mayor furia contra mí; y como su maldad era insaciable y su voluntad inflexible, es por ello que los culpables han recibido su castigo de acuerdo con sus culpas»

[\[172\]](#).

Iván castigaba sin piedad. María Magdalena, una mujer viuda acusada de haberse comunicado con Adashev y practicar brujerías, fue ejecutada junto con sus cinco hijos. Daniel Adashev y su hijo de doce años, así como su padre político, Turov, fueron considerados culpables de tener tratos con Adashev y ejecutados, y lo mismo ocurrió con los tres hermanos Satiny y con Iván Shiskin, su esposa y sus hijos

[\[173\]](#).

Otros, como, por ejemplo, el príncipe Andrei Kurbsky, fueron considerados menos culpables y castigados con menor dureza. Probablemente fue debido a los esfuerzos que sus amigos y seguidores llevaban a cabo para mantenerse en contacto con él, que Adashev fue enviado más lejos todavía, a Dorpat, donde murió de las fiebres

[\[174\]](#). Sylvester fue exiliado al monasterio de Solovetsky, en las estériles islas del mar Blanco, donde también murió.

Después de estas ejecuciones Iván tuvo menos consideraciones con sus

boyardos y con cualquiera que osara contradecirle u oponerse a su voluntad. Las críticas le ponían furioso y aunque siempre había sido un hombre que se irritaba con facilidad, en aquella época en que se hallaba siempre con los ánimos excitados por la excesiva bebida, nadie era capaz de calmarle ni frenarle. Una noche, cuando se estaba divirtiendo con sus compañeros, que usaban máscaras y saltaban y bailaban según la costumbre rusa, el príncipe Mikhail Repnin le reprochó con enfado su conducta, que le dijo era indigna de un zar cristiano. La iglesia ortodoxa condenaba todas las formas de baile, las diversiones y especialmente las máscaras, como Iván sabía muy bien.

Sin embargo, en respuesta a las palabras del príncipe Repnin, Iván puso una máscara sobre la cara de Repnin y le dijo: «Ven, alégrate y únete a nosotros.» Repnin se arrancó el antifaz, lo pateó con furia y gritó: «No son cosas dignas de mí, un boyardo, el hacer locuras y rebajarme de tal forma.» También Iván se puso furioso y le mandó que saliera de palacio. Algunos días después, mientras Repnin estaba en la catedral de pie junto al altar durante el canto de los salmos, fue asesinado de una forma salvaje en cumplimiento de las órdenes del zar

[\[175\]](#). El mismo día el príncipe Yuri Kashin fue muerto de una estocada

cuando entraba en la catedral, pero se desconocen los motivos.

El joven príncipe Dmitri Obolensky-Ovchinin, sobrino del que había sido favorito de Elena, la madre de Iván, perdió también su vida porque en el curso de una disputa con el hijo de Feodor Basmanov, le gritó: «¡Tanto yo como mis predecesores hemos servido a nuestro soberano ayudándole, pero tú le sirves por pura sodomía!»

[\[176\]](#) El príncipe Dmitri Kurlyatev, íntimo de Sylvester y Adashev, fue exiliado con su esposa y sus hijas a un lejano monasterio en donde todos fueron obligados a tomar los votos y, según Kurbsky, más tarde fueron

estrangulados. Pero Iván no era siempre tan inhumano en sus castigos. El príncipe Mikhail Vorotynsky, exiliado con su familia a Beloozero, tuvo mejor suerte. Sus guardianes escribían hacia finales del año 1564 que durante el año anterior el príncipe no había recibido los esturiones frescos, las uvas, ciruelas y los higos a que tenía derecho. El mismo Vorotynsky presentó una reclamación porque no le había sido entregado su pago ni una lista de artículos que incluía 200 limones, todo lo cual era parte de sus raciones regulares en el exilio.

Además, Iván también podía de repente ser suave y bondadoso, hasta con algunos boyardos culpables de



traición. Teniendo sospechas de que el príncipe Iván Belsky planeaba huir a Lituania, le ordenó que jurara sobre la cruz que no saldría del reino ni siquiera de su principado. Además, se tomaron veintinueve hombres como garantía de que cumpliría su juramento, y otros 120 hombres actuaron de garantía para los primeros veintinueve. Pero a pesar de tan extraordinarias precauciones Belsky, algún tiempo después, pero en el mismo año, declaró ser culpable de traición por haber mandado mensajes a Segismundo Augusto pidiendo un salvoconducto para Lituania. De todas formas Iván le perdonó y algunos otros disfrutaron de igual clemencia por parte de este sorprendente zar.

Mientras tanto la guerra con Livonia continuaba. Iván había rechazado la petición oficial hecha por Segismundo Augusto en enero de 1560 para que cesaran las operaciones militares contra la Orden, y Segismundo Augusto, atemorizado todavía por el poderío moscovita y sin poder reclutar las tropas mercenarias de las cuales dependía en gran parte, debido a una gran crisis económica, dudaba todavía en tomar la ofensiva. El Gran Maestro Kettler, ofrecía alguna resistencia, que causaba grandes daños en el ejército moscovita que en la actualidad ocupaba ya nuevas extensiones de Livonia; en agosto de este año el príncipe Kurbsky consiguió tomar la importante

fortificación de Fellin.

La Orden se estaba desintegrando bajo tales presiones. Las grandes islas de Oesel juraron fidelidad a Federico II, convirtiéndose en posesión danesa, y en junio de 1561 los habitantes de Reval juraron lealtad al rey de Suecia, Erik, hijo y sucesor de Gustavo Vasa.

Los caballeros livonios y los mercaderes querían una unión con Lituania y Polonia, y Kettler inició negociaciones con Nikolai Radziwill, el Negro, voivoda de Vilno, como resultado de las cuales se concluyó un acuerdo en noviembre de 1561. Por medio de este acuerdo, en el cual se garantizaban los derechos de ciudadanía de los habitantes de Livonia, ésta pasaba

a formar parte oficialmente de Lituania y Polonia. El propio Kettler recibió junto con el título hereditario de duque, el ducado de Courland, que fue creado pensando en la región del sudeste de Livonia. Dejó pues de existir la orden de los Caballeros Teutónicos, y tres poderes, Moscovia, Suecia y Lituania-Polonia, se preparaban para decidir por medio de la guerra la posesión de las tierras de Livonia, y sobre todo, de los puertos del Báltico.

Erik XVI, rey de Suecia, que sabía muy bien que el reino unido de Lituania y Polonia trataría de hacerle desocupar Reval, propuso inmediatamente la paz al zar. Por su parte Iván no deseaba tener dos enemigos con los cuales luchar al

mismo tiempo, y recibió a los embajadores suecos. Sin citar para nada el asunto de Reval, ciudad de la que Iván ansiaba apoderarse, se firmó a su debido tiempo un tratado de paz por siete años entre Moscovia y Suecia

[\[177\]](#).

Por entonces Iván había ya decidido zanjar sus disputas con Lituania casándose con una de las hermanas del rey. Tales matrimonios dinásticos eran instrumentos políticos muy corrientes en el siglo XVI, y al hacer su proposición Iván tenía en su mente dos propósitos. Primero, esperaba que su matrimonio le daría una gran ventaja cuando llegara el momento de

negociar una paz final con respecto a sus conquistas en Livonia. Su segundo iba más lejos. Segismundo Augusto, el último de la famosa dinastía de los Jageyon, no tenía hijos, e Iván consideraba que su casamiento con una de sus hermanas le daba derecho al trono de Lituania y Polonia a la muerte del rey, lo cual facilitaría el camino a las pretensiones que tenía no solamente sobre Livonia sino también sobre la Rusia Blanca y Ucrania.

Tanta confianza tenía Iván en que Segismundo acogería de buen grado su proposición, por lo mucho que deseaba la paz, que instruyó brevemente a su embajador Feodor Sukin para que escogiera él mismo entre Ana y

Catalina, las dos hermanas del rey. Sukin recibió el encargo de informarse sobre ellas y, a ser posible, verlas con sus propios ojos, para escoger la más hermosa, saludable y bondadosa de las dos. Mientras tanto, en Moscú, Iván hacía planes sobre la futura conversión de la novia a la ortodoxia, y encargaba los preparativos para recibirla y acomodarla dignamente, disponiendo su bautismo ortodoxo y el casamiento.

Pero le esperaba un desengaño. La respuesta de Segismundo fue que estaba solamente dispuesto a tomar en consideración tal matrimonio si primero se concluía un tratado de paz aceptando sus condiciones. Además cuando el embajador lituano Shimkovich llegó a

Moscú, insistió en que los representantes de ambas partes debían reunirse en la frontera para negociar, y que mientras tanto se debían suspender todas las operaciones militares. Esta exigencia de que las negociaciones no podían tener lugar en Moscú significaba una rotura de la tradición, que tan importante era para los moscovitas. Estos cambios en las costumbres eran a veces obstáculos insoslayables ya que atacaban al prestigio y el honor de la dinastía. El embajador fue informado de que los encuentros entre los representantes de ambos países solamente podían tener lugar en la capital del imperio, después de lo cual se retiró y las propuestas negociaciones



respecto al matrimonio y la paz quedaron pendientes.

Hetmán Radziwill avanzaba contra los rusos que se encontraban en Livonia. En septiembre de 1561 consiguió tomar la pequeña ciudad de Tarvast después de un cerco de cinco semanas. Pero los rusos vencieron al ejército lituano cerca de Pernau y después arrasaron Tarvast. Durante 1562 tuvieron lugar escaramuzas, y Segismundo Augusto, sin referirse para nada al propuesto matrimonio, intentó desesperadamente reavivar las negociaciones de paz. No disponía de un ejército capaz de detener a los rusos y hasta el momento no había podido conseguir la ayuda de los polacos así como tampoco la de muchos

de sus súbditos lituanos, contra el zar. Su arma era el tiempo que iba transcurriendo. Pero Iván no se dejó engañar y acusó a Segismundo Augusto de no desear la paz y de intentar en secreto persuadir al kan de Crimea para que éste invadiera Moscovia.

A principios de 1563 el mismo Iván al mando de un fuerte ejército llega a la frontera lituana. Su objetivo es Polotsk, la ciudad al oeste del Dvina, importante no solamente por ser una fortificación en la frontera sino por su comercio que se efectúa a través de Riga. Después de un cerco de dos semanas Polotsk se rinde. El zar está radiante, no hay nada más importante para él en aquellos momentos que su

lucha para conseguir acceso al Báltico, y Polotsk, que hace completo su dominio sobre el río Dvina, acaba de proporcionárselo. Antes de volver a Moscú designa a tres generales, Peter I. Suisky, Vasili y Peter S. Serebryanny-Obolensky para que permanezcan al frente de la ciudad con instrucciones detalladas para reforzar sus defensas.

La caída de Polotsk alarmó a Segismundo Augusto porque la consideraba inexpugnable y porque además ahora los moscovitas avanzaban hacia Vilno. Como resultado de estos acontecimientos los lituanos mostraron en seguida un mayor interés por reanudar las negociaciones, pero Iván no tenía ya prisa. Estaba convencido de que

cuando él quisiera podría continuar sus victorias avanzando por el interior de Lituania. Pero entonces lo que más le importaba era volver a Moscú para ocuparse de los asuntos de Crimea, y por ello concedió a Segismundo Augusto una tregua de seis meses.

El 26 de febrero de 1563 Iván abandona Polotsk. Divide a su ejército en cuatro secciones situándolas alrededor de Velikie Luki, y después parte para Moscú. Su viaje de regreso fue triunfal, como lo había sido el viaje de vuelta desde Kazan diez años antes aproximadamente. La gente salía a los caminos para ver pasar a su padrecito que continuaba venciendo a los enemigos del pueblo. Contribuyó a hacer

de aquel viaje de regreso una repetición del de Kazan, el hecho de que el 31 de marzo un boyardo galopara a toda prisa hacia él para notificarle que la zarina había dado a luz un hijo, llamado Vasili.

Iván, dándose cuenta en 1561 de que Segismundo Augusto no había recibido con buenos ojos su proposición de matrimonio y de que solamente estaba dispuesto a tenerla en cuenta bajo condiciones que eran inaceptables para él, abandonó la idea de tal matrimonio. Lo hizo de mala gana y sintiéndose humillado, factor que sin duda contribuiría a hacerle intentar la campaña de Polotsk. Sin embargo, pronto había comenzado a buscarse una esposa por otro lado, esta vez entre los

gobernantes asiáticos. Se enteró de que Temgruk, un jefe circasiano tenía una hija de notable belleza, la hizo ir a Moscú y al verla quedó ciegamente enamorado. El propio metropolitano hizo los preparativos para el bautizo y le fue impuesto el nombre de María, casándose con Iván el 31 de agosto de 1561. Y ahora María había alegrado su vida con el nacimiento de Vasili. Sin embargo, este hijo vivió solamente cinco semanas y el propio matrimonio no duró demasiado. María era una belleza asiática, indómita y cruel, muy distinta de la devota y cumplidora Anastasia, cuyo recuerdo Iván veneraba. Sus contemporáneos dejaron escrito que le incitaba y le animaba en sus gustos

cruelles y pervertidos. Aparentemente, esta mujer atraía solamente al sensualista que había en él, y una vez bien satisfecho su deseo perdió interés por ella

[\[178\]](#).

En la época de su segundo matrimonio Iván estaba impaciente Por llegar a un entendimiento con el kan de Crimea. Estaba en guerra con Lituania, pero al mismo tiempo necesitaba vigilar sus fronteras del sur contra posibles ataques tártaros. La carta que escribió a Devlet Girei era una excelente e inteligente combinación de amenazas y alabanzas. En ella Iván se refería a la provechosa alianza entre Iván III y

Mengli Girei, al tiempo que se enorgullecía del poder de Moscovia que había quedado demostrado con sus conquistas de Kazan, Astracán y gran parte de Livonia. Afanasy Nagoi, embajador del kan, explicó a éste en privado que Adashev y otros habían sido apartados de sus cargos por haberse opuesto a la amistad entre el zar y el kan

[\[179\]](#).

Este acercamiento llegaba en el momento oportuno. El kan estaba cansado de la presión que el sultán Suleimán ejercía sobre él, cuando en realidad todo lo que él quería era libertad para hacer incursiones en



territorio vecino y saquear a voluntad. Así pues, el kan reveló a Nagoi los grandes proyectos del sultán, que consistían nada menos que en unir el Don y el Volga por medio de un canal, estableciendo dos fortalezas en el Volga a la altura de Tsaritsyn y Perevolok y otra cerca del mar Caspio. Desde estas fortalezas los turcos se apoderarían de Kazan, Astracán y de toda Moscovia con la ayuda de todos los musulmanes de las estepas. Pero este plan no despertaba demasiado interés en el kan, que sabía tocaría a su horda desempeñar el peso de la campaña para, por último, conseguir solamente quedar todavía más controlado por los turcos. Actualmente, sin embargo, el proyecto del sultán se

hallaba todavía en la fase de las discusiones y el kan aseguró al zar que podía contar con su amistad. Iván recibió también seguridades de alianza de los tártaros de Nogai.

Hacia finales de 1563 ocurrieron dos muertes que conmovieron profundamente a Iván. La primera fue la de su hermano Yuri, el compañero de su triste infancia. Yuri era imbécil, puede que por defecto congénito o como resultado de los temores sufridos durante su infancia. Cuando Iván se ausentaba de Moscú, Yuri ejercía siempre el cargo de gobernador de la ciudad, pero era solamente un nombramiento honorario porque era demasiado atrasado para poder ejercer

autoridad alguna. Iván siempre demostró hacia su hermano un cariño protector y a su muerte hizo donativos al Monte Athos para que rezaran plegarias para el descanso de su alma.

Iván se portó con una rara perversidad con la viuda de Yuri, Juliana. Al igual que Anastasia, su cuñada era devota y humilde, el pueblo la quería mucho y era considerada como el ideal de la mujer moscovita. Al morir su esposo había declarado que se retiraría del mundo y se afeitaría la cabeza haciéndose monja, y en cumplimiento de lo prometido hizo el viaje desde el Kremlin al convento de Novodevichy andando, siguiéndola el zar, la zarina, el príncipe Vladimir

Andreevich y una gran muchedumbre. Pero al llegar al convento, Iván en una repentina explosión de rabia ordenó que la sencilla celda donde Juliana esperaba pasar el resto de sus días dedicada a la oración, fuera llenada de muebles y arreglada con lujo cortesano, nombrando él mismo al séquito que había de atenderla. Fue como si estuviera determinado a privarla de la paz que podía obtener por medio de la oración y la meditación, por cuya paz una parte de sí mismo desesperaba de ansia y nunca podía alcanzar.

El último día del año 1563 murió el metropolitano Makary, en edad muy avanzada. Había sido metropolitano durante veintidós años. Antes de su

elevación al cargo supremo de la Iglesia, cuando era arzobispo de Novgorod, había sido una figura notable, pero en Moscú su figura fue más borrosa. Parece que durante algún tiempo el simple clérigo Sylvester le hizo sombra, pero salió de su vida estudiosa y devota cuando los intereses de la Iglesia estaban en peligro. En ocasión de la asamblea Stoglavny había resistido los ataques del grupo de los eremitas del otro lado del Volga, ayudados por el mismo zar, que querían arrebatarse a la Iglesia sus propiedades. Había defendido a la Iglesia con valentía, así como efectuado importantes reformas, la mayoría de las cuales estaban incluidas en el Stoglav o Cien

## Capítulos.

Por el contrario, parece que en otros momentos de crisis no hacía acto de presencia. Cuando Iván enfermó y surgieron las disputas respecto a la sucesión, la voz del metropolitano quizás habría podido decidir la cuestión, pero Makary no se hallaba presente, o si estaba allí no tomó parte en la discusión. Al mismo tiempo tampoco hizo recaer sobre él ni la cólera ni la desconfianza del zar. En realidad parece que Makary, hombre práctico y reformista además de erudito, dedicó sus energías a los asuntos de la Iglesia contentándose con dejar los asuntos de estado y relaciones directas con el zar a Sylvester, dentro de lo posible. Muchos le consideraban

indeciso y cobarde, especialmente porque dejó de censurar las actividades pecaminosas del zar o sucumbió a la gran influencia de su cargo en muchas ocasiones. Pero, aunque estaba apartado de los acontecimientos de la corte, sin duda alguna algunos hechos le causaban preocupación. En su testamento, que fue escrito pocos días antes de su muerte, escribía que, vencido por la tristeza, en muchas ocasiones había estado a punto de dejar su cargo y retirarse a un monasterio lejano. Pero siempre el zar y los jerarcas de la iglesia se lo impidieron convenciéndole de lo contrario

Su obra más importante fue la compilación de las vidas de los santos rusos en el Mineya Chetya y la continuación del registro de los monarcas rusos en el Stepennaya Kniga, que había sido comenzado en el siglo IX, en tiempos de Rurik. Este es el trabajo de un erudito e historiador, que dándose cuenta del nacimiento de la nueva nación, desea dejar clara la historia para las generaciones venideras, y ésta era la clase de trabajo que Makary amaba y no las tensiones y las luchas de su cargo.

Makary está asociado muy íntimamente con la introducción de la imprenta en Rusia. Hacía muchos años que los rusos sabían de la invención de



la imprenta y los grandes príncipes se daban cuenta de su importancia. Iván III pagaba una asignación al famoso impresor de Lubeck, Bartolomeo, aunque se ignoran los motivos. En 1547 el zar dio órdenes para que se reclutaran impresores en Alemania para enseñar a sus propios súbditos en Moscú, y en 1561 hizo levantar un edificio destinado al oficio de imprimir, bajo la dirección de dos maestros rusos, Iván Feodorov, diácono de la Iglesia, y Peter Mstislavets, que publicó dos libros extractados de la Biblia y también un Libro de las Horas.

La intención de Iván era imprimir los Evangelios en su totalidad usando los manuscritos más antiguos para

corregir las falsedades en que se había incurrido en el curso de los, muchos años de copiarlos a mano. Makary le ayudaba de corazón en este proyecto, y quizá fue el promotor del mismo. Sin embargo, el proyecto levantó furiosas objeciones entre el pueblo y los simples clérigos. Los evangelios eran para ellos sagrados tal y como los conocían actualmente y cualquier cambio que se introdujera en los textos, por los motivos que fuera, sería un sacrilegio. Los dos impresores tuvieron que sufrir la persecución popular y parece que quedaron bajo la protección de Makary. Después de la muerte de éste tuvieron que huir a Lituania. Entonces la prensa de imprimir fue trasladada al suburbio

de Alexandrovsk, donde se editaron algunos libros religiosos bajo la protección del zar

[\[181\]](#).

A principios de 1564 los obispos se reunieron en Moscú y eligieron como Metropolitano al monje del monasterio de Chudov, Afanasy, que anteriormente había sido arcipreste de la catedral de Blagoveshchensky y confesor del zar. Sin duda alguna era el hombre que Iván deseaba ejerciera el cargo y los obispos obedecieron sus deseos al elegirle.

# Capítulo dieciséis: La deserción de Kurbsky, 1564

El príncipe Andrei Kurbsky pertenecía a una familia muy antigua, y era descendiente directo de Vladimir Monomakh, por lo que podía jactarse de que su linaje era tan ilustre como el del propio zar. En el siglo XIV uno de los antepasados de Kurbsky se había dado a sí mismo el título de gran príncipe de Yaroslavl. Sin embargo, como sus descendientes habían sido numerosos y en la familia no se había establecido el

derecho de primogenitura, el principado se había convertido en unas cuarenta propiedades pequeñas. Al siglo siguiente los grandes príncipes de Moscovia absorbieron todo el principado y, según las apariencias, la familia Kurbsky aceptó el cambio sin objeciones y sirvió fielmente a estos grandes príncipes. Ni siquiera durante la minoría de edad de Iván, época en que la mayoría de las familias principescas se enredaron en actividades dudosas y traidoras, empañaron los Kurbsky su ilustre nombre. Eran una familia de una lealtad intachable.

El príncipe Andrei, el mayor de los tres hijos, sobresalía por su inteligencia y destreza. Era un hombre enérgico y

valiente, y aunque no llegaba todavía a los cuarenta años, o sea dos o tres años menos que Iván, su carrera fue brillante. Se había distinguido al mando de las tropas durante la toma de Kazan, en la guerra de Livonia, y en muchas otras partes donde le fueron encomendados servicios. Cuando, seis meses después de la toma de Kazan, los tártaros se rebelaron y las tribus de Votyak y Cheremis atacaron las guarniciones rusas, Iván encomendó a Kurbsky y a otros dos militares la tarea de restablecer el orden. Durante el invierno de 1553 a 1554 Kurbsky se enfrentó veinte veces a los tártaros en choques de importancia y por fin consiguió que los nuevos vasallos del zar le juraran

obediencia. Iván quedó impresionado y agradecido y en 1556 le elevó a la categoría de boyardo.

Sin embargo, Kurbsky era algo más que un caudillo del ejército, valiente y emprendedor. Si juzgamos por lo que era corriente en aquella época, Kurbsky era un hombre muy instruido, muy por encima de los otros príncipes y boyardos, tanto en sus hechos como en la forma de ver las cosas. Se interesaba mucho por los libros y en aprender continuamente, y era para él motivo de satisfacción estudiar las últimas ideas y novedades de Occidente. Su gran inteligencia y vitalidad así como su atrevimiento y decidida forma de obrar, que algunas veces eran tempestuosos,

hacían que a primera vista resultara uno de los hombres más atractivos de la corte.

Hacia finales del año 1559 Iván llamó a su lado a Kürbsky y le dijo: «Me veo obligado a ponerme yo mismo al frente de mi ejército en la lucha contra Livonia, o a mandarte a ti, mi favorito, así pues, ve y sírvenme fielmente.»

[\[182\]](#) En aquella época la posición de Kurbsky en la corte era muy relevante e Iván le distinguía de los demás, pero esta situación pronto iba a cambiar debido a la partida de Sylvester y Adashev y a la ejecución de sus colaboradores. El mismo Kurbsky había



sido uno de sus colaboradores más íntimos y seguramente recibió alguna clase de castigo, posiblemente por haber continuado los tratos con Adashev en Fellin, pero no llegó a caer en desgracia. Todavía continuó siendo uno de los oficiales de mayor confianza de Iván y se contaba entre los cortesanos que éste más apreciaba. Asimismo continuó al frente de un gran ejército junto a la frontera con Livonia.

De todas formas, Kurbsky, a pesar de su inteligencia; de sus estudios y de su destreza en todos aspectos, no era un hombre que pudiera albergar gran lealtad hacia nadie, ni preocuparse por nada ni nadie aparte de sí mismo. Después de la ejecución de tantos y

tantos hombres que habían sido amigos de Adashev y de sí mismo, no podía recuperar la tranquilidad, y temía que cualquier día podía ocurrirle a él lo mismo. Con respecto a Iván, Kurbsky sentía un gran resentimiento que posiblemente se desarrollaría mucho antes, pero lo ocultó, sin demostrarlo exteriormente, o que se presentaría cuando Iván empezó a ostentar el poder por sí mismo sin aceptar colaboraciones. Este resentimiento pronto se convirtió en un odio vengativo.

En los comienzos de 1564, Kurbsky, al frente de un ejército de 15 000 hombres, fue derrotado por un escuadrón de 4 000 polacos cerca de la

ciudad de Nevel, a unas sesenta y cinco millas al norte de Vitebsk. El mismo Kurbsky resultó herido en la lucha, pero lo que le inquietaba, mucho más que las heridas, era la cólera de Iván cuando se enterara de tan ignominiosa derrota. Parece que fue entonces cuando decidió huir a Lituania.

El rey Segismundo Augusto y sus consejeros sabían que la lealtad de Kurbsky era débil y hacían todo lo que podían para que abandonara Rusia y fuera a Lituania. Su fama al mando de los ejércitos había traspasado las fronteras rusas y su deserción representaría una victoria moral y política sobre el zar, al mismo tiempo que su presencia frente al ejército

lituano sería muy ventajosa para este país. El mismo rey escribió una carta a Kurbsky, que le fue entregada juntamente con otra carta firmada por Nikolai Radziwill el Negro, atamán de Lituania, por Volovich, vicecanciller, y un grupo de senadores. Estas cartas las recibió Kurbsky en Dorpat antes de su huida. En ambas cartas se le invitaba a transferir su vasallaje a Lituania, donde sería bien recibido. En otros mensajes el rey y Radziwill le prometieron el favor real así como bienes y haciendas de acuerdo con su categoría.

Una vez tomada su decisión, Kurbsky se despidió de su mujer y de su hijo, de nueve años de edad, en Dorpat, en una conmovedora entrevista. Preguntó

a su mujer si prefería verle morir ante ella o que partiera solo y para siempre. Como su sentido del deber le indicaba hacerlo, su mujer contestó que la vida de su marido era más importante que su propia felicidad. Se despidieron llorando y Kurbsky bendijo a su hijo

[183]. Sea o no verdad este relato de la despedida, la realidad es que Kurbsky no dudó en abandonar a su mujer y a su hijo expuestos a ser ejecutados, o por lo menos, con mucha suerte, a ser exiliados muy lejos, mientras él huía a Lituania, donde le aguardaban la seguridad y el bienestar. Es evidente que no se preocupó en absoluto ni de una posible huida de su mujer y su hijo para reunirse

con él, ni para que quedaran a salvo, aunque esto no habría sido muy difícil de arreglar desde Dorpat, donde se hallaban entonces

[\[184\]](#).

El último día del mes de abril de 1564 Kurbsky se deslizó secretamente de Dorpat por la noche y encontró dos caballos, ensillados y escondidos por un leal sirviente, algo más allá de las murallas de la ciudad. Mientras galopaba hacia la frontera lituana le salieron al encuentro varios correos que le entregaron un salvoconducto del rey y otra carta de los senadores lituanos en la que le confirmaban todas las promesas de ser tratado con dignidad. Llegó a

Wolmar, ocupada por los lituanos de Livonia, y allí se le recibió como a un rey.

Una vez instalado a salvo en el campo de batalla lituano, Kurbsky dedicó todas sus energías a luchar sin ninguna clase de consideración contra su antiguo señor. Acosaba continuamente a los lituanos con sus planes para atacar Moscovia y al ver que éstos se mostraban precavidos, les castigaba negándose a desarrollar su cometido frente al ejército. No se cansaba de hostigar a Segismundo Augusto para que por medio de presentes valiosos, convenciera al kan de Crimea para que invadiera Moscovia. Y sus esfuerzos se vieron recompensados porque Devlet

Girei llevó a cabo una incursión masiva en la región de Riazán, al frente de 50 000 tártaros, cuando Iván creía todavía que el kan era su aliado.

En realidad Iván se encontraba en Suzdal, esperando de un momento a otro recibir el tratado de alianza firmado por Devlet Girei, cuando le llegaron las noticias respecto a la nueva incursión tártara. En' aquel momento no había tropas en Riazán, pero dos de sus nuevos favoritos, el boyardo Alexei Basmanov y su hijo, se encontraban por entonces en sus propiedades de la región, y éstos se encargaron de rechazar a los invasores juntamente con los habitantes de las localidades invadidas, que a su llegada recobraron



la moral. Cuando Iván se enteró de la incursión tártara, dejó a la zarina y su hijo en Alexandrovsk y partió con tropas hacia el lugar de la lucha, pero cuando solamente había recorrido una corta distancia le fue entregado un mensaje en el que Basmanov le decía que los tártaros estaban huyendo.

En la misma época Kurbsky estaba luchando contra la guarnición rusa de Polotsk, teniendo a su mando 70 000 hombres de distintas procedencia, pero esta campaña fue un fracaso completo. Kurbsky no pensaba para nada en Moscovia y en sus paisanos. Solamente le preocupaba la forma de atacar, perjudicar y humillar al zar de Rusia. Las hordas tártaras y los enemigos de

Occidente devastaban la tierra, incendiaban Moscú y otras ciudades, y se llevaban con ellos a sus habitantes, pero a él esto no le importaba; lo único que importaba era que estos vandalismos contribuían a denigrar y humillar al zar.

Sin embargo, los escritos del mismo Kurbsky fueron un arma que contribuyó grandemente a ayudarlo a conseguir sus propósitos, mucho más que sus maquinaciones y aventuras militares. Dedicó su considerable habilidad literaria y su gran destreza como propagandista a sus propios fines y con tan buen resultado que todavía mucho tiempo después de morir los protagonistas, la reputación de Iván

continuaba manchada por sus calumnias.

Karamanzin, cuyos relatos históricos han influenciado varias generaciones de historiadores, en su interpretación de los personajes de Iván y Kurbsky, nos ha relatado la entrega de la primera carta de este último. Su criado Vaska Shibanov se la entregó personalmente al zar, en la escalera roja de la gran entrada del palacio, al tiempo que le decía: «Es de mi señor, tu vasallo en el exilio, el príncipe Andrei Mikhailovich.» El zar, enfadado al oír tales palabras, golpeó el pie del sirviente de Kurbsky con el báculo que siempre le acompañaba, atravesádoselo, y después, apoyándose en el báculo ordenó a Shibanov que le

leyera la carta en voz alta. Con la sangre manándole del pie, Shibanov leyó la carta sin titubear un instante

[\[185\]](#). Este relato, una de las muchas narraciones coloristas y exageradas que nos han llegado sobre Iván, es casi seguro que es falso

[\[186\]](#). Probablemente la carta de Kurbsky no fue entregada personalmente al zar sino hecha pública, ya que el propósito de la misma era humillar al zar.

Esta carta la escribió Kurbsky desde Wolmar, poco después de su huida de Rusia. Más tarde escribiría varias cartas más, así como su ofensiva

## Historia del Gran Príncipe Moscovita

[\[187\]](#). Sin embargo, lo más importante de estas cartas y la Historia, en este momento, cuatro siglos después de ser escritas, es el hecho de que fueron motivo para que Iván escribiera dos largas cartas de respuesta, y esta correspondencia se convierte en uno de los documentos más esclarecedores de la Historia de Rusia.

Ambos hombres eran expertos polemistas, pero Iván estaba más instruido y se expresaba mejor y con más vehemencia que su adversario. Además Iván escribía guiado por su sincera convicción y no por la malevolencia, que era la causa de que

por parte de Kurbsky, los hechos fueran falseados y distorsionados. De todas formas, Kurbsky aclaró un tanto los hechos en lo que concierne al descontento y oposición de los boyardos, al tiempo que las largas cartas de Iván, que son viva expresión de su cólera, también nos revelan a un monarca con un profundo sentido de su responsabilidad y de su deber.

Dos motivos guiaron a Kurbsky a escribir sus cartas; el deseo de difamar a Iván y al mismo tiempo la necesidad de justificarse a sí mismo por su deserción, que había causado sensación en Moscovia y en toda la Europa occidental. En sus cartas habla de las «brillantes victorias», que había

conseguido para la gloria del zar, de sus servicios y sus heridas «causadas en varias batallas, por manos bárbaras», pero «para ti, ¡oh, zar!, esto no significa nada...»

[\[188\]](#). Y nos dice también:

«¡Cuánto daño y persecuciones no habré sufrido por tu causa...! No puedo acordarme de todas las desgracias que me han acaecido por tu culpa, que me avasallan por su gran número..., tampoco de todas las cosas de que me has privado; sin ser culpable he tenido que abandonar la tierra de Dios, acosado por ti mismo...»

[\[189\]](#)

Sus acusaciones y quejas parecían

sinceras y en Lituania todos estaban dispuestos a creerle. En realidad no eran sino exageraciones y afirmaciones casi infundadas. En uno de los pasajes más pacíficos dé su respuesta, Iván escribe:

«No has recibido de mí daño alguno ni persecución; tampoco he sido causa de ofensas ni desgracias sobre tu persona; si las has recibido ha sido por tu crimen, porque estabas aliado con los que me traicionaban. No te he acusado de falsedades ni traiciones que no has cometido.»

[\[190\]](#)

Sin duda alguna las cartas nos revelan que Kurbsky estaba dispuesto a ir muy lejos en su deseo de falsear los



hechos para conseguir sus fines. En cambio, Iván no negaba los hechos aunque ansiaba justificarse, y admitía, defendía o excusaba sus acciones.

La malevolencia de Kurbsky se alimentaba del odio personal que sentía por Iván y de su oposición a la decisión de Iván a gobernar por sí solo y de una forma absoluta. Insistía en el punto de que los grandes príncipes de Moscovia siempre gobernaron con la ayuda y el consejo de sus boyardos y que gracias a este sistema Moscovia era fuerte. La tradición había comenzado a abandonarse, según Kurbsky, bajo la perjudicial influencia de la princesa griega Sofía, esposa de Iván III y abuela de Iván, continuando con la madre de

Iván, la extranjera Elena Glinskaya. En su Historia se refiere a la beneficiosa influencia del Consejo Boyardo en los tiempos en que éste tenía un poder influyente con sus opiniones y tomaba parte en el gobierno de la nación. Pero Kurbsky no limita esta función de ayudar y aconsejar a la propia clase a que pertenece sino que incluye al pueblo, y es evidente que quería referirse a la Asamblea del País (Zemsky Sobor), que se había reunido por primera vez en 1550.

Así pues, Kurbsky se declaraba a favor del nuevo estado de Moscovia, unido bajo el zar, y no intentaba reavivar los principados independientes de los viejos tiempos. Su único objetivo

político era restaurar el sistema por medio del cual el zar gobernaría no solo sino con el consejo y la ayuda de sus boyardos y su pueblo

[\[191\]](#)

A pesar de sus ideas políticas, tal como las expone en sus cartas y su Historia, Kurbsky pertenecía sentimentalmente a los tiempos en que Moscovia se dividía en principados independientes. En lo profundo de su ser era el gobernante de un principado, con su lealtad y sus intereses concentrados en su pequeño dominio. La unión de Moscovia bajo la mano férrea del gran príncipe y el nacimiento de la nación, para él significaban solamente la

pérdida de su independencia; no le daban mayor responsabilidad. Únicamente había desempeñado sus servicios para conseguir honores personales y beneficio, y cuando éstos se vieron amenazados huyó.

La mayoría de los boyardos tenían esta clase de mentalidad, así como los príncipes, de todos los cuales Iván desconfiaba y les temía. Ni como individuos ni como clase hicieron nada para procurar mejorar el régimen existente. Durante la minoría de edad de Iván, en que los boyardos gobernaron diez años, lo dejaron bien demostrado. Podían entonces haber efectuado importantes cambios, ya que nadie coartaba su autoridad. Pero no

renovaron nada, y por su incesante pelear en cambio habían llevado al país al caos. Para Iván, sin embargo, era evidente que los boyardos se confabulaban para asesinarle y destruir el país, y la traición de Kurbsky y sus desesperados esfuerzos para atacarle y reducir Moscovia a ruinas le parecían una prueba evidente de sus peores sospechas.

La reacción furiosa de Iván al recibir la carta, sin embargo, se debía más a la gran temeridad de Kurbsky de atreverse a escribirle una carta públicamente, acusando al zar de toda clase de crímenes y crueldades, y de haber fracasado en hacer frente a su responsabilidad.

Esto era más de lo que Iván podía soportar. En otra ocasión, se habría limitado a olvidar con desprecio tal carta, escrita por un traidor. Pero esta era como una llamada a otros boyardos para que imitaran la postura del huído, y tampoco podía ignorar la clara intención de denigrar al zar y hacer públicas sus diferencias.

Iván contestó a esta primera carta en un ataque de ira; su escrito, que ocupa ochenta y seis páginas, frente a las cuatro páginas y algo más de Kurbsky, es un magnífico documento

[\[192\]](#). En esta carta compuesta en medio de su furor, a menudo Iván salta de un asunto a otro. No es fácil de leer,

pero contiene gran cantidad de frases esclarecedoras. Nos revela su conocimiento no solamente de su propia gente sino sobre la Grecia y Roma de los tiempos antiguos, sobre Bizancio y Persia, y para él la historia no es simple crónica de acontecimientos pasados sino el recuerdo vivo de gobernantes y pueblos que tuvieron que enfrentarse a hechos parecidos a los que cada día se le presentaban. La había leído y estudiado con tanta intensidad que ésta se había convertido» en una parte de su propio pensamiento. El tono amenazador y rígido de muchos de sus pasajes los hace resonar como un libro del Viejo Testamento.

Iván comienza su carta con una

afirmación sobre sus antepasados, de los cuales «me ha llegado la autocracia, a mí, humilde representante del imperio ruso». Después confirma la naturaleza de su poder y condena a Kurbsky por cometer no solamente traición sino apostasía.

«He crecido y subido al trono por voluntad de Dios y por su gracia y con la bendición de mis antepasados y de mis padres, porque nací para gobernar... Esta es mi respuesta humilde y cristiana al que ha sido mi boyardo y consejero así como voivoda de mi estado autocrático y de la verdadera fe cristiana, pero que ahora es perjuro ante la Cruz sagrada del Señor, de la que emana la vida, así como destructor de la



cristiandad, servidor de aquellos enemigos de la cristiandad que no veneran a los iconos divinos y han pisado los mandamientos sagrados, así como destruido los templos y profanado y pisoteado los vasos y las imágenes sagradas, al igual que lauriano y el que es llamado Putrefacción, y el Armenio... a éste que ha caído de esta forma, al príncipe Andrei Mikhailovich Kurbsky, que con su traidor comportamiento intentó convertirse en el señor de Yaroslavl, le digo que lea bien este escrito.»

[\[193\]](#)

Después Iván se dirige a Kurbsky directamente. «¿Por qué te eriges en maestro de mi cuerpo y de mi alma?

¿Quién te ha nombrado juez o te ha dado autoridad sobre mí?»

[194], pregunta Iván. «¿Por qué escribes, canalla, y de qué te quejas, si has hecho tanto mal? ¿Cómo será tu consejo, que huele peor que el estiércol?»

[195] La razón de la gran furia de Iván al escribir esto se debía más al hecho de que Kurbsky se permitiera criticar a alguien, él, que había cometido el peor pecado que se podía cometer, apostasía, a que fuera su propia persona el blanco de las acusaciones. Kurbsky había traicionado al zar, designado por Dios, y de esta forma había traicionado

a Dios

[\[196\]](#).

De las cartas de Iván se desprende su firme convencimiento de que su poder emanaba de fuentes divinas. Los otros factores que parecen ser los que tenían mayor preponderancia en su mente son la necesidad de que la nación contara con un gobierno central fuerte y su deber de proporcionar tal gobierno. Las referencias de Kurbsky a los bienintencionados Sylvester y Adashev, provocan en Iván furiosas imprecaciones afirmando que eran malos consejeros que solamente querían usurparle el poder y de esta forma destruir la nación

[\[197\]](#). Hace referencia a la «mala intención» que se escondía detrás de las proezas de Kurbsky, y dice:

«Decidiste con el clérigo (Sylvester) que yo solamente sería soberano de palabra, pero que en la realidad gobernaríais vosotros... Reflexiona: cuando Dios liberó a Israel de la cautividad, ¿es que quizá nombró a un cura o gobernadores para mandarles? NO, solamente Moisés tenía poder sobre todos ellos, lo mismo que un zar.»

[\[198\]](#)

Iván estaba convencido que era un deber sagrado hacer uso de su poder imperial, y estaba igualmente convencido de que sus antepasados

hacían lo mismo porque, según sus palabras, «desde los tiempos antiguos, ellos gobernaron sus dominios, no los boyardos ni los magnates»

[\[199\]](#). Citaba a Roma y a Grecia para demostrar lo rápidamente que las naciones y los imperios pierden su grandeza cuando no están «bajo una sola autoridad»

[\[200\]](#).

Al contestar a la carta del zar, Kurbsky intentó quitarle importancia considerándola «grandilocuente y retumbante... escrita con ira incontrolable y con palabras venenosas, como es indigno no solamente de un zar,

tan grande y glorificado en todo el universo, sino hasta de un simple soldado sin importancia»

[\[201\]](#).

Las despreciativas afirmaciones de Kurbsky, no dejaban de estar mezcladas con algo de fanfarronería. Al principio quedó sobrecogido ante la ira del zar y la furia de sus anatemas, al igual que un hombre que abre la puerta de un horno y le abrasa el aire ardiente que sale del mismo. Pero sus bravatas no dejaban de tener en parte justificación. Al contestar a su escrito Iván se había rebajado, especialmente por escribir con tanto detalle, poniéndose al mismo nivel del traidor. Pero no solamente había escrito

llevado por su furor sino también con una apasionada sinceridad, como queriendo explicarse a sí mismo y al mismo tiempo confirmar y explicar su poder absoluto y su deber de hacer uso del mismo en bien de Moscovia.

En su segunda carta a Kurbsky Iván es más conciso y el tono de la misiva menos ardiente. La escribió en 1577, después de sufrir otras traiciones y pasar épocas de desespero. En las primeras páginas queda patente el aturdimiento de un hombre que no puede comprender por qué ha sido vapuleado de tal forma por las desgracias y traicionado tantas veces. Es un hombre que se considera un nuevo Job. La arrogante convicción del zar designado

por Dios queda suavizada por un mayor reconocimiento de la fragilidad humana y en particular de la suya propia. En la lucha entre la arrogancia y la humildad que continuamente tenía lugar dentro suyo, casi siempre ganaba la última, pero en ocasiones podía quedar eliminada por sus repentinos enfurecimientos.

En su segunda carta, en lugar de recriminaciones hay quejas y hasta quizá remordimientos. «¿Por qué me separasteis de mi mujer?», pregunta, recordando la armonía de su primer matrimonio y la muerte de Anastasia diecisiete años atrás, muerte de la que consideraba culpables a Sylvester y Adashev.



«Si por lo menos no me hubierais arrebatado a mi pequeña, entonces no habría habido "sacrificios a Cronos". Diréis que no he sido capaz de soportar esta pérdida y que no he preservado mi pureza..., puede ser, todos somos humanos... ¡Si por lo menos no te hubieras puesto en contra mía con el clérigo! Entonces nada de esto habría ocurrido; todo ha sido motivado por tu terquedad.»

[\[202\]](#)

De nuevo Iván vuelve a sus imprecaciones, pero acaba su carta pidiendo a Kurbsky: «piensa en todo esto y deja paso a la verdad dentro de ti. No he escrito sobre todo esto para vanagloriarme ni alabarme, Dios lo

sabe, sino para hacerte acordar de los hechos para que rectifiques tus ideas, y puedas pensar en la salvación de tu alma»

[203]. Escribiendo en este tono, muchos años después de haber ocurrido los acontecimientos a que se refiere, parecía como si estuviera dispuesto a recibir a Kurbsky como hijo pródigo, si se hubiera atrevido a volver a Moscovia.

En estas cartas dirigidas a Kurbsky, Iván reveló algo de la complejidad de su carácter y de la pugna constante dentro de sí. Luchaba por conseguir moderación y freno, pero éstas no llegaban. Tenía un profundo sentido de

la misión que tenía que cumplir con Moscovia y de su responsabilidad respecto a su pueblo, pero algunas veces sus obligaciones le sobrecogían y en estas ocasiones, por ser simplemente un ser humano, se entregaba al vicio. Estaba convencido de que su poder le había sido conferido de forma divina, y esto le hacía arrogante, pero la misma enormidad de su poder le hacía humilde. Se apoderaban de él tempestades de furia vengadora y después las lamentaba, así como sus furiosas anatemas. Cuanto más desgracias le acontecían más cuenta se daba de sus pecados, porque consideraba que las desgracias eran castigos de Dios.

Iván era un hombre trágico porque

no podía aplacar su naturaleza egocéntrica. La esencia de su tragedia residía en que era incapaz de la dedicación completa que su oficio requería y que él lo sabía, y en que no podía ponerse delante de Dios con la humildad que Job había demostrado.

# Capítulo diecisiete: La Oprichnina, 1565

La traición de Kurbsky dejó en Iván una terrible impresión. No era la primera vez que alguien de su confianza le traicionaba, pero la traición siempre le afectaba y hería profundamente. Y la acción de Kurbsky sobrepasaba en importancia lo que hubieran podido hacer todos los demás. Su perfidia superaba a todos. Había sido uno de los generales de más valía del zar, y ahora, no solamente se pasaba al enemigo sino que públicamente imprecaba contra su anterior soberano y conducía a sus

propios enemigos a Moscovia para invadirla y matar a sus habitantes.

Lo que más le afectó, sin embargo, fue la intensidad del odio que Kurbsky demostraba, y esto era debido a que Iván veía en Kurbsky a un representante de la clase boyarda y principesca demostrándole su odio abiertamente, en lugar de ver en él a un hombre que había huido para escapar al castigo. Las sospechas del zar se intensificaron haciéndole suponer que los boyardos y los príncipes le odiaban tanto a él, personalmente, como a su dinastía y que estaban planeando traicionarle. Creía que todos esperaban el momento oportuno para seguir los pasos de Kurbsky, quien expresaba sus malévolos

pensamientos y sentimientos desde el campo enemigo, donde se hallaba ya a salvo.

Lo mismo que en su niñez, Iván se siente solo y rodeado de enemigos. Contribuye a enfurecerle el hecho de verse obligado a depender de estos boyardos y príncipes para gobernar y conducir sus ejércitos. No disponía de otras personas experimentadas que pudieran hacerse cargo de tales responsabilidades. Sin embargo, Iván no era de la clase de hombres que se sienten impotentes ante los hechos, y que alimentan temores y sospechas sin tomar la ofensiva. Proyectó un plan astuto y al mismo tiempo desesperado para escapar de la dependencia y la inseguridad que

le mantenían atado de manos.

En los comienzos del invierno de 1564 se extendió el rumor en Moscú de que el zar iba a salir de viaje. Sus ayudantes particulares tenían órdenes para estar preparados para la marcha. Varios militares fueron requeridos para presentarse en Moscú desde lejanas ciudades, acompañados de sus esposas e hijos, y no escogidos al azar sino que se indicó precisamente cuáles eran los hombres que tenían que desplazarse. Nadie sabía adonde iba Iván y el misterio envolvía todos los preparativos. Los rumores fueron tomando un tono siniestro y fatal.

En las primeras horas de la mañana del 3 de diciembre la plaza del Kremlin



se llenó de trineos y los sirvientes personales del zar comenzaron en seguida a cargar en ellos los iconos sagrados, ropas, todo el tesoro del zar y maravillosas planchas de plata, que eran un reflejo de la prosperidad y prestigio de la corte.' La gente observaba intranquila estos preparativos, que nunca anteriormente habían tenido lugar cuando el zar iba de peregrinación o a cazar y descansar a la campiña.

La jerarquía eclesiástica y los boyardos estaban esperando a Iván en la Catedral Uspensky. Llegó Iván y el metropolitano celebró la misa durante la cual Iván oró fervientemente. Después de recibir la bendición del metropolitano, se despidió de los

presentes. Lo hizo de una forma amable, dando a besar su mano a los boyardos y comerciantes. Ocupó su sitio en un trineo, junto con la zarina y sus dos hijos, y los servidores les cubrieron con pieles para protegerles del terrible frío reinante. Y después partió de Moscú escoltado por la guardia montada y acompañado de Alexei Basmanov, Mikhail Saltykov, el príncipe Afanasy Vyazemsky y algunos otros de sus nuevos favoritos.

Al llegar al pueblo de Kolomenskoe el tiempo no les dejó continuar. Tuvieron que estar allí dos semanas. Había llovido mucho provocando un deshielo fuera de temporada, lo que convirtió las

carreteras en barrizales e hizo que las capas de hielo sobre los ríos fueran peligrosas de atravesar. Cuando por fin pudieron abandonar Kolomenskoe, marcharon hacia el monasterio de Troitsa y de allí a Alexandrovsk, lugar al que llegaron el día de Navidad.

Mientras tanto en Moscú los boyardos y el pueblo estaban intranquilos. El viaje secreto del zar y la precaución de llevarse con él todos sus efectos personales, y su tesoro hacían presagiar males. Pasó un mes sin tener la menor noticia del zar y por fin el 3 de enero llegaron correos procedentes de Alexandrovsk trayendo dos documentos, uno de ellos dirigido al metropolitano y el otro a los comerciantes y al pueblo.

En su mensaje al metropolitano Iván se refería nuevamente a los desórdenes y maldades cometidas por los boyardos durante su minoría de edad e insistía en que los sentimientos de aquéllos no habían cambiado desde entonces. Los generales traicionaban su confianza y estaban dispuestos a ayudar al kan y a otros enemigos para invadir Moscovia, y sin embargo, cuando el zar quería castigarles, bajo el impulso de su justa cólera, el metropolitano y demás padres de la Iglesia intercedían en su favor interponiéndose y coartando su voluntad y justicia.

Decía Iván en su carta: «Así pues, no deseando tener que soportar vuestra traición, y con gran pena de mi corazón

he abandonado el imperio marchándome a donde Dios me ha llevado.»

[204]

El segundo mensaje fue leído en alta voz a los comerciantes reunidos, juntamente con los obreros y representantes de la ciudad. En el mismo Iván confirmaba a sus fieles vasallos que su ira no iba dirigida contra ellos y les aseguraba que continuaba sintiendo por ellos los mejores deseos.

El pánico se apoderó de los moscovitas cuando se enteraron del contenido de los dos mensajes. La abdicación del zar les dejaba sin guía ni defensor. El era el eje de toda la sociedad y su marcha era el peor desastre que podía ocurrirles,

especialmente tratándose de Iván, el zar conquistador y libertador.

La vida de la ciudad quedó detenida, los mercados y las oficinas del gobierno estaban vacías y el pueblo formaba grupos en las calles quejándose de su mala suerte. «El soberano nos ha abandonado y pereceremos -decían-, ¿quién nos defenderá de nuestros enemigos del extranjero? ¿Qué hará el rebaño sin su pastor?»

[\[205\]](#)

Los boyardos, príncipes y clérigos tenían tanto miedo como el pueblo y se unieron a muchos otros que pedían al metropolitano que fuera a Alexandrovsk para implorar al zar que regresara.

Como un solo hombre declaraban:

«Dejad que el zar ejecute a los malvados; su poder sobre la vida y la muerte es supremo, pero el imperio no puede quedarse sin jefe. El es nuestro soberano, por voluntad de Dios, y no tenemos ningún otro. Todos te acompañaremos para implorar su regreso y llorar delante suyo.»

Los comerciantes y las gentes añadían en un tono más amenazador: «¡Que el zar indique cuáles son los traidores y nosotros mismos los destruiremos!»

[\[206\]](#)

Se llevaron a cabo preparativos apresurados para el viaje a Alexandrovsk. Se decidió que el

metropolitano debía quedarse en la capital cuyos ánimos estaban muy exaltados y en su lugar efectuarían el viaje Pimen, arzobispo de Novgorod, y Levky, archimandrita del monasterio de Chudov. Se pusieron en camino inmediatamente, seguidos por una multitud ansiosa y preocupada formada por representantes de todos los estratos de la comunidad.

El 5 de enero llegaron los dos clérigos a Alexandrovsk, lugar escondido entre los espesos bosques al norte de Moscú. Con los clérigos llegó la multitud, caminando sobre la nieve. En un día y medio habían hecho el viaje de setenta y cinco millas para el cual Iván había necesitado tres semanas.



Fueron admitidos a presencia de Iván y cuando se hallaron ante él los dos sacerdotes le imploraron que no hiciera recaer su ira sobre el pueblo, que no abandonara el imperio y que gobernara como él creyera más conveniente. Después le pidieron que recibiera a sus boyardos a lo que Iván accedió, así como recibió a los representantes de la burguesía, comerciantes y gentes del pueblo. Escuchó sus ruegos mezclados con las lágrimas y después les habló refiriéndose nuevamente a las traiciones que había tenido que soportar. Por fin accedió a regresar a la capital, pero puso sus condiciones. Primeramente debía ser libre para gobernar como creyera más oportuno, y además debían

dejarle castigar a los traidores sin cortapisas, sin intercesión de nadie ni el menor reproche.

Llenos de júbilo por la decisión del zar de regresar, todos aceptaron inmediatamente las condiciones del zar. Después los curas rezaron plegarias en las que participaron el zar y los presentes, y emprendieron apresuradamente el viaje de regreso a Moscú siguiendo la indicación de Iván de que la vida de la capital no debía interrumpirse.

La gente de Moscú aguardaba ansiosamente el regreso del zar, pero éste no llegó hasta el 3 de febrero e hizo una entrada majestuosa y con gran ceremonia. Al día siguiente llamó a su

presencia a los jerarcas de la Iglesia, los boyardos más antiguos y servidores oficiales, y todos los que le contemplaban de nuevo quedaron profundamente sorprendidos al verle tan cambiado.

Cuando partió de la capital dos meses atrás, Iván era un hombre de construcción fuerte y apariencia agradable y lo continuaba siendo para los que le vieron en Alexandrovsk solamente un mes atrás. Sus ojos pequeños y grises eran expresivos y vivarachos como siempre y su distinción se veía aumentada con el abundante cabello que cubría su cabeza, su espesa barba y su bigote. Pero los que se hallaban ahora ante él a duras penas

podían reconocerle. Su cuerpo no se mantenía erecto como siempre sino que estaba encorvado y sus facciones se habían arrugado tanto que parecía Un hombre viejo. Era calvo y sus ojos antes vivos y expresivos ahora estaban apagados. Este cambio demostraba que durante su estancia en Alexandrovsk había pasado por una crisis mental y espiritual muy importante que le había destruido físicamente y dejado envejecido prematuramente.

Iván anunció a los reunidos la segunda condición, que no había citado anteriormente, condición que asombró a todos los presentes. Se iba a crear una guardia especial destinada a su seguridad personal y la del imperio, y en

adelante él residiría en un lugar privado, destinado solamente para él. Este asentamiento se conocería como la Oprichnina

[207], y sería un estado independiente dentro del imperio, perteneciente al zar y gobernado únicamente por éste no como zar sino como propietario. En realidad estaba creando un principado independiente para sí mismo, o, como Klyuchevsky lo denomina, una parodia de los antiguos principados independientes

[208]. Se retiraría a su reino particular, aislándose de los boyardos y príncipes de los cuales desconfiaba, y

hasta del pueblo. Era una idea grotesca que iba a traer confusión y sufrimiento a todo el país.

Se hicieron los primeros pasos para establecer la Oprichnina y éstos consistieron en requisar tierras y seleccionar los guardias personales, llamados Oprichniki. La tierra que se confiscó y aisló de las demás para estos efectos, en principio estaba comprendida únicamente en las regiones centrales, pero muy pronto se extendió, especialmente hacia el Norte, hasta que llegó a alcanzar casi la mitad de la superficie del extenso imperio.

No está muy claro el motivo que se dio para desposeer a los propietarios de sus tierras. A muchos boyardos se les

requisó la tierra por el hecho de que Iván desconfiaba de ellos. Sin embargo, su principal preocupación consistía en que la Oprichnina pudiese bastarse por sí misma y fuera enteramente independiente del resto del Estado. Las tierras requisadas, que algunas veces eran haciendas separadas y hasta partes de haciendas y partes de ciudades, formando como un dibujo de retazos, se dividían en tres categorías. La primera la componían las tierras que se encontraban en la región interior, principalmente al este y sudeste de Moscú, y que proporcionaban a la Oprichnina alimentos y otros suministros. La segunda categoría comprendía las regiones del norte, que

se hallaban demasiado distantes para proporcionar haciendas para los militares en activo, e incluía especialmente «tierras negras», cuyos campesinos pagaban impuestos directamente al Tesoro una vez abolido el sistema de la «alimentación»; esta categoría era pues la que proporcionaba dinero a la Oprichnina. La tercera categoría estaba formada por las tierras de la vasta superficie que se extendía desde Vologda y Galich al noreste de Moscú, siguiendo hasta Mozhaisk, al oeste, en cuyas regiones estaban establecidos los Oprichniki en haciendas



La primera y tercera categoría incluía muchas haciendas patrimoniales pertenecientes a miembros de la aristocracia boyarda y principesca y que se las arrebataron sin contemplaciones. Tenían los mismos derechos de las haciendas equivalentes en otros lugares fuera de la Oprichnina. A algunos propietarios de los que les fueron arrebatadas las tierras, se les proporcionó nuevas propiedades, pero era mucho más frecuente que el terrateniente que había visto usurpado el patrimonio que su familia ocupara durante generaciones y más generaciones, tuviera que procurarse tierras libres. En el frío invierno de 1565 unos 12 000 terratenientes con sus

familias, pero con pocas de sus propiedades particulares, se vieron forzados a abandonar sus casas, para buscar nuevas tierras hacia el este. Muchos iban andando.

Iba a continuarse de esta forma durante los siete años siguientes, mientras la Oprichnina iba abarcando nueva superficie de terrenos. Muchos de los propietarios desposeídos encontraron tierras al norte y en las regiones de Sviyazhsk, Kazan y del bajo Volga. Pero mientras se colonizaban estas regiones, la nación tenía que pasar sin el servicio militar de los colonizadores y en el área central del país se interrumpieron las tradicionales ordenanzas del servicio a la nación.

Con la ayuda de Alexei Basmanov, Malyuta Skuratov y otros nuevos favoritos, Iván escogió su guardia de corps y les entregó las haciendas requisadas dentro de la Oprichnina. Inicialmente el número de guardias se fijó en 1 000, número que hace recordar el intento fallido de algunos años atrás de nombrar 1 000 hombres escogidos como guardia especial. Por entonces había planeado, con la ayuda del Consejo Electo, establecerlos en tierras cercanas a Moscú y el plan había tenido que ser abandonado por no disponerse de tierras suficientes. El Consejo Electo nunca hubiera aprobado que se desposeyera a los miembros de la aristocracia boyarda de sus haciendas

patrimoniales, y por entonces Iván no se sentía lo suficientemente fuerte para proceder bajo su responsabilidad con tan poca consideración. Pero tenía muy buena memoria y deseaba profundamente contar con la seguridad que una guardia de corps, compuesta por guardias de su confianza, podría proporcionarle. Sin duda alguna el fracaso de su proyecto en aquella época, en que no le fue posible situar los «mil», no le había hecho desterrar por completo la idea y es probable que los Oprichniki debieran su origen al recuerdo de aquel fracaso

[\[210\]](#).

Iván seleccionó con gran cuidado

estos guardias personales. En muchos casos les entrevistó personalmente, preguntándoles acerca de sus antepasados, amigos y conocidos, para asegurarse de que no estaban ligados de ninguna forma con la rancia aristocracia. Pero la selección estaba también supeditada, al igual que en otros muchos casos, a las veleidades de su carácter. Los guardias eran escogidos principalmente entre la burguesía modesta, entre los «hijos de los boyardos» que eran los descendientes de los boyardos que habían dejado de poseer el rango de tal, y también entre los militares que servían a la nación y que poseían tierras muy distantes de las regiones centrales, en donde la

aristocracia compuesta por príncipes y boyardos ocupaba haciendas desde los tiempos de los principados independientes. Pero el mismo Iván seleccionó algunos de sus Oprichniki entre la misma clase contra la cual lanzaba sus vituperios continuamente. El príncipe Vasili Shuisky, descendiente de Rurik y miembro de la familia que había sido la causa de los terrores de su infancia, fue escogido personalmente por Iván para servir en la Oprichnina, Iván Romanovich, el cuñado de Iván, y posiblemente Boris Godunov, cuya hermana se casaría con el tsarevich Feodor, también fueron seleccionados como Oprichniki

Todos los guardias de corps tenían que jurar personalmente a Iván serle fieles de una forma total. Se comprometían a informar y delatar a los traidores, a no hacer amistades fuera de la Oprichnina, y en cuanto a lealtad se refiriera, poner siempre en primer lugar su fidelidad hacia el zar, por encima de sus padres, familia y país. En compensación los Oprichniki recibían propiedades, que a menudo procedían de confiscación de los anteriores terratenientes, y tenían derecho a una paga y privilegios considerables.

El complejo gubernamental de este modo dispuesto no se limitaba a los Oprichniki. Contaba con sus propios

boyardos y oficiales, cortesanos y ayudantes, así como los servidores de éstos y carpinteros, panaderos y cocineros. Todos ellos fueron escogidos cuidadosamente para evitar introducir en la Oprichnina personas contaminadas por los elementos que Iván consideraba traicioneros.

Algunas calles y suburbios de Moscú, incluyendo el distrito de Arbat y media Nikitskaya y sus suburbios, que se extendían hacia el convento de Novodevichy, se incorporaron también a la Oprichnina y se situaron allí algunos guardias. Al escogerse un suburbio o calle para que entrara a formar parte de la Oprichnina, los habitantes del lugar tenían que marcharse a otra parte, de no



haber sido también seleccionados. En la superficie comprendida entre el Arbat y las calles de Nikitskaya ya fuera del Kremlin, Iván ordenó se construyera un palacio especial, rodeado de una muralla de piedra, que tenía que albergar la corte y el cuartel general de la Oprichnina

[\[212\]](#).

El resto del imperio que quedaba excluido de la Oprichnina, y al que se dio el nombre de Zemschchina

[\[213\]](#), Iván lo confió al mando de los príncipes Iván Belsky e Iván Mstislavsky y a otros boyardos principales. Ordenó que todos los

ministerios del Estado debían continuar funcionando como en el pasado, encargándose de la administración del país. Los ministerios debían informar de los asuntos a los boyardos y éstos estaban autorizados para informar al zar de cualquier asunto de importancia y especialmente sobre asuntos militares.

De esta forma, Iván continuó gobernando como anteriormente, sobre todo el país. Al mismo tiempo, gobernaba su principado u Oprichnina como propietario, a semejanza de un príncipe independiente de otra época. Muchos contemporáneos suyos, especialmente en Polonia y Lituania, creyeron que había dividido su Estado en dos partes, y el propio Iván siempre

tenía que estar negando tales ideas. En realidad, las instituciones paralelas de la Oprichnina y la Zemshchina a menudo trabajaban conjuntamente. Las relaciones con los gobiernos extranjeros continuaban encargadas al Ministerio del Exterior (Posolsky Prikaz), y los ministerios de finanzas tenían que coordinar sus tareas en muchos puntos. De hecho no fue la existencia de la Oprichnina lo que dio la impresión de dividir el imperio durante algún tiempo, sino más bien el trabajo necesario para establecerla y la interrupción de la vida normal del país a ello debida, así como a la preparación del personal.

No se sabe de cierto cuál era la idea de Iván al establecer este complejo

gubernamental. Durante muchos años los historiadores estuvieron de acuerdo en que el propósito principal del zar era desarraigar de las tierras patrimoniales los descendientes de los príncipes independientes y destruir la aristocracia boyarda y principesca que le había producido tantos males en su niñez, la cual continuamente amenazaba con la destrucción del país por sus sediciosas actividades. Sin embargo, la investigación más reciente en cuanto a las circunstancias del establecimiento de la Oprichnina y la adquisición de tierras para el personal de la misma, no van de acuerdo con esta teoría. Más bien parece que el mismo Iván no estaba muy seguro de cuál era su principal

propósito. A menudo obraba caprichosamente al seleccionar los Oprichniki y en la confiscación de haciendas y no parece que siguiera un plan prefijado. Pero su propósito inmediato sí está claro. Este era la creación de un dominio separado que quedara bajo su control directo y personal, donde poder sentirse seguro

[\[214\]](#).

# Capítulo dieciocho: El terror continúa, 1565-1572

Dos días después de su regreso a Moscú Iván puso en práctica la condición que había expresado en Alexandrovsk, de que podría libremente castigar sin ninguna clase de impedimentos, reproches ni intercesiones a todos aquellos que él considerara traidores.

La primera víctima fue el príncipe Alexander Gorbaty-Shuisky, descendiente de un antiguo linaje y que

se había distinguido en muchas campañas. Fue acusado de complicidad con Kurbsky y de conspirar para matar al zar, la zarina y sus hijos y se le condenó a morir junto con su hijo de diecisiete años. Padre e hijo caminaron con las manos unidas, sin demostrar miedo alguno, hasta el lugar de la ejecución. El hijo se adelantó, ya que no quería ver a su padre decapitado, y se arrodilló junto a la piedra, pero el padre le apartó diciendo: «No puedo verte morir.» Y el hijo tuvo que contemplar cómo el verdugo blandía la pesada espada. Después levantó la cabeza de su padre del suelo y besó sus labios. Despacio se arrodilló en el lugar que había ocupado su padre y su cabeza fue

separada de un tajo

[\[215\]](#).

El mismo día fueron ejecutados también otras cuatro personas de gran relieve en el país. Al príncipe Dmitri Shevyrev se le quitó la vida aplicándole la terrible tortura de ser empalado sobre una estaca con el extremo en punta y engrasada, que por el mismo peso del cuerpo del torturado iba penetrando despacio subiendo por el cuerpo y atravesando los intestinos en dirección al corazón. Antes de morir pasó todo un día de agonía

[\[216\]](#). A los príncipes Iván Kurakin y Dmitri Nemoi se les hizo retirar a un



monasterio lejano y convertirse en mojes. También un pariente cercano de la zarina Anastasia, el boyardo Iván Yakovlev, cayó en desgracia ante el zar, pero recibió un trato más benigno por comprometerse por escrito, con el respaldo de las firmas de los obispos, a no huir a Lituania ni a la sede papal ni acudir al emperador ni al sultán. También se comprometía a no unir sus fuerzas ni ponerse de parte del príncipe Vladimir Andreevich, puntualización que es más bien sorprendente.

Otra de las disposiciones inesperadas de Iván se refería al famoso jefe militar, el príncipe Mikhail Vorotynsky, que había sido exiliado a Beloozero, lugar en donde vivió algunos

años recibiendo una pensión regularmente, así como alimentos y otros artículos superfluos. Iván le llamó de nuevo a su lado y le encargó servir en el Consejo Boyardo, al tiempo que le hacía gobernador de Kazan. Pero al igual que algunos otros boyardos se le hizo comprometer por escrito a no huir del país y se le exigieron garantías.

En este momento, sin embargo, lo que preocupaba a Iván y ocupaba su tiempo era la selección de sus guardias especiales, los Oprichniki. En principio pensó en un cuerpo de 1 000 hombres, pero finalmente se decidió por escoger 6 000 guardias. Para estos hombres se diseñó un uniforme especial que era siniestro y que muy pronto iba a ser

motivo de terror para el pueblo. Los Oprichniki vestían un uniforme negro y montaban un caballo también negro. En la silla de montar llevaban un emblema que representaba la cabeza de un perro y una escoba. El significado de este símbolo era que los guardias perseguían a los traidores y los barrían del país.

Los Oprichniki eran una tropa privilegiada. Nadie podía hacer prevalecer derechos ni privilegios ante ellos. Los habitantes de la Zemshchina pronto aprendieron a detestarles y se referían a ellos en sus conversaciones como los «intrusos» (Kromeshchiki) porque la ley no valía para ellos. Pero Iván no se sentía preocupado por el odio y el miedo que sus guardias infundían en

la gente, ya que consideraba que el sentir popular era una garantía para hacerles depender del zar y de su lealtad hacia el mismo. Estaba tan obsesionado por su seguridad personal que simulaba no ver las perniciosas actividades de sus guardias, una de cuyas especialidades consistía en robar lo que querían de los comerciantes y de toda la gente de la ciudad.

Estos guardias habían sido elegidos entre las clases más bajas de la burguesía al servicio de la nación, y el repentino cambio de posición, que incluía riquezas y privilegios, les hizo tomar ínfulas. Muchos gastaban cantidades importantes en lujos y vicios, y como la ley no podía nada contra

ellos, tenían amplio margen para su libertinaje. Al mismo tiempo, como estaban en constante servicio, no tenían tiempo para dedicarse a sus haciendas y les faltaba también el incentivo necesario para hacerlas prosperar, al igual que la oportunidad de darse cuenta de que podía echar raíces en aquella tierra tan reciente en sus manos. Y como consecuencia de esta forma de proceder y pensar, su único interés consistía en sacar de la tierra todo el dinero que fuera posible, con lo que muy pronto tuvieron que cargar sus placeres sobre los campesinos, exigiéndoles nuevos impuestos y nuevas cargas. Desesperados, los campesinos comenzaron a huir rechazando tales

imposiciones y pueblos completos quedaron desiertos y en todas partes la tierra daba menos de lo que podía debido a las pocas manos que había para cuidarla.

Iván parece que vivía aislado de estos problemas, sin ocuparse de ellos. En aquel momento se preocupaba de la expansión y seguridad del imperio y de su propia seguridad. Aunque su nuevo palacio que había sido construido fuera del Kremlin, era como una fortaleza, rodeado de una muralla de piedra, no se sentía a gusto en Moscú. La ciudad le era antipática y pasaba cada vez más tiempo con su familia y todos los de la Oprichnina, en Alexandrovsk. En medio de los espesos bosques se había hecho

construir una ciudad fortificada que era inexpugnable. Sus oficiales y sus guardias ocupaban cuarteles especiales y nadie osaba salir de allí sin su permiso especial. Además, los caminos que conducían a Alexandrovsk estaban muy vigilados durante dos millas a partir de la ciudad amurallada, y nadie podía entrar ni salir de la misma sin su permiso.

Dentro de este refugio la vida de Iván transcurría en medio de grandes plegarias y también grandes diversiones. Se levantaba a las 4 de la mañana junto con sus hijos y Malyuta Skuratov para acudir a los oficios matutinos. El personalmente había escogido 300 Oprichniki que formaban la

«hermandad», y cada uno de los que formaban parte de la misma tenía un papel dentro de un imaginario monasterio, y entre todos formaban una parodia de la vida monástica, sobre la cual el zar presidía en su papel de abad. Los 300 «hermanos» atendían los oficios matutinos y el que faltaba un día iba a la prisión ocho días. Durante estas sesiones Iván oraba con toda devoción y estos servicios duraban dos o tres horas. Su postración era tal que algunas veces su frente quedaba marcada y herida por los repetidos golpes contra el suelo.

A las 10 los «hermanos» comían en el refectorio y cada día tenía lugar un banquete en el cual el vino y los licores eran abundantes Y se consumían grandes



cantidades de alimentos costosos. Pero Iván no comía con ellos. De pie sobre la plataforma, leía los libros sagrados mientras sus compañeros se divertían comiendo y bebiendo. Más tarde, mientras él comía, disfrutaba hablando de las leyes de la ortodoxia y se complacía en las intrincadas formas de las discusiones teológicas. Algunas veces después de comer visitaba las cámaras de tortura y contemplaba los interrogatorios de los desgraciados que habían sido arrestados por los Oprichniki acusados de ser sospechosos. A las 8 atendía los servicios vespertinos y a las 10 se retiraba a su dormitorio, donde se turnaban varios hombres ciegos para

contarle historias hasta que se disponía a dormir. Pero no dormía mucho rato, ya que a media noche se levantaba de nuevo para volver a atender otro servicio religioso.

Mientras se hallaba en su capilla Iván recibía informes y daba instrucciones. Los boyardos sobre los cuales recaía la responsabilidad del imperio, o sea la Zemshchina, no se atrevían a tomar decisiones por sí mismos y constantemente consultaban con el zar. Cuando llegaba a Moscú un embajador importante, Iván le recibía en su palacio del Kremlin escoltado y rodeado de la magnificencia de su corte y atendido por los Oprichniki, que en tales ocasiones llevaban vestiduras de

oro. De cuando en cuando Iván abandonaba Alexandrovsk para visitar algunos monasterios, examinar las fortificaciones fronterizas o cazar animales salvajes, especialmente osos en los bosques.

En Alexandrovsk Iván adoptó algunos nuevos favoritos cuya presencia disgustaba a los Oprichniki y horrorizaba a los curas ortodoxos. Estos favoritos eran alemanes luteranos. En junio de 1565 había hecho abandonar la ciudad de Dorpat a todos sus habitantes, por haberse enterado de que estaban en comunicación con su antiguo señor, y los había hecho establecer con sus familias al este de Moscú. Sin embargo, les demostró una consideración especial, ya

que hasta permitió que conservaran su pastor luterano, de nombre Wetterman, que viajaba de un lugar a otro y de ciudad en ciudad para cuidar de su rebaño.

A Iván le complacía la compañía de este pastor, que le respetaba y consideraba un hombre inteligente y cuidador de su pueblo, y le encargó el trabajo de arreglar su biblioteca. También tomó otros cuatro alemanes luteranos a su servicio, y permitió que se construyera y consagrara una iglesia luterana en Moscú. También se dio el caso de que impusiera al metropolitano una multa cuantiosa por haberse atrevido a ofender a uno de los luteranos. Puede ser que Iván encontrara placer en

humillar al clero ortodoxo y que ello le proporcionara una perversa satisfacción, pero por otra parte también es digno de atención el hecho de que en aquellos tiempos de gran fanatismo, él era tolerante y culto, y sin duda alguna le complacía la compañía del pastor y de los otros luteranos.

En aquella época nadie se atrevía a quejarse ni a reclamar al zar por temor al castigo y quizá por temor a que éste les abandonara de nuevo. Los boyardos tuvieron que ver cómo los Oprichniki se apoderaban de sus haciendas, mientras ellos se marchaban en busca de otras tierras. Hombres prominentes eran ejecutados. Los Oprichniki robaban y trataban mal a la gente, pero el zar no

hacía nada para impedirlo. Es decir, algo hizo, aceptó dentro de la Oprichnina a la familia Stroganov, a varios mercaderes ingleses y algunos monasterios para protegerlos de los saqueos de los Oprichniki, demostrando con ello que no tenía ninguna intención de poner freno a los desmanes de sus guardias.

En realidad el mismo Iván instigaba a sus guardias a este comportamiento desenfrenado. Una noche del mes de julio de 1568 algunos de sus favoritos, entre los cuales se contaba el príncipe Afanasy Vyazemsky, Malyuta Skuratov y Vasili Gryaznoi, con un destacamento de guardias penetraron en las casas de varios eminentes

servidores oficiales y comerciantes de los que se sabía tenían esposas muy hermosas. Se llevaron a la fuerza a estas mujeres y, más tarde, ya durante la noche, Iván acompañado de una gran escolta se reunió con ellos y sus favoritos le mostraron su botín. Iván escogió varias mujeres para él y dejó las demás en las manos de sus raptos. Después cabalgó con sus guardias por las afueras de Moscú incendiando las casas de los boyardos y príncipes que habían caído en desgracia y soltando a su ganado. Regresó después a Moscú y ordenó que las mujeres que habían sido arrebatadas a la fuerza de sus hogares fueran devueltas a sus casas.

El metropolitano era la única

persona a la que los que habían quedado fuera de la Oprichnina volvían la mirada en silencio esperando que actuara de alguna forma. Este representaba el segundo poder en la nación y su deber era ayudar al débil y a los que sufrían. Pero el metropolitano Afanasy era un hombre viejo y en 1566 su mala salud le obligó a retirarse de su cargo. De la elección de un nuevo metropolitano se cuidaban los arzobispos y obispos, que se reunían especialmente para ello, y posteriormente sometían su decisión al zar, que la aceptaba, pero en esta ocasión Iván tomó las cosas en sus manos, deseando encontrar un hombre capaz y devoto. Escogió primero a Germán, arzobispo de Kazan. Pero al



conversar con él, antes de que tuviera lugar la reunión de los clérigos para formalizar la elección del zar, Iván se dio cuenta de que Germán hablaba en los tonos amenazadores de un profeta del viejo testamento. Más tarde repitió su conversación con el arzobispo a su favorito Alexei Basmanov, y pidió su opinión. «Creo, Señor, que Germán quiere convertirse en un nuevo Sylvester...»

[\[217\]](#), fue la respuesta de Basmanov.

En seguida Iván comenzó la búsqueda de otro candidato y por fin encontró al hombre que quería en Felipe, el abad del monasterio de Solovetsky. Era el hijo del boyardo

Kolyshov y se había hecho monje muy joven. Se había hecho pronto famoso por su habilidad, energía y piedad, y era conocido hasta más allá de las heladas islas del mar Blanco. Siendo abad del monasterio de Solovetsky transformó la vida de los monjes, cuya fe les exponía a todos los rigores del invierno ártico. Tenían ahora rebaños de renos y ganado, habían construido caminos y organizado la pesca para que los monjes se alimentaran convenientemente, y tuvieran ocupaciones útiles y al mismo tiempo saludables.

Iván se enteró de la forma de obrar de Felipe muchos años antes. Había regalado al monasterio oro, perlas y ricas vestiduras, así como tierras y

también de otras formas había ayudado al abad a mejorar la isla y el monasterio, que era lugar de gran veneración porque allí se guardaban las reliquias de Savvatyi y Zosima, los dos santos más venerados de la Iglesia ortodoxa rusa.

Al escoger a Felipe para ocupar el cargo de metropolitano, idea que por lo visto no se le había ocurrido a nadie más, Iván obraba como zar devoto y responsable de sus obligaciones, que deseaba dar a la Iglesia una cabeza visible digna. Pero también en este caso había de surgir controversia dentro de Iván. Sin duda alguna debía de saber que el odiado Sylvester se había retirado finalmente al monasterio de Solovetsky,

donde Felipe le había atendido con amor durante sus últimos años. Estos antecedentes sin duda debían de suscitar sospechas y hostilidad en la mente de Iván.

Felipe fue llamado a Moscú y quedó muy sorprendido al enterarse de que se le iba a ascender al metropolitanato. Con lágrimas en los ojos imploró que le dejaran regresar a su monasterio del Ártico, pero Iván fue inflexible. Entonces Felipe accedió a ocupar el puesto que le estaba destinado con la condición de que el zar aboliera la Oprichnina. «¡Que haya una sola Rusia! -rogó al zar-, porque todos los imperios divididos se convierten en ruinas, según la palabra del

Todopoderoso. No puedo darte mi bendición sincera mientras contemplo la tristeza de mi patria!»

[\[218\]](#)

Iván se negó a tener en cuenta estas condiciones e hizo callar al abad, insistiendo en que aceptara de todas formas el cargo. Los arzobispos y obispos consiguieron vencer la obstinación de Felipe indicándole que su deber no consistía en oponerse a la voluntad del zar sino en calmar su furor y su ira en todo lo posible. Felipe llegó hasta a firmar un papel en el que constaba que había dado su palabra a los arzobispos y obispos de no interferirse en la Oprichnina y que no dejaría su cargo bajo pretexto de que el

zar rechazaba sus consejos y peticiones y le prohibía meterse en los asuntos civiles

[\[219\]](#).

Felipe fue consagrado metropolitano y en su primer sermón, que fue hecho en presencia del zar, habló con toda seriedad sobre los deberes de los gobernantes, que debían ser como padres para su pueblo y los mantenedores de la justicia. Se refirió a los aduladores que se amparaban bajo la sombra del trono, y que algunas veces impedían a los gobernantes obrar bien de la forma que convenía al país. Iván le escuchó en silencio y parece ser que sus palabras le afectaron. Continuó

portándose con Felipe con amabilidad y consideración, pero esta forma de obrar no iba a durar mucho.

En 1567 tuvo lugar otra nueva tanda de ejecuciones. El rey Segismundo Augusto había enviado como correo a Iván a un tal Kozlov, que había nacido en Moscú pero se había casado y establecido posteriormente en Lituania. Al regresar de su misión Kozlov informó al rey que había podido persuadir a muchos hombres importantes moscovitas para que abandonaran al zar. De nuevo fue mandado a Moscú, pero esta vez llevaba mensajes del rey y del jefe del ejército, Khodkevich, para los príncipes Belsky, Mstislavsky, Vorotynsky y para el palafrenero mayor

el boyardo Iván Chelyadin, invitándoles a jurar vasallaje a Lituania. Estos mensajes fueron interceptados e Iván mandó escritos indignados y llenos de reproches por mano de Kozlov, al rey y al caudillo lituano

[\[220\]](#).

Belsky, Mstislavsky y Vorotynsky consiguieron eludir caer en desgracia y ser castigados, pero Chelyadin, aunque era ya un anciano fue ejecutado junto con su esposa

[\[221\]](#).

Entre los otros que fueron ejecutados se contaban tres príncipes de Rostov, que habían proyectado huir a



Lituania cuando la enfermedad del zar en 1553, y también los príncipes Peter Shcenyatev y Turuntai-Pronsky, que habían apoyado totalmente la sucesión al trono del príncipe Vladimir Andreevich. Iván no había olvidado estos hechos y una vez despertada su desconfianza era difícil de vencerla.

Durante estos años el príncipe Vladimir Andreevich había vivido tranquilamente y sin sufrir molestia alguna por parte de Iván, desde que había sido propuesto para suceder a Iván en el trono. En el año 1553 y también al siguiente tuvo que jurar solemnemente servir al tsarevich que sucediera a Iván. También tuvo que comprometerse a observar unas

condiciones estrictas que le fueron impuestas y cuya intención era frustrar cualquier intentona para elevarle a la cabeza del imperio. Iván le trataba con amabilidad y hasta con afecto y le regaló un palacio espléndido en el Kremlin. Pero por debajo de todas estas demostraciones de buena voluntad se escondía una profunda desconfianza hacia su primo. Iván no podía olvidar por un momento que el padre del príncipe Vladimir, el príncipe Andrei Staritsky, le había jurado fidelidad a él y a su madre como regente y que cuatro años después había planeado apoderarse del trono por la fuerza, utilizando Novgorod como base de operaciones. Y el hijo probablemente intentaría repetir

la hazaña del padre. Iván le rodeó de espías y le tenía bien vigilado.

En el año 1563, Savluk Ivánov, que era secretario al servicio del príncipe Vladimir, envió un informe a Moscú en el que decía que la princesa Efrosinia y su hijo estaban causando gran daño al zar. Era una acusación vaga, de la clase que a menudo son inspiradas por la malicia, pero que siempre son tomadas en serio. Savluk fue llamado al Kremlin y después de escuchar lo que éste tenía que decir afeitó la cabeza a Efrosinia convirtiéndola en monja. Con Vladimir, el zar se portó con más generosidad, limitándose a sustituir por otros todos los boyardos y funcionarios de categoría a su servicio. Pero tres años después

Iván le hizo salir de sus tierras ancestrales, quedándose las para sí mismo, y le cedió a cambio unas haciendas equivalentes a las tomadas, en Dmitrov y Zvenigorod. Este era el mismo sistema que siguieron tanto el padre como el abuelo de Iván para neutralizar la lealtad que la gente sentía hacia la familia que les había gobernado desde generaciones, a semejanza del cambio de ayudantes del príncipe que hacía ya tiempo estaban a su servicio.

Las sospechas de Iván, que no dormían por completo, fueron de nuevo despertadas en 1568 por unos rumores respecto a que el príncipe Vladimir planeaba huir a Lituania. También se cuenta la historia de que el príncipe

había sido colocado por Iván al mando de las tropas situadas en Nizhny-Novgorod, pero que éste se alarmó al darse cuenta de la aclamación popular que, le recibió allí. Por miedo a que el príncipe pudiera levantar una revuelta popular le llamó de nuevo a Alexandrovsk. Han sobrevivido muchos relatos respecto a la muerte del príncipe Vladimir y de su familia, pero lo único cierto es que murió en enero de 1569

[\[222\]](#).

Preocupados ante estas ejecuciones y por la opresión cada vez mayor que sobre el pueblo ejercían los Oprichniki, los boyardos y comerciantes continuaban dirigiendo los ojos hacia el

metropolitano Felipe en demanda de ayuda y consuelo. Felipe había sido siempre un hombre de acción y no podía dejar de acudir en su ayuda y protegerles. Pero ya por entonces las sospechas de Iván habían alcanzado a Felipe también, y creía que hacía causa común con los boyardos e intentaba destruir la Oprichnina.

Finalmente, el encuentro entre estos dos hombres de temperamentos fuertes y dominantes tuvo lugar en el ambiente fúnebre de la catedral Uspensky. Iván entró acompañado de sus guardias mientras Felipe estaba de pie delante del iconostasis, un gran biombo de oro que relucía con los enjoyados iconos, y que separaba el sagrario del resto de la

catedral. Iván se dirigió hacia él y esperó de pie a que le diera su bendición. Felipe continuó mirando fijamente un icono y no dijo palabra. Por fin unos boyardos le dijeron: «¡Santo Padre, el soberano está aquí, bendícele!»

[223]

Felipe se negó a hacerlo y comenzó a reñir a Iván diciéndole:



«¡Aun en los reinos más paganos y bárbaros hay ley y justicia, y compasión por el pueblo..., pero en Rusia no! ¡Los bienes y vidas de nuestros ciudadanos no tienen protección alguna! ¡En todas

partes se saquea y se asesina... y estas maldades se hacen en nombre del zar!»

Continuó con sus reproches durante algunos minutos mientras Iván temblaba de ira. De repente dio un golpe en el suelo con su báculo.

«{Calla, que hablo yo! [Calla, Santo Padre! -le dijo gritando-. Calla y bendíceme.»

«Mi silencio recaerá como un pecado sobre tu alma y traerá consigo la muerte», le respondió Felipe.

«Los más cercanos a mí se levantan en contra mía y quieren perjudicarme, pero tú, ¿por qué ha de importarte a ti lo que yo haga con mi autoridad imperial?», le preguntó el zar.

«Yo soy el pastor del rebaño de



Cristo», dijo Felipe.

«Felipe. No intentes coartar mi poder porque desencadenarás mi furor sobre tu cabeza -replicó Iván, y añadió:- Es mejor que abandones el metropolitanato.»

A lo que Felipe contestó: «Yo no pedía este cargo, ni por medio de terceras personas ni tampoco con sobornos. ¿Por qué me hiciste salir de mi desierto?»

[\[224\]](#)

Iván salió hecho una furia de la catedral, pensando ya en la forma de librarse de este rebelde eclesiástico. Su primera medida fue enviar dos curas juntamente con el príncipe Vasili Temkin, al cual tenía plena confianza, al

monasterio de Solovetsky para recoger todas las pruebas que les fuera posible en contra de Felipe. Los monjes hablaron con reverencia de su antiguo abad, pero pudieron encontrar algunas pruebas perjudiciales, o las inventaron, y el nuevo abad, Paisy, rival de Felipe, que confiaba sucederle en el metropolitanado, se ofreció a actuar de testigo.

Tan pronto como llegaron del norte las pruebas que hacían posible la acusación, se hizo comparecer al metropolitano ante una asamblea de clérigos y boyardos, presidida por Iván. Pero Felipe negó airadamente los cargos y las pruebas que se presentaron en contra suya, y nuevamente increpó

públicamente al zar

[225]. Por último se marchó del juicio sin escuchar el veredicto.

El 8 de noviembre de 1568, mientras Felipe estaba celebrando un servicio especial en honor de San Miguel Arcángel, en la catedral Uspensky, entró el boyardo Alexei Basmanov acompañado de un grupo de Oprichniki vestidos con sus uniformes negros.

Todos los presentes quedaron helados de terror contemplando cómo Basmanov ordenaba que se leyera en alta voz un documento que llevaba y en el que se declaraba que la sentencia de un tribunal eclesiástico, que se había

reunido especialmente, dictaba que Felipe debía abandonar el metrópoli tañado. Los Oprichniki le quitaron sus ricas vestiduras delante de todos los presentes y las sustituyeron por las ropas blancas de monje. Después se lo llevaron al cercano monasterio de Bogoyavlensky. Al día siguiente le hicieron presentar ante el tribunal que presidía Iván para que escuchara la sentencia; había sido considerado culpable de muchas acusaciones, incluyendo brujería, y se le condenaba a prisión perpetua.

Inmediatamente se nombró a otro metropolitano, recayendo el nombramiento en un archimandrita del monasterio de Troitsa, cuyo nombre era

Kirill, hombre santo pero dócil.

Por algún tiempo Felipe se quedó en el monasterio de Nikolaevsky situado a la orilla del río Moskva, pero como la gente se reunía allí formando multitudes en espera de poderle contemplar, Iván temió que se convirtiera en un mártir popular y le hizo trasladar a un monasterio cercano a Tver. Y allí, Malyuta Skuratov, el favorito de más confianza de Iván, le estranguló en su celda un año más tarde (diciembre 1569)

[\[226\]](#).

Hacia tiempo que Iván tenía los ojos fijos en Novgorod con creciente desconfianza. Hubo una época en que la

ciudad de Novgorod era conocida como Novgorod la Grande y sus habitantes se sentían orgullosos de su independencia y de la prosperidad que les proporcionaba su comercio con Occidente y miraban hacia Moscú con condescendencia. El poder de Moscú había aumentado, pero los habitantes de Novgorod se las arreglaron para rechazar todos los intentos de los moscovitas y lituanos para anexionarse la ciudad. Pero el abuelo de Iván III, que se vio ante el peligro de que Novgorod pasara a Lituania, había conquistado la ciudad en 1471 y la había anexionado a Rusia. Además, también trasladó a las familias principales de la ciudad a otras partes de Moscovia, sustituyéndolas por

vasallos de confianza procedentes de la región central. De todas formas, los habitantes de Novgorod continuaban fomentando la misma tradición de independencia de viejos tiempos y las facciones antimoscovitas, que hubo una época en que fueron muy fuertes, no habían desaparecido completamente.

Iván siempre había sentido desconfianza hacia Novgorod. Cuando el príncipe Andrei Staritsky, padre del príncipe Vladimir, proyectó una revuelta armada en 1537, había pedido ayuda a Novgorod y aunque la ciudad no le había ayudado se habían ejecutado treinta ciudadanos acusados de complicidad en la confabulación. En 1545, de nuevo una banda de hombres

armados procedentes de Novgorod le habían salido al paso cerca de Kolomna amenazándole. En realidad se trataba de hombres que iban a verle en son de paz para pedirle su ayuda, pero Iván no lo creyó. Para él, la ciudad era cuna de traición y desafío y en su ánimo lleno de negra' desconfianza, cuando se daba cuenta de que el imperio estaba lleno de conspiraciones y revueltas, estaba dispuesto a creer cualquier acusación que se hiciera contra la antigua ciudad independiente.

En verano de 1569 un hombre procedente de Volinia, cuyo nombre era Peter, dijo en Alexandrovsk que gentes de Novgorod estaban dispuestos a marcharse en bloque a Lituania. Dijo



también que habían escondido detrás del icono de la Madre de Dios en la catedral de Santa Sofía un documento firmado por el arzobispo de Novgorod, Pimen, y por los ciudadanos más importantes. En este papel, seguramente dirigido al rey Segismundo Augusto, expresaban su decisión y deseo de traspasar su vasallaje a su persona.

Inmediatamente Iván envió a Novgorod a Peter, con la escolta de un funcionario de confianza para que buscaran el documento acusador, el cual encontraron, como les habían dicho, detrás del icono de la catedral, y las firmas parecían auténticas. Se dijo por entonces que Peter no era más que un bribón al que habían castigado en

Novgorod y que quería vengarse. Que había escrito el papel él mismo y que era hombre muy hábil para imitar las firmas. Sin embargo, Iván creyó que el papel era verdadero ya que concordaba exactamente con sus sospechas, sobre la maldad de los habitantes de Novgorod y de la traicionera política de Segismundo Augusto para atraerse los vasallos del zar a su país.

Iván tomó la resolución de destruir Novgorod. No solamente iba a castigarles sino que virtualmente exterminaría aquel centro de traición. En diciembre de 1569 se puso en camino hacia Klin, ciudad situada en la frontera de la región del norte de Moscú. A todo lo largo del viaje desde Klin a

Novgorod las tropas del zar saquearon y destruyeron todos los pueblos y ciudades.

Los guardias de avanzadilla llegaron a Novgorod el 2 de enero de 1570. Novgorod era una ciudad casi tan inmensa como Moscú y conservaba muchos vestigios de su pasado esplendor. El río Volkhov dividía la ciudad, dejando el distrito de los mercaderes al este y el Sofiiskaya al oeste. Esta parte de la ciudad se llamaba así por la grandiosa catedral existente, y ambas partes de la ciudad estaban unidas por un puente de madera. La parte occidental de la ciudad estaba dominada por el Kremlin de piedra, a cuyo alrededor había un foso, e incluía

la catedral. Toda la ciudad quedaba rodeada por una rampa de tierra reforzada con muros de madera y torres de piedras.

Cuando las avanzadillas del zar llegaron a la ciudad, lo primero que hicieron fue formar un cordón alrededor de la misma para asegurarse de que nadie escapara. A continuación se enviaron destacamentos a los monasterios situados al exterior de la ciudad y se sellaron los cofres conteniendo el tesoro de cada monasterio. Entre abades y monjes sumaron 500 los que quedaron bajo arresto de la guardia esperando la llegada del zar. Los curas y diáconos aprehendidos en la ciudad fueron

tratados como si fueran deudores insolventes y se les apaleaba toda la noche si no pagaban veinte rublos por cada uno de ellos. Se sellaron todos los almacenes pertenecientes a los ciudadanos prósperos, y tanto los mercaderes como los funcionarios y comerciantes quedaron custodiados por la guardia, que les vigilaba estrechamente.

Acompañado por el tsarevich Iván, el zar llegó al sector comercial de la ciudad, el 6 de enero, con una escolta de 1 500 guardias. Al día siguiente comenzó la matanza. Sin previo juicio ni interrogatorios mataron a los monjes y abades con bastones y sus cuerpos fueron arrastrados hasta los monasterios

para ser enterrados.

El día siguiente era domingo. Iván fue hasta la catedral de Santa Sofía y al llegar al puente del Volkhov el arzobispo Pimen le salió al encuentro, siguiendo la costumbre, y se adelantó para bendecirle con la cruz. Pero Iván se apartó y le dijo en tono colérico:



«¡Hombre sacrílego, lo que tienes en tus manos no es la Cruz que da la vida, sino un arma con la que deseas atravesarme el corazón! ¡Tú y los conspiradores de tus mismas ideas, los

ciudadanos de Novgorod, estáis dispuestos a hacerme traición, cediendo mi Patrimonio, esta gran ciudad, a una dinastía extranjera... En adelante no serás ni pastor ni maestro, sino un lobo, un ente destructor, un ladrón traidor a mi púrpura imperial y una vergüenza para mi corona!»

[\[227\]](#)

A pesar de su colérico discurso Iván ordenó a Pimen que siguiera hasta la catedral para celebrar el servicio, al cual atendió. Seguidamente Iván fue a comer al palacio del arzobispo, siempre escoltado muy de cerca por sus guardias. Se sentó, y fue atendido con todo el ceremonial pomposo de la corte moscovita, y comenzó a comer, y de

repente dio un terrible grito. Esta era la señal para los jefes de su guardia para comenzar su tarea. Se apoderaron de Pimen y de todos los novgoroditas que se hallaban en el palacio y los mantuvieron en estrecho arresto. Los guardias se apoderaron de las ricas vestiduras y del oro que pudieron encontrar en el palacio y en la catedral, así como en las iglesias y monasterios dentro de la ciudad.

Seguidamente Iván y el príncipe heredero fueron en procesión hasta su cuartel general, situado en el lado occidental de la ciudad, y establecieron su tribuna. Allí eran conducidos los novgoroditas para ser interrogados. Los interrogatorios se llevaron a cabo en



medio de terribles torturas, parecidas a las infligidas por la Inquisición en España, en la misma época. Quemaban la carne de las víctimas por medio de unos fuegos y cacerolas especiales, carne en la que habían sido puestos al descubierto los huesos de las víctimas. Con pinzas, unas veces al rojo vivo y otras en frío, sacaban las costillas del pecho de los hombres. Se introducían clavos en los huesos y se alzaban con agujas las uñas de los pies y las manos. Algunos los empalaban en estacas y morían en medio de terribles sufrimientos, y otros iban consumiéndose despacio hasta que alguien les daba el golpe de gracia.

Durante estas semanas toda la

ciudad resonaba con los terribles gritos y llantos de los hombres y mujeres que estaban siendo interrogados. Una vez torturados, tanto si los acusados eran considerados o no culpables, se les ataba con los brazos y las piernas a la altura del cuello y se les arrastraba con trineos hasta el río. Se les llevaba hasta el puente de esta forma y allí los echaba al agua, que en aquel lugar no se helaba. Mujeres y niños, atados juntos, sufrían la misma suerte. Los niños pequeños se sujetaban a la espalda de sus madres y ambos eran echados a las heladas aguas del río. Para asegurarse de que nadie sobreviviera patrullaban por el río guardias en pequeños botes armados con ganchos y lanzas para matar y empujar al

fondo a los que todavía flotaban.

Esta masacre continuó durante cinco semanas. La nieve y el hielo del puente y junto a las orillas del río estaba cubierta de manchas de sangre. El río rebosaba de cuerpos retorcidos y en la ciudad reinaba el terrible silencio del miedo, solamente interrumpido por los gritos de los guardias y los chillidos de los hombres, mujeres y niños.

El tribunal acabó su trabajo y el zar dio una vuelta alrededor de la ciudad enviando a sus hombres a saquear y destruir los monasterios y las casas, y a matar todo ganado que encontraran. De vuelta a la ciudad ordenó continuar allí la destrucción. Los habitantes de Novgorod que se habían salvado de los

horrores de la tortura y la muerte, contemplaban en silencio como sus casas eran destruidas.

En la mañana del 13 de febrero, Iván ordenó que se presentaran ante él los mejores de entre los hombres que habían sobrevivido en cada calle de la ciudad. Llegaron éstos, creyendo que les aguardaba la terrible perspectiva de una muerte lenta y muchos se quedaron sin voz al pensar que tenían que enfrentarse al temido zar. Pero Iván les habló con amabilidad; les dijo:

«Vosotros, ciudadanos de la gran Novgorod, conservaréis la vida. Rogad al Señor y a su sagrada Madre y a todos los santos de nuestro bendito reino imperial para que Dios os conceda la

victoria sobre nuestros enemigos, presentes y futuros. Dios se encargará de juzgar al arzobispo Pimen y a sus malvados consejeros y cómplices que os han traicionado a vosotros y a mi. Tendrán que rendir cuentas de esta sangre que ha sido vertida. No debéis apesadumbraros por lo ocurrido. Vivid honradamente en Novgorod. En mi lugar os dejo como gobernador a mi boyardo y general Peter Dafnilovich Pronsky.»

[\[228\]](#)



Los sobrevivientes de Novgorod

estaban demasiado asombrados Para darse verdadera cuenta de que la pesadilla del terror había terminado. Unos 60 000 de sus conciudadanos habían muerto, entre hombres, mujeres y niños. Pasaron varios meses antes de que empezara a desaparecer el terror causado por la masacre. Se tardaron seis meses en limpiar el río de cuerpos, miembros, cabezas y troncos que no se podían identificar. Mientras tanto llegó la primavera y luego el verano, trayendo la peste y enfermedades, y como n hubo cosechas ni dinero para comprar alimentos, el hambre hizo adelgazar hasta a los pocos sobrevivientes. Desde los tiempos de los mogoles y de los tártaros, no se había producido una

matanza tan horrenda.

Al abandonar Novgorod Iván se dirigió a Pskov. Había hecho mandar a Alexandrovsk bajo custodia al arzobispo y a sus colaboradores más íntimos para que más tarde fueran procesados. Su intención era eliminar de Pskov la traición, pero de una forma definitiva. Las gentes de Pskov se habían enterado de los horrores que habían tenido lugar en Novgorod y estaban seguros de que les aguardaba el mismo destino, que ya avanzaba hacia ellos. Pero, guiados por su gobernador, el príncipe Yuri Tokmakov, y un ermitaño fanático, cuyo nombre era Nikota, forjaron sus planes de defensa. El sábado por la noche, que Iván pasó

en un monasterio cercano, toda la población se reunió en las iglesias a medianoche. Oraron y cantaron con fervor como si estuviera cercano el día del juicio final, y se dice que el tañido de las campanas y los cantos apaciguaron el corazón del zar

[\[229\]](#).

Al entrar a la mañana siguiente en la ciudad, el zar quedó sorprendido al ver que todos sus habitantes se encontraban de pie delante de sus casas, esperándole. Se inclinaban ante él a su paso y le ofrecían pan y sal, que es la costumbre rusa en demostración de amistad y hospitalidad. Conmovido por estas demostraciones de lealtad, las



sospechas de Iván se debilitaron. Ordenó que no se matara a nadie y limitó las actividades de sus guardias permitiéndoles solamente apoderarse de los iconos, las vestiduras y las campanas de los monasterios. Después de una cortísima estancia en Pskov, volvió a Moscú.

Pero Iván todavía no se sentía satisfecho. Tenía la impresión de que Pimen tenía colaboradores fuera de Novgorod envueltos también en la conspiración para transferir la ciudad, juntamente con Pskov, a Lituania. Hizo ir a Pimen, que se encontraba en Alexandrovsk, a la capital, y las investigaciones que se llevaron a cabo dieron unos resultados sorprendentes.

Las acusaciones de complicidad en esta conspiración envolvían a los hombres que se hallaban más próximos a Iván, aquellos que él mismo había escogido para mandar a sus Oprichniki y que eran los principales encargados de eliminar de su reino la traición. Eran Alexeis Basmanov y su hijo Feodor, el tesorero del zar, Funikov, su canciller Iván Viskovaty y el príncipe Afanasy Vyazemsky. Este último era la única persona de quien Iván aceptaba tomar las medicinas prescritas, cuando se hallaba enfermo. Y todos estos satélites de confianza estaban complicados de una forma directa en la confabulación. En total se acusó a unos 300 hombres, y una acusación por entonces equivalía a

sentencia de culpabilidad.

El 21 de julio de 1570 se llevaron a cabo en Moscú unos tétricos preparativos que dejaron a los habitantes helados de espanto. Parecía que el zar estuviera planeando infligirles el mismo destino que a los de Novgorod. Se montaron dieciocho patíbulos y alrededor de éstos se dispusieron numerosos instrumentos de tortura. Se encendió un gran fuego sobre el que se suspendió un enorme caldero lleno de agua. La gente se dio cuenta de que muy pronto la ciudad resonaría con los gritos de los torturados, y temiendo que les pudiera ocurrir algo también, se escondían donde podían. Al llegar Iván encontró la plaza vacía de espectadores,

y solamente ocupada por sus ayudantes, los Oprichniki y los acusados. Pero estaba dispuesto a que las ejecuciones sirvieran de ejemplo a los moscovitas y ordenó que se les hiciera presenciar la justicia del zar.

Una vez se hubo llenado la plaza de moscovitas, silenciosos y asustados, comenzó la sesión. Para comenzar, Iván perdonó por completo a 180 hombres, los menos culpables entre todos. Después se leyeron en alta voz acusaciones por conspirar con los enemigos del zar y en particular por colaborar con la traición de Novgorod, y a continuación se ejecutó a los prisioneros. A Viskovaty le arrancaron los vestidos, le suspendieron en alto con

los pies hacia arriba y atados, y despacio le fueron despedazando. El tesorero Funikov fue sumergido primero en agua hirviendo y después en agua fría, continuando así hasta que murió en medio de una terrible agonía. Los demás fueron colgados o despedazados. En total, se ejecutaron 200 hombres en cuatro horas.

A este espectáculo público dejaron de acudir tres de los acusados más notables. El príncipe Vyazemsky había muerto mientras le torturaban durante las interrogaciones. De Alexei Basmanov se decía que había sido ejecutado por su propio hijo Feodor por orden del zar, y que después mataron al hijo. El arzobispo Pimen fue despojado de su

cargo y se le mandó a un monasterio cerca de Tula para el resto de su vida. También en los días siguientes fueron ejecutados otros hombres que se contaban anteriormente entre los más íntimos del zar, como el príncipe Peter Obolensky-Serebryanny, Iván Vorontsov y Mikhailo Lykov, para tranquilizar las sospechas del zar.

Como segunda parte de estas ejecuciones, los moscovitas tuvieron que soportar también el hambre y la peste. La gente se moría en las calles de la ciudad y en los caminos que partían de la misma, y cientos de moscovitas huyeron hacia el Este y al Sur para escapar de las enfermedades y la muerte. Las carreteras se bloquearon en

los lugares donde imperaba la peste, siguiendo órdenes del zar, para impedir que la infección se propagara a otras zonas del país.

En los dos años siguientes los moscovitas sufrieron frecuentes brotes de peste, así como gran escasez de alimentos. Pero la gente no se quejaba. Rezaban y aceptaban con extraordinaria resignación los acontecimientos, considerándolos castigo de Dios. Su espíritu reaccionaba de la misma forma que ante las furiosas matanzas y sangrientas ejecuciones y la persecución a manos de los Oprichniki de su zar. Estos fenómenos no debilitaban el respeto y lealtad que sentían por él, y lo que es más extraño, tampoco hacían

disminuir su veneración hacia su persona. Para ellos, Iván era un zar poderoso, que Dios les había enviado para gobernarles. Había conquistado a sus enemigos, especialmente Kazan, y había hecho pagar a los boyardos y príncipes las infamias infligidas sobre los habitantes de Moscú. Le amaban y temían al igual que amaban y temían al Señor, al temible Señor de Israel.



# **Capítulo diecinueve: La guerra con Livonia y el incendio de Moscú, 1565-1572**


Iván continuaba decidido a anexionarse Livonia y a conseguir una posición permanente en el Báltico. Ni la deserción de Kurbsky ni las derrotas sufridas cerca de Nevel y en Orsha le habían arrebatado la iniciativa de la operación. La huida de Kurbsky causó gran revuelo cuando se supo, pero no había dado motivo a que otros generales

imitaran su proceder, por lo que los éxitos moscovitas habían borrado los fracasos.

Segismundo Augusto estaba preocupado por el continuo aumento del poderío moscovita y el agotamiento del pueblo de Lituania, y deseaba ansiosamente poner fin a las hostilidades. Sus embajadores llegaron a Moscú en mayo de 1565, y propusieron un armisticio basado en las condiciones de que el rey concedería a Rusia la ciudad de Polotsk y la parte de Livonia ocupada por las fuerzas moscovitas, pero conservaría bajo su poder el resto de Livonia. Era una oferta razonable, pero Iván la rechazó, pidiendo también Riga y otras ciudades,

a cambio de las cuales entregaría Courland y otras localidades al oeste del río Dvina. Los embajadores no estaban autorizados a aceptar esta contraoferta y sugirieron al zar que aceptara entrevistarse con el rey para de esta forma llegar más rápidamente a un acuerdo, personalmente. En principio a Iván le agradó la idea, pero la cuestión del protocolo, al cual los moscovitas daban gran importancia, hizo decrecer su entusiasmo.





Sin embargo, la oferta del rey de concederle todas las ciudades que había ocupado no dejaba de tentarle. Teniendo Dorpat y Polotsk en sus manos, la paz sería realmente un éxito notable. La guerra con Livonia pedía mucho de sus hombres, y por el cariz que iba tomando duraría muchos años. Al mismo tiempo, el Sultán estaba planeando una expedición para volver a apoderarse de

Astracán, lo cual podría muy bien hacer rebelar a los tártaros de Kazan y a otros a lo largo de las orillas del Volga. Y por otra Parte, si las fuerzas del zar estaban ocupadas en el Volga y Livonia, sin duda alguna el kan de Crimea aprovecharía la ocasión para evadir Moscovia. El mayor problema eran las tremendas distancias existentes entre los lugares que había de defender. Astracán se hallaba a más de 800 millas de Moscú, y Livonia y Kazan a toas de 400 millas de la capital. En un caso de urgencia, no se podría de ninguna forma trasladar tropas de un lugar a otro. Por todo ello, Iván consideraba importante firmar pronto la paz con Lituania.

Sin duda alguna, la actitud de Iván

era acertada, pero no se decidía a aceptar las proposiciones del rey de Lituania. El objetivo principal de su política exterior era la posesión de toda Livonia, una vez conquistada Kazan, y no era amigo de compromisos si no era por motivos tácticos. De todas formas, decidió discutir esta oferta de paz más ampliamente, dejarse aconsejar y comprobar si la guerra era apoyada por las ideas del pueblo; especialmente quería saber cuál era la opinión de la burguesía al servicio del país, quienes eran los que tenían que llevar la carga de la campaña. Como recordaba perfectamente que el Consejo Electo se había opuesto a la campaña de Livonia, así como los boyardos en general

también se habían mostrado en contra de la misma, estaba dispuesto a no someter el asunto solamente a consideración del Consejo Boyardo, aunque sus sospechas respecto a los boyardos no le abandonaban ni un instante. Así, pues, decidió hacer reunir la Asamblea del País (Zemsky Sobor) por segunda vez durante su reinado.

Esta segunda Asamblea, que se reunió en Moscú en verano de 1566, fue considerablemente mayor y más representativa que la primera, que había tenido lugar dieciséis años antes. Los 374 delegados que la integraban procedían del Consejo de la Iglesia y del Consejo Boyardo, los principales militares de mayor y menor graduación,

secretarios de los ministerios de Moscú, mercaderes importantes y algunos propietarios de tierras procedentes de las regiones cercanas a la frontera livona. Los asistentes no representaban al pueblo, entendido de una forma democrática, sino a los distintos órganos del Gobierno central. Se trataba de los funcionarios importantes de los cuales dependía el zar para la ejecución de sus órdenes, para el mando de sus ejércitos y la administración del imperio.

El consejo eclesiástico asistía en representación de la Iglesia, la cual, además de ser un terrateniente importante y tener mucha influencia entre el pueblo, a menudo aconsejaba al zar en asuntos civiles. Tradicionalmente



eran los boyardos los funcionarios más importantes del Estado y todavía en esta época su organismo cumplía la misión, aunque sólo nominalmente, de aconsejar al zar. El grupo más numeroso comprendía los militares al servicio del país, o sea la burguesía, en la cual el zar se apoyaba cada vez más. A la primera Asamblea no habían asistido los comerciantes, y en esta segunda eran setenta y cinco los representantes de esta clase social. Se les llamó porque su presencia se consideraba necesaria, debido a que jugaban un papel muy importante en la economía del Estado y tenían una posición semioficial.

Todos los delegados eran funcionarios con responsabilidad en el

gobierno de la Iglesia y del Estado, a excepción del grupo de terratenientes procedentes de las regiones occidentales.

Seguramente el haberles llamado obedecía al hecho de que estaban bien enterados de la situación actual de aquellas regiones y porque eran parte directamente interesada en el asunto que se iba a discutir.

Iván inauguró la Asamblea pronunciando un discurso, en el cual ya atacó de frente el problema. Preguntó si debía firmar la paz aceptando las condiciones del rey o continuar la guerra contra Livonia hasta conquistar aquel país. Los delegados habían ya estudiado el problema con anterioridad y pudieron

darle respuestas llenas de razón, expresando cada grupo su idea en relación con sus intereses particulares. Todos se manifestaron favorables en grado superlativo a que se continuara luchando contra Livonia hasta el fin, con una sola excepción

[230]. Según ellos, el zar tenía la razón de su parte y estaban dispuestos, según afirmaron, a dar hasta su vida si era necesario para continuar la lucha. Fue una grandiosa demostración de fervor patriótico y de lealtad hacia el zar. Concluyó la Asamblea tomando una resolución en este sentido y los delegados besaron la Cruz, comprometiéndose con su juramento a

cumplir lo prometido.

El decidido apoyo de la Asamblea para la continuación de la guerra hizo desaparecer las dudas de Iván por algún tiempo. Sin demora mandó al boyardo Umny-Kolychov a Lituania para informar al rey que, a no ser que le cediera toda Livonia, no habría armisticio. Además, Iván ponía dos condiciones que previamente quizás habría estado dispuesto a olvidar. La primera era que el rey debía reconocer el título de zar que ostentaba Iván, y la segunda condición era que debía entregar a Kurbsky a los funcionarios del zar. Segismundo Augusto se negó a aceptar estas condiciones y, aunque de mala gana, mandó una declaración de

guerra a Moscú y ordenó de nuevo ponerse en marcha a sus tropas. A principios de 1568, el caudillo del ejército, Khodkevich, puso cerco a la fortaleza de Ulu, pero sufrió una gran derrota a manos de la guarnición moscovita.

Por su parte, Iván no estaba muy convencido de haber acertado al rechazar la condiciones de paz propuesta por Lituania. En toda Rusia él era el único que se daba perfecta cuenta de la situación real de las fuerzas armadas moscovitas y de las emergencias que se podían presentar. Al regresar a Alexandrovsk escribió a sus boyardos, que estaban en Moscú, indicándoles que debían considerar de

nuevo la oferta del rey. Los boyardos no querían comprometerse y mandaron una respuesta poco clara, al recibir la cual Iván les mandó instrucciones en el sentido de que si estaban en favor de la paz debían especificar claramente las condiciones que consideraban aceptables. Respondieron los boyardos que la paz dependía de las condiciones ofrecidas por el rey cuando quisiera reanudar las negociaciones, hecho en el que ellos confiaban plenamente.

Segismundo Augusto estaba en aquel momento más ansioso que nunca por conseguir una paz permanente, o por lo menos un armisticio con Iván. Llegó a rechazar una propuesta que le hizo el sultán turco para aliarse con él, ya que

no quería hacer nada que empeorara sus relaciones con el zar. Una de las razones de esta ansiedad por conseguir la paz era que Lituania ya no podía más. Estaba agotada completamente. Pero la razón principal era que necesitaba que el país estuviera en paz para consolidar la Unión de Lublín, acordada el 28 de junio de 1569, la cual debía tener resultados de gran significado para Europa occidental.

En los primeros catorce años del reinado de Segismundo Augusto no se había hecho nada para hacer más completa la unión entre Lituania y Polonia. Ni el rey ni el pueblo de Lituania en general no estaban en favor de un mayor acercamiento, pero los

polacos insistían en ello, aunque sin resultado alguno. El cambio en la actitud del rey y de sus vasallos lituanos había sido motivado por el mismo Iván. En el curso de la guerra con Livonia quedó demostrado que Lituania por sí sola no podía enfrentarse al poderío moscovita. Esta realidad también fue tenida en cuenta por los polacos, que estaban seguros que una vez Iván hubiera vencido a Lituania y consolidado su poder sobre Livonia, Moscovia se convertiría en una amenaza directa para Polonia. Las conquistas de Iván sobre Livonia, que cada día aumentaban, proporcionó nuevo impulso al movimiento para conseguir una unión orgánica entre ambos países. Por fin, en



junio de 1569, los Seyms de Polonia y Lituania, reunidos en Lublín, acordaron crear una unión basada en un rey y un Seym común a los dos países. En adelante, el rey sería elegido conjuntamente, pero tanto la ley como la administración continuarían separadas. Cada país conservaría su ejército, su tesoro y sus funcionarios importantes, tanto civiles como militares. En cuanto a los asuntos de política exterior, los dos países los resolverían conjuntamente, siendo para ello como uno solo, y en tiempos de guerra el rey ejercería el poder absoluto.

Tal como los moscovitas esperaban, en 1570 llegaron a Moscú dos embajadores lituanos. Estos eran

Jan Krotoshevsky y Nikolai Tavrosh. Su misión era intentar de nuevo negociar la paz. Al principio sus proposiciones fueron rechazadas y entonces pidieron hablar personalmente con el zar. Recibidos por Iván, hicieron importantes declaraciones. Dijeron que el Seym había estudiado el asunto de la sucesión al trono y estaba de acuerdo en elegir a un nuevo soberano entre los eslavos, elección que recaía sobre el zar y su dinastía.


En contra de lo que era de esperar, Iván no recibió de una forma entusiástica esta proposición. Había tenido ya noticias previamente de que en Lituania algunos estaban en favor de que fuera elegido él o sus hijos para suceder

en el trono, y quizá la idea de que eran los nobles los que le elegían le ofendía. Y de todas formas, lo que más le preocupaba en aquel momento era Livonia. A los embajadores lituanos les habló de la siguiente forma: «Si queréis que gobierne en vuestro país, lo primero que tenéis que hacer es no irritarme y ejecutar todo lo que mis boyardos os han propuesto para que la Cristiandad pueda tener paz.»

[\[231\]](#) A continuación se extendió hablando de las relaciones entre Lituania y Moscovia durante su reinado, insistiendo en que no era él, si no el rey de Lituania, el responsable de la lucha entre los dos países

[\[232\]](#). Finalmente se firmó un armisticio de tres años basado sobre el mantenimiento de las posiciones en Livonia y en la región de Polotsk.





Se mandaron embajadores moscovitas a Lituania para ratificar este armisticio, y a su regreso éstos informaron que la gente de Polonia y Lituania deseaban verdaderamente que el zar o su hijo sucedieran al rey a su muerte. Dijeron que el Seym no quería un turco musulmán o un vasallo del emperador Maximiliano II, que había suprimido a los nobles en Bohemia, y

que no les proporcionaría una verdadera jefatura y protección contra sus enemigos. Se dijo que en Varsovia los nobles habían acordado elegir al zar

[\[233\]](#). Los polacos hasta habían comenzado a vestirse a la usanza rusa y adoptado sus costumbres, anticipándose a su nuevo soberano.

Sin duda alguna los embajadores estaban equivocados en cuanto se refiere al alcance y profundidad del apoyo con que contaba la idea de que el zar sucediera al rey, o quizás exageraron con intención. De todas formas, es evidente que en algunos distritos había efectivamente gran entusiasmo por la elección de Iván, lo que no deja de ser

interesante por ocurrir en aquellos momentos. Tanto polacos como lituanos conocían perfectamente la severidad con que obraba Iván cuando se trataba de castigar a sus boyardos. También estaban enterados de su matanza en Novgorod, y desde luego, Iván debía dar instrucciones concretas a sus embajadores sobre la forma de responder a las preguntas que se les harían en Varsovia sobre lo ocurrido en Novgorod. Debían ser pocos los nobles polacos o lituanos que no habían oído, directa o indirectamente, las terribles historias que contaba Kurbsky sobre las barbaridades cometidas por Iván. Y a pesar de todo, una parte de la opinión polaca y lituana favorecía la elección de

Iván o su hijo para gobernar sus países. La razón sería que el zar era el gobernante sobresaliente de Europa occidental en aquel momento y su personalidad hacía impacto sobre las gentes hasta más allá de sus fronteras. Los lituanos y muchos polacos veían en él un caudillo fuerte y decidido, que sabía lo que hacía, y esto era lo que más necesitaba un país en aquellos tiempos en que tanto la defensa como la seguridad y el efectivo gobierno del mismo dependían de la inteligencia del soberano para ejercer el mando.

Pero Iván continuó demostrando la misma frialdad respecto al trono de Lituania y Polonia. Su principal preocupación era todavía la conquista



de Livonia. Le inquietaba la idea de una larga guerra, durante años y años que agotaría sus reservas de tropa, y deseando acabar de una vez con esta costosa campaña adoptó un nuevo plan. Este plan consistía en elegir un rey para Livonia, que sería su vasallo, de la misma forma que el duque de Courland era vasallo del rey. Este plan fue propuesto seguramente por dos prisioneros livonios, Taube y Kruse, que fueron llevados a Moscú y tratados con amabilidad por parte de Iván. Citaron los nombres de Furstenberg o Kettler, los dos últimos maestros de la Orden teutónica, pero ambos declinaron el honor, y entonces la elección del zar recayó sobre Magnus, príncipe de

Dinamarca.

Federico II de Dinamarca, en cumplimiento de las últimas voluntades de su padre, debía entregar a su hermano Magnus ciertas tierras situadas en Holstein. Pero en lugar de estas propiedades le había ofrecido Oesel y Pilten, y Magnus aceptó el cambio. Aceptó igualmente la propuesta de Iván y fue proclamado rey de Livonia a su llegada a Moscú, en 1570. Magnus aceptó las condiciones del zar, que implicaban una obra importante, aunque no irrazonable, e Iván se comprometió a ayudarle directamente en todo lo posible para la conquista de las regiones de Livonia que se negaran a reconocerle como rey.

Una de las condiciones del armisticio entre Segismundo Augusto y el zar había sido que los moscovitas no atacarían ninguna ciudad que estuviera bajo el poder de Lituania y Polonia. Sin embargo, la ciudad de Reval estaba ocupada por los suecos y el armisticio concertado entre Iván y el rey Erik en 1563 estaba caducado. Pero de todas formas, una posible guerra con Suecia también implicaba dificultades.

Entre Erik e Iván había una cierta semejanza superficial. Gustavo Vasa había nombrado a su hijo Erik heredero del trono sueco, y a sus otros hijos les había concedido ducados. A la muerte de su padre, Erik le sucedió en el poder, pero estaba obsesionado por la idea de

que se conspiraba en contra suya. Especialmente, desconfiaba de sus hermanos, en particular de Juan, duque de Finlandia. Cuando Segismundo Augusto intentó echar a los suecos de Reval, los dos países entraron en guerra, y entonces los suecos se apoderaron de Pernau y Wittenstein. Juan de Finlandia ayudó a los polacos, y exigió a Erik que se retirara de las dos ciudades capturadas y se uniera a Segismundo Augusto Para luchar contra Moscovia. La respuesta de Erik fue ordenar a los finlandeses tomar las armas contra los polacos que se hallaban en Livonia, y llamar a su hermano para que acudiera ante un tribunal en Estocolmo.

El duque Juan se negó y se rebeló,

pero no tenía suficiente Poder como para resistir ante las fuerzas de su hermano, y después de dos meses de asedio tuvo que rendirse.

Esta rebelión causó un efecto deprimente sobre Erik. Se volvió un hombre malhumorado y desconfiado de tal forma de todos los que le rodeaban, que rayaba en la locura, con excepción de unos cuantos favoritos de nacimiento plebeyo. Se apartó de sus nobles y llegó a decirse que sufría ataques de locura. Se hicieron frecuentes las ejecuciones, que anteriormente no se hacían sino de cuando en cuando. De todas formas, siempre se negó a ordenar la ejecución de su hermano, en contra de los consejos que le daban los que le rodeaban,

contentándose con mantenerle en la prisión.

Durante este período, ya estuviera loco o no, Erik desplegó gran actividad en sus asuntos de estado. Su país estaba en guerra con Segismundo Augusto y con Federico de Dinamarca, y por ello tenía gran interés en procurarse la alianza de Iván. Durante algún tiempo, los dos monarcas habían sostenido correspondencia directa, quizá debido a que la desconfianza y los temores que les eran comunes eran un lazo de unión entre ellos. Las condiciones bajo las cuales concertaron la alianza fueron que el zar ayudaría a Suecia en contra de Segismundo Augusto, intervendría para intentar conseguir la paz con Dinamarca,

y entregaría Estonia a Suecia. En compensación, Erik se comprometía a entregar a Iván la esposa de su hermano. La esposa del duque Juan era Catalina Jagellon, hermana de Segismundo Augusto, cuya mano el mismo Iván había pedido en una ocasión. La decisión de Iván de tener prisionera en Rusia a Catalina podía ser quizá considerada una perversa venganza por parte del pretendiente rechazado, pero parece más probable que Iván la considerara como a un rehén que devolvería a su hermano cuando éste hubiera cumplido las condiciones concerniente a Livonia.

Cuando los embajadores del zar llegaron a Estocolmo, Erik se hallaba en un estado de confusión. Dejándose

llevar por un impulso había liberado a su hermano, y tenía alucinaciones, y pesadillas figurándose que era él quien estaba en la prisión y su hermano quien gobernaba. No sirvieron de nada los esfuerzos de los embajadores moscovitas para que el rey dispusiera que les fuera entregada Catalina. Por fin, el 29 de diciembre de 1568 hubo una revuelta en contra de Erik que terminó con la elevación al trono del duque Juan de Finlandia, desposeyendo del mismo al rey.

Este tratamiento dado a su monarca, que lo era por derecho por parte de los suecos, enfureció a Iván y le hizo considerar a Suecia enemiga suya, tanto más cuanto que el nuevo rey iba a



concertar una alianza con Segismundo Augusto. Por todo ello, cuando Magnus, rey de Livonia, llegó a Moscú con proyectos para apoderarse de Reval, que estaba en poder de los suecos, Iván le prometió su apoyo total.

En agosto de 1570, Magnus puso sitio a Reval, con unas fuerzas que comprendían un gran ejército alemán y 25 000 hombres rusos. Pero sus esperanzas de rendir la ciudad por el hambre se vieron defraudadas cuando aparecieron barcos procedentes de Suecia, que anclaron lejos de la costa, e hicieron llegar provisiones a la ciudad. Durante treinta semanas Magnus estuvo rodeando a Reval, y después, reconociendo su fracaso, hizo abandonar

el cerco a su ejército, mandando a las tropas rusas a Narva.

Este fracaso preocupó mucho a Magnus, especialmente porque tenía que rendir cuentas al terrible zar. También Taube y Kruse, a los cuales Magnus daba las culpas por su fracaso y por haberle informado mal sobre las condiciones de Reval, estaban temerosos del zar. Huyeron a Dorpat y en secreto ofrecieron vender la ciudad a Segismundo Augusto. Pudieron convencer al general que estaba al mando de las tropas alemanas para que hiciera un ataque por sorpresa en la guarnición rusa, cuyo ataque casi tuvo éxito. Pero los rusos de la ciudad reaccionaron a tiempo y se deshicieron

de los rebeldes. Pero ya Taube y Kruse habían desaparecido también de Dorpat y fueron recibidos amablemente por el rey de Lituania. Mientras tanto Magnus, muy preocupado porque suponía que sería acusado no solamente por el fracaso de Reval sino también de la traición de Dorpat, se refugió en la isla de Oesel, adonde pronto le llegaron los mensajes de Iván otorgándole el perdón.

Sin duda alguna los informes que habían llegado hasta Iván respecto a la suerte de Erik y a su muerte en la prisión algún tiempo después, habían sido motivo de preocupación para él. Este destino era el que siempre temía fuera el suyo. Había podido evitarlo porque, al contrario de Erik, había obrado con

rapidez y aplastado la traición sin piedad. Desde luego se había convertido en una obsesión para él la idea de eliminar la traición, y en muchas ocasiones veía peligro donde no existía. Siempre se sentía inquieto e inseguro. Había conseguido establecer la Oprichnina, su corte y estado personal, pero tampoco esto le bastaba para satisfacer su necesidad de seguridad. Llegó a considerar tan cercano el peligro que le obligaría a buscar refugio en el extranjero, que esta fue una de las ideas que le hicieron intensificar sus relaciones con Isabel de Inglaterra.

Los comerciantes ingleses continuaban floreciendo en Moscovia, disfrutando de privilegios cada vez

mayores y de la protección especial de Iván. Su buena disposición para con los ingleses parecía no tener límites. En 1567 llegó a conceder todavía más poderes a la Compañía de Rusia, según los cuales ésta tendría el monopolio de todo el comercio que se realizara por el mar Blanco, sin que pudieran interferir se otros comerciantes, ya fueran ingleses o no. Igualmente Iván autorizó a la Compañía para comerciar libremente de Rusia hasta Persia y Catay. Haciendo estas nuevas concesiones Iván preparaba el camino para sus propias demandas. Cuando se hicieron estas concesiones se hallaban en Moscú Anthony Jenkinson, y cuando emprendió el viaje de regreso a Inglaterra llevaba con él una carta

oficial del zar. También llevaba un mensaje secreto que fue causa de preocupación para Isabel y sus ministros.

En su mensaje secreto Iván hacía unas peticiones que iban muy lejos, y a las que nunca se había referido en sus anteriores tratos con Inglaterra. Pedía a la reina que le «enviara expertos en la construcción de barcos y que pudieran pilotarlos»

[\[234\]](#) y que diera autorización para «exportar a Rusia toda clase de artillería y materiales necesarios para la guerra»

[\[235\]](#). Después se refería a la

propuesta, que dejó atónita a Isabel, respecto a que debería darle asilo en Inglaterra si aconteciera cualquier hecho desgraciado que hiciera necesario que el zar huyera de su propio país, ofreciendo al mismo tiempo concederle igual asilo si ella se viera en tal necesidad. Finalmente proponía a Isabel una alianza tanto pacífica como para casos de guerra, de forma que los dos países se «unieran como si fuera uno solo» y ella sería «amiga para los amigos del zar y enemiga para sus enemigos y viceversa». El mensaje acababa pidiendo una respuesta a las proposiciones del zar a más tardar el 29 de junio de 1568, fecha que dejaba solamente disponibles unos pocos meses

para la decisión de la reina

[\[236\]](#).

A Isabel no le gustaba que le dieran prisas, y hasta el mes de junio no se decidió a mandar a Thomas Randolph, un diplomático profesional, como enviado especial suyo. Antes de su salida de Inglaterra, Randolph recibió instrucciones concretas. Debía mostrar gratitud por los favores recibidos por los vasallos de la reina y asegurar al zar que en cualquier momento sería bien recibido en Inglaterra, donde estaría a salvo. En cuanto a la sugerencia de Iván respecto a dar refugio a Isabel, ésta indicó a Randolph que contestara a Iván que «no tenía motivos para dudar de la



continuidad de su gobierno pacífico sin peligro ni por parte de sus vasallos ni de sus enemigos del exterior»

[237]. En cuanto a la alianza, Randolph debía «evitar hacer comentarios al respecto»

[238].  
Al no tener Iván noticias del regreso de Jenkinson en la fecha indicada por él, comenzó a hacer presión sobre la Compañía concediendo privilegios a comerciantes rivales. La Compañía había adquirido el monopolio del comercio inglés con Moscovia y no tenía dificultad alguna en hacerlo respetar mientras el comercio estaba

restringido al mar Blanco. Sin embargo, en 1558, Iván había tomado Narva, en el Báltico, y un grupo de comerciantes ingleses comenzaron a operar desde allí de forma independiente, utilizando Narva como puerto

[\[239\]](#). Estos comerciantes no formaban parte de la Compañía. Y fue a estos ingleses a los que Iván concedió privilegios de comercio.

Isabel acudió en seguida en defensa del monopolio de la Compañía y envió a Lawrence Manley primero y, algunos meses más tarde, a George Middleton, al zar para pedirle que se apoderara de aquellos «impertinentes ingleses» y los hiciera regresar a Inglaterra

[\[240\]](#). Pero Iván no estaba muy dispuesto a molestar a Glover y Rutter, los dos principales ofensores, los cuales le habían prestado servicios y ganado su favor

[\[241\]](#). Además ni Manley ni Middleton habían traído la respuesta de Isabel a sus urgentes proposiciones, por lo que Iván retuvo a los dos hombres e ignoró los mensajes que le habían llevado.

Thomas Randolph llegó a Moscú en octubre de 1568. Siguiendo las instrucciones del zar se le tuvo virtualmente bajo arresto en su casa durante cuatro meses, en espera de serle concedida audiencia. Cuando por fin el

zar se la concedió fue a primera hora de la mañana y sin las consideraciones que normalmente se tenían con los embajadores de los monarcas aliados

[\[242\]](#).



El disgusto de Iván quedaba con ello claramente demostrado. Pero unos cuantos días después mandó de nuevo a por Randolph, y éste fue conducido en gran secreto al Palacio del Kremlin, disfrazado con ropas rusas y a altas horas de la noche

[\[243\]](#). Es de lamentar que no se conserve ningún documento que nos cuente lo que pasó durante la entrevista

secreta. Parece ser, sin embargo, que Randolph cumplió bien las instrucciones que había recibido de su reina, porque Iván más tarde se quejaba de que el embajador no quería hablar sino sobre «asuntos de negocio y comercio y apenas sobre mis reales proposiciones. El zar marchó a Vologda y Randolph recibió la orden de desplazarse también hasta allá, lugar en donde fue recibido por Iván con más atenciones.

Iván decidió continuar las negociaciones, a pesar de la desilusión causada por la respuesta de Isabel a sus propuestas. Hallándose en junio de 1569 en Vologda informó a Randolph que concedía a la Compañía otros privilegios que la colocarían en una

situación muy ventajosa, tanto como nunca se había de repetir. En su carta a Isabel Iván aseguraba que había retirado los privilegios concedidos a Glover, Rutter y otros negociantes. Se comprometía a enviarlos a Inglaterra y pedía especialmente a Isabel que «por consideración hacia mí les sea demostrado favor a su llegada, y no os enojéis con ellos».

Randolph partió para Inglaterra en julio de 1569, acompañado por Andrei Savin, embajador del zar. Iván creía que Isabel no podía continuar negándose a una alianza y quería la confirmación de que podía confiar en encontrar refugio seguro y sin demora en Inglaterra en caso de necesidad. Savin llevaba

consigo un tratado en el que se discutían estas cuestiones y otros asuntos. Parece que se confiaba que la reina lo aprobaría y ratificaría sin más discusiones.

La principal petición de Iván se refería a una alianza en contra de sus enemigos. Habían terminado en 1570 las hostilidades entre Dinamarca, Polonia y Suecia, dejándole frente a la posibilidad de que estos poderes del Báltico se unieran para arrebatarse a Moscovia su salida al mar. Esta posibilidad hacía aumentar su impaciencia para concluir una alianza con Inglaterra.

Por su parte Isabel estaba en una situación comprometida. Si decidía rechazar de forma categórica la petición

de Iván, éste podía vengarse embargando los suministros que eran esenciales para la marina inglesa, además de que indudablemente! representaba el fin de los monopolios comerciales de la Compañía en Moscovia. Pero, por otra parte, tampoco estaba dispuesta en hacer suyos los enemigos del zar. Así pues, se decidió por un compromiso. Se mostró de acuerdo en concertar una alianza entre Rusia e Inglaterra, pero siempre sujeta a la condición de que en caso de que el zar fuera atacado por otro monarca, ella, como aliada suya, una vez convencida de que la razón estaba de parte del zar, se pondría en contacto con el agresor para hacerle desistir. En caso de que no



se atendiera su demanda, acudiría en ayuda del zar. Añadía que estaba dispuesta a aceptar todas sus otras peticiones

[\[244\]](#).

Savin regresó a Moscú siendo portador de dos cartas, en las cuales se hallaba la respuesta de Isabel a las proposiciones de Iván. Una de las dos cartas era «secreta» y en ella se prometía a Iván y a su familia refugio en Inglaterra si «por alguna causa, ya fuera por conspiración secreta u hostilidades con países extranjeros» tuvieran que huir de Moscovia. Se comprometía a asignarle residencia, pero con los gastos a cargo del zar, y con «todas las

ceremonias y cortesías permitirte, ¡oh querido hermano emperador y gran duque!, penetrar en este tu propio país o donde desees»

[\[245\]](#).

Las concesiones de Isabel estaban lejos de ser generosas y su puntualización de que Iván pagaría sus gastos en Inglaterra era mezquina. Tal como la alianza era aceptada por ella, no sería de gran efecto. Pero por lo visto suponía que iba a bastar a Iván, por lo menos hasta persuadirle para continuar con su tratamiento generoso con la Compañía, y en esto Isabel andaba muy equivocada.

El zar montó en cólera al enterarse

de la respuesta de Isabel. Inmediatamente abolió los privilegios de la Compañía y se apoderó de sus mercancías, y después escribió una carta irritada y atrevida a la reina haciendo patentes sus quejas y considerándola culpable de haber dejado de lado sus «importantes asuntos». Además Iván escribió sin paliativos, diciéndole que había demostrado ser gobernante sólo de nombre, porque «me doy cuenta ahora de que hay otros hombres que realmente gobiernan, y no exactamente hombres sino negociantes y comerciantes que buscan no ya el bienestar y el honor de vuestra Majestad sino su propio beneficio»



Esta carta debió ser un golpe para Isabel, que estaba acostumbrada a las adulaciones de la corte, aunque la contestó con cordura y dignidad. Antes de la llegada de la carta del zar se habían tenido ya en Londres noticias de la suspensión de los derechos de la Compañía, e Isabel escribió inmediatamente para protestar. Y entonces llegó la airada carta del zar. Era necesario actuar con rapidez para apaciguarle. Una de las quejas de Iván se refería a que la reina no había mandado a su «gran embajador» con Savin para entregar su respuesta. Inmediatamente Isabel designó a

Anthony Jenkinson, por el cual Iván había pedido repetidamente, para que se hiciera cargo de tan difícil situación.

Iván había escrito contestando a la primera protesta de Isabel antes de enterarse de la designación de Jenkinson. En su carta el zar aconsejaba a Isabel que leyera nuevamente su primera misiva si deseaba «ver bien el motivo de mi enfado»

[247]. Indicaba además que solamente conseguiría apaciguar su cólera si mandaba a su embajador para tratar de tales «enfadosos asuntos»

[248]. Sin embargo, antes de cerrar su carta Iván se enteró de la llegada de

Jenkinson al norte de Rusia y añadió: «Tengo noticias de la llegada de Anthony Jenkinson y cuando venga a verme me complacerá escucharle...»

[\[249\]](#)

Jenkinson había llegado al mar Blanco a finales de julio de 1571. Escribió a lord Burghley desde Kholmogory, refiriéndose al «estado miserable» de Moscovia. La escasez permitía a la gente comer solamente pan hecho de corteza de árbol y «en algunos lugares se han comido unos a otros». Escribía también que el zar «por medio de grandes tormentos ha matado a mucha gente». Que la peste se había llevado unas 300 000 personas en Moscovia. Sin duda alguna era una época de prueba

para Iván y su pueblo. Y todavía les fue infligida otra catástrofe aún mayor. El kan de Crimea invadió con gran éxito el país, y sus tártaros incendiaron Moscú dejándolo reducido a ruinas, muriendo las gentes a miles por la acción del fuego

[\[250\]](#).

Aunque Livonia continuara ocupando un lugar predominante en su mente, Iván no podía ni por un momento dejar de considerar el peligro de los ataques procedentes del sur. Hizo esfuerzos grandísimos para llegar a un entendimiento con el kan Devlet Girei. Parecía el momento oportuno. El sultán estaba ejerciendo presión sobre la horda

de Crimea para que se unieran a él en una campaña para recuperar Astracán y Kazan, para que la Media Luna imperara de nuevo sobre las tierras del Volga. Pero el kan se oponía a esta política. Sabía que en tal campaña su horda sería la más perjudicada y que sin duda alguna el resultado sería quedar bajo estrecho control de los turcos, y los tártaros apreciaban mucho su independencia. Por estas razones el kan estaba dispuesto a hacer las paces con el zar. En aquella época, sin embargo, Segismundo Augusto se puso en contacto con él ofreciéndole dinero, superando en mucho los regalos del zar, en caso de que renovara las hostilidades contra Moscovia. El kan nunca rechazaba los



regalos de importancia, y se dispuso en seguida a invadir la región de Riazán.

Pero de todas formas continuaron las negociaciones entre Iván y Devlet Girei. Ya muy avanzado el año 1565, una vez las tropas del kan se hubieron retirado rápidamente después de su intempestiva incursión, el kan mandó una oferta de paz permanente con la condición de que Iván le cediera Kazan y Astracán. Iván respondió sin paliativos que él no hacía ni estaba dispuesto a escuchar propuestas estúpidas

[\[251\]](#). En realidad Iván había ya tomado grandes precauciones para asegurar su poder sobre Kazan y sobre

la región del alto Volga, estableciendo por lo menos siete nuevas ciudades fortificadas y transfiriendo los habitantes tártaros a las tierras de la Moscovia central y también a Novgorod y Pskov. El lugar dejado por los tártaros había sido ocupado por familias rusas. Por aquella época estaba reforzado su poder sobre Astracán y planeaba establecer una fortaleza junto al río Terek, sin duda alguna para proteger a Temgruk, padre de su segunda esposa. La idea de establecer una plaza fuerte junto al Terek preocupaba mucho al kan y el proyecto ensombrecía todavía más las relaciones entre los dos gobernantes. El kan le dijo a Nagoi, embajador de Iván, en tono enfadado que «si el zar

construye una ciudad junto al Terek, en tal caso aunque me dé una montaña de oro, no haré nunca las paces con él...»

[\[252\]](#)

En 1566 murió el sultán Suleimán, conocido como El Magnífico y «el forjador de leyes», y le sucedió en el trono su hijo Selim, hombre degenerado, y durante cuyo reinado había de comenzar el declive del gran imperio otomán. Con la intención de emular el gran reinado de su padre, Selim inmediatamente dio nueva vida a los proyectos del mismo para recuperar Astracán, y buscó la alianza con Segismundo Augusto en contra de Moscovia. En la primavera de 1596 las

tropas turcas, formadas por unos 17 000 hombres, llegaron a Kafa, en la península de Crimea, y desde allí marcharon hacia Azov y siguiendo el río Don subieron hasta Perevolok, lugar en donde pensaban construir un canal para unir el Don con el Volga. Una vez se les hubieran unido 50 000 tártaros de Crimea, y después de la construcción del canal, los turcos marcharían Volga abajo para apoderarse de Astracán. Pero el clima caluroso del mes de agosto y la escasez de provisiones les obligó a abandonar la idea de construir el canal. Además, al acercarse a Astracán cundió el pánico al enterarse de que un gran ejército ruso avanzaba para defender la ciudad. El pasha que estaba al frente del

ejército turco ordenó quemar todo lo que no podían llevar consigo y retirarse rápidamente a Azov.

Este ignominioso fracaso al intentar la toma de Astracán no hizo olvidar a Iván el peligro que representaba para Moscovia el proyecto turco para dominar el Volga. En 1570 mandó a Novosiltsev como su enviado especial a Constantinopla para felicitar al sultán Selim por su ascensión al trono. Novosiltsev tenía el encargo de hacer recordar al sultán las relaciones amistosas que anteriormente habían presidido los tratos entre los predecesores de ambos, expresando la confianza de que tales relaciones iban a continuar. La respuesta de Selim no fue

muy esperanzadora. En marzo de 1571 Iván mandó un nuevo embajador, Juzminsky, para informar al sultán que estaba dispuesto a abandonar su proyecto de construir una plaza fuerte junto al Terek y a hacer otras concesiones en nombre de la paz. Pero el sultán pidió le fueran entregadas Kazan y Astracán, y apenas procuró disimular su mala disposición.

En la misma época Iván seguía una política conciliatoria con el kan de Crimea. Hasta accedió a enviar presentes y oro en cantidades mucho mayores que en los años anteriores. De todas formas, en verano de 1570 las tropas rusas montaron guardia junto al río Oka como resultado de los

frecuentes informes que llegaban respecto a invasiones tártaras en gran escala. El mismo Iván se apresuró a ir al Oka para rechazar al kan. Pero los tártaros no aparecieron y los ejércitos moscovitas fueron desbandados para pasar el invierno.

En la primavera de 1571 llegaron a Moscú informes alarmantes respecto a una invasión tártara en gran escala. Los principales jefes, los príncipes D. Belsky, Iván F. Mstislavsky, Mikhail I. Vorotynsky, Iván A. Shuisky e Iván P. Shuisky, tomaron posiciones con 50 000 hombres junto al Oka. Iván aguardaba en Serpukhov con sus Oprichniki.

Esta vez el informe resultó ser verdadero. El kan había logrado reunir

junto a la frontera moscovita un ejército de 120 000 hombres. Hallándose allí acudieron a él algunos traidores moscovitas desmoralizados por las penalidades, y el mismo Mstislavsky se vio envuelto en alguna actividad subversiva por aquellos tiempos. Los desertores contaron al kan que las ciudades de las regiones centrales de Moscovia hacía dos años que sufrían la peste y gran escasez de alimentos, y que sus habitantes perecían en gran número. Asimismo añadieron que el zar había hecho ejecutar a muchos de los hombres más prácticos de la guerra, y que el resto del ejército moscovita se hallaba en Livonia mientras el propio zar se encontraba en Serpukhov acompañado



solamente de unos pocos guardias. Se comprometieron a enseñar al kan el lugar adecuado para cruzar el río Oka para evitar encontrarse con las tropas rusas apostadas junto al mismo, y dijeron también al kan que después de pasar el río podría apoderarse de Moscú sin grandes dificultades.

El kan decidió seguir el consejo. Sus tártaros cruzaron el Oka por algún lugar del que no ha quedado referencia alguna y se dirigieron a Moscú. Iván se encontró con que no podía disponer del grueso de su ejército y a toda prisa se retiró a Alexandrovsk y después a Rostov. No esperó al kan para atacarle con las pocas fuerzas que tenía a su alcance y que no habrían conseguido

resultado alguno. Además probablemente suponía, si es que no lo sabía con seguridad, que traidores rusos habían ayudado al kan, y con esta sospecha creía que podía esperarse lo peor, es decir hasta una rebelión en masa. Sea como fuere, su retirada en tal ocasión fue un acto de precaución, como Dmitri Donskoi y otros predecesores suyos habían adoptado en algunas ocasiones similares sin dudarlo demasiado

[\[253\]](#).

Los jefes de los ejércitos moscovitas, al enterarse de que el kan se hallaba al norte de Oka, hicieron esfuerzos desesperados para llegar con

el ejército a Moscú y defenderla de los tártaros. Consiguieron llegar a la capital el 23 de mayo y tomaron posiciones en los alrededores de la misma. Al día siguiente llegaron los tártaros y sin llegar a pelear con los moscovitas comenzaron a prender fuego a los suburbios de la ciudad. Era un día quieto y claro, pero pronto comenzó a soplar un fuerte viento que hizo propagar el fuego con rapidez. Muy pronto se formaron grandes nubes de humo que envolvían la ciudad devorada por las llamas. Las tropas moscovitas que habían tomado las posiciones defensivas se encontraron de pronto metidas en un horno, y muchos hombres murieron quemados. Mucha gente de los

alrededores se había refugiado dentro de la ciudad al ver llegar a los tártaros, y la capital rebosaba de gente. Los muertos se contaron por millares.

El fuego se propagó de tal forma y tomó tal incremento que los tártaros no podían saquear ni robar, y el kan tuvo que ordenar a sus hombres la retirada, pero al marcharse se llevaron una gran cantidad de prisioneros, cuyo número se dice ascendía a 150 000, para venderlos como esclavos. En tres horas la orgullosa capital quedó reducida a cenizas. Solamente el Kremlin quedaba en pie. Sus puertas no se habían abierto ni para los moscovitas que habían intentado buscar refugio dentro de las altas murallas que les protegían del

fuego y del enemigo. Fueron tantos los moscovitas, entre soldados y ciudadanos, que murieron quemados intentando escapar por el río, que éste se hallaba interceptado debido a la gran cantidad de cuerpos que lo cubrían. Se tuvo que requerir la ayuda de las ciudades vecinas, al norte de Moscú, para poder mover los cuerpos y permitir que el agua continuara su curso.

Para Iván, que siempre había sentido un gran respeto hacia su realeza, ver la capital reducida a cenizas fue una terrible humillación. Pero conservó la calma. Lo más importante continuaba siendo tener Livonia en su poder, aunque procurando evitar otros ataques por parte del kan y del sultán. Su dominio

sobre sí mismo fue puesto a prueba muy pronto, cuando al regresar a Moscú le salieron al encuentro dos correos tártaros. El mensaje del kan era exultante y se dirigía al zar en un tono arrogante y presuntuoso. Decía: «Lo incendio y destruyo todo ante mí, para vengarme de Kazan y Astracán... estoy frente a ti. He quemado tu ciudad. Deseaba también tu cabeza y tu corona, pero tú no apareciste para luchar frente a nosotros, y todavía te atreves a llamarte monarca moscovita.» Su mensaje acababa con la amenaza de que si no se le entregaban en seguida Kazan y Astracán, los tártaros atacarían de nuevo

La respuesta de Iván fue conciliatoria y hasta humilde. En la misma proponía al kan darle Astracán, y como sabía que los tártaros eran muy avariciosos, el zar encargó a su embajador que aventurara la idea de que, en caso de que se le pidiera, el zar estaría quizá dispuesto a pagarle con mucha más largueza que hasta entonces. El inmediato propósito de Iván era impedir que el kan hiciera otro ataque en masa durante el siguiente año. Pero estaba seguro de que Devlet Girei sabía que tenía a los moscovitas a su merced, y volvería a atacarlos.

En verano de 1572, el kan, con 120 000 hombres, avanzó hacia el Oka de

nuevo. Iván se hallaba en Novgorod, pero había apostado un gran ejército bajo el mando del príncipe Mikhail I. Vorotynsky en Serpukhov. El kan, queriendo engañar a Vorotynsky, mandó un destacamento de 2 000 hombres para que le entretuvieran mientras el grueso del ejército cruzaba el Oka y se dirigía de nuevo a Moscú. Pero el general ruso no se dejó engañar por la estratagema. Salió al encuentro de los tártaros a unas treinta y cinco millas de la capital y los derrotó por completo después de una serie de combates sucesivos. El kan tuvo que huir con lo que quedaba de su ejército, y cuando más tarde se renovaron las negociaciones, al dirigirse al zar, empleó un lenguaje menos



arrogante y más respetuoso, como en sus anteriores tratos con él.



# Capítulo veinte: El testamento de Iván, 1572

Al ir transcurriendo los años, Iván cada vez estaba más impaciente por convertir a Moscovia en una nación poderosa y centralizada. La gran obra a la que había dedicado su reinado le parecía a veces imposible de conseguir acabarla. Cuando la duda y el temor se apoderaban de él se sentía deprimido. No temía a sus enemigos del exterior porque bien había conseguido hacer prevalecer su política frente a ellos, así

como mantenido las defensas del imperio. Los tártaros consiguieron incendiar Moscú en una ocasión, pero los ejércitos rusos se habían vengado rápidamente. No, no eran sus enemigos extranjeros los que le causaban temor, sino los que se hallaban dentro del imperio, que le llevaban a la desesperación; porque parecía que su lucha en contra de los mismos no iba a acabar nunca.

Un sentimiento de impotencia se apoderaba de Iván cada vez con mayor frecuencia y veía un peligro acechar sobre él mismo y su dinastía. La corona de Monomakh, que había recibido como posesión sagrada por parte de sus antepasados, estaba constantemente en

peligro. Luchaba con furia contra las continuas traiciones que él creía tenían su origen en la aristocracia boyarda y principesca, y consideraba que su lucha incesante salvaría la dinastía y la nación. Y esta sensación de inseguridad le llevaba a sus explosiones de cólera y crueldad y a las terribles ejecuciones.

Sin embargo, aun cuando estaba en lucha contra sus enemigos, Iván consideraba la traición como un castigo de Dios, y que por ello debía aceptarlo con humildad. Creía que la traición, al igual que las pestes y épocas de hambre por que pasaba la nación y los terribles fuegos de Moscú, caían sobre él por sus pecados. Iván siempre tuvo muy presente la carga que representaban sus

pecados. En sus cartas dirigidas a Kurbsky reconoce en varias ocasiones que «por naturaleza estoy totalmente envuelto por la fragilidad»

[\[255\]](#). Pasaba muchas horas cada día orando delante de los iconos sagrados, implorando la intercesión y guía del Salvador y de los santos. Pero, aunque la oposición que encontraba a la gran tarea que se había impuesto podía ser un castigo de Dios, no por ello le era factible abandonar la lucha, y la mínima noticia referente a una traición podía hacerle montar en cólera y desatar su crueldad. Pero empezaba ya a sentirse cansado, porque el combate requería un gran esfuerzo. La soledad hacía mayor

su angustia.

Tenía amigos y favoritos, como Malyuta Skuratov y Boris Godunov. Malyuta Grigory Lukyanovich Skuratov-Belsky, conocido como Malyuta Skuratov, fue su devoto esclavo y le sirvió fielmente hasta su muerte, ocurrida en el asalto de Wittenstein en 1572. Boris Godunov era su yerno, joven cortesano emparentado con la familia de la primera mujer del gran príncipe Vasili, padre de Iván. Gracias al favor de que disfrutaba su suegro en la corte, Boris Godunov causó en seguida agradable impresión sobre Iván y se convirtió en uno de sus favoritos. Era un hombre de trato encantador y discreción e inteligencia innatas, y

además se las arreglaba para no granjearse enemistades. Más tarde, después de la muerte de Malyuta Skuratov, se convertiría en el primer favorito de Iván que tendría sobre él una considerable influencia.

Pero estos favoritos no mitigaban la soledad de Iván en aquella época y a la mente del zar llegaba especialmente el recuerdo de Anastasia, a la que había amado tiernamente y que le había endulzado la vida con su amor y con su compañía. Fue probablemente con la idea de encontrar otra esposa parecida a Anastasia que concibió la idea de casarse de nuevo, y la puso inmediatamente en práctica.

La zarina María, la belleza asiática

que se convirtió en su segunda esposa, había muerto de repente el 1 de septiembre de 1569. Tanto Iván como la corte había guardado luto y en las iglesias de todo el país se rezaron plegarias por su eterno descanso. Pero María no contaba ni con el amor de Iván ni de su pueblo, y el duelo nacional había sido solamente superficial, sin las demostraciones populares de dolor verdadero que habían tenido lugar a la muerte de Anastasia. En algún momento se rumoreó que sus enemigos la habían envenenado o habían conseguido su muerte por medio de prácticas de brujería, y los sospechosos fueron ejecutados.

Unos dieciocho meses después de



estos acontecimientos Iván hizo pública su intención de casarse por tercera vez. Se mandaron mensajes a todos los rincones del reino ordenando a los padres de muchachas hermosas y virtuosas que las presentaran a los funcionarios del zar para una previa inspección. Finalmente se reunieron en Alexandrovsk más de 2.000 vírgenes procedentes de todas las clases sociales del país

[\[256\]](#). Entre ellas Iván escogió 12 jóvenes que posteriormente fueron examinadas más íntimamente por un médico y por mujeres ancianas de la corte. Los detalles más apreciados eran la belleza, buen carácter e inteligencia,

pero también se exigía que la muchacha que fuera escogida finalmente no tuviera defecto alguno y tampoco malas costumbres, como por ejemplo roncar mientras durmiera.

La escogida por Iván fue Marfa, la hermosa hija de Vasili Sobakin, un comerciante de Novgorod. Entre el último grupo de muchachas seleccionadas se escogió también a la esposa del heredero, Iván, hijo mayor del zar. La escogida fue Evdokiya Saburova.

Los padres de las dos muchachas fueron ascendidos a boyardos inmediatamente, al tiempo que se les daban cargos importantes y se les regalaban ricas haciendas. Como padres

y parientes de la zarina y de la esposa del tsarevich, ocuparon cargos en íntima relación con el trono y de mucha influencia.

Pero no bien había sido Marfa escogida para ser la esposa de Iván, que comenzó a languidecer. La joven había sido educada en la estrecha reclusión de las habitaciones destinadas solamente a las mujeres, y probablemente oiría historias alarmantes, por lo que la idea de casarse con el temido zar seguramente encogía su corazón. Pero muchos dijeron que estaba siendo envenenada ya fuera por brujería p por veneno lento administrado por los enemigos de Iván. El estado de Marfa empeoró y la sospecha se centró en las

familias de las dos primeras esposas de Iván. Al príncipe Mikhailo Temgrukovich, hermano de María, se le empaló en una estaca. Hubo otros que también fueron ejecutados o envenenados, pero no todas las víctimas pertenecían a las familias de las dos primeras esposas del zar, y quizás algunos de ellos fueran simplemente culpables de no cumplir con su deber o acusados de traición durante el asalto del kan a Moscú. Grigory Gryany, uno de los antiguos favoritos de Iván, murió de una forma horrible, envenenado, aproximadamente en esta época, pero se desconocen las acusaciones que se le hicieron.

El 28 de octubre de 1571 Iván se

casó con Marfa, y tanto Boris Godunov como Malyuta Skuratov ocuparon lugares destacados en la ceremonia. Seis días después el tsarevich se casó con Evdokiya. Marfa estaba ya enferma cuando se casó, pero Iván expresó su confianza de que por medio de su amor y por la gracia de Dios curaría pronto. Sin embargo, su estado empeoró y después de dieciséis días de matrimonio, todavía sin consumar, la joven que había sido escogida entre 2.000 por su belleza y su buen carácter, falleció

[\[257\]](#).

A Iván la muerte de su esposa de una forma tan trágica debió de parecerle una señal clara de la cólera divina. Pero

reaccionó con desesperada impaciencia, como si estuviera poseído por una terrible necesidad de tener una esposa y compañera, y dos meses después de la muerte de Marfa contrajo nuevo matrimonio. Su cuarta esposa fue Anna Alexeevna Kaltovskaya, una hermosa muchacha de humilde origen. Este matrimonio se celebró de una forma furtiva y sin publicidad, sin ninguna de las proclamas ni reuniones de muchachas que eran normales cuando el zar quería tomar esposa. La razón de esta prisa y secreto era que, como Iván muy bien sabía, la ley canónica prohibía un cuarto matrimonio. Una vez hecha la falta se dio cuenta de que de esta forma cargaba sobre sí otro pecado, y

temiendo que el Señor quisiera de nuevo deshacer el matrimonio con una nueva tragedia, Iván se apresuró a buscar el perdón y la bendición de la Iglesia.

Fueron llamados todos los obispos para que acudieran a la catedral Uspensky, al frente de los cuales se hallaba Leonid, arzobispo de Novgorod, ya que el metropolitano Kirill acababa de fallecer. Iván les habló de la muerte de su primera esposa debida a las prácticas mágicas de sus enemigos y también de su segunda mujer que falleció envenenada. «Esperé algún tiempo», dijo Iván «y decidí contraer nuevo matrimonio, en parte porque mi cuerpo me lo pedía... porque la vida sin una esposa está llena de tentaciones»

[\[258\]](#). Hizo referencia, de forma conmovedora a la muerte de Marfa y continuó: «desesperado y apesadumbrado quise dedicarme a la vida monástica, pero dándome cuenta de lo jóvenes que son mis hijos todavía, y viendo el imperio en medio de duros trances, me atreví a tomar una cuarta esposa»

[\[259\]](#). Se sometió con humildad al veredicto de la Iglesia y pedía su bendición.

Los obispos estudiaron su petición y le impusieron algunas penitencias, pero reconocieron el matrimonio y dijeron que rezarían por la zarina Anna. Al mismo tiempo, temiendo que otros



podrían seguir el ejemplo, amenazaron con la condenación eterna al hombre que tomara una cuarta esposa. Después el Consejo de Iglesia se ocupó de la elección de un nuevo metropolitano y escogieron a Antonio, arzobispo de Polotsk, que fue aprobado por Iván.

La zarina Anna pudo contar con el afecto de Iván solamente durante tres años. Quizá fue debido a que no le dio ningún hijo durante este tiempo y por lo tanto se la consideró estéril, o simplemente, y lo que es más probable, que Iván se cansó de ella. En 1575 se la mandó al convento de Tikhvinsky y se le afeitó la cabeza como a las monjas, cuyo acto se consideraba ya un divorcio. Dentro del mismo año Iván se casó de

nuevo, por quinta vez. Su nueva esposa se llamó Anna Vassilchikova, y la boda se celebró sin ceremonia eclesiástica. Tampoco su familia ocupó lugar alguno en la corte como habría ocurrido si la boda se hubiera considerado oficial. Como sea que casarse por quinta vez era algo nunca imaginado, y que habría necesitado una dispensa muy especial de la Iglesia, Iván se limitó sin duda alguna a tomar a Anna como a su concubina. Igual pasó con su sexta esposa, una viuda muy hermosa llamada Vassilissa Melentievna, a la cual se llamaba «la mujer»

[\[260\]](#).

También en el verano de 1572,

mientras estaba en Novgorod, Iván hizo su testamento. Se trata de un documento enternecedor, que nos da una idea bastante clara de sus ideas y sentimientos. Este documento nos lo revela como a un hombre valeroso y decidido, y de una lealtad extraordinaria. También demuestra sus temores en cuanto a la inseguridad por sí mismo y por su dinastía en el trono de Moscovia, y su convencimiento de que si por un momento abandonara la continua lucha contra sus enemigos, él y su familia se verían obligados a huir de su patria y condenados al destino de tristes exiliados en tierra extranjera. Además creía también Iván que su propia muerte no tardaría en ocurrir.

El testamento comienza con una confesión de su fatiga y decaimiento, tanto físicos como espirituales, aunque no contaba más que 42 años por entonces.

«Mi cuerpo se debilita y mi alma está enferma. Las heridas de la carne y del espíritu se multiplican y no hay doctor que pueda curarme. He esperado que alguien viniera a ayudarme a soportar el dolor, pero no he encontrado a nadie que me consolara. Todos me devuelven mal por bien y odio por amor...»

[\[261\]](#)

La mayor parte del testamento son instrucciones de Iván a sus hijos, y éstas comienzan con las siguientes palabras

de Cristo: «Quiero que os améis unos a otros.» A estas palabras Iván añade: «Debéis estimaros uno al otro y tener siempre en vuestras manos, dentro de lo posible, los asuntos militares.» Por medio de este mensaje Iván dice a sus hijos que deben conservarse unidos de una forma indivisible ante toda eventualidad, hasta que llegue el momento en que hayan conseguido hacer desaparecer la traición del país y que el heredero, Iván, se halle firmemente instalado en el trono. Deben rodearse de personas fieles, pero ni por un instante descansar en su vigilancia. A los que les sirvan con honradez deberán amarlos y favorecerlos, así como castigar a los que se porten mal, pero no de una forma

inmediata y colérica, como él, Iván, hace tan a menudo, sino después de reflexionar y calmar sus ánimos.

Continúa el testamento aconsejando que los dos príncipes imperiales que deben hallarse siempre bien informados sobre los asuntos concernientes a la Iglesia y al Estado, así como respecto a la forma de vida de todas las clases sociales del pueblo, tanto en Moscovia como en otros países, así como en asuntos de política, especialmente en lo que hace referencia a política exterior. «Si no sabéis estas cosas -les dice Iván a sus hijos, en el testamento-, no seréis vosotros los que gobernéis vuestro país sino otros.»

Insiste Iván en la necesidad de que los dos hermanos se hallen unidos para hacer frente a los males que aflijan al imperio.

«Debido al gran número de mis pecados, Dios ha descargado su cólera... y mis pecados han sido la causa de muchas de vuestras desgracias, pero la aflicción por las desgracias enviadas por Dios no debe volveros débiles. No debéis separaros en nada hasta el momento en que Dios perdone y deje de descargar males sobre nosotros.»

[\[263\]](#)

Después Iván se dirige por separado a cada uno de sus hijos. Se

aparta así de la costumbre seguida por sus predecesores, que se limitaban a ordenar a sus otros hijos que obedecieran al mayor, que ocuparía el lugar de su padre y lo sería para ellos.

Esta disposición citada no había sido suficiente en el pasado para evitar peleas con motivo de la sucesión. Iván pedía a su hijo Teodor que obedeciera a su hermano mayor hasta la muerte, y no se opusiera nunca a él, y aun en el caso de que fuera perjudicado por él, nunca debía hacer uso de las armas para ganar su causa. Por primera vez el hermano menor estaba por completo supeditado al mayor. De esta forma quedaba invalidado todo posible pretexto para rivalidades familiares y en el futuro se



consideraría traición cualquier revuelta contra el hermano que había sucedido al padre en el trono.

También hizo otra innovación en su testamento, y ésta se refería al legado del Imperio. La costumbre seguida por los grandes príncipes de Moscovia era conceder la mayor parte del imperio a su hijo mayor y principados independientes y de cierta importancia a los otros hijos. Pero Iván no siguió esta costumbre tampoco. Nombraba a su hijo Iván heredero y sucesor de la corona de Monomakh, con todas las dignidades del título de zar y de todo el imperio. A su segundo hijo Feodor le concedía solamente catorce ciudades y ninguna parte de Moscú. De esta forma

confirmaba el poder y las posesiones del hijo mayor, negando al menor cualquier clase de independencia.

En una de las últimas cláusulas del testamento Iván hace referencia a la Oprichnina y sus instrucciones reflejan la desilusión que esta institución le había causado, así como sus guardias especiales.

El heredero podía, si quería, continuar utilizándola o abandonarla, según considerara más conveniente. Sin embargo, unas semanas después de redactar su testamento el mismo zar había decidido respecto a este punto.

Se hallaba Iván en Novgorod, en el año 1572, cuando los correos le trajeron la noticia de las derrotas sufridas por

los tártaros de Devlet Girei gracias a Vorotynsky. Iván tuvo una gran alegría porque estas victorias borraban la humillación de los incendios sufridos por Moscú. Muy poco tiempo después se enteró de la muerte de su gran enemigo, el rey Segismundo Augusto, ocurrida el 7 de julio de 1572. Rápidamente volvió a Moscú, donde hizo una entrada triunfal y fue ovacionado por su pueblo.

Por primera vez desde hacía muchos años los habitantes de Moscú tenían el suficiente humor para festejar algún acontecimiento.

La peste había desaparecido, la comida era suficiente para sus necesidades, y por último su ejército

había derrotado a los odiados tártaros. Dieron alegremente la bienvenida al zar, su gobernante y padrecito al mismo tiempo. Sin embargo, Iván no dedicó su tiempo a festejos y celebraciones, sino a los preparativos para la invasión de Estonia. Al mismo tiempo llevaba negociaciones secretas respecto a la subida al trono de Segismundo Augusto, por parte del mismo zar o de su hijo mayor. También fue durante estas semanas que dispersó la Oprichnina

[\[264\]](#).

Hacia ya dos años o más que la confianza del zar en la Oprichnina había ido decayendo. Esta institución no había conseguido proporcionarle la seguridad

que anhelaba tener. Igualmente no había servido para proteger a la zarina Marfa de la brujería. Su confianza en sus guardias especiales, los Oprichniki, vacilaba. Varios de los hombres más importantes entre ellos se habían visto implicados con Pimen en la sedición de Novgorod y fueron ejecutados. Asimismo el no haber sabido defender Moscú contra los tártaros el año anterior había demostrado que no eran hombres en los que pudiera confiarse la defensa de la nación. Esto se había visto confirmado, además, por el hecho de que la Zemshchina, al mando de sus boyardos, había rechazado la segunda invasión del kan, consiguiendo una victoria resonante.

Los otros dos factores que jugaron un papel importante en la decisión del zar de hacer desaparecer la Oprichnina fueron, primero el odio que esta institución provocaba en el corazón del pueblo, y el otro, la posibilidad de que la mala fama de los Oprichniki pudiera alarmar a los polacos y lituanos y poner en peligro las negociaciones que se estaban llevando a cabo. La idea de que el pueblo odiara a la Oprichnina, en principio a Iván le había parecido muy bien, ya que creía que de esta forma se aseguraba la lealtad de sus guardias. Pero esto no había sido suficiente para impedir que cundiera la traición entre ellos. Por otra parte, la gente había seguido siendo leal al zar y soportado

con paciencia las dificultades y desastres sufridos sin rebelarse.

Así pues, la Oprichnina fue abolida, pero se necesitó bastante tiempo para deshacer por completo la compleja situación creada con la misma. Era difícil de arreglar el asunto de la burguesía al servicio del estado, algunos de cuyos miembros servían en la Oprichnina y otros en la Zemshchina. Pero el problema de mayor importancia era el reparto de tierras. Heinrich Staden, un alemán que había servido en la Oprichnina, aseguró que los burgueses, zemsky, que habían conseguido derrotar a los tártaros, recibieron como recompensa propiedades patrimoniales. Los

Oprichniki fueron desposeídos de las tierras anteriormente concedidas y tuvieron que contentarse con las nuevas tierras que les fueron entregadas en otras partes en concepto de arrendamiento. Había además otra complicación, ya que los propietarios que regresaban a las tierras ocupadas por la Oprichnina, las encontraban en estado de ruina y sin campesinos que las cuidaran.

Iván III había establecido familias procedentes de Novgorod en haciendas bajo condición de servicio, principalmente en la frontera occidental, pero esta colonización se llevó a cabo de una forma ordenada y se había conseguido el propósito de consolidar las propiedades de las nuevas regiones.



Pero la desordenada vuelta de los antiguos propietarios a sus haciendas después de abolida la Oprichnina y cambiar de asentamiento a los Oprichniki, para lo cual se necesitó un largo período de tiempo, interrumpió el servicio militar, empobreció la tierra y hasta cierto punto debilitó el poderío militar del país.

Por aquella época Iván, sin embargo, estaba absorbido en su lucha por asegurarse la posesión de Livonia, aunque para ello fuera necesario aceptar el trono de Polonia y Lituania, y además estaba preocupado también por las nuevas amenazas de sedición por parte de los boyardos. El príncipe Iván Mstislavsky cuyo rango y nobleza le

hacían destacarse muy por encima de todos los otros príncipes y boyardos, y que había sido el jefe de la Zemshchina, junto con otros, confesó en 1571 que había traicionado al país proporcionando ayuda a Devlet Girei para que pudiera cruzar el río Oka. Gracias a la intervención del metropolitano y otros eclesiásticos Iván accedió a perdonarle, pero le exigió un juramento comprometiéndose a no huir junto a los enemigos del zar. El zar exigió igualmente que tres boyardos fueran fiadores de su palabra y que 285 personas garantizaran la lealtad de estos tres boyardos

El hecho de que Mstislavsky pudiera haberse comportado de tal forma demostró a Iván que sus temores y sospechas eran algo más que simples quimeras. En el año 1572 fueron decapitados en Moscú el archimandrita del monasterio de Chudov, un arcipreste y varias otras personas, y sus cabezas fueron echadas a los patios exteriores del palacio de Mstislavsky. Sin duda alguna las víctimas se habían visto enredadas en la confabulación, pero éstas no tuvieron su suerte, y pagaron con la vida.

Durante el año siguiente Iván ordenó la ejecución del príncipe Nikita Odоеvsly y de Mikhail Morozov, con su esposa y dos hijos, así como de Peter

Kurakin y el boyardo I. A. Buturlin, todos ellos acusados de haber ayudado al kan o de haber contribuido a causar la muerte a la esposa del zar, Marfa. También fueron ejecutados unos cuantos hombres que habían sido Oprichniki. Resulta muy sorprendente el arresto del gran jefe militar, el príncipe Mikhail Vorotynsky. Había estado encarcelado en el monasterio de KirilloBelozersky, pero Iván le llamó a su lado concediéndole un cargo importante en el cual se había destacado notablemente. Esta vez fue mandado de nuevo al monasterio bajo acusaciones que desconocemos, y murió en el camino

No se registraron más ejecuciones durante los ocho últimos años del reinado de Iván

[\[267\]](#). Quizá se cansó de mandar traidores y sospechosos a la muerte o quizá pensaría que la ejecución no era una acción efectiva para desarraigar la traición entre sus nobles. La falsedad de Mstislavsky posiblemente le demostraría que en ningún caso la ejecución era una solución definitiva. Durante su reinado Iván había castigado y eliminado a todos los que le traicionaban a él o al país, pero hacia el final de su vida abandonó la severidad y, como había hecho con Sylvester, dejó el castigo de los traidores y otros

malhechores al juicio final de Dios.

De todas formas, Iván sentía pesar sobre él, el miedo constante de sedición y las tremendas cargas de la autoridad, que le resultaban ya demasiado grandes. Algunas veces sentía la necesidad de que le relevaran de sus responsabilidades frente a la nación y ante su dinastía. Hasta puso en escena una charada, en la cual él realizaba su propio papel y nombraba en su lugar a un tártaro bautizado, el príncipe Simeón Bekbulatovich. Iván le coronó formalmente, demostrándole todos los respetos propios de un zar, y se dio a sí mismo el nombre de Iván Moskovsky. Durante algún tiempo vivió como un boyardo, de forma privada, en la calle

Petrovka de Moscú. Han llegado hasta nuestros días algunos documentos editados en nombre del «gran príncipe Semeon de toda Rusia». Durante dos años Semeon se sentó en el trono y el boyardo Iván Moskovsky vivió en paz, atravesando las calles de Moscú y tomando su lugar entre los boyardos de menos importancia en la corte, distanciado del trono. De repente Semeon fue destronado y exiliado honorablemente en Tver. Iván ocupó de nuevo el lugar que le correspondía. Los únicos asuntos que había cedido a Semeon para que se ocupara de ellos durante el tiempo que estuvo en el trono, fueron los de representación, pero durante su alejamiento voluntario del

trono Iván había comprobado que no podía alejar de sí ni la responsabilidad ni el cargo para los que había nacido.



# **Capítulo veintiuno: Stefan Batory y el final de la guerra de Livonia, 1576-1582**

Al morir Segismundo Augusto sin dejar heredero, los polacos y lituanos se dispusieron inmediatamente a la elección de un nuevo soberano. Anteriormente, la monarquía había sido hereditaria porque el rey siempre era elegido entre la dinastía Jagellon, pero este caso era distinto. La elección era enteramente libre. Inmediatamente el

país se encontró dividido en facciones, cada una de ellas luchando por sus intereses particulares. Los lituanos eran protestantes acérrimos y temían la persecución por parte de los católicos. Los polacos y lituanos se hallaban divididos en facciones regionales y de clases, y las rivalidades entre los magnates y la burguesía eran muy grandes.

Iván era uno de los cinco candidatos al trono y su candidatura la favorecían especialmente los lituanos ortodoxos, la mayoría de los cuales eran rusos y veían en él a su verdadero gobernante. También tenía partidarios entre los protestantes, que creían que sería capaz de conseguir la tolerancia

religiosa, y entre los burgueses, que consideraban que no solamente actuaría de forma que humillaría a los magnates sino que también les defendería contra el emperador y el sultán. Los católicos se hallaban en contra de su elección, junto con todos los partidarios con que contaban.

Iván se mantenía alejado de estos forcejeos. No había demostrado tener un entusiasmo especial respecto al trono polaco cuando dos años antes se le había sugerido la idea, cuando aún vivía Segismundo Augusto. Por entonces le había ilusionado solamente la idea de dar un gran paso en su política en favor de Moscovia. Si era elegido, podría entonces ratificar su posesión de

Livonia y recuperar Kiev y Ucrania y la Rusia Blanca. Los intereses de Polonia y Lituania no le importaban lo más mínimo.

Iván regresó a Moscú, procedente de Novgorod, a finales del verano de 1572. Allí había recibido al correo Voropai que le traía la noticia oficial de la muerte del rey y también un mensaje del Seym polaco-lituano, expresándole su apoyo para la elección del príncipe Feodor para el trono desierto. La respuesta de Iván fue larga, y en la misma el zar detallaba los muchos factores existentes en favor de su candidatura. Pero sus comentarios revelaban también la lucha que tenía lugar en su conciencia. Sin duda el

prestigio y el poder de ser monarca de Polonia y Lituania además de Moscovia le atraían. Al mismo tiempo se daba cuenta de las grandes dificultades con que tendría que enfrentarse, en especial la oposición de los polacos y de la Iglesia católica. Iván era un hombre práctico y de visión clara y todas sus ideas se concentraban en crear una Moscovia fuerte. Pero no podía dejar de atraerle el trono polaco y en su discurso a Voropai demuestra al principio bastantes ganas de ser elegido.

Iván comenzó por asegurar a Voropai que si los nobles de Polonia y Lituania le escogían por gobernante, encontrarían en él un jefe fuerte y un defensor de la ortodoxia. Además, si los

dos países se unían no habría ninguna nación que pudiera hacerles frente. Y dándose cuenta de que su reputación personal tendría mucha importancia en su elección, y no precisamente para favorecerle, se defendió diciendo:

«En tu país mucha gente dice que tengo mal carácter; es verdad que lo tengo y que me encolerizo a menudo. No me siento orgulloso de ello, pero que me pregunten contra quiénes me enfado y yo contestaré que es con aquellos que demuestran maldad hacia mí. A los que me son leales no les puedo negar ni esta cadena que llevo conmigo ni mi propia capa.»

Como conocía muy bien la ambición y la corrupción de la burguesía polaca, habló de su riqueza, diciendo que su tesoro y sus dominios eran dos veces los que su padre y abuelo, que habían gozado de gran prestigio entre los nobles polacos y lituanos.

De nuevo Iván se defiende de las críticas antes de que éstas hayan sido hechas, diciendo que si no pudo defender Moscú contra el kan en 1571 fue porque algunos de sus vasallos le habían traicionado al kan de Crimea, cuyo ejército era de 40 000 hombres frente al ruso de 6 000. Según él, no se le había comunicado la situación exacta, y cuando se había dado cuenta de que su

propia gente le había traicionado, optó por retirarse. El fuego ardía en Moscú cuando él se enteró de que los tártaros se hallaban allí y habían logrado penetrar cruzando las defensas. Pero había castigado con dureza a los culpables, de igual forma que en Lituania se castigaba a los traidores.

«Si es la voluntad de Dios que yo sea su soberano -continuó diciendo Iván, refiriéndose a los nobles polacos y lituanos-, en tal caso juro a Dios y a ellos que defenderé todos sus derechos y libertades y, si fuera necesario, se las ampliaré. No deseo hablar de mis virtudes o mis defectos. Si los nobles polacos y lituanos me enviaran a sus



hijos para servirme a mi o a mis hijos, entonces sabrían si soy irritable o amable.»

[\[269\]](#)

En ciertos puntos el discurso de Iván parece indicar que había olvidado su recelo y estaba entusiasmado por su posible elección. Hablaba con interés y se defendía con convicción. Al referirse a Kurbsky, que se había refugiado en Lituania y actuado en contra suya con tan violenta energía, Iván explicó su posición de forma persuasiva. Pero cuando llegó el momento de hablar de Livonia, demostró que era todavía las orillas del Báltico y no el trono polaco lo que le importaba.

«Pero si no queréis aceptarme como soberano vuestro, en tal caso mandadme al gran embajador para que podamos concluir una alianza. No insisto en conservar Polotsk; todos sus alrededores, incluyendo la tierra que pertenece a Moscovia, estoy dispuesto a cederlos si se me cede Livonia y su paso por el Dvina. De esta forma podemos firmar una paz eterna con Lituania.»

[\[270\]](#)

Después de la partida de Voropai transcurrieron seis meses antes de que fuera a Moscú otra misión para tratar sobre la elección de rey. Durante este

tiempo otros monarcas interesados en ser elegidos para el trono polaco enviaron embajadas importantes a Polonia haciendo todo lo posible, por medio de regalos y confabulaciones, para conseguir partidarios para sus candidaturas. Pero Iván no quiso participar en el regateo y no mandó ni embajadores ni hizo sobornos. En realidad los hechos parecen indicarnos que en estos seis meses había cambiado de nuevo de parecer. Mikhail Garaburda, el embajador que representaba únicamente al Seym de Lituania y no a los polacos, y que fue a Moscú a principios del año 1573, parece que le encontró muy difícil de tratar y poco amable. Le indicó que era

necesario que de una vez dijera si deseaba ser elegido rey él mismo o si prefería que se eligiera quizás a su hijo. Añadió el embajador que en el caso de que uno de ellos fuera el elegido del Seym de Lituania requeriría la cesión de algunas ciudades. Esto desagradó a Iván, en especial porque las condiciones de los lituanos se referían al tsarevich. «Mi hijo no es una doncella, para que sea necesario darle una dote», les dijo

[\[271\]](#). De cualquier forma, no se mostró partidario de que fuera elegido uno de sus hijos para el trono polaco, porque ello podía hacer surgir rivalidades entre ellos. Recomendó sin embargo la candidatura del archiduque

Ernst, hijo del emperador, hacia el cual dijo Iván que se sentía tan bien dispuesto como podía estarlo hacia uno de sus propios hijos.

Sin embargo, había otra forma de enfocar el asunto que ejercía mayor atracción para Iván. Le dijo al embajador de Lituania: «Sería para mí todavía más agradable que el gran principado de Lituania me escogiera para gobernarles, pero sólo a los lituanos, sin incluir la corona polaca.»

[\[272\]](#) Iván consideraba a Polonia como un país lejano y apartado de él, mientras que Lituania le era familiar y en parte estaba habitado por su propia gente. Insistió en esta alternativa,

explicando a Garaburda que él era ya viejo y le sería difícil gobernar Polonia y Lituania al mismo tiempo que Moscovia. No obstante, Iván sabía perfectamente que la unión entre los lituanos y los polacos no era fácil de deshacer. Concluyó diciendo que fuera quien fuera el elegido, los nobles debían tener cuidado de no elegir un soberano francés, que estaría más dispuesto a defender los intereses turcos que los de la cristiandad.

Los informes que Garaburda envió a Vilno y Varsovia, así como los anteriores de Voropai, respecto a la actitud del zar ante su posible elección y sus cambios de opinión, no contribuyeron mucho a favorecer su

candidatura. Además no solamente se negaba a mandar embajadores, sino que rechazó las sugerencias de sus partidarios polacos y lituanos para que mandara dinero para sobornos, o hiciera abandonar Polotsk a su ejército, con lo que sin duda alguna se decidiría la votación a favor suyo. Pero Iván ya había decidido que no tenía en realidad gran interés en ser elegido rey, y que lo que más le importaba sobre todo era tener Livonia bajo su poder.

Los dos candidatos más fuertes para la corona de Polonia y Lituania eran el archiduque Ernst y Enrique de Valois, hijo de Catalina de Médicis. Los magnates de la nación se mostraban a favor del archiduque, pero la burguesía

se oponía radicalmente a tal elección. Declararon que nunca aceptarían un rey de la casa de Habsburgo, que sin duda alguna les privaría de sus derechos e independencia. El sultán turco llegó a amenazar con la guerra si' se elegía a un Habsburgo.

El candidato francés Henri de Valois contaba con el total apoyo de los católicos y del sultán turco. El enviado francés en Polonia, obispo Montluc de Valence, hizo mucho para favorecer su causa. Sin embargo, no dejó de encontrar considerable oposición, debido a que la masacre del Día de San Bartolomé había impresionado profundamente no sólo a los protestantes, sino hasta a los mismos



católicos polacos. Durante un tiempo su miedo fue común, ya que les atemorizaba la posibilidad de una persecución religiosa por parte de un gobernante católico.

Se reunieron protestantes y católicos el 28 de enero de 1573 y firmaron un acuerdo, que se conoce como Confederación de Varsovia, y por el que se garantizaba la tolerancia religiosa en todo el país.

Cuando finalmente fue elegido rey Enrique de Valois, en gran parte gracias a las influencias de Montluc, se le hizo firmar oficialmente esta Confederación, así como unas garantías especiales, según las cuales se comprometía a respetar la Constitución polaca y todos

los derechos de que disfrutaba la burguesía.

Enrique de Valois fue coronado rey el 21 de febrero de 1574 en la catedral de Cracovia. En seguida se comprobó que la elección no hubiera podido ser menos afortunada. Enrique resultó ser un hombre irresponsable, mal educado, disoluto y que no reunía ninguna de las condiciones indispensables para ser un buen soberano. Además, encontró la oposición de las luchas de partidos en su corte y las demandas de la burguesía polaca. Abandonó ante ello cualquier idea que pudiera haber tenido de aceptar sus responsabilidades, y se dedicó a vivir de forma desordenada y libertina. De repente murió su hermano y su madre

le llamó a París. Enrique de Valois partió en secreto de Polonia, y su reinado tuvo un ignominioso final.

El emperador Maximiliano e Iván se habían aproximado uno al otro debido a la mutua oposición a la elección de un francés para el trono polaco. Francia era aliada del enemigo tradicional de Austria, la Puerta Otomana, y un rey francés en el trono de Polonia y Lituania sin duda alguna reforzaría la posición del sultán, lo que redundaría en perjuicio del emperador y del zar. Maximiliano llegó a sugerir al zar que se apoderara de Lituania, dejando Polonia para Austria, y que entonces formaría una alianza en contra de los turcos. Ambos gobernantes habían

tenido una fatal sorpresa al enterarse de los acontecimiento del Día de San Bartolomé, y en particular, Iván se sentía indignado por la crueldad del rey francés que hacía «verter tanta sangre sin razón alguna»

[273]. Para el zar, la intolerancia religiosa nunca era un motivo suficiente para hacer correr la sangre; en cambio, sí lo era la traición, que podía amenazar la propia existencia de una nación.

Enfadados y humillados por la actitud despreciativa de Enrique hacia la corona, muchos polacos y lituanos estaban dispuestos a considerar vacante el trono, pero gracias a la insistencia del primado, se dio un plazo a Enrique,

hasta el 12 de mayo de 1575, para que regresara a Polonia si deseaba retener el trono. Mientras tanto, en Polonia habían comenzado de nuevo los sobornos y regalos por parte de embajadas y agentes, con el fin de apoyar nuevas candidaturas para las elecciones que ya se consideraban casi seguras. Volvió a surgir la rivalidad entre los Habsburgo y los Valois. El emperador tenía gran interés en que su hijo, el archiduque Ernst, fuera el elegido, ya que de esta forma se debilitaría la influencia francesa en la Europa occidental, al mismo tiempo que la posición de su hijo reforzaría su poder en Hungría, perjudicando al sultán turco.

Los embajadores imperiales Hans

Kobenzl y Daniel Prince llegaron a Moscovia en enero de 1576. El mismo Iván les dio la bienvenida en Mozhaisk, y la recepción y distinciones que les otorgaron no habían sido igualados anteriormente. Todo ello tendía a impresionar a los enviados del emperador. Iván les recibió vestido con sus ropas más valiosas, y los boyardos se agrupaban junto al trono llevando sus vestiduras bordadas en oro. Tanto la bienvenida como las recepciones posteriores dejaron maravillados a los embajadores. El ceremonial moscovita era muy pomposo, pero de un esplendor inigualado. En sus informes a Viena, Kobenzl escribía:

*«He visto los tesoros de vuestra majestad imperial, de los reyes de España, Francia, Hungría, Bohemia y del duque de Toscana, pero no he visto nada igual a las riquezas de Iván... Cuando pasamos por Polonia camino de Rusia, los magnates polacos nos asustaron contándonos historias sobre el poco refinamiento de la corte moscovita. ¿Cuál ha sido la realidad? Ni en Roma ni en España habríamos podido encontrar un mejor recibimiento, porque el zar sabe con quién trata y la forma de hacerlo.»*

[\[274\]](#)

Iván demostró toda clase de

consideraciones hacia los embajadores, pero no por ello fueron aceptadas todas las proposiciones del emperador. Estuvo de acuerdo en apoyar la elección del archiduque Ernst, pero encontró completamente inaceptable la petición de abandonar Livonia, que el emperador aseguraba le pertenecía. Kobenzl habló con elocuencia de la necesidad de que los poderes cristianos se unieran, capitaneados por el zar y el emperador, para expulsar al sultán de Constantinopla haciéndole retirarse a los desiertos de Arabia, después de lo cual el antiguo imperio de Grecia quedaría en poder del zar. Este era un proyecto grandioso, de la clase de los que no ejercían atracción alguna a la



mente de tipo práctico del zar. Iván tenía sus intereses no en el Bósforo y Helesponto, sino en el Báltico. Por ello replicó con frialdad que Lituania y Kiev debían quedar permanentemente unidas a Moscovia y que Livonia había siempre pertenecido al zar. Los embajadores imperiales accedieron de mala gana a las exigencias de Iván respecto a Kiev y Livonia, pero señalaron las dificultades que se presentarían para una separación de Lituania y Polonia. Kobenzl puso en guardia a Iván respecto a las intenciones de muchos polacos de elegir para el trono a Stefan Batory, príncipe de Transilvania, vasallo del sultán, pero Iván, cuyo mayor interés residía en que el emperador reconociera formalmente

su posesión de Livonia, no se dejó intranquilizar por tales rumores

[275]

Durante la primera elección no se había mencionado el nombre de Stefan Batory, pero ahora su nombre exaltaba la imaginación de la burguesía polaca. Batory había nacido en Hungría, pero era un héroe nacional en Transilvania y en Hungría como resultado de su lucha en contra del emperador. La burguesía polaca, que temía a sus propios magnates y a los Habsburgo, consideraba a Batory el candidato ideal. Y el hecho de que el sultán le apoyara decía también mucho en su favor.

El 14 de diciembre de 1575, la

burguesía eligió a Batory para ocupar el trono, bajo la condición de que se casara con la princesa Anna, hermana del fallecido Segismundo Augusto, con lo que continuaría existiendo un lazo con la estirpe de los Jagellon. Sin embargo, dos días antes los magnates, que se reunieron en el Senado de Varsovia, habían elegido a Maximiliano II para ser rey de Polonia. La burguesía rechazó categóricamente tal elección, pero por su parte los magnates no quisieron tampoco reconocer a Batory. Entonces a toda prisa se enviaron embajadas a Batory, al mismo tiempo que los magnates las enviaban a Maximiliano. Estos enviados especiales notificaron a cada uno de los elegidos su propia

elección e insistieron en la necesidad de que se desplazara lo antes posible a Cracovia para ser coronado. Parecía que la confusión se resolvería con una especie de carrera venciendo el que antes llegara a Cracovia. Pero Maximiliano reaccionó con gran precaución e insistió en esperar la confirmación de que el zar le apoyaba. En realidad, no aceptó oficialmente la corona polaca hasta el 23 de marzo de 1576, y para entonces era ya demasiado tarde.

Batory había aceptado la corona inmediatamente y había igualmente declarado en público en dos ocasiones que haría honor a todas las condiciones exigidas por la nobleza polaca. A

mediados de mayo partió hacia Cracovia, y su viaje fue triunfal. Hizo una entrada magnífica en la antigua ciudad entre los entusiasmados gritos de bienvenida de sus futuros vasallos. Fue coronado el 29 de abril, y luego se celebró su matrimonio con Anna.

Pocos meses después de su coronación, los polacos de todos los rincones del país habían jurado fidelidad a Batory. Hubo, sin embargo, una excepción: la ciudad de Danzig, que dominaba el comercio polaco en el Báltico. Los vecinos de Danzig en la segunda elección habíanse mostrado a favor del emperador Maximiliano II, con la esperanza de que si era elegido rey de Polonia devolvería a la ciudad sus

antiguos derechos al mismo tiempo que incrementaría el comercio que pasaba por sus manos. Consideraban a Batory un simple príncipe regional sin ninguna clase de conocimientos comerciales.

Al saber Batory la actitud de los vecinos de Danzig actuó de forma tan atrevida que hasta los mismos polacos quedaron desconcertados. Declaró a los ciudadanos de Danzig fuera de la ley y embargó su comercio. Pero esto no bastó para hacerles cambiar de actitud y en vista de ello, en junio de 1576, Batory puso sitio a la ciudad. Hasta diciembre de 1577, casi dos años después de su coronación, no pudo conseguir que Danzig le jurara lealtad y obediencia.

Iván aceptó la elección de Stefan Batory aparentemente con indiferencia. A finales de 1576 llegaron a Moscú embajadores polacos del nuevo rey con proposiciones de paz permanente, ya que Batory no deseaba tener dificultades con los moscovitas mientras se ocupaba de Danzig. Pero en la nota polaca se omitía a propósito el mínimo protocolo exigido como era dirigirse a Iván por su título de zar, y por otra parte, al referirse a Batory en la nota se hablaba del «rey» de Livonia, por lo que no consiguió más que ser motivo de enfado.

Iván decidió conquistar completamente Livonia. Como sabía que Batory estaba ocupado en Danzig, él aprovecharía para conquistar las

ciudades livonias que se hallaban bajo el poder de suecos y polacos. Después de esto ya podría negociar una paz permanente. A últimos de 1576, su ejército, compuesto por unos 50 000 hombres, estaba ya listo para marchar, partiendo de Novgorod, y el 23 de enero del siguiente año, los moscovitas pusieron sitio a la ciudad de Reval. Pero las guarniciones suecas y el pueblo defendieron la ciudad valerosamente, y después de seis semanas los moscovitas se vieron obligados a levantar el sitio y retirarse, debido a las bajas temperaturas del invierno y a las enfermedades.

Iván fue a Novgorod con sus dos hijos en la primavera de 1577. Había



ordenado que tropas procedentes de todos los rincones del imperio acudieran allí y en Pskov, y el ejército que se reunió era uno de los mayores que Moscovia había tenido. Todos creían que el proyecto del zar era aplastar Reval. Pero no era así. Estaba en vigor todavía un armisticio con Polonia, pero a pesar de ello, Iván hizo penetrar a sus tropas en las regiones del sur de Livonia, ocupadas por los polacos. Las guarniciones polacas y alemanas, completamente desmoralizadas por el acercamiento del ejército moscovita, y poco preparadas para tal invasión, capitularon pronto, y en pocos días se tomaron seis ciudades importantes.

Magnus, a quien Iván había

perdonado por su fracaso en Reval en 1570, por fin pudo armarse de valor para aparecer ante el zar, en Pskov. Fue acogido con amabilidad y recibió instrucciones de utilizar su tropa alemana para capturar Wenden. De todas formas, Iván no confiaba plenamente en Magnus y su desconfianza aumentó cuando se enteró de que tenía contactos con los polacos. Tenía también otros motivos para no estar satisfecho de él, ya que Magnus, haciendo caso omiso de sus órdenes de ir inmediatamente hacia Wenden, se había entretenido para aceptar el homenaje sumiso de algunas ciudades livonias.

Iván le escribió una carta en tono

serio y amenazador, pero en seguida supo que Magnus había estado comunicándose con el duque de Courland en una confabulación para entregar a Batory las ciudades livonias que se le habían rendido. Inmediatamente el zar mandó a Magnus que fuera a su presencia y después de acusarle de traidor e ingrato le hizo arrestar.

Mientras tanto, los rusos habían entrado en Wenden sin encontrar oposición. El ejército dejó tranquilos a los ciudadanos, pero se dispuso una vigilancia muy intensa en toda la ciudad y se prepararon alojamientos para el zar y sus acompañantes. La ciudad se hallaba en orden, pero de repente las

tropas alemanas que habían servido bajo las órdenes de Magnus se encerraron con sus familias y todas sus propiedades en la fortaleza que se hallaba dentro de la ciudad. Se hizo comparecer a Magnus para persuadirles que abrieran las puertas y se rindieran, pero se negaron a ello, comenzando el tiroteo en el cual murieron muchos soldados rusos. Ante este comportamiento, Iván ordenó que los cañones comenzaran a disparar sobre la fortaleza, y después de tres días de bombardeo incesante las murallas comenzaron a ceder y los alemanes se dieron cuenta de que no tenían escapatoria. Colocaron toda la pólvora de que disponían en la bóveda de la fortaleza y uno de los hombres se echó

sobre ella con una antorcha encendida en la mano mientras los demás, hombres, mujeres y niños estaban arrodillados rezando. La explosión destruyó por completo la fortaleza matando a todos los que se hallaban en su interior y causando bastantes daños a la ciudad. Como consecuencia de este hecho desesperado, los habitantes de Wenden, aunque no tenían nada que ver con ello, sufrieron todo el peso de la furia moscovita. Se mataron hombres, mujeres y niños. La ciudad quedó cubierta de cuerpos humanos. Esta masacre de Wenden fue lo que hizo recaer sobre Iván y su ejército el odio de los livonios, más que ningún otro incidente de la guerra

[\[276\]](#).

Continuó el avance triunfal de Iván a través de la región del sur de Livonia. Las fortalezas y ciudades se rendían, lo que no dio motivo a más matanzas. Solamente quedaban Riga y Reval para ser tomadas. Pero Iván prefirió retirarse a Wolmar a celebrar sus victorias

[\[277\]](#).

Después fue hasta Dorpat, donde, ante la sorpresa de su corte, perdonó a Magnus, que había sido llevado ante él bajo custodia y esperaba que se decretaría su muerte. Al llegar a Duneburg, Iván perdonó también a Taube y Kruse, que habían traicionado a Segismundo Augusto en 1570. Se dirigió después a Pskov y de allí a su refugio de

Alexandrovsk. Podía sentirse satisfecho de su campaña guerrera, pues había conseguido completar su conquista de Livonia, excepción hecha de Riga y Reval. Podía ya concentrarse en la expansión de sus mercados con Europa occidental, lo que permitiría que el país y sus habitantes evolucionaran gracias a las nuevas técnicas y sistemas. Sin embargo, su posesión de Livonia no iba a durar mucho.

Aunque estuviera celebrando con júbilo los éxitos de su ejército y la consecución de sus objetivos, Iván no perdía de vista la necesidad ineludible de contar con aliados. Mandó un embajador a Viena para felicitar al emperador Rodolfo, que había sucedido

a Maximiliano en el trono, en 1576, a su muerte. Con ello esperaba conseguir que Rodolfo aceptara concluir una alianza con el propósito de echar a Batory y separar Lituania de Polonia, después de lo cual se aliarían con el resto de la Europa cristiana para conquistar el imperio turco. Pero Rodolfo no era hombre con empuje suficiente para comprender tan grandes proyectos, y las negociaciones llegaron a un punto muerto.

Mientras tanto, el rey de Dinamarca, Federico, había enviado mensajeros al zar proponiéndole una alianza, porque no confiaba en absoluto en Suecia y también era contrario a Batory. La actitud de Iván con respecto



al rey danés fue de arrogante condescendencia, en lo cual seguramente influyó la desilusión que Iván había sufrido con Magnus. Rechazó una oferta de paz permanente y solamente estuvo de acuerdo en concertar un armisticio por quince años, y en unas condiciones que no eran precisamente las que esperaba el rey.

Iván se comportó muy distintamente con el kan de Crimea. Deviet Girei había muerto en junio de 1577 e Iván anhelaba firmar una alianza permanente con su hijo y sucesor, Mahomet Girei. En el siglo anterior, el abuelo de Iván, Iván III, había quedado libre para concentrar sus esfuerzos en la lucha contra Lituania y Polonia, gracias a que

tenía una alianza concertada con Mengli Girei, e Iván esperaba conseguir algo parecido. Y como sea que Mahomet Girei poco después de subir al poder habíase dedicado a saquear no Moscovia, sino Lituania, parecía que no le sería muy difícil llevar adelante su proyecto.

El enviado del zar al kan fue el príncipe Mosalsky, que llevó consigo amistosos saludos del zar y ricos presentes que superaban en mucho a los que hasta entonces el zar había mandado al kan. Pero la respuesta de Mahomet Girei a la alianza propuesta por el zar fue que no firmaría tal alianza si el zar no entregaba primero Astracán. Asimismo exigía que el zar retirara del

Don y del Dniéper a los cosacos, a lo que Iván respondió que los cosacos del Don eran vagabundos y salteadores de caminos y que sus generales tenían órdenes para matarlos cuando les salieran al paso. En cuanto a los cosacos del río Dniéper, él no podía hacer nada, ya que correspondían al rey de Polonia. Insistía Iván en que Astracán pertenecía a Rusia y que estaba siendo reforzada para convertirla en punto importante de la cristiandad. Con tan distintos puntos de vista, es natural que los planes de alianza no avanzaran mucho, y con el tiempo, Mahomet Girei demostró ser un oponente implacable.

También en 1577, una partida de suecos llegaron a Narva por mar y

prendieron fuego a las fortificaciones de madera, capturando algunas tropas rusas. Otra avanzadilla sueca destruyó y arrasó las tierras de la región de Kezholm. También durante este tiempo los ejércitos lituanos se apoderaron de Duneburgo. Sin embargo, el éxito mayor fue el de las tropas alemanas al servicio de Batory, que consiguieron entrar en Wenden, ciudad que había ya sufrido la destrucción de su fortaleza y posteriormente la furia del zar. Los alemanes mataron a la guarnición rusa, casi a todos, mientras dormían, y se apoderaron de las defensas de la ciudad. Por aquel tiempo también Magnus cometió su última traición, huyendo a donde se hallaba Batory y jurándole

fidelidad. Después se ocultó en la pequeña ciudad de Pilten en Courland, junto con su joven esposa moscovita, María, hija del príncipe Vladimir Andreevich, que Iván le había concedido cuatro años antes. Aunque estos sucesos no eran en realidad muy importantes, tales contrariedades encolerizaron a Iván, especialmente la pérdida de Wenden. Mandó a sus generales más eficientes, incluyendo a Mstislavsky, para, que se apoderaran de nuevo de la ciudad, pero fueron rechazados y obligados a retroceder por las tropas enviadas por Batory.

Por su parte, Batory, una vez asegurada la lealtad de Danzig, dirigió su atención a Moscovia. Sin embargo,

no declaró la guerra en seguida. Sabía que muchos polacos desconfiaban todavía de él y temían una guerra en contra del zar. Por ello no estaba seguro de que el Seym votara los fondos precisos para tal guerra. También le preocupaban algunas malas inteligencias con Turquía y Suecia. Estos hechos hacían que demorara la guerra, aunque personalmente estuviera impaciente por enfrentarse al poder moscovita.

En enero de 1578, Batory mandó enviados especiales a Moscú para negociar la paz. Los mensajeros dijeron que el rey estaba ansioso por vivir en relaciones amistosas con sus vecinos, en particular con Moscovia, aunque el zar había roto el armisticio existente

invadiendo Livonia, y tenían poderes para negociar de acuerdo con la nueva situación. Pedían la cesión de toda Livonia y de las tierras rusas desde Kaluga a Chernigov y a orillas del Dvina.

Por su parte, el zar exigió la cesión de Kiev, Kanev, Vitebsk y otras ciudades, así como el compromiso por parte del rey de que no penetraría ni en Livonia ni en Courland. Estas demandas eran ya desde un principio inaceptables, por lo que era imposible concertar una paz permanente, como ambas partes sabían perfectamente.

De todas formas, los enviados concertaron un armisticio de tres años con los rusos, pero a su regreso a

Polonia el rey no quiso ratificarlo

[\[278\]](#).

Mientras sus enviados se hallaban en Moscú, Batory se presentó ante el Seym pidiendo subsidios que le permitieran movilizar un ejército para marchar sobre Moscovia. Insistió en que los nobles polacos y lituanos debían darse cuenta de que la posesión de Livonia convertiría a Rusia en dueña del Báltico, y que asimismo desde Livonia el zar conquistaría otras partes de Rusia oriental y Lituania. Sin embargo, el Seym se oponía a autorizar una campaña en gran escala y votó solamente subsidios para una guerra defensiva. Pero Batory comenzó los preparativos



para atacar y sus objetivos eran ambiciosos. Confió sus proyectos al nuncio papal y a su canciller Jan Zamosjky. Sus dos principales objetivos eran: primero, recobrar Livonia, y después, conquistar Moscovia. Pensaba comenzar con la captura de Polotsk, que le permitiría poner a cubierto a Lituania y Livonia de otros ataques moscovitas, dándole al mismo tiempo una posición destacada desde donde poder avanzar sobre Moscú cuando llegara el momento oportuno.

Batory esperaba poder comenzar su campaña en 1578, pero no pudo tener su ejército preparado para entonces. Su lucha por Danzig había vaciado el Tesoro y se necesitó tiempo para reunir

el dinero para los subsidios votados por el Seym. Muchos polacos no eran partidarios en absoluto de una guerra contra Moscovia y algunos se oponían completamente a ella, considerando que de los dos enemigos mayores de Polonia, los tártaros de Crimea y los moscovitas, el primero debía ser atajado antes que el segundo. Pero Batory era hombre que sabía convencer y con su energía y dotes de mando consiguió vencer estos obstáculos.

En junio de 1579, Batory mandó a Iván una declaración oficial de guerra, y al mes siguiente avanzó con su ejército desde Svir hacia Polotsk. Contaba con 60 000 hombres bien equipados cuya moral bajo su mando era alta. Pero

tampoco Iván había estado inactivo durante estos meses. Se daba cuenta de que Batory podía atacar sus guarniciones en Livonia y también, que siendo como era una persona atrevida y ambiciosa, podía decidir invadir Moscovia, aunque creía más probable un ataque a Livonia. Así, pues, Iván movilizó sus fuerzas a principios del año disponiendo destacamentos en puntos estratégicos en las orillas de los ríos Volga, Don, Oka y Dniéper, para defender el imperio contra ataques tártaros. Solamente después de hacer esto decidió mandar el grueso del ejército a Novgorod y Pskov.

Polotsk era una ciudad muy bien fortificada, con dos fortalezas conocidas

como Streletskaia y Ostrog, las cuales se hallaban rodeadas por un foso natural formado por los ríos Dvina y Polota. Iván se había apoderado de la ciudad dieciséis años antes, consiguiendo hacerlo solamente gracias a que la guarnición lituana había capitulado en seguida. El zar, pensando que Batory dedicaría su atención primero a Livonia, no había hecho preparativos especiales para defender la ciudad. El 11 de agosto, Batory puso sitio a la ciudad de Polotsk, manteniendo un bombardeo fuerte durante varias semanas. Ofreció a la guarnición unas condiciones generosas si se rendían, pero su oferta fue rechazada y el ejército resistió firme. Muchos creían que el zar iría en

su ayuda. Sin embargo, los bombardeos y los incendios, que se propagaban con gran rapidez en medio del gran calor de agosto y gracias a lo secas que estaban las casas, que eran como mecha, cansaron a la guarnición y su moral bajó al darse cuenta de que no se tenía ninguna señal de que el zar acudiera en su ayuda. En una de las dos plazas fuertes, el ejército decidió que harían volar la fortaleza con ellos dentro antes que rendirse, en caso necesario. Pero el general que se hallaba al frente de la fortaleza de Ostrog, Pedro Lolynsky, comenzó a negociar con el enemigo. Batory por fin accedió a que los jefes y soldados podrían retirarse con sus familias y posesiones a Rusia, pero al

mismo tiempo hizo ofertas generosas para inducirles a que entraran a su servicio. Es de señalar el hecho de que, aunque ello significara enfrentarse con la cólera del zar y quizá su castigo, los rusos, todos como un solo hombre, rechazaron la oferta de ponerse bajo las órdenes del rey

[279]. Los polacos capturaron después la pequeña ciudad de Sokol, que incendiaron hasta dejarla convertida en ruinas, e hicieron una carnicería con sus habitantes, de los que no se salvó ninguno.

Iván se hallaba en Pskov mientras tenía lugar el sitio de Polotsk, y su ejército se hallaba distribuido

principalmente entre Pskov, Novgorod y Smolensko. A principios de agosto mandó 20 000 hombres de su ejército asiático a Courland, así como destacamentos para defender Karelia e Izgorsk, contra los suecos, y reforzó sus guarniciones de Livonia. También mandó un pequeño ejército en ayuda de Polotsk, pero sus jefes no se atrevieron a atacar las posiciones de Batory y se retiraron inmediatamente.

Hay una pregunta para la que no se encuentra una respuesta apropiada. Esta es: ¿por qué Iván no avanzó contra Batory con todo el ejército? Habría vencido a los polacos con facilidad. Probablemente no deseaba arriesgarlo todo en un solo combate, especialmente

porque desconfiaba de sus propios boyardos y esperaba ataques por parte de los suecos y posiblemente de los tártaros. Un hombre del carácter de Batory seguramente se habría arriesgado, pero Iván era prudente por naturaleza y había heredado la misma actitud de sus predecesores que le hacía considerar tal medida como una imprudencia.

Los grandes príncipes habían conseguido la hegemonía de Moscú no por medio de hazañas brillantes ni por victorias conseguidas en el campo de batalla, sino gracias a una hábil diplomacia, la continua expansión de su poder y el aprovechamiento de las debilidades del enemigo. Los



gobernantes rusos se habían visto obligados a hacer uso de estas tácticas bajo el yugo tártaro, ya que Moscú no disponía de poder suficiente para hacer frente declaradamente a la poderosa Horda de Oro. Pero hasta después de haber echado a los tártaros del país los moscovitas continuaron utilizando el mismo sistema de lucha, porque se encontraron con que sus enemigos de Occidente habían evolucionado con ventaja, contando con técnicas guerreras más efectivas y mantenían ejércitos de tropas regulares, corrientemente mercenarios, que superaban en mucho a los hombres desentrenados y alistados con precipitación de que dependían los grandes príncipes. La raíz de la

prudencia moscovita se encontraba sin duda alguna en este sentido de inferioridad militar, que seguramente era también el responsable de la desgana de Iván a enfrentarse a los polacos en campo abierto.

Batory volvió triunfante a Vilno y desde allí mandó a Iván un mensaje acusándole de tener la culpa del derramamiento de sangre en Polotsk y Sokol. Iván replicó con una nota haciendo patente su deseo de paz invitando a que fueran a Moscú embajadores polacos para negociar. La nota del zar fue motivo de una arrogante respuesta por parte de Batory en marzo de 1580, en la cual decía a Iván que eran sus embajadores los que debían

desplazarse a Polonia. Añadía que tenía su caballo dispuesto y que estaba preparado para ponerse al frente de su ejército para avanzar hacia donde Dios le indicara, pero que esperaría los embajadores del zar durante cinco semanas, a contar del 14 de junio de 1580.

Esto no eran más que fanfarronadas por parte de Batory. En realidad lo único que quería era hacer tiempo porque su ejército no estaba todavía listo para la marcha. El Seym, reunido en Varsovia, había votado subsidios para una segunda campaña, pero el pago de los impuestos era lento. Además, los hombres no habían sido completamente movilizados todavía y tenía dificultades

en reclutar infantes.

También Iván procuraba hacer tiempo de todas las formas posibles, para evitar la vuelta a las hostilidades. Envió un mensajero a Batory quejándose de que sus embajadores no podrían de ninguna forma llegar a Vilno dentro del plazo citado. Pero no se alargó el mismo, y al darse cuenta Iván de que Batory planeaba invadir Moscovia tan pronto como tuviera sus hombres preparados, comenzó a hacer apresurados preparativos por su parte. Reunió a sus tropas y, al igual que el año anterior, preparó todos los puntos de defensa en las fronteras del sur y sudeste en previsión de ataques tártaros. También colocó algunos destacamentos

al noroeste, donde los suecos habían atacado aprovechándose de la campaña polaca contra Polotsk, apoderándose de Narva y Kexholm.

El objetivo principal de la segunda campaña de Batory era apoderarse de Velikie Luki. Esto reforzaría su cabeza de puente dentro de Moscovia. Desde esta plaza fuerte podría amenazar Novgorod, Pskov y Smolensko, que eran los tres puntos principales de la defensa moscovita en el este, consiguiendo una posición más ventajosa para cuando decidiera marchar sobre Moscú. Batory llevó su campaña con gran destreza. Para desorientar al enemigo mandó un destacamento de 2 000 hombres hacia Smolensko, marchando él con todo el

resto del ejército, compuesto por 50 000 hombres hacia Velikie Luki, donde no se pensaba en que pudiera ocurrir tal cosa. Mientras tanto los embajadores rusos, que habían viajado durante varias semanas, fueron llevados a presencia de Batory, en el campo de batalla. Estaba claro que éste no tenía intención alguna de tomar en consideración cualquier propuesta de paz al punto en que las cosas habían llegado, y los embajadores fueron tratados con insultante descortesía. Sin embargo, se les permitió mandar un correo al zar, pidiendo instrucciones.

Mientras tanto los polacos habían comenzado a bombardear consiguiendo incendiar las murallas de la fortaleza. La

guarnición moscovita, que había sido tomada por sorpresa, estaba desmoralizada, y muy pronto comenzaron a negociar la rendición. Pero las tropas húngaras que servían a las órdenes de Batory temieron que si el enemigo se rendía se les prohibiría saquear, y no haciendo caso de las órdenes recibidas se echaron sobre la ciudad seguidos por las tropas polacas, y atacaron a los habitantes de la misma. Entonces se les dio permiso para que saquearan Velikie Luki.

La segunda campaña de Batory concluyó con la toma de Velikie Luki, aunque continuaron algunas operaciones militares durante el invierno de 1580 a 1581. Los polacos tomaron algunas

ciudades pequeñas tanto en Moscovia como en Livonia. Además, para acabar de preocupar al zar, los suecos invadieron Karelia en noviembre de 1580 apoderándose de Kezholm y matando 2000 rusos. Igualmente los suecos pusieron cerco a la guarnición en Padis, cerca de Reval, hasta que ésta se rindió por hambre. Después se marcharon a Livonia y se apoderaron de Wesenberg. Pero también los rusos estaban activos y arrasaron el territorio lituano en los alrededores de Dubrovna, Orsha y Mogilev. También derrotaron un destacamento polaco enviado por Batory a Smolensko.

La pérdida de Velikie Luki preocupaba mucho al zar, al igual que



las otras ciudades, y temía que no podría evitar tener otras pérdidas. Por entonces los turcos y los tártaros de Crimea luchaban contra Persia, pero existía el peligro de que en cualquier momento avanzaran hacia Moscovia, arrastrando con ellos a los tártaros de las orillas del Volga para que atacaran simultáneamente. En tal caso, los rusos se encontrarían luchando por sobrevivir rodeados de varios enemigos, sin ninguna esperanza de poder deshacerse de todos ellos.

Los dos embajadores que había mandado a Batory a principios de 1580 se hallaban todavía esperando en campo polaco. Sufrían privaciones e insultos, ya que los polacos, que se sentían

orgullosos por sus victorias, no desperdiciaban oportunidad para humillar al zar de esta forma. Pero Iván, aunque siempre era muy sensible respecto a su dignidad y exigía en todas las ocasiones la observancia del protocolo, no hizo caso del trato que recibían sus embajadores. Cuando nombró por entonces también dos nuevos embajadores, que fueron Iván Pushkin y Feodor Pisemsky, les dio instrucciones precisas para que no exigieran protocolo alguno. Es de señalar este hecho que demuestra que Iván podía recomendar calma y buen sentido si era necesario para la consecución de sus fines políticos.

Pushkin y Pisemsky presentaron a

Batory las nuevas concesiones que Iván estaba dispuesto a hacer por conseguir la paz. Estas concesiones son una prueba de su terrible preocupación, ya que incluyen nada menos que la rendición de Livonia, con la excepción de cuatro ciudades. Pero Batory rechazó la oferta desde un principio, asegurando que solamente aceptaría cesar las hostilidades con la condición de que le fuera entregada toda Livonia, junto con las ciudades de Sebezh, y se efectuara el pago de 400 000 coronas de oro en compensación de sus gastos militares. Los correos fueron llevando y trayendo las noticias entre los dos monarcas y la discusión fue haciéndose más enconada. Batory se atrevió a llamar cobarde a

Iván por no haberse puesto al frente de su ejército para enfrentarse con él en el campo de batalla

[\[280\]](#)

Tenía Batory un aire tan confiado que parecía considerarse a sí mismo invencible. Se presentó ante el Seym en Varsovia en febrero de 1581 y propuso que se cobraran subsidios durante dos años para poder conquistar Moscovia. Pero los nobles polacos estaban cansados de la guerra y se mostraron hostiles a la idea de cargar sobre el pueblo más impuestos. Querían negociar la paz mientras todavía se hallaban en situación de hacerlo con ventaja, pero Batory, gracias a su fuerte personalidad

y dotes de mando, consiguió persuadirles para que votaran la concesión del dinero necesario para una tercera campaña.

Esta vez el objetivo polaco era la toma de Pskov, la ciudad más fortificada de toda Moscovia, incluyendo la capital. Una vez Batory consiguiera apoderarse de Pskov, Livonia quedaría completamente protegida de los ataques rusos, al mismo tiempo que su penetración en suelo moscovita quedaría claramente definida. Pero Batory cometió un fallo en sus cálculos, sobreestimando sus fuerzas y la calidad de las tropas polacas, menospreciando a los rusos. La ciudad de Pskov no solamente estaba fortificada hasta el

punto de que resultaba inexpugnable, sino que contaba con una guarnición de 50 000 infantes y 7 000 hombres del cuerpo de caballería, acaudillados por V. F. Skopin Shuisky e Iván P. Shuisky. La ciudad contaba también con abundantes provisiones.

El 26 de agosto, Batory, con un ejército de 100 000 hombres, puso sitio a la ciudad de Pskov. Con disparos de cañón consiguieron abrir una brecha en la muralla, pero los intentos de los polacos para penetrar en avalancha fueron rechazados, después de un éxito inicial. En este ataque los polacos sufrieron muchas pérdidas. Batory se encontró con que había gastado toda su pólvora y sus hombres tuvieron que

esperar hasta que llegaron repuestos. Los bombardeos y asaltos que siguieron no impresionaron en absoluto a la guarnición. El otoño se acercaba y muchos polacos insistían en que era preciso retirarse, pero Batory no se dejó convencer decidido a mantener el sitio durante todo el invierno. Las tropas polacas constantemente estaban a punto de amotinarse debido al frío y a las dificultades que tenían que soportar y la duración de la campaña. Solamente gracias a la rigurosa disciplina de Jan Zamojski pudo el ejército mantenerse con una ligera disciplina. Pero Pskov se mantuvo firme y destruyó por completo la grandiosa idea de Batory de conquistar Moscovia.

Pero las operaciones militares no se limitaban a Pskov. El caudillo lituano Cristóbal Radziwill avanzó con una pequeña fuerza hacia el oeste de Velikie Luki en dirección al Volga, pero se retiró rápidamente. Los ataques de los suecos eran más graves. Se apoderaron de Narva y de algunas ciudades más pequeñas del Báltico, y después trasladaron la guerra a suelo ruso, apoderándose de Ivángorod, Yam y Koporie.

Iván estaba desesperado por acabar las hostilidades y acogió calurosamente la mediación del padre jesuita Antonio Possevino, enviado por el papa Gregorio XIII. A principios de 1580 Iván había mandado un mensajero a



Viena pidiendo la intercesión del emperador cerca del rey polaco. En su mensaje recordaba a Rodolfo su compromiso de mandar a sus embajadores a Moscú para negociar una alianza. Pero Rodolfo era una personalidad indecisa y timorata y no deseaba verse envuelto en una guerra contra Batory, por lo que dio la excusa de que los embajadores que había nombrado para que se desplazaran a Moscú habían muerto o estaban enfermos.

Iván acudió en demanda de auxilio a Roma algo más tarde, en 1580, y fue atendido pronto. Su enviado especial, Shevrigin, presentó al papa Gregorio XIII las quejas del zar respecto a

Batory, que había instigado la guerra contra Moscovia en un acto de venganza porque el zar había apoyado la candidatura de un Habsburgo para el trono polaco. El zar clamaba, además, que él luchaba por la cristiandad y Batory era vasallo y aliado del sultán. Pedía al Papa que hiciera uso de su gran autoridad inmediatamente para que la paz reinara de nuevo entre Moscovia y Polonia.

Gregorio XIII quedó impresionado por el respeto que Iván le demostraba y vio en su demanda la oportunidad de incluir a Moscú en una liga de naciones cristianas para luchar contra los turcos musulmanes y también consideró que era una oportunidad para renovar la unión

de las iglesias oriental y occidental bajo su tutela, tal como había sido acordado en Florencia en 1439. Cien años atrás el papa Pablo II intentaba hacer lo mismo cuando ofreció a Iván III la mano de su pupila Zoé Paleóloga, que se convirtió en la abuela de Iván.

El papa Gregorio nombró inmediatamente al jesuita Antonio Possevino al frente de una embajada para entrevistarse con el rey de Polonia y el zar, y conseguir la paz entre ellos. Possevino marchó primero a Vilno, donde se hallaba Batory a punto de marchar hacia Pskov, y éste le dijo que el zar estaba engañando al Santo Padre y que Polonia ganaría una paz satisfactoria gracias a las armas y sin necesidad de la

mediación papal.

Entonces Possevino continuó su viaje hacia Moscovia y fue recibido por el zar en Staritsa el 18 de agosto de 1581. Este jesuita era un hombre activo, ansioso de aumentar la gloria de Roma y de los jesuitas por medio de una unión de las Iglesias, y por ello daba gran importancia a su entrevista con el zar. Por su parte Iván dependía de Possevino para conseguir un cese de la agresión polaca, aunque no tenían ninguna intención de reconocer la supremacía del papa ni acceder a la unión de las dos Iglesias. Así pues, recibió al jesuita todavía con mayor magnificencia y respeto que los demostrados cinco años antes al embajador imperial. Tuvo gran

cuidado en demostrar gran reverencia hacia el Papa y examinar con especial atención el volumen impreso sobre la Unión de Florencia, ricamente encuadernado, que le había traído el jesuita como regalo personal del propio Papa.

Las esperanzas de Possevino de conseguir sus objetivos aumentaron gracias a este magnífico recibimiento, y habló al zar de las condiciones de Batory para conceder la paz, de la gran alianza de la cristiandad contra los turcos, y también de la gloriosa unión de las Iglesias. Indicó el jesuita que los comerciantes venecianos deberían poder comerciar libremente con Rusia, y pidió también que se construyeran iglesias

católicas en Moscovia. Iván agradeció cumplidamente las bendiciones y regalos del Papa y alabó su acción en contra del sultán. No se negó a la unión propuesta de las dos Iglesias, pero se comprometió a dar su respuesta después de que se hubiera negociado la paz con Polonia. Accedió a que los comerciantes venecianos actuaran libremente en Moscovia, trayéndose con ellos a sus propios curas, y que rezaran a Dios en la forma escogida por ellos, pero consideró inaceptable que se construyeran iglesias católicas porque según las propias palabras de Iván: «no hemos tenido iglesias de Roma en el pasado y no las tendremos en el futuro»

Iván dejó completamente claro que lo más importante y primordial era conseguir la paz con Polonia y explicó al jesuita su posición con todo detalle. Las condiciones que le pidió transmitiera a Batory eran menos generosas que las que había autorizado a Pushkin y Pisemsky el año anterior. El zar cedería a Polonia 66 ciudades en Livonia junto con Velikie Luki, Zavolochie, Nevel, Velizh y Kholm, pero Moscovia retendría 35 ciudades en Livonia y también Dorpat, Narva y algunas otras ciudades de Estonia.

Probablemente Possevino se había dado cuenta a estas alturas que el zar no tenía intención alguna de aceptar la

unión de las Iglesias, y su interés por mediar con éxito en la causa a favor de los moscovitas, frente a Batory que por lo menos era católico, disminuyó considerablemente. Llegó al campo polaco y se entrevistó con Batory, mandando después un mensaje al zar indicando que el rey estaba dispuesto a negociar, pero bajo las condiciones primeramente indicadas. Batory amenazó con continuar la guerra, pero mientras tanto aguardó la llegada de los embajadores del zar.

Fueron nombrados Dmitri Eletsky y Román Olferiev para desempeñar esta humillante misión de negociar la paz. Se enfrentaron con los representantes de Polonia que junto con Possevino les



aguardaban en un pueblo devastado a diez millas de Zapolsky Yam. Batory había partido hacia Varsovia dejando instrucciones de que las negociaciones debían dejarse concluidas en tres días, pero a pesar de ello continuaron durante cinco semanas. Inmediatamente los polacos intentaron imponer sus condiciones y forzar la firma del acuerdo; pero los moscovitas actuaron con dignidad y cuidado, examinando todos y cada uno de los puntos sometidos a discusión causando demoras con su actitud.

No muy lejos del pueblo donde tenían lugar las negociaciones, continuaba el sitio de Pskov. Los polacos tenían los ánimos revueltos y la

moral baja. La guarnición moscovita en Pskov hacía salidas atrevidas que causaban importantes pérdidas a los polacos. Batory estaba en Varsovia, pero sabía que no era probable que consiguiera que el Seym votara más fondos para la guerra, y aunque no fuera así, su ejército estaba exhausto. Necesitaba la paz más que el propio Iván, cuyos embajadores parecían darse cuenta de la situación y de la creciente fortaleza de la misma mientras continuaba el sitio de Pskov. Discutían y enredaban respecto a las condiciones exigidas por los polacos y pedían a Possevino que hiciera uso de sus buenos oficios, pero el jesuita apoyaba decididamente la causa\* polaca.

De todas formas los embajadores moscovitas habían recibido instrucciones específicas de conseguir la paz y no se atrevían a desobedecer ni a arriesgarse tomando como base el cansancio del ejército de Batory. El 6 de enero se firmó un armisticio por diez años. Las condiciones del mismo eran humillantes para los rusos, pero también incluían algunas concesiones importantes por parte de los polacos. Moscovia cedía a Polonia la totalidad de Livonia junto con Polotsk y Velizh. Pero Batory tuvo que retirar su demanda de 400 000 coronas de oro para compensar sus gastos, y asimismo dejar a los suecos fuera del tratado, dejando a Iván libre de decidir con el rey de

Suecia el futuro de los puertos de Estonia. Batory aceptaba también devolver todas las tierras rusas que había capturado. Los embajadores de los dos países lucharon entre ellos varios días sobre los títulos a dar a sus monarcas, pero todos respiraron aliviados porque las hostilidades habían terminado y la alegría fue particularmente apreciable entre los polacos que se encontraban en Pskov.

Iván había perdido pues sus plazas en el Báltico por las cuales había luchado tanto. Esto representó para él un gran desastre ya que sin duda alguna las naciones bálticas impedirían de nuevo a Moscovia tener contactos con Europa occidental. Iván se sentía profundamente

amargado por la actitud de suecos, polacos y alemanes, que se defendían utilizando como arma el atraso de Rusia, que no podía conocer nuevas técnicas ni procedimientos. Pero estaba atado de manos y no podía hacer absolutamente nada para cambiar la situación. Rusia tendría que esperar casi 150 años, hasta Pedro el Grande, para conseguir de nuevo lo que Iván había ganado y después vuelto a perder.

# Capítulo veintidós: Los últimos años, 1581-1583

A fines de 1581 Iván tuvo que pasar por la infinita amargura de la derrota. La pérdida de Polotsk y Velikie Luki y la amenaza que pesaba sobre Pskov, por entonces en estado de sitio, le obligaron a tomar la terrible decisión de ceder Livonia. Esta renuncia representaba para él la total destrucción de su política occidental, a la cual había dedicado mayores esfuerzos durante veintiocho años de su vida. Pero el

imperio se hallaba en peligro y se hacía imprescindible negociar la paz con Polonia. En el momento de mayor tensión, cuando acababa de enviar a sus embajadores y esperaba con ansiedad las noticias respecto al resultado de sus negociaciones con los polacos, de repente se abatió sobre él una tremenda tragedia personal.

Su hijo mayor, Iván, que le había dado Anastasia, su primera esposa tan amada por él, tenía en la actualidad veintisiete años. Era tan inteligente como su padre y prometía ser un gobernante enérgico y hábil. Hacía muchos años que era el compañero inseparable de su padre y el mismo testamento de Iván nos demuestra los

lazos de confianza y cariño que existían entre ambos. Raramente se separaban uno de otro, no tan sólo porque Iván deseaba la compañía de su hijo, sino también porque quería acostumbrar a éste a los deberes y responsabilidades de un autócrata. El tsarevich se hallaba al lado de su padre en las audiencias oficiales de la corte, cuando el zar pasaba revista a las tropas y se daban instrucciones a los generales, y también cuando se ejecutaban traidores y criminales. Se hallaba presente también durante la matanza de Novgorod y aparentemente no se opuso ni dejó oír su voz en tan crueles acontecimientos. En realidad, no hay nada que nos haga suponer que no apoyaba completamente



a su padre en todo lo que éste hacía, y sus relaciones se hallaban basadas en la comprensión y el afecto.

En noviembre de 1581 Iván esperaba con impaciencia las noticias procedentes de Pskov y de sus embajadores. Siempre había sido de temperamento irascible y el menor incidente podía hacerle montar en cólera. Hallándose en Alexandrovsk el tsarevich dijo algo referente a ayudar a Pskov o sobre algún asunto doméstico

[\[282\]](#) que hizo que Iván diera rienda suelta a su cólera. Levantó el báculo con punta de hierro que siempre llevaba consigo y golpeó a su hijo. Boris Godunov se hallaba presente en tal

ocasión y resultó herido al intentar desviar el golpe. Esto hizo aumentar todavía la ira del zar, que de nuevo golpeó a su hijo, pero esta vez le dio en la cabeza. El tsarevich cayó lentamente al suelo y la sangre comenzó a brotar de la herida que le había sido infligida.

Horrorizado de su acto, Iván se arrodilló junto a su hijo rodeándolo con sus brazos, intentando cerrar la herida con sus dedos. El espanto le hizo perder el control sobre sí mismo y lloraba convulsivamente. A gritos pidió que acudieran los médicos, clamando que había dado muerte a su hijo. Murmuraba plegarias rogando que el tsarevich no muriera, y después le besó implorando su perdón.

El heredero tenía la mente confusa y se hallaba débil, pero no había perdido el sentido. Besó la mano de su padre y le rogó que no se dejara apenar y desesperar. Llegaron los doctores y el joven recibió todos los cuidados que fueron posibles. Pero la vida iba abandonándole lentamente y cuatro días más tarde, el 19 de noviembre, dejó de existir

[\[283\]](#).

Nada podía consolar al zar. Que su hijo muriera era ya de por sí motivo de pena, pero que él mismo le hubiera quitado la vida era una tragedia demasiado grande. Iván estuvo tres días sentado junto al ataúd abierto que

contenía el cuerpo de su hijo. El 22 de noviembre los boyardos y curas, vestidos de luto, le hicieron abandonar su guardia. Andando llevaron el ataúd a Moscú escoltado por un cortejo compuesto por los curas y monjes que cantaban atravesando los caminos nevados. Iván siguió el féretro sumergido en el silencio, hasta la catedral de San Miguel Arcángel, donde ya se había dispuesto un lugar junto a las tumbas de sus antepasados.

Iván iba vestido sencillamente de luto, sin ninguna insignia de su cargo y dignidad. Continuó en silencio mientras los boyardos y la gente que se hallaban presentes en la ceremonia lloraban y rezaban por el alma del heredero. Pero

cuando bajaron el ataúd a la tumba, el zar se echó sobre él dando un grito que resonó por toda la catedral.

La pena que sentía impedía al zar dormir y le hacía vagar por su palacio, a veces llorando y clamando al cielo que sus penas sobrepasaban lo que podía soportar. No daba la culpa a los demás ni consideraba un accidente lo ocurrido con su hijo. El tsarevich había encontrado la muerte a manos de su padre porque éste había pecado y Dios le mandaba su castigo. Iván andaba y andaba, sin descansar ni dormir por los corredores del palacio, sin pararse ni para rezar ante los iconos que se encontraban en los rincones de todas las habitaciones iluminados suavemente por

lámparas de aceite. Su pecado y su dolor estaban por encima de la intercesión de los santos. Cuando su cuerpo se hallaba exhausto se dejaba caer al suelo y dormía. Entonces sus criados particulares, que se habían mantenido hasta entonces escondidos para que él no les viera, le colocaban almohadones bajo la cabeza y los pies y le cubrían para que no sintiera frío. Cuando se despertaba reanudaba sus paseos, caminando y caminando sin encontrar descanso ni paz.

Pero poco a poco Iván volvió a recobrar el sentido de la realidad, aunque sobre sí quedarán marcadas las señales del dolor. Hizo comparecer ante él a los principales hombres de la

Iglesia y del Estado, y les declaró seriamente que había sido castigado por Dios y que solamente le quedaba el consuelo de poder pasar el resto de sus días rezando en la soledad de algún monasterio lejano. Así que como el tsarevich Feodor no podía hacerse cargo del poder, los boyardos debían escoger un soberano al cual él pudiera en seguida entregar el poder. Tanto los boyardos como los clérigos quedaron anonadados ante estas declaraciones, tan inesperadas en labios del zar, y algunos llegaron a sospechar que no eran más que una treta para conocer a los que le eran enteramente leales. Pero la mayoría de los que se hallaban presentes se dieron cuenta de que el zar hablaba con

sinceridad y contestaron: «¡No nos abandones! No queremos otro zar que el que nos ha sido mandado por Dios..., tú y tu hijo.»

[284] Iván se doblegó ante la voluntad de sus vasallos. En aquel momento seguramente deseaba verdaderamente retirarse a un monasterio, pero como era un hombre dedicado de una forma absoluta a su cargo y al bien del imperio, no podía apartarse de sus deberes largo tiempo, y muy pronto dedicó de nuevo sus energías a los asuntos de gobierno.

Durante estas semanas Boris Godunov se había ausentado voluntariamente de la corte. Se suponía



que se estaba recuperando de las heridas recibidas cuando intentó salvar al tsarevich. Sin embargo, Iván se enteró que no eran las heridas las que le tenían apartado de la corte, sino el enfado y la pena. Iván se había quedado sin su compañero y necesitaba a su favorito. Así pues, inesperadamente, visitó a Godunov para saber la verdad respecto a los motivos que le tenían apartado de él. Comprobó que Godunov estaba realmente reponiéndose de las heridas producidas por él, que le había suturado el mercader Anika Stroganov, entendido en tales menesteres

[\[285\]](#). Iván abrazó a Godunov y tuvo con él toda clase de amabilidades, como

si quisiera agradecerle sus esfuerzos por salvar al tsarevich, y también quizá porque consideraba que su favorito era la persona indicada para ayudar a su hijo Feodor a llevar las responsabilidades de la nación cuando llegara el momento, ya que su hijo se había casado el año anterior con la hermana de Godunov, Irina.

Possevino visitó de nuevo Moscú unos tres meses después de la muerte del príncipe heredero, y posteriormente a las negociaciones entre los embajadores moscovitas y polacos. Traía al zar mensajes de Stefan Batory haciendo protestas de buena voluntad y proposiciones para una colaboración entre los dos países. El rey tenía gran

interés en promover el comercio entre Moscovia y el reino de Polonia y Lituania y ofrecía condiciones recíprocas de intercambio. También proponía al zar que las dos naciones emprendieran campañas conjuntas contra los tártaros de Crimea. Pero Iván no se sentía dispuesto a emprender por entonces más operaciones militares, especialmente en colaboración con Batory. Dijo a Possevino: «No me es posible mandar a mi ejército a Perekop, porque mis tropas están exhaustas después de luchar con el rey Stefan.» Añadió que acababa de recibir noticias de que sus embajadores habían concertado una paz con el kan

Entonces Possevino hizo referencia al punto más importante de su misión, o sea la unión de las Iglesias. Pidió hablar a solas con el zar, pero éste le dijo: «Estoy dispuesto a hablar contigo, pero no a solas. ¿Cómo puedo apartarme de mis consejeros más íntimos en un momento de tal importancia?» En realidad no sentía ningún deseo de discutir el asunto. Dijo que Possevino le había prestado un gran servicio consiguiendo la paz entre Moscovia y Polonia, y añadió: «Pero si comenzamos a hablar de religión, como ambos nos sentimos celosos de nuestras creencias, queremos imponerlas uno al otro. Discutiremos y me temo que nos vamos

a enfadar.»

[\[287\]](#)

Pero Possevino insistió asegurando que no surgirían disputas entre ellos. Habló del gran anhelo del Papa para que solamente existiera una Iglesia y desarrolló ante el zar todos los argumentos respecto a la unión de las Iglesias griega y romana. Pero Iván no se dejó convencer. Le contestó: «Dices que tu fe romana es la misma que la griega: yo no me guío por la fe griega sino por la única fe verdadera, la cristiana.» Possevino insistió en sus argumentos, pero no consiguió sus propósitos de convencer a Iván. Lo único que consiguió fue convencerse de que Iván nunca aceptaría la supremacía

del Papa. «El Papa no es Cristo», dijo Iván. «El trono en el cual es llevado en andas no es una nube, y los que le llevan no son ángeles. No está bien por parte del papa Gregorio compararse a Cristo...»

[\[288\]](#)

El jesuita se resignó al fracaso de su misión, pero todavía intentó obtener dos concesiones que favorecían la causa católica entre los creyentes rusos ortodoxos y facilitarían la unión en el futuro. Pidió a Iván permiso para construir iglesias católicas en Moscovia y para permitir que grupos de rusos jóvenes fueran a Roma para estudiar latín. Pero Iván no se dejó engañar.

Aseguró que en Moscovia todos eran libres para profesar la fe elegida y escuchar a los curas que prefirieran, pero no tenía ninguna intención de permitir la construcción de iglesias católicas en su reino ni de dejar que los jóvenes rusos fueran influenciados en Roma. Possevino abandonó Moscú desilusionado, llevando mensajes de buena voluntad del zar al Papa.

Para entonces Iván empuñaba de nuevo las riendas del poder. Su gran energía natural y su preocupación constante por los asuntos concernientes al imperio, actuaron de tal forma que le salvaron de abandonarse a la inacción para pensar en su pena y en su derrota. También por la misma época tuvo una

buena noticia. Se habían hecho nuevas conquistas más allá de los Urales. La poderosa familia Stroganov, a la que él había animado y controlado durante los últimos veinticinco años, había colonizado nuevas tierras y extendido el territorio del imperio hacia el este. Nada podía compensar a Iván por la pérdida de Livonia y de los puertos del Báltico, y difícilmente podría apreciar todo el valor de la nueva y extensa adquisición. Pero pensaba en el futuro y agradecía esta atrevida expansión de su territorio, que causó en él gran impresión.

Los Stroganov eran una familia de pioneros, colonizadores y aventureros, que procedían de Novgorod. Habían



prosperado gracias a la colonización de tierras y empresas comerciales astutas. En el siglo XV se habían establecido en Solvychegodsk, donde explotaban minas de sal, comerciaban con pieles, y aumentaban sus haciendas, siendo conocidos por su sentido comercial y su astucia. Eran tan ricos que se dijo de ellos que habían podido pagar la enorme cantidad de 200 000 rublos de oro por el rescate del gran príncipe Vasili Temny, capturado por los tártaros de Kazan. Los Stroganov siempre tenían buen cuidado de cultivar las buenas relaciones con los grandes príncipes de Moscú. Luka Stroganov primero, y después su hijo Anika, eran caras conocidas y respetadas en la corte, y se

les aceptaba como contratantes en general para el trono

[\[289\]](#).

Las rutas fluviales que penetraban en Siberia eran ya conocidas anteriormente, pero la captura de Kazan y Astracán facilitaron su colonización

[\[290\]](#).

Primero pareció que bastaría con declarar que Siberia formaba parte del imperio. En enero de 1555 el kan de Siberia había pedido al zar convertirse en su vasallo. Iván había recibido sus mensajes de lealtad, y fijado la cantidad que debía satisfacer en concepto de tributo. Pero se comprobó muy pronto

que tanto los tártaros como los otros habitantes de Siberia se hallaban divididos en feudos y que sus protestas de fidelidad tenían como único objetivo agenciarse la protección del zar contra sus rivales.

Pero Iván estaba decidido a imponer su ley y restablecer el orden en Siberia, aunque no le era posible mandar tropas allí. Estaban las cosas así cuando en 1558 Grigory Stroganov pidió al zar, posiblemente siguiendo una iniciativa del mismo, que se le permitiera colonizar las tierras vírgenes junto a las orillas del río Kama y sus afluentes, al sur de la región de Perm. Iván concedió inmediatamente el permiso y en la carta de privilegios

correspondiente se detallaron todos los derechos que se concedían a los Stroganov por un plazo de veinte años. Se les autorizaba a construir ciudades, tener su propio ejército y fabricar armas; podían cultivar la tierra, extraer sal, pescar en los ríos y disfrutar de completa exención de impuesto y aranceles en su comercio. Podían dedicarse a la búsqueda de yacimientos, pero con la obligación de informar sobre los descubrimientos de cobre, estaño y plata al zar, quien se reservaba el derecho de explotarlos particularmente. La carta de derechos prohibía expresamente el empleo de campesinos huidos, criminales y desertores procedentes de los ejércitos

del zar. En una palabra, se les autorizaba a establecer un principado independiente, no bajo la jurisdicción del gobernador del zar en la región de Perm, sino gobernado, administrado y defendido por ellos mismos.

Anika Stroganov era un hombre de figura patriarcal que contaba ya setenta años por entonces, pero tan robusto y activo como siempre, y ayudado por sus tres hijos, Grigory, Yakov y Semeon, pronto consiguieron que las tierras vírgenes hasta dieran su fruto. Construyeron la ciudad de Kankor, y seis años más tarde, después de conseguir el permiso del zar, la ciudad de Kergedan. No les asustaba ni arredraba la inmensidad de aquellas

nuevas tierras que parecían empujarles hacia adelante por su fertilidad y la abundancia de animales de apreciada piel. Pidieron al zar en varias ocasiones que les permitiera adentrarse hacia el este para colonizar las tierras, y siempre les fue concedido el permiso inmediatamente

[\[291\]](#).

Durante los quince primeros años los colonizadores rusos no tuvieron que sufrir molestia alguna por parte de los ostyak, cheremis, mordva, tártaros y otras gentes de las regiones de Kama y de los Urales. Pero en 1572 llegaron informes a Moscú respecto a los ataques perpetrados contra las colonias rusas en

la región de Perm. Inmediatamente Iván mandó órdenes a los Stroganov para que destruyeran a los rebeldes, aunque teniendo buen cuidado de tratar con amabilidad a los hombres de las tribus que les fueran leales. Las órdenes fueron cumplidas, pero los Stroganov se dieron cuenta de que en el futuro se presentarían dificultades mayores. El nuevo kan de Siberia, llamado Kuchum, no era amigo de los rusos y había atacado ya algunas de las tribus de Siberia que pagaban tributo a Moscú. En julio de 1573, Mametkul, el hijo de Kuchum, invadió los territorios de los Stroganov causando considerables daños, pero retrocedió al llegar a las ciudades.

Al mismo tiempo que informaban de lo ocurrido a Moscú, los Stroganov rogaron al zar les concediera permiso para extender su autoridad más allá de los Urales. Afirmaban que entonces podrían mantener unas defensas efectivas contra el kan de Siberia y acoger bajo su protección las tribus que estuvieran dispuestas a jurar lealtad al zar y pagar tributo. Además se comprometían a llevar a cabo estas operaciones de defensa con los gastos a su cargo. Iván dio su permiso sin vacilar. La carta de privilegios correspondiente les concedía el derecho de colonizar las tierras y establecer industrias más allá de los montes Urales junto a las orillas de los ríos Irtysh, Ob



y Tobol. También se les autorizaba a construir plazas fuertes en los puntos estratégicos y llevar a cabo operaciones agresivas así como defensivas contra el kanato de Siberia.

Los Stroganov contaban ya con tropas a su servicio, pero para poder llevar a cabo tan ambiciosa expansión tuvieron que reclutar un ejército particular. Los siberianos de que podían disponer para su ejército eran de poca confianza y no preparados para tal trabajo, y por ello continuaron reclutando cosacos.

Los cosacos del Volga, Don y Dniéper eran saqueadores, cazadores y ladrones, y servían al zar cuando les venía a gusto. Eran de gran utilidad

cuando se trataba de incursiones de pillaje y de lucha contra los tártaros y turcos, pero eran gente al margen de la ley y a menudo causaban conflictos, especialmente cuando se dedicaban a robar en las rutas de comercio moscovitas. En el año 1570 Iván se vio obligado a mandar tropas para dispersar las bandas de cosacos que se dedicaban a desorganizar el comercio del Volga con sus ataques. Una banda de cosacos, al frente de la cual se hallaba Ermak Timofeef, compuesta por 540 hombres, huyó hacia el norte para escapar del ejército del zar, y llegaron a los territorios de Stroganov en la primavera de 1579. Inmediatamente fueron admitidos para prestar servicio con

ellos.

Durante algo más de dos años Ermak y sus cosacos se dedicaron tranquilamente a cuidar de las fortificaciones, pero en julio de 1581 las tribus de los Urales hicieron un ataque por sorpresa a las colonias rusas y antes de que pudieran ser rechazados habían ya quemado los pueblos y hecho gran número de prisioneros. Estaba claro que llevarían a cabo otros ataques parecidos por sorpresa, y en la región de Kama, cubierta por espesos bosques, era difícil protegerse. De cualquier forma, los Stroganov no eran gente que esperaran a que el enemigo atacara. Inmediatamente decidieron emprender la acción y equiparon a Ermak y sus cosacos, junto

con otros 300 hombres que incluían alemanes, tártaros, lituanos y rusos a su servicio, para llevar a cabo una campaña contra el kanato de Siberia.

La expedición de Ermak partió el 1 de septiembre de 1581 y el mismo día algunas bandas de hombres procedentes de las tribus asiáticas atacaron pueblos pertenecientes a los Stroganov en la región de Perm. Semeon y Maxim Stroganov informaron a Moscú de lo ocurrido y pidieron tropas y armas. Iván ordenó al gobernador de la región de Perm que proporcionara 200 hombres para ayudar a los Stroganov. Al año siguiente la familia fue denunciada al zar bajo la acusación de que en lugar de retener sus fuerzas para defenderse a sí

mismos y la frontera del zar, enviaban a sus hombres hacia el este para conquistar el kanato de Siberia en su propio beneficio.

Hacia casi veinticinco años que Iván había concedido a los Stroganov la primera carta de derechos, y en este tiempo el interés del zar en Siberia había aumentado considerablemente. Hasta había instituido un Ministerio para Siberia en Moscú. Puede que influyera en ello Boris Godunov, que era de origen tártaro y que demostraba un gran interés en la colonización rusa hacia el este. Sin embargo, Iván siempre desde los primeros años de su reinado demostró gran interés en la expansión de su territorio y había comenzado a mirar

hacia los Urales tan pronto como hubo tomado Kazan y Astracán. Al principio la intuición era asegurar su frontera oriental contra los ataques continuos de los tártaros, pero los informes de los Stroganov y de otros le habían hecho sentir la llamada de las extensiones y riquezas de Siberia. En esta época de colonización, cuando otras naciones europeas incrementaban sus territorios cruzando los mares, Iván encontró tierra virgen en su propia frontera, tierra que sólo estaba aguardando que quisieran colonizarla.

Al recibir la denuncia, Iván escribió en tono enfadado a los Stroganov. Les acusó de cuidar en primer lugar sus propios intereses,

anteponiéndolos a los del imperio y que en lugar de mandar a Ermak a Siberia debían haberlo hecho estar preparado para defender las posiciones rusas. También se mostraba irritado por el hecho de que hubieran comprado los servicios de cosacos fugitivos sin su consentimiento

[\[292\]](#). Pero su enfado no era demasiado grande. Sabía que los Strogonov no eran traidores sino colonizadores resistentes y decididos que merecían el respeto y apoyo que siempre les había demostrado. Consideraba Iván que su espíritu independiente era imprescindible en hombres que colonizaban tierras sin

explorar más allá de las fronteras y entre gentes que les eran hostiles. Pero en esta ocasión no habían hecho caso de sus órdenes y el zar exigía que sus súbditos le obedecieran.

Mientras tanto Ermak y su pequeño ejército se habían dirigido hacia el este siguiendo el río Tura, apoderándose de algunos campamentos tártaros. El suelo siberiano, con sus espesos bosques de coníferas habitados por animales salvajes y en especial por animales de pelaje apreciado, y su entramado de grandes ríos y sus afluentes, todos abundando en pesca, hacían su progreso muy rápido, y aunque se iba ya acercando el terrible frío del invierno y tenían que estar siempre en guardia para



prevenir cualquier ataque por sorpresa. En realidad su expedición había hecho cundir la alarma entre los tártaros nómadas. El kan Kuchum estaba muy preocupado por las historias que le habían contado de que Ermak y sus hombres eran invencibles y llevaban armas que escupían fuego, más terribles que las flechas. Pero el kan no tenía intención alguna de rendirse. Reforzó sus defensas de Iske: (Sibir) junto al río Irtysh y ordenó a todas las tribus vasallas suyas que mandaran sus guerreros para ayudar a rechazar al invasor. Mientras hacía el llamamiento su hijo Mametkul avanzaba con las fuerzas tártaras para enfrentarse a Ermak. Tártaros y cosacos entraron en

combate en Babasan, una posición cerca de la confluencia de los ríos Tobol e Irtysh. Los cosacos estaban en número muy inferior, pero luchaban con valentía y decisión y sus mosquetes por fin consiguieron la victoria sobre los tártaros, que iban armados con arcos. Ermak se enfrentó con otro ejército tártaro junto al río Irtysh, pero de nuevo salió victorioso de la empresa. Murieron algunos cosacos, sin embargo, y pocos acabaron el combate sin ninguna herida.

Ermak se daba cuenta de lo peligroso de su situación ahora que había penetrado bastante en Siberia. No podía retroceder; sus fuerzas, ya no eran muy numerosas, iban disminuyendo

como resultado de los continuos combates; se acercaba el invierno con su terrible frío, y sus provisiones de alimento y municiones eran escasas. Pero a pesar de todo sabía que no tenía otra solución que continuar hacia adelante.

Kuchum había acampado a su ejército cerca de la confluencia de los ríos Tobol e Irtysh, disponiendo unas buenas defensas. Este campamento era el objetivo de Ermak. Al amanecer del 23 de octubre, los cosacos atacaron a los tártaros, pero éstos se defendieron y resistieron, aunque finalmente el infatigable modo de luchar de los cosacos y los mosquetes que llevaban les dieron la victoria. Los tártaros

huyeron y comenzaron a abandonar a Kuchum cada vez en grupos más numerosos. Ermak y sus cosacos habían demostrado merecer su reputación de invencibles. Tres días más tarde entraron en Isker, capital del kanato de Siberia, que encontraron desierta. Kuchum había huido y Ermak había pues conquistado Siberia.

El jefe cosaco Iván Koltso regresó junto a los Stroganov acompañado por un pequeño grupo de hombres, y también para informar al zar del resultado de la expedición. Koltso y sus camaradas se presentaron ante el zar no sin algún temor, porque no dejaban de ser cosacos fugitivos que no habían comparecido ante la justicia. Pero les esperaba una

calurosa acogida en el Kremlin. Iván escuchó su relato atentamente y recibió sus presentes, cuyo significado les confería un valor inapreciable, y que estaban compuestos por pieles de marta cebellina, zorro negro y castor. Les perdonó y recompensó concediéndoles su favor y valiosos regalos. Asimismo el zar reconoció los servicios de los Stroganov y les concedió nuevas propiedades. Después nombró al príncipe Semeon D. Bolkhovsky para que acompañado por 500 mosqueteros marchara hacia Isker para recibir oficialmente de manos de Ermak, y en su nombre, el nuevo imperio de Siberia

Las campanas de Moscú fueron echadas al vuelo y en todas las iglesias se celebraron servicios de acción de gracias. El pueblo se reunió en las plazas del Kremlin y se decían unos a otros: «¡Dios ha dado a Rusia un nuevo imperio!»

[\[294\]](#) Los ánimos se hallaban excitados como no lo habían estado desde la toma de Kazan. En aquella ocasión el zar había estado a la cabeza de todo su ejército luchando contra un enemigo poderoso. La conquista de Siberia, por el contrario, era el resultado de la visión y determinación de los Stroganov y de la fortaleza y valor de una pequeña partida de

cosacos. Era una hazaña valerosa que inmediatamente se convirtió en un hecho de leyenda entre los rusos y tenía que servir de inspiración para las futuras generaciones.

En 1582 Iván renovó sus negociaciones para conseguir una alianza con Isabel de Inglaterra. Esto es otra prueba de la actividad del gobierno de Iván y de su tenacidad. Nunca podía abandonar su política de acercamiento a Occidente, y estos nuevos contactos con Inglaterra eran un esfuerzo por salvar algo después del armisticio firmado con Polonia.

Cuando diez años antes Isabel había virtualmente rechazado sus proposiciones para firmar una alianza

entre los dos países, Iván en un arrebatado de cólera canceló todos los privilegios de que disfrutaba la Compañía de Rusia. Como resultado Isabel mandó a Anthony Jenkinson para tratar de calmar su cólera. Iván sentía hacia «Anthony», como le llamaba él, un afecto natural, así como también hacia todos los ingleses que le visitaban en su corte. Se trataba de algo más que simple tacto diplomático. Iván era un hombre que siempre estaba dispuesto a mostrarse sincero y espontáneo en sus afectos hacia aquellos a los que respetaba y le eran agradables. Reservaba su desagrado y duros castigos para los que no inspiraban su confianza.

Jenkinson había sostenido con Iván



varias audiencias muy satisfactorias y como sea que se había presentado ante el zar con «cartas de afecto y la buena voluntad» de Isabel, se consideró contento y se comprometió a devolver a la Compañía todos los privilegios de que disfrutara en otros tiempos

[295]. Anteriormente se había mostrado muy quejoso respecto a algunos comerciantes, pero cuando Jenkinson insistió en que citara sus nombres, el zar no quiso hacerlo ni tampoco detallar las ofensas recibidas. «No es de príncipes perdonar y después acusar a los culpables, como resultado de lo cual su Majestad podría hacerles sentir el peso de su descontento cuando

se hallaran en Inglaterra», dijo el zar

[296]

Jenkinson obtuvo todavía más del zar en otras audiencias posteriores, pero no todo lo que había ido a buscar. Su misión había pues tenido éxito antes de lo que era de esperar, y esto fue así principalmente porque por alguna razón oculta Iván decidió no insistir en una alianza, aunque dejó bien claro que no abandonaba su proposición sino que la dejaba para otra ocasión.

Durante estos años Isabel molestaba constantemente al zar por asuntos de la Compañía, para la que pedía cada vez más, y el zar siempre accedía a sus peticiones. Pero, de

repente, en agosto de 1574, Iván le escribió una airada carta en la que hacía referencia a la conducta equívoca de ciertos comerciantes. También se quejaba de, que los ingleses habían ayudado a Suecia en contra de Moscovia, y la ocasión sirvió para volver a poner en plano de actualidad la cuestión de una alianza.

Isabel, temiendo que los privilegios de la Compañía estaban de nuevo en peligro, había enviado en mayo de 1575 a Daniel Sylvester para arreglar la situación. Sylvester sostuvo dos entrevistas tormentosas con el zar, quien se quejó amargamente de las tergiversaciones en que incurría la reina. Hizo notar su liberalidad hacia la

Compañía y juró que de no recibir de Inglaterra trato equivalente al suyo, cedería todo el comercio a los venecianos y alemanes.

Sylvester regresó a Inglaterra y muy poco tiempo después emprendió nuevo viaje a Moscovia, llevando con él la respuesta de Isabel. Sin embargo, esta respuesta estaba destinada a no llegar nunca a las manos de Iván. Sylvester llegó a Kholmogory y allí, mientras se probaba:

*«una chaqueta nueva de satín amarillo, o jubón, en una habitación del piso alto de su alojamiento en la casa de Inglaterra, y apenas el sastre acababa de bajar la escalera, cayó*

*sobre él un rayo y le dio en la cabeza. Un relámpago mató también al muchacho que le ayudaba y a su perro, quemó su mesa de trabajo, cartas y la propia casa, todo en un instante»*

[297]

Al enterarse del incidente Iván murmuró solamente: «¡Hágase la voluntad de Dios!» Pero era supersticioso y este acto del destino quizá le hizo considerar que era mejor no llevar a cabo las amenazas de represalias contra la Compañía. Además su atención por aquellos tiempos estaba absorbida por la guerra con Polonia y parece ser que durante cinco años no se

intercambiaron cartas entre Iván e Isabel.

En 1582 Iván renovó sus proposiciones, las cuales fueron hechas casi en los mismos términos de las presentadas unos doce años antes. Pero había una petición que antes no existía: Iván deseaba una esposa inglesa y tenía ya la elección hecha. Se trataba de la prima de la reina, lady Mary Hastings. Era una petición rara, ya que Iván se había casado recientemente por séptima vez. La boda se había celebrado sin ningún ceremonial ni bendición de la Iglesia, y la novia era María Feodorovna, hija de Feodor Nagoi. Esta esposa le daría un hijo que se llamaría Dmitri

[\[298\]](#). Pero el hecho de tomar nueva esposa no impedía a Iván pedir la mano de lady Mary. Al igual que el padre de la misma Isabel, no parece que tuviera demasiados escrúpulos en cambiar de mujer

[\[299\]](#).

Feodor Pisemsky, el embajador de Iván, llegó a Inglaterra en septiembre de 1582 y tenía instrucciones para negociar una alianza e inspeccionar a lady Mary. Las negociaciones fueron lentas y difíciles. Isabel se mantuvo firme en su negativa ya que no deseaba una alianza como la que le proponía, e insistía en los mismos motivos que la habían hecho rechazarla anteriormente. Al mismo

tiempo insistía descaradamente en sus peticiones para la confirmación del monopolio de la Compañía para el comercio del mar Blanco.

Tampoco se mostró Isabel muy bien dispuesta respecto al matrimonio sugerido. Los informes que tenía de Iván, procedentes de sus embajadores y de los mercaderes ingleses, dejaban a Iván muy mal parado. Isabel no quería entregar a su prima a un hombre como el zar. Sabía de la tortura y ejecución de muchos de sus boyardos. Además la última mujer del zar vivía, y se decía de él que siempre tenía gran número de concubinas. Y en cuanto a la misma lady Mary, quedó tan horrorizada por las historias que se contaban de la ferocidad



del zar que rogó a la reina que la dispensara del «peligroso honor» de tal matrimonio

[\[300\]](#)

Isabel no quería dar una negativa directa y definitiva, pero hizo todo lo que estaba en su mano para desengañar al enviado del zar. Pisemsky recibió solamente informes desfavorables sobre lady Mary. La misma reina le dijo que, aunque agradecía el deseo de Iván de «acercarse» a ella, no creía sinceramente que lady Mary fuera de su gusto, ya que no contaba con otros adornos que sus cualidades morales, y no creía que la dama satisficiera tan «conocido admirador y apreciador de la

belleza» como era el zar

[301]. Según la reina, lady Mary había tenido hacía poco la viruela y no podría verla Pisemsky hasta que las desagradables cicatrices que deja esta enfermedad hubieran curado. Pero Pisemsky tenía expresas instrucciones de inspeccionar a la joven y consiguió por fin verla, después de insistir mucho, en mayo de 1583, unos cinco meses después de su primera petición para entrevistarse con ella.

La entrevista se efectuó en el jardín del lord canciller. Lady Mary se acercó al embajador, inclinó su cabeza ligeramente y "después se quedó quieta, mientras Pisemsky la contemplaba

fijamente. Por unos minutos la estuvo examinando y después dijo: «Es suficiente», y se marchó. En su informe al zar decía que «Mary Hastings es alta, esbelta, de rostro pálido, ojos grises, cabello claro, nariz recta y dedos largos y afilados.»

[302] No hacía referencia alguna a señales de viruela ni tampoco a su belleza, pero le fue entregado un retrato de la joven para que se lo llevara con él a Moscú.

Pisemsky se marchó de Inglaterra en el mes de junio, acompañado por el embajador inglés, sir Jerome Bowes, hombre vulgar, de mal talante y jactancioso. La tarea que le fue

encomendada era sin duda alguna difícil. Tenía instrucciones para mostrarse inflexible respecto a las condiciones de Isabel para una alianza. Además tenía que hacer uso de todo su poder para desengañar a Iván respecto al matrimonio con lady Mary, y que no insistiera en seguida sobre el mismo, especialmente debido a su delicada salud y la poca disposición de su familia para separarse de ella. Sin embargo, estaba autorizado para prometer al zar refugio seguro en Inglaterra, petición que Iván reiteraba, aunque ya se le había concedido más de una vez. A pesar de las respuestas negativas a dos de las peticiones hechas por Iván, Bowes tenía instrucciones para insistir en una

confirmación del monopolio de la Compañía para el tráfico por el mar Blanco, especialmente debido al hecho de que los holandeses querían interferirse

[\[303\]](#).

Bowes sostuvo varias conversaciones con Iván, algunas de las cuales fueron tormentosas y en varias ocasiones fue despedido con enfado. Es de suponer que algunas veces se portaría con insolencia, pero sus maneras descaradas, tan distintas al porte firme pero cortés de Jenkinson, Randolph y otros, parece que impresionaron a Iván, y que hasta llegó a encontrar de su gusto a aquel jactancioso inglés. Al considerar

en una ocasión un asunto ordinario, Bowes se enfadó porque creyó que el zar se había referido a la reina sin la debida consideración. Iván le ordenó salir de palacio, pero después le llamó y le alabó por su celosa defensa de su soberana y añadió: «¡Ojala Dios me hubiera dado un servidor tan fiel!»

[304] Pero aun siendo de su agrado el embajador, las respuestas a sus peticiones no dejaban de ser inaceptables, y continuaron las audiencias tormentosas.

Bowes se volvió más persuasivo porque temió que fracasaría en su misión y llegó a sugerir que la reina quizá volvería a considerar su política.

En sus informes a Londres decía que Iván había decidido enviar una nueva embajada a la reina, y que prometía confirmar algunos de los privilegios de la Compañía. Pero el 18 de marzo de 1584, y antes de que Bowes recibiera confirmación escrita y de que fuera nombrado el nuevo embajador, el enviado de la reina fue informado por el canciller moscovita de que «el emperador inglés había muerto»

[\[305\]](#). Este mensaje nos demuestra la reputación de anglófilo de que Iván gozaba entre sus súbditos.

# Capítulo veintitrés:

## Muerte de Iván, 1584

Iván hacía años que se venía quejando de sentirse viejo y próximo a morir. Pero su energía tanto en lo físico como en lo intelectual no había disminuido. Tenía una constitución fuerte a la que no parecían afectar la larga tensión producida por el miedo, ni sus cóleras ni las épocas de vida desordenada, todo lo cual se le reprochaba tan a menudo. Con la única excepción de una enfermedad grave, siempre gozó de buena salud, aun cuando soportaba tensiones y esfuerzos



que habrían aniquilado a muchos hombres. Sin embargo, en invierno de 1584 comenzó a mostrar síntomas de una enfermedad que sería mortal.

Su muerte, al igual que su nacimiento, fue anunciada por hechos prodigiosos. A principios de 1584 Iván observó que entre las cúpulas doradas y las cruces de la catedral Uspensky y la catedral Blagoveshchensky había un cometa en el cielo, cuya cola formaba una cruz nebulosa, visión a la que contribuyó quizá la aurora boreal. Sorprendido por este fenómeno, Iván fue hasta la Escalera Roja, que era la entrada oficial al palacio, y miró fijamente desde allí durante largo rato. Después su cara se entristeció y,

volviéndose, dijo a los que le acompañaban: «Esta es la señal de mi muerte.»

[\[306\]](#)

Este prodigio comenzó a rondar por su cabeza y fueron llamados al palacio astrólogos de todas las partes de Rusia, y hasta procedentes de Laponia. Se reunieron en Moscú sesenta astrólogos, a los que se destinó un edificio especial, donde vivían todos ellos. Cada día el zar mandaba a Belsky para que les consultara. Constantemente los sabios se referían a su muerte como una cosa muy cercana y hasta estuvieron de acuerdo en que sucedería el 18 de marzo. Iván ordenó entonces que en adelante guardaran silencio y no

hicieran más predicciones. Al comenzar el mes de marzo, sin embargo, se envió un mensaje a todos los monasterios indicando que el zar sufría mucho, y pidiendo a los monjes que rezaran por él, para que sus pecados fueran perdonados y su cuerpo curado

[\[307\]](#).

Por entonces Iván había comenzado ya a sufrir intensamente. Su cuerpo se hinchó terriblemente, y si hemos de juzgar por las narraciones de su tiempo, mostraba síntomas de putrefacción interna. Las noticias de su enfermedad se esparcieron por Moscú y por todo el país. Las gentes se agrupaban en las iglesias para rezar por su recuperación.

No actuaban bajo ninguna clase de coacción, sino porque reverenciaban a su zar y porque éste era su protector, sin el cual estarían perdidos.

Iván hizo entonces un nuevo testamento. Declaró heredero del trono a su hijo Feodor. Como Feodor era un muchacho físicamente débil y algo atrasado, nombró un consejo especial para guiarle y aliviarle del peso de sus responsabilidades. Los principales hombres de este consejo eran el príncipe Iván Petrovich Shuisky, que se había distinguido en la defensa de Pskov, Iván Feodorovich Mstislavsky, pariente muy cercano del príncipe Vasili Mstislavsky, Nikita Romanovich Yuriev, hermano de Anastasia, la primera zarina, Boris

Godunov y Belsky. Dejó la ciudad de Uglich y sus alrededores a su hijo menor, Dmitri, que le había dado su última esposa, confiando su educación a Belsky

[308]. Dio consejos a su heredero Feodor para reinar con amor y caridad, evitando las guerras contra los poderes cristianos, y le aconsejó igualmente pensar en el bienestar de su pueblo, para que no tuvieran que padecer bajo la carga de los impuestos y dificultades que habían tenido que soportar durante su reinado. Por fin ordenó que se libertaran los criminales y prisioneros encarcelados como consecuencia de la guerra con Lituania y Alemania.

El 15 de marzo Iván notó una ligera mejoría en sus sufrimientos. Pasó un rato con el inglés Jerome Horsey, mostrándole su inapreciable colección de diamantes, rubíes, zafiros y otras piedras preciosas. Se dice que cuando la joven esposa de su hijo Feodor fue a verle, se la miró con tanta lujuria que ésta huyó horrorizada

[\[309\]](#).

Pero ya poco rato después comenzó a delirar y a llamar repetidamente a su hijo muerto, Iván, al que él mismo había matado. Imaginaba que le estaba viendo y le hablaba con cariño.

Dos días después de ocurrir estos hechos Iván se sintió mejor. Había

tomado baños calientes y se sentía mejorado. Dio órdenes para que el embajador de Lituania, que debido a su enfermedad, se había quedado en Mozhaisk, debía seguir viaje hacia Moscú, donde le recibiría. Dice Horsey que el zar se sentía tan aliviado que creía que las predicciones eran falsas y hasta ordenó la ejecución de los «astrólogos mentirosos»

[\[310\]](#).

El 18 de marzo Iván tomó un baño caliente de tres horas y de nuevo notó gran alivio. Descansó en su cama y después pidió su juego de ajedrez. Estaba preparando las figuras en el tablero para jugar con Belsky cuando de

repente tuvo un colapso. Los médicos intentaron reanimarle, y el metropolitano, en cumplimiento de la costumbre, según la cual se afeitaba la cabeza al monarca antes de su muerte, pronunció las plegarias de ritual entregándole a Dios

[\[311\]](#).

La gente de Moscú quedó anonadada ante la muerte de Iván. Para ellos no era «el terrible» sino su zar, mandado por Dios para gobernarles. Le habían respetado como a un monarca fuerte e inteligente, que se había identificado completamente con la nación. Era severo con los traidores y con los boyardos y príncipes que se le



oponían, pero la gente que no pertenecía a la nobleza le había sido fiel, sirviéndole con fidelidad y sin discutir sus decisiones. Habían visto en él su defensa contra los boyardos y príncipes y contra los enemigos de la nación. La conquista de Kazan y Astracán le había adornado en sus mentes con una aureola de grandeza y para ellos era el gran zar. Habían tenido que soportar dificultades durante los últimos años en que el país sufrió derrotas, pero éstas no eran sino castigos de Dios, de los cuales el zar no era culpable. Quizá la gente imaginaba las dificultades por que tendrían que pasar en los siguientes años, época que se conoce en Rusia como «Época de las dificultades», durante la cual las

calamidades caían sobre ellos continuamente y les hacían suspirar por la fuerza de la mano de Iván y la estabilidad de su reinado.

El cuerpo del zar fue expuesto con su ataúd abierto, y la gente se apretujaba para verle. Al tercer día fue enterrado en la catedral de San Miguel Arcángel, en el Kremlin, en medio del duelo de toda la nación

[\[312\]](#).

*This file was created*

*with BookDesigner program*

*05/08/2010*

---

---

**notes**

[1] Jerome Blum, *Lord and Peasant in Rusia* (Princeton, 1961), págs. 59 y 60.

[2] *Ibid.*

[3] *Ibid.*, pág. 120.

[4] Richard Hakluyt, *The Principal Navigations, Voyages, Tráffiques and Discoveries of the English Nation* (Londres, 1809), págs. 225 y 262. En notas siguientes se citará solamente

«Hakluyt».

5. V. O. Klyuchevsky, *Curso de Historia de Rusia* (Moscú, 1956-58), II, página 158. En notas siguientes se citará solamente «Klyuchevsky».

6. *Ibíd.*, pág. 140.

[7] Klyuchevsky, págs. 117 y 118.

[8] A. Contarini, *Trovéis to Tana and Persia* (Londres, Hakluyt Society, 1873), Pág. 163.

[9] S. M. Solovyev, *Historia de Rusia* (Moscú, 1960), Libro III, Vol. V, pág. 9. En adelante se citará solamente «Solovyev».

[10] Sigismund von Herberstein, *Notes upon Russia*, Traduc. y edit. por R. H- Major (Londres, Hakluyt Society, 1851-1852), I, pág. 24.

[11] A. Contarini, *op. cit.*, pág. 163.

[12] Sigismund von Herberstein, *loe. cit.*; G. Vernadsky, *A History of Russia*. Vol. IV. *Russia at the Dawn of the Modern Age* (Yale, 1959), págs. 14 y 15.

[13] J. L. I. Fennell, *Ivan the Great of Moscow* (Londres, 1961), pág. 55.

[14] Klyuchevsky, págs. 123 y 124.

[15] Sigismund von Herberstein, *op. cit.*, págs. 24 y 25.

[16] A. Contarini, *op. cit.*, págs. 163-165; G. Vernadsky, *op. cit.*, págs. 125 y 126

[17] Esta fracasada unión de las iglesias se trató en el Concilio de Florencia, durante el cual el

metropolitano de Moscú, un griego llamado Isador, aceptó, en nombre de la Iglesia rusa ortodoxa, la unión entre las Iglesias del Este y de Occidente y el principio de la supremacía papal. Los rusos se horrorizaron de tal proceder y, a su regreso, Isador fue inmediatamente depuesto de su cargo y obligado a huir del país para salvar su vida. Inmediatamente los rusos hicieron una declaración poniendo de manifiesto la independencia y autonomía total de la Iglesia rusa, y se eligió como metropolitano a un ruso, llamado Iona, obispo de Riazán.

[18] Klyuchevsky, II, pág. 121.

[19] A. Contarini, *op. cit.*, pág.

[\[20\]](#) Le P. Pierling, *La Russie et le Saint-Siège* (París, 1896), I, págs. 150

[\[21\]](#) La posible influencia de Sofía sobre Iván III, y sobre la misma historia de Rusia, ha sido motivo de desacuerdo entre los historiadores. En general, su influencia se ha exagerado, a lo que contribuyeron inicialmente ya los enemigos de su hijo y de su nieto, Vasili III e Iván IV, que la consideraban culpable de sus desgracias. El príncipe Andrei Kurbsky la llamó «hechicera griega» y la acusó de haber envenenado a su hijastro, Iván Molodoi, para que no pudiera interponerse entre su hijo Vasili III y el trono.

Los historiadores rusos de los siglos XVII y XIX consideran que tuvo

una gran influencia. Aseguran que Iván adquirió el derecho legal a la sucesión del título bizantino por su matrimonio con ella, así como que el matrimonio dio pábulo a la idea de que Moscú sería una tercera Roma. También dicen que Sofía era la responsable de la introducción en la corte de costumbres y usos bizantinos y del anexionamiento de Novgorod, de la expulsión del yugo de los mogoles y de otros hechos, todos ellos resultado de su influencia y sus consejos.

S. M. Solovyev y V. O. Klyuchevsky, los dos historiadores rusos más importantes, han desechado muchas teorías de sus predecesores, pero ambos han reconocido que Sofía ejerció una influencia considerable y



contribuyó a acrecentar la dignidad y el prestigio del gran príncipe.

Los historiadores del siglo XX han llegado más lejos al negar la influencia de Sofía. Tanto es así que J. L. I. Fennell cree que Iván III no podía haber visto en ella «un adorno exótico para su corte más bien árida» y que «no hay señales de la influencia de Sofía en la creación de un nuevo ceremonial en la corte ni de nuevos cargos ni funciones». Sin embargo, negarle por completo influencia alguna es también exagerado.

El profesor George Vernadsky, después de considerar los puntos de vista de los principales historiadores, ha llegado a la conclusión, que parece la más acertada al autor de este libro, de

que es difícil que Sofía pudiera tener una influencia preponderante en asuntos de estado, pero que seguramente influyó en la corte y en el prestigio del gran príncipe. Este historiador nos dice finalmente que su «principal contribución al curso de la historia de Rusia es haber sido la madre del hombre que estaba destinado a ser el padre de Iván el Terrible».

G. Vernadsky, *Russia at the Dawn of the Modern Age* (Yale, 1950), págs. 22-26; V. O. Klyuchevsky, *Curso de Historia de Rusia* (Moscú, 1957). Vol. LL, págs. 120-130; S. M. Solovyev, *Historia de Rusia desde la antigüedad* (Moscú, 1960), libro III, vol. 5, págs. 57-64; J. L. I. Fennell, *Ivan the Great of*

*Moscow* (Londres, 1961), págs. 315-324; K. V. Bazilievich, *Política exterior del Estado ruso centralizado: Segunda mitad del siglo XV* (Moscú, 1952), págs. 83-88.

[22] A. Contarini, *op. cit.* pág. 163. Es de lamentar que Contarini no diera más información al respecto; escribió: «podría mencionar otras cosas, pero me llevaría demasiado tiempo».

[23] *Ibíd.*

[24] J. L. I. Fennell, *op. cit.*, págs. 336 y 327.

[25] G. Vernadsky, *op. cit.*, pág. 130.

[26] Solovyev, libro III, vol. V, págs. 298 y 299.

[27] N. M. Karamzin, *Historia del*

*Estado Ruso* (San Petersburgo, 1842), li-J? Wf vol. III cois. 95 y 96 y nota 309. En notas siguientes se cita solamente «Karamzin».

[28] Solovyev, libro III, vol. V, pág. 285.

[29] *Ibid.*

[30] Segismund von Herberstein, *op. cit.*, págs. 50 a la 52.

[31] Solovyev, libro III, vol. V, pág. 345.

[32] *Ibid.*, pág. 298.

[33] Solovyev, libro III, vol. VI, págs. 395 y 396.

[34] *Ibid.* El príncipe Yuri murió en la prisión el 26 de agosto de 1536. Su muerte fue debida al hambre y al peso de las cadenas que le retenían.

Karamzin. "oro III, vol. VI, pág. 415.

[35] Solovyev, libro III, vol. VI, pág. 415.

[36] I. I. Smirnov, «La sublevación de Andrei Staritsky, 1537», en *Istorich.es-kie Zapiski*, vol. 50, págs. 270-272.

[37] Sigismund von Herberstein, *op. cit.*, I, págs. 52 y 53.

[38] Kashtanov, «Inmunidad feudal en los años del régimen boyardo, 1W7-1548», en *Istoricheskie Zapiski*, No. 66 (1960), págs. 240 y 241.

[39] Josef de Volokolamsk era un clérigo sabio y batallador, gran defensor de la labor de los grandes príncipes de Moscú en pro de una unión de todo el país bajo su mandato. En el año 1479

Josef fundó un monasterio en el principado independiente de Volokolamsk, que llegó a tener gran renombre. En una reunión de la Iglesia en el año 1503 se opuso decididamente a la proposición de que fueran liquidadas las propiedades de la Iglesia, haciendo fracasar los planes de los eremitas del otro lado del Volga. Josef jugó también un papel muy importante en la divulgación de la idea de que el poder del Zar era de origen divino.

[\[40\]](#) Nil Sorski debe su nombre a la primera ermita que fundó en el río Sor, no lejos del monasterio de Kirillo-Belozersky. Entre 1473 y 1489 viajó mucho a través de Palestina, Grecia y Turquía. En sus escritos y sermones

pedía al clero que abandonaran el lujo y las propiedades, apremiándoles a llevar una vida austera dedicada a la plegaria. En el consejo de la Iglesia, en 1503, exigió la secularización de todas las propiedades de ella, pero Josef de Volokolamsk se opuso a ello y su propuesta fue desestimada.

[\[41\]](#) C. Ornan, *The English Silver in the Kremlin 1557-1563* (Londres, 1961).

[\[42\]](#) J. L. I. Fennell (ed. y trad.), *The Correspondence between Prince A. Murbsky and Tsar Iván IV of Russia* (Cambridge, 1955), pág. 75

[\[43\]](#) Karamzin, libro II, vol. VIII, col. 35.

[\[44\]](#) Solovyev, libro III, vol. VI,

pág. 454.

[45] J. L. I. Fennell (ed. y trad.), *The Correspondence between Prince A. M. Kurbsky and Tsar Iván IV of Russia* (Cambridge, 1955), pág. 75.

[46] Karamzin, libro II, vol. VIII, col. 39.

[47] *Ibíd.*

[48] *Ibíd.*, pág. 43.

[49] Solovyev, libro III, vol. VI, pág. 430.

[50] Solovyev, libro III, vol. VI, pág. 431.

[51] Karamzin, libro II, vol. VIII, col. 54.

[52] Klyuchevsky, II, págs. 136 y 137.

[53] *Ibíd.*



[\[54\]](#) De los dos hermanos de Sofía, Andrés, el mayor, ofreció vender sus derechos al trono bizantino al mejor postor, y de hecho los vendió tres veces, cada vez a una persona distinta. Visitó dos veces Moscú: primero en 1480 y después en 1490. Sin duda debió ofrecer sus derechos a Iván, pero no parece que a éste le interesaran, ya que no existe prueba de que se llegara a una transacción. Su hermano menor Manuel regresó a su país de origen y reconoció la autoridad del sultán. Vernadsky, *op. cit.*, págs. 22 y 25. Ver también J. L. I. Fennell, *Iván the Great of Moscow* (Londres, 1961), pág. 186.

[\[55\]](#) Klyuchevsky, II, pág. 124.

[\[56\]](#) *Ibíd.*, pág. 125

[57] N. H. Baynes y H. St. L. B. Moss (edits.), *Byzantium* (Oxford, 1961), pág. 384.

[58] N. Zernov, *The Russians and their Church* (Londres, 1945), pág. 71.

[59] N. H. Baynes y H. St. L. B. Moss, *op. cit.*, pág. 384.

[60] Klyuchevsky, II, pág. 127.

[61] N. H. Baynes y H. St. L. B. Moss, *loc. cit.*

[62] Solovyev, libro III, vol. VI, págs. 431 y 432.

[63] Solovyev, libro III, vol. VI, págs. 431 y 432.

[64] *Ibíd.*

[65] El nieto de Iván III, Dimitri, el día 4 de febrero de 1498 había sido coronado gran príncipe de Vladimir,

Moscú y de toda Rusia, y en tal ocasión se había usado el *shapka Monomakha* y el gran collar (barmy) siguiéndose los ceremoniales bizantinos. Pero Dimitri no llegó a ocupar el trono y tampoco fue coronado zar. J. L. I. Fennell, *Ivon the Great of Moscow* (London, 1961), pág. 337.

[66] Solovyev, libro III, vol. VI, pág. 432.

[67] Sigismund von Herberstein, *op. cit.*, I, pág. 50.

[68] Nikita Romanov, hermano de la zarina Anastasia, era abuelo del zar Mikhail, que fue elegido para ocupar el trono en 1613, siendo el primero de la dinastía de los Romanov.

[69] Sigismund von Herberstein,

*op. cit.*, I, pág. 93.

[70] Karamzin, libro II, vol. VIII, col. 59.

[71] *Ibíd.*, 59 y 60.

[72] Haklyut, I, pág. 255.

[73] Sigismund von Herberstein, *op. cit.*, II, pág. 5.

[74] Karamzin, libro II, vol. VIII, col. 61.

[75] Solovyev, libro III, vol. VI, pág. 435.

[76] N. Ustryalov, *Las memorias del príncipe Kurbsky* (San Petersburgo, 1833).

[77] Karamzin, libro II, vol. VIII, cois. 60-62.

[78] Rusia tiene una tradición de clérigos, algunos metropolitanos y

patriarcas y otros simples curas, que por su habilidad y piedad, o simplemente por contar con una personalidad fuerte, han ejercido gran influencia sobre el trono y la política. Entre ellos se cuentan Josef de Volokolamsk, el metropolitano Makary y Sylvester, en el siglo XVI. El patriarca Nikon y el arcipreste Avvakum, en el siglo XVII, y Rasputín, que no era estrictamente un cura, en el siglo XX.

[79] Sylvester, *Domostroi*, ed. I. Glazunov (San Petersburgo, 1911), 3.a ed.

[80] Karamzin, libro II, vol. VIII, nota 188.

[81] J. L. I. Fennell (ed. y trans.), *The Correspondence between Prince A.*

*M-Kurbzky and Tsar Iván IV of Russia* (Cambridge, 1955), pág. 141 y nota 7.

[82] La reputación de Adashev no solamente llegó a traspasar las fronteras de Moscovia sino que perduró mucho tiempo. Unos veinticinco años después de su muerte al preguntar un arzobispo polaco al embajador ruso qué clase de hombre era Boris Gudonov, el embajador no encontró nada mejor que decir, sino que era tan bondadoso como Adashev. S. F. Platonov, *Iván the Terrible* (Berlín, 1924), pág. 48.

[83] S. V. Bakhrushin, «The Chosen Council of Iván the Terrible», en *Isto-riqueskie Zapiski*, vol. 15 (1945). A. A. Zimin, *Reformas de Iván el Terrible* (Moscú, 1960). Los dos

eruditos soviéticos, Bakhrushin y Zimin, han reunido todo el material disponible sobre el Consejo Escogido y han aportado sus propias y penetrantes investigaciones. Sin embargo, sus interpretaciones de material son en algunos casos arbitrarias, como, por ejemplo, su oposición a aceptar que la Iglesia o individualidades pertenecientes a la misma, en especial Makary, tuvieran un papel muy importante en el reinado de Iván.

[\[84\]](#) A. A. Zimin y otros historiadores soviéticos sustentan la teoría de que Adashev era el jefe del gobierno en esta época. La exclusión de Sylvester basándose en el hecho de que éste era un clérigo y no podía ser un

miembro del Consejo Escogido me parece inaceptable. El Consejo Escogido en sus comienzos no era más que un grupo extraoficial de hombres con mentalidades similares. Sylvester tenía gran preponderancia en el grupo y ejercía su influencia. El Consejo continuó siendo un cuerpo informal y no había razón alguna Para que Sylvester y Adashev formaran sociedad y actuaran conjuntamente. Iván mismo no pensaba en ellos de forma individual, sino como socios.

[85] El príncipe Dmitri Kurlyatev había apoyado a los Shuisky cuando éstos ocuparon el poder durante la minoría de edad de Iván. Había también tomado parte en el violento atentado



para hacer desaparecer al favorito de Iván, Vorontsov, en 1543. Más tarde la desconfianza de Iván había de recaer sobre él y fue asesinado, probablemente en cumplimiento de órdenes de Iván. J. L. I. Fennell, *op. cit.*, pág. 89.

[86] J. L. I. Fennell, *op. cit.*, pág. 89; S. F. Platonov, *op. cit.*, pág. 49.

[87] Iván posteriormente había de llegar a acusar a Sylvester y Adashev de usurpación del poder y de considerarle solamente como figura de paja, mientras ellos efectuaban todas las reformas de los años comprendidos entre 1350 y 1560. Sin embargo, Iván hizo estas acusaciones después de la caída de los poderosos favoritos, que consideraba que le habían traicionado, y en tal

ocasión hizo uso de todas sus armas para explicar y justificar la caída en desgracia de aquéllos. Pero en el tiempo en que tuvieron lugar las reforjas interiores no fueron motivo de disputa entre Iván y Sylvester y Adashev; en realidad Iván las apoyó y aprobó con entusiasmo. J. L. I. Fennell, *op. cit.*, Págs. 89-97; A. A. Zimin, *Reformas de Iván el Terrible* (Moscú, 1960), pág. 323.

[88] Karamzin, libro IT, vol. VIII, col. 64.

[89] *Ibíd.*, cols. 64 y 65.

[90] Klyuchevsky, II, págs. 373-377.

[91] Maxim el Griego nació en Grecia y estudió en Italia. Fue invitado a

Rusia en 1518 por el gran príncipe Vasili para traducir los libros eclesiásticos. Hombre culto y elocuente, reunió a su alrededor en Moscú un círculo de boyardos con quienes discutía no solamente los asuntos de la Iglesia sino la Política interna del gran príncipe. En muchas de sus opiniones se acercaba a las ideas de los «eremitas». Se oponía fuertemente a que la Iglesia poseyera Propiedades y riquezas y criticaba el sistema de vida de los curas. También se expresaba en contra de la opresión de los campesinos por parte de los propietarios eclesiásticos, y contra la «alimentación». En 1525 fue exilado al monasterio de Josef Volokolamsk, y seis años más tarde, después de otro

juicio, fué trasladado al monasterio de Tverskoi Otroch.

[92] A. A. Zimin y D. S. Likhachev, edits., *Las obras de I. Peresvetov* (Moscú-Leningrado, 1956), pág. 163.

[93] *Ibid.*, págs. 165, 166 y 190.

[94] *Ibid.*, pág. 189.

[95] *Ibid.*, págs. 158 y 159.

[96] A. A. Zimin, *Las reformas de Iván el Terrible* (Moscú, 1960), pág. 326.

[97] Karamzin, libro II, vol. VIII, col. 65.

[98] A. A. Zimin considera que el *Sudebnik* fue preparado y editado en junio de 1550 pero también puede haberlo sido en la primavera o el otoño del mismo año. A. A. Zimin, *op. cit.*,

pág. 348 y 349.

[\[99\]](#) *Ibid.*, págs. 349 y 350.

[\[100\]](#) En su consecuencia se añadió un artículo, el número 100. *Ibid.*, págs. 415 y 416

[\[101\]](#) En el siglo XVI, los boyardos se vieron obligados, cada vez en mayor número, a vender sus propiedades patrimoniales para satisfacer las deudas que habían contraído para hacer frente a los gastos de proporcionar tropas para varias campañas, así como por su mala administración de los fondos y su alto nivel de vida. Estos boyardos y sus herederos tenían el derecho de volver a comprar las mismas tierras dentro de los cuarenta años de haberlas vendido. El

artículo 45 del *Sudebnik* abolía este derecho tanto para los mismos boyardos como para sus herederos, si habían firmado el documento de venta; los herederos que no habían firmado el documento conservaban el derecho de volver a comprar las tierras. Este nuevo artículo estaba decididamente destinado a proteger a la burguesía. A. A. Zimin, *op. cit.*, págs. 350 y 351.

[\[102\]](#) Los historiadores sostienen que este proyecto de instalar «los mil», escogidos entre la burguesía en *pomestii* o fincas bajo condición de servicio, se llevó a cabo. A. A. Zimin demuestra, sin embargo, que no se concedieron propiedades debido a la escasez de tierra, y que el proyecto no se llevó a buen

termino. A. A. Zimin, *op. cit.*, págs. 366 y 371. Más tarde, con el establecimiento de la Oprichnina, Iván tenía que conseguir instalar los hombres previamente escogidos en fincas cerca de Moscú. En aquella ocasión se las arregló para conseguir sus deseos sacando a los boyardos de sus tierras patrimoniales. Ver págs. 187 a 191.

[\[103\]](#) La asamblea tomó su nombre de su programa, que contenía las decisiones a tomar, dispuestas en *Sto* (cien) *glav* (capítulos).

[\[104\]](#) Karamzin sitúa la fecha de la reunión en 23 de febrero de 1551. A. A. Zimin, sin embargo, prueba que la *Stoglav* se reunió durante enero y febrero, y que el trabajo de edición del

informe comenzó el 23 de febrero. Karamzin, libro II, vol. VIII, col. 68; A. A. Zimin, *op. cit.*, pág. 378.

[\[105\]](#) Karamzin, *loc. cit.*

[\[106\]](#) A. A. Zimin, *op. cit.*, pág. 380.

[\[107\]](#) *Ibíd.*, págs. 382 y 383.

[\[108\]](#) *Ibíd.*, pág. 384.

[\[109\]](#) *Ibíd.*, pág. 385.

[\[110\]](#) *Ibíd.*, pág. 386.

[\[111\]](#) *Ibíd.*, pág. 387.

[\[112\]](#) A. A. Zimin, *Las reformas de Iván el Terrible* (Moscú, 1960), pág. 381.

[\[113\]](#) Solovyev, libro III, vol. VI, pág. 449.

[\[114\]](#) A. A. Zimin, «Towards the History of the Military Reforms of the



Fifties of the 16 th Century», en *Istoricheskie Zapiski*, vol. 55 (1956), pág. 345.

[115] A. A. Zimin, *Las reformas de Iván el Terrible* (Moscú, 1960), págs. 337 y 338; ver también *Voprosy Istorii*, n.º 6 (1962), pág. 137.

[116] A. A. Zimin, en *Istoricheskie Zapiski*, vol. 55 (1956), pág. 348.

[117] Novgorod, por ejemplo, en 1545 había proporcionado 1.845 arcabuceros basándose en la proporción de uno por cada cuatro familias. *Ibid.*, pág. 357.

[118] *Ibid.*, págs. 354-358.

[119] Karamzin, libro II, vol. VIII, col. 75.

[120] *Ibid.*, cois. 78 y 79.

[\[121\]](#) *Ibid.*, col. 85.

[\[122\]](#) *Ibid.*, cois. 88 y 89.

[\[123\]](#) Solovyev, libro III, vol. VI, págs. 466 y 467.

[\[124\]](#) Karamzin, libro II, vol. VIII, col. 98.

[\[125\]](#) *Ibid.*, col. 102

[\[126\]](#) Karamzin traduce la palabra *Razmysl*, citada en la crónica, por «técnico». S. F. Platonov, sin embargo, señala que entre los muchos significados que tiene esta palabra en el diccionario Dahl y otros no se encuentra «técnico». Sugiere como explicación más probable que *Razmysl* es una forma degenerada del apellido Rasmussen, y nos recuerda que el correo danés, Peter Rasmussen, que se hallaba en Moscú en el año 1602,

le llamaban los rusos «Peter Razmysl»-  
S. F. Platonov, *Iván the Terrible*  
(Berlín, 1924), pág. 72.

[\[127\]](#) Seguramente se trataba de la llamada para la oración de los muedines que los rusos debían ya conocer. No me parece claro el motivo de por qué la tomaron por brujería. Karamzin, libro II, vol. VIII, cols. 104 y 105.

[\[128\]](#) *Ibíd.* col. 108.

[\[129\]](#) En algunas crónicas de esta batalla se indica que a Iván le falló su sangre fría cuando llegó el momento del ataque y aunque le llamaron repetidamente se negó a abandonar sus oraciones. Las tropas atacaron sin sus órdenes. Solovyev, libro III, vol. VIII, págs. 470 y 471; Karamzin, *loe. cit.*

[\[130\]](#) Karamzin, libro II, vol. VIII, cols. 111 y 112.

[\[131\]](#) *Ibíd.*

[\[132\]](#) *Ibíd.*

[\[133\]](#) *Ibíd.*, col. 114.

[\[134\]](#) *Ibid...* col. 118.

[\[135\]](#) Solovyev, libro III, vol. VI, pág. 526.

[\[136\]](#) *Ibíd.*, pág. 526.

[\[137\]](#) *Ibíd.*, págs. 526 y 527.

[\[138\]](#) Karamzin, *op. cit.*, nota 189.

[\[139\]](#) Solovyev, *op. cit.*, pág. 526.

[\[140\]](#) *Ibíd.*, págs. 527 y 528.

[\[141\]](#) *Ibíd.*

[\[142\]](#) *Ibíd.*, pág. 532.

[\[143\]](#) *Ibíd.*, pág. 533; Karamzin, *op. cit.*, cois. 131 y 132.

[\[144\]](#) J. L. I. Fennell (ed. y trans.),

*The Correspondence between Prince A. M. Kurbsky and Tsar Iván IV of Russia* (Cambridge, 1955), pág. 93.

[\[145\]](#) *Ibíd.*, pág. 87

[\[146\]](#) *Ibíd.*, pág. 93.

[\[147\]](#) *Ibíd.*, pág. 95.

[\[148\]](#) A. A. Zimin, *Las reformas de Iván el Terrible* (Moscú, 1960), págs 444 a 448.

[\[149\]](#) Solovyev, libro III, vol. VI, pág. 495.

[\[150\]](#) La leyenda de que Iván encargó a un arquitecto italiano la construcción de la catedral y que cuando ésta estuvo terminada hizo sacar los ojos j\*1 arquitecto para que nunca pudiera construir otra igual, no tiene base de ninguna clase. Postnik y Barma, dos

rusos procedentes de Pskov, fueron los encargados de la construcción, que no muestra señal alguna de influencia occidental, y tampoco les sacaron los ojos.

La catedral, como puede verse hoy en la Plaza Roja, ha perdido algo de sencillez original y de la armonía de sus formas, debido a que en el siglo XVII se añadieron una capilla y un campanario, así como posteriormente una galería en todo su contorno. G. H. Hamilton, *The Art and Architecture of Russia* (Londres, 1954), páginas 131 a 133.

Entre Iván y su contemporáneo, Felipe II de España, hay un parecido muy /jareado aunque superficial. Ambos hombres dejaron a la posteridad

edificios gubernamentales que reflejaban sus respectivas personalidades. El monasterio de San Lorenzo de El Escorial es un retiro sólido y austero, mientras que la catedral de San Vasili es una expresión gozosa, aunque brutal, de triunfo nacional

[\[151\]](#) Hakluyt, I, pág. 256.

[\[152\]](#) *Ibíd.*, pág. 241.

[\[153\]](#) *Ibíd.*

[\[154\]](#) *Ibíd.*, págs. 256 y 257

[\[155\]](#) Hakluyt, I, págs. 256 y 257.

[\[156\]](#) G. Tolstoi, *Los primeros cuarenta años de las relaciones entre Inglaterra y Rusia, 1553-1593* (San Petersburgo, 1875), págs. 7 y 8

[\[157\]](#) Hakluyt, II, pág. 267.

[158] T. S. Willan, *The Early History of the Muscovy Company, 1553-1603* (Manchester, 1956), págs. 11-14.

[159] Solovyev, libro III, vol. VI, pág. 499

[160] *Ibíd.* Pág. 500

[161] *Ibíd.*, pág. 519.

[162] Kurbsky falsea estos acontecimientos alegando que fue después de la Jüuerte de Anastasia cuando Sylvester y Adashev fueron alejados de la corte fajo la acusación de haberla envenenado. Está claro, sin embargo, que amóos hombres partieron de la corte sin ser echados de ella y que su marcha Precedió a la muerte de la zarina. Además, Iván al citar en su carta



a Kurbsky 10? crímenes de Sylvester y Adashev no hace mención alguna al envenenamiento de la zarina. Si por entonces hubiera habido alguna sospecha, la furia [je Iván no habría tenido límites y no es probable que permitiera que ninguno de los dos viviera tranquilo fuera de Moscú. Ver páginas 158 y 159, respecto a la muerte de Anastasia y el odio de Sylvester, Adashev y sus partidarios hacia ella. En su *History*, Kurbsky dice que los nuevos favoritos del zar le hicieron creer que Sylvester y Adashev habían embrujado a la zarina. Kurbs-gV no solamente falsea los hechos, sino que es incapaz de ser consecuente. En 1572, Iván le dijo al embajador lituano que los boyardos eran

los culpaos de la muerte de Anastasia. J. L. I. Fennell, *Correspondence*, págs. 85-93. N. Ustryalov, ed., *Relatos del príncipe Kurbsky* ('San Petersburgo, 1833), págs. 78, 79 y 391.

[\[163\]](#) Hakluyt, II, págs. 429 y 430.

[\[164\]](#) Fennell, *op. cit.*, pág. 97.

[\[165\]](#) *Ibid.*, pág. 98

[\[166\]](#) Solovyev, libro III, vol. VI, pág. 539; Fennell, *op. cit.*, págs. 98 y 99.

[\[167\]](#) Sylvester, como simple clérigo que era, pertenecía al clero blanco, cuyos componentes se casaban antes de ser ordenados y acostumbraban a cuidar de la gente de su parroquia. Solamente podían tomar los hábitos monásticos los miembros del clero negro, que eran célibes.

[\[168\]](#) Fennell, *op. cit.*, pág. 99.

[\[169\]](#) Los hijos de la zarina Anastasia fueron: Anna (1549-1550), María (1551-1554), Dmitri (1552-1553), Iván (1554-1581), Evdokia (1556-1558) y Feodor (1557-1598)

[\[170\]](#) Fennell, *op. cit.*, págs. 190 y 191.

[\[171\]](#) Solovyev, *op. cit.*, págs. 539-542.

[\[172\]](#) Fennell, *op. cit.*, pág. 101.

[\[173\]](#) Solovyev señala que estas ejecuciones solamente las menciona Kurbsky y por ello deben aceptarse con algunas reservas. Solovyev, *op. cit.*, pág. 540.

[\[174\]](#) Kurbsky indica que Adashev fue encarcelado y murió de hambre.

También esta afirmación debe aceptarse con reservas. Fennell, *op. cit.*, pág. 98.

[175] En esta carta, dirigida a Kurbsky, Iván escribía: «Y en las iglesias estas cosas no ocurrían, como tú falsamente afirmas.» Solovyev, *op. cit.*, pág. 546; Fennell, *op. cit.*, págs. 101-103.

[176] Las palabras que parece haber dicho Obolensky-Ovchinin durante esta disputa pueden, desde luego, ser una invención de Kurbsky. Son numerosas las referencias a lo mucho que bebía Iván y sus malas costumbres, pero faltan detalles. Era notable lo mucho que le gustaban las mujeres. Isabel I 55- Inglaterra, durante una conversación con el embajador de

Iván, se refi-[10 eufemísucamente al zar como a un «famoso admirador y entendedor de ja belleza». Solovyev, *op. cit.*, pág. 541; N. Casimir, «Historial Notes Relating to ^zar John the Terrible of Russia and Queen Elizabeth of England», en *Reli-Wary*, XVI, 1876-1877.

[\[177\]](#) Solovyev, *op. cit.*, págs. 575 y 576.

[\[178\]](#) Karamzin, libro II, vol. IV, col. 26.

[\[179\]](#) *Ibíd.*, col. 24.

[\[180\]](#) *Ibíd.*, col. 27.

[\[181\]](#) La labor de imprimir una versión correcta del Antiguo Testamento y el Nuevo fue llevada a cabo en Ostrog por el príncipe de Konstantine, que

había conseguido agenciarse los servicios de Iván Feodorov. Esta Biblia rusa, corregida según una Biblia griega que fue enviada por el patriarca de Constantino-pla, se publicó en 1581. Iván contaba con una biblioteca particular considerable, pero falta información sobre su contenido. También utilizaba la biblioteca del monasterio de Josef Volokolamsk, que contenía 1.150 volúmenes, una gran cantidad para aquella época. S. V. Bakhrushin y otros, *Historia de Moscú* (Moscú, 1952), I, págs. 246 y 247; Karamzin, *op. cit.*, cois. 28 y 29.

[\[182\]](#) Solovyev, libro III, vol. VI, pág. 542.

[\[183\]](#) Karamzin, libro II, vol. IX,

col. 34.

[184] No se sabe lo que les ocurrió a la mujer y al hijo de Kurbsky.

[185] Karamzin, *op. cit.*, col. 34.

4. [186] Una información procedente de fuente de más confianza (la copia sinodal JJI la Crónica de Nikon en la *Full Collection of Russian Chronicles*, vol. XIII, P\*jg- 383), dice que Shibanov no trajo la carta. Posteriormente fue capturado por los oficiales de Iván y mandado a Moscú, donde fue interrogado mientras se le torturaba y después ejecutado. Fennell, *Correspondence*, págs. 21-23.

[187] N. Ustryalov (ed.), *Relatos del príncipe Kurbsky* (San Petersburgo, 1833)

[188] Fennell, *op. cit.*, págs., 5 y 7.

[189] *Ibíd.*, pág. 5

[190] *Ibíd.*, pág. 133

[191] Klyuchevsky, II, pág. 15.

[192] Fennell, *op. cit.*, págs. 2-179.

[193] *Ibíd.*, pág. 14.

[194] *Ibíd.*, págs. 40 y 41.

[195] *Ibíd.*, págs. 30 y 31.

[196] *Ibíd.* Pág. 19

[197] *Ibíd.*, págs. 2 y 3.

[198] *Ibíd.*, págs. 46 y 47.

[199] *Ibíd.*, págs. 26 y 27.

[200] *Ibíd.*, págs. 61.

[201] *Ibíd.*, págs. 180 y 181.

[202] *Ibíd.*, págs. 190-193.

[203] *Ibíd.*, pág. 197.

[204] Karamzin, libro II, vol. IX,

col. 43.



[\[205\]](#) *Ibíd.*, cols. 43 y 44; Solovyev, libro III, vol. VI, págs. 551 y 552.

[\[206\]](#) Karamzin, loc. cit.

[\[207\]](#) Karamzin, *op. cit.*, col. 46. Oprichnina viene de la palabra *oprich*, que significa separado o apartado. Oprichnina significa también la parte de las propiedades de un hombre que ha sido puesta aparte para su viuda. Ver también Klyuchevsky, II, páginas 177-179.

[\[208\]](#) Klyuchevsky, *toe. cit*

[\[209\]](#) S. Veselovsky, «La institución y establecimiento de la Oprichnina en 1565 y su abolición en 1572», en *Voprosy Istorii* (1946), núm. 1, págs. 86-104; A. A. Zimin, «Política

agraria en los años de la Oprichnina, 1565-1572», en *Voprosy Istorii* (1962), número 12, págs. 60-79.

[\[210\]](#) Los historiadores soviéticos discrepan completamente en cuanto se refiere a la conexión entre el intento de establecer los «mil» en 1550 y la institución de los Oprichniki en 1565. S. P. Platonov consideraba que en 1565 Iván intentaba de nuevo lo que había probado de hacer quince años antes. S. V. Ve-selovsky niega rotundamente que haya ninguna conexión. A. A. Zimin ha analizado las pruebas, y yo he aceptado su opinión, especialmente porque me parece que es la interpretación más probable de la forma en que la mentalidad de Iván funcionaba en

aquella época y en tales asuntos. S. F. Platonov, *Essays* (Moscú, 1937), pág. 109; S. V. Veselovsky, «El primer paso de la reforma del poder central en el reinado de Iván el Terrible», en *Istoriécheskie Zapiski* (1946), vol. 15, págs. 57, 61, y *passim*; A. A. Zimin, *loc cit.*

[\[211\]](#) Vasili Shuiskey era el único miembro de la familia Shuiskey que servía al zar en aquel momento, ya que los otros miembros de la familia no habían alcanzado todavía la edad de servir. Iván lo elevó al rango de boyardo en 1567 y es casi seguro que era un Oprichnik. S. V. Veselovsky en *Voprosy Istorii*, 1946, I, pág. 89

[\[212\]](#) En principio, Iván decidió situar su corte Oprichnina dentro del

recinto del Kremlin, detrás del palacio existente, por entonces, en el lugar donde se levantaba la vivienda de la zarina y el palacio del príncipe Vladimir Andreevich. Sin embargo, el palacio del príncipe Vladimir fue destruido por completo por un incendio el 1 de febrero de 1565. Era uno de aquellos incendios que tan frecuentemente sufría Moscú. Entonces, Iván ordenó la construcción de su nuevo palacio fuera del Kremlin. Sin embargo, cada vez pasaba menos tiempo en él, ya que prefería el aislamiento de Alexandrovsk. El palacio de Moscú fue también destruido por un incendio, que lo redujo a escombros en ocasión del gran fuego de 1571. A. A. Zimin, *loc. cit.*

[\[213\]](#) La palabra Zemshchina deriva de la palabra *zemlya*, que significa tierra, y se podría traducir en este caso como reino o dominio.

[\[214\]](#) S. F. Platonov, *Ensayos de la historia de la época crítica del estado moscovita de los siglos XVI y XVII* (Moscú, 1937), págs. 110-115; S. F. Platonov, *Iván Grozny* (Berlín, 1924), págs. 100-116; S. V. Veselovsky en *Voprosy Istortt* (1946), núm. 1, págs. 86-97; A. A. Zimin, *loc. cit.*

[\[215\]](#) Karamzin, libro III, vol. IX, cols. 47 y 48

[\[216\]](#) *Ibíd.*

[\[217\]](#) *Ibíd.*, pág. 51, y notas págs. 157-159.

[\[218\]](#) *Ibíd.*, col. 55.

[\[219\]](#) *Ibid.*, col. 56.

[\[220\]](#) No queda del todo claro si estos mensajes del rey y del jefe del ejército fueron interceptados o bien los mismos boyardos que los recibieron los envegaron al zar. Karamzin, *op. cit.*, cols. 57 y 58; Solovyev, libro III, vol. VI, Pag. 555.

[\[221\]](#) El mismo Chelyadin se había destacado durante los alborotos que sidieron al incendio de Moscú, en los cuales tomó parte en contra de los ^nnsky. Es muy posible que este hecho influyera en contra suya. Solovyev, *op. Cit.* Pág. 555. Según cuenta el relato de esta ejecución, parece que Iván hizo vestir con sus ropas delante de toda la corte, ponerse la corona y sentarse en el

trono. Entonces, Iván sé inclinó ante él y le dijo burlonamente: «Salve, ¡oh gran zar de Rusia! Te he dado los honores que tú deseabas, pero así como tengo poder para hacerte zar, también puedo echarte del trono!» y diciendo esto hundió un cuchillo en el corazón del desgraciado, y los Oprichniki cortaron su cuerpo en pedazos. Esta narración es típica de las historias de horrores de la corte de Iván, pero en muchas ocasiones estos hechos no están confirmados por ninguna prueba y no son más que el testimonio de cronistas hostiles y de poca confianza. Karamzin, libro III, vol. IX, cols-58 y 59, y nota, pág. 183.

[\[222\]](#) Karamzin nos dice que Iván acusó al príncipe Vladimir de proyectar

envenenarle, y a su vez ordenó a Vladimir que ingiriera veneno. Nos describe una conmovedora escena de la despedida entre los miembros de la familia de Vladimir y el mismo príncipe, después de la cual todos bebieron el veneno y murieron entre intensos dolores.

Solovyev señala que han sobrevivido muchos relatos contradictorios respecto a la muerte del príncipe Vladimir. Según éstos, el príncipe fue envenenado, cortado a trozos o decapitado. La muerte de su familia fue también motivo de diferentes relatos. Según Kubsky, dos de los hijos murieron con su padre. El hijo mayor desde luego no murió, y en 1573 vivía



todavía. Karamzin, *op. cit.*, cols. 83 y 84; Solovyev, *op. cit.*, pág. 734.

[223] Karamzin, *op. cit.*, cols. 60 y 61; Solovyev, *op. cit.*, pág. 556.

[224] Karamzin, *op. cit.*, col. 62.

[225] *Ibíd.*, col. 63.

[226] Malyuta Skuratov dijo a los abades y monjes del monasterio que Felipe había muerto de las fiebres. Los monjes quedaron aterrorizados al oír esto y en la misma presencia de Skuratov cavaron una tumba detrás del altar de la capilla del monasterio, donde le enterraron. Sus restos fueron desenterrados en 1584 y se trasladaron al monasterio de Solovetsky, pero en 1652 fueron llevados a Moscú, donde se les dio sepultura en la catedral

Uspensky. Karamzin, *op. cit.*, col. 86.

[227] Solovyev, *op. Cit.* Pág 559

[228] *Ibíd.*, pág. 560.

[229] *Ibíd.*, pág. 56; Karamzin, *op. cit.*, cois. 94 y 95.

[230] La excepción fue el canciller Viskovaty, quien expresó la opinión de que Podría llegarse a un armisticio sin que fuera imprescindible devolver las ciudades tomadas en Livonia. Su idea era que el rey debía retirar sus tropas y Posteriormente no intentar apoderarse de tales ciudades. Solovyev, libro III, vol. VI, págs. 581-583; Klyuchevsky, II, págs. 384-387.

[231] Cuando Iván hubo terminado de hablar, los embajadores declararon que debido a su mal conocimiento de la

lengua rusa, no habían entendido algunos trozos de su parlamento, a lo que Iván replicó que, como su traductor se hallaba presente, él mismo les explicaría lo que no hubieran comprendido. Al oír esto el traductor se echó a los pies del trono y dijo: «¡Gracioso soberano! ¡Es imposible que me acuerde de temas tan importantes. La gran inteligencia que Dios te ha concedido está por encima de mi vulgar comprensión!», Solovyev, *op. cit.*, pág. 587.

[\[232\]](#) Vale la pena señalar que la Asamblea del país ya no volvió a ser convocada nunca más. Los delegados dieron su consejo, en el sentido de que la guerra con Livonia debía continuar

hasta que todo el país se hallara bajo el poder moscovita. Pero este consejo no comprometía a Iván en absoluto, y no dudó un instante en hacer caso omiso de tal consejo.

[233] Solovyev, *op. cit.*, pág. 588.

[234] Ed D. Morgan y C. H. Coote (eds.), *Early Voyages and Travels in Russia and Persia*, Hakluyt Society (Londres, 1886), II, págs. 236-238.

[235] *Ibíd.*

[236] *Ibíd.*

[237] G. Tolstoy, *Los primeros cuarenta años de las relaciones entre Inglaterra y Rusia 1553-1593* (San Petersburgo, 1875), págs. 44-46.

[238] *Ibíd.*

[239] Desde luego no quedó del

todo claro que el monopolio de la Russia Company se refiriera al comercio por el Báltico. La Company afirmaba que tenía el monopolio de todo el comercio británico con Moscovia, independientemente del camino utilizado. Sin embargo, para confirmar este monopolio fue preciso un Act of Parliament, ocurrido en 1566. T. S. Willan, *The Early History of the Muscovy Company 1553-1603* (Manchester, 1956), págs. 76 y 77.

[\[240\]](#) *Ibid.*, págs. 102 y 103

[\[241\]](#) Tolstoy, *op. cit.*, pág. XXX

[\[242\]](#) E. D. Morgan y C. H. Coote, *op. cit.*, págs. 247-249 y 282.

[\[243\]](#) *Ibid.*, págs. 249 y 250.

[\[244\]](#) Tolstoy, *op. cit.*, págs. 74-78.

[245] E. D. Morgan y C. H. Coote, *op. cit.*, págs. 290-292.

[246] *Ibíd.*, págs. 292-297.

[247] *Ibíd.*, pág. 302.

[248] *Ibíd.*

[249] *Ibíd.*

[250] Jenkinson en su carta a lord Burghley, y después de enumerar las calamidades sufridas por los moscovitas, termina diciendo que es un «justo castigo de Dios para tan malvada nación». *Ibíd.*, págs. 336 y 337.

[251] Solovyev, *op. cit.*, pág. 600.

[252] *Ibíd.*, pág. 601

[253] *Ibíd.*, pág. 620.

[254] *Ibíd.*, pág. 607 y 608.

[255] Fennell, *Correspondence*, pág. 123.

[\[256\]](#) Karamzin, libro III, vol. IX, col. 110.

[\[257\]](#) *Ibíd.*, cols. 76-77.

[\[258\]](#) *Ibíd.*, col. 114.

[\[259\]](#) *Ibíd.*, col. 115.

[\[260\]](#) *Ibíd.*, cols. 161 y 162, y nota pág. 494.

[\[261\]](#) Solovyev, *op. cit.*, pág. 561.

[\[262\]](#) *Ibíd.*, pág. 562

[\[263\]](#) *Ibíd*

[\[264\]](#) Karamzin, Solovyev y Klyuchevsky están de acuerdo en el hecho *de* que se aboliera el nombre de Oprichnina, pero creen que la institución continuó. Hay que ver, sin embargo, el trabajo de S. V. Veselevsky «La institución y establecimiento de la Oprichnina en 1565 y su abolición en

1572», en *Voprosy Istorii* (1946), No. I, págs. 86-104.

[265] Solovyev, *op. cit.*, pág. 564.

[266] Kurbsky afirma que Vorotynsky fue interrogado y sometido a tortura como resultado de la cual murió. Solovyev, *op. cit.*, pág. 565.

[267] Según algunas otras fuentes de información, ocurrieron más ejecuciones. Una de estas fuentes indica que fueron ejecutados en 1582 en Moscú 2.300 hombres pertenecientes al cuerpo de ejército que se había rendido en Polotsk. Pero de haber tenido lugar una ejecución masiva de tal importancia hubiera sido anotada en los documentos oficiales y citada por los cronistas rusos, que anotaban esta clase de



informaciones con grandes detalles. En realidad, queda más allá de la duda razonable el hecho de que ocurrieran más ejecuciones de militares y boyardos en estos últimos años de la vida de Iván. Karamzin, *op. cit.*, col. 210, y nota 617; Solovyev, *op. cit.*, página 565

[\[268\]](#) Solovyev, libro III, vol. VI, pág. 620.

[\[269\]](#) *Ibíd.*, pág. 621.

[\[270\]](#) *Ibíd.*

[\[271\]](#) *Ibíd.*, pág. 624.

[\[272\]](#) *Ibíd.*, pág. 626.

[\[273\]](#) Karamzin, libro III, vol. IX, col. 139.

[\[274\]](#) *Ibíd.*, cols. 142 y 143.

[\[275\]](#) *Ibid.*, col. 142.

[\[276\]](#) *Ibíd.*, col. 153.

[\[277\]](#) Por entonces Iván escribió desde Wolmar su segunda carta dirigida a Kurbsky.

[\[278\]](#) Parece que una de las razones por las que el rey Stefan Batory se negó a confirmar este tratado fue que la versión rusa incluía la condición de que el rey no invadiría Livonia, y esta condición no se hallaba en la versión polaca. Pero queda muy claro que Batory había decidido luchar, y no parece probable que este tipo de discrepancias entre dos textos tuvieran un papel tan importante como para rechazar un armisticio. Karamzin, *op. cit.*, col. 166.

[\[279\]](#) *Ibíd.*, col. 176.

[\[280\]](#) Solovyev, *op. cit.*, pág. 663.

[\[281\]](#) Karamzin, *op. cit.*, col. 194.

[\[282\]](#) Según el relato de Karamzin, el tsarevich se acercó a su padre y pidió que le fuera permitido conducir las tropas en ayuda de Pskov para salvar así el honor de la nación. Pero otro relato nos dice que el tsarevich fue golpeado porque salió en defensa de su mujer, a la cual Iván había reñido.

[\[283\]](#) Karamzin, *loc. cit.*

[\[284\]](#) *Ibíd.*, col. 210.

[\[285\]](#) Se dice que por haber Feodor Nagoi dado informes falsos y con mala intención respecto a Godunov, se le practicó la misma operación que habían requerido las heridas de éste, como castigo. Karamzin, *op. cit.*, col. 210.

[286] Solovyev, *op. cit.*, pág. 671.

[287] *Ibíd.*

[288] *Ibíd.*, pág. 672.

[289] *Ibíd.*

[290] M. N. Tikhomirov, *Rusia durante el siglo XVI* (Moscú, 1962), págs. 464-466.

[291] Kergedan es la misma ciudad que hoy llamamos Orel. Yakov Stroganov pidió en 1566 al zar que acogiera sus ciudades de Kankor y Kergedan con su industria y comercio bajo la Oprichnina, para que estuvieran protegidos del saqueo y la persecución de los Oprichniki. El zar aceptó la proposición, Solovyev, *op. cit.*, pág. 691; Tikhomirov, *op. cit.* págs. 460-462.

[292] Solovyev, *op. cit.*, págs. 398

y 399.

[293] En los relatos sobre la conquista de Siberia se entrelazan de tal forma los hechos reales con la leyenda, que es casi imposible diferenciar unos de otra. La explicación que se da se basa en las narraciones de Karamzin, pero esta misma historia tiene algunas variaciones, como Solovyev señala (*op. cit.*, págs. 715-723). Ver también Tikhomirov, *op. cit.*, págs. 464-466. Karamzin, *op. cit.*, cols. 219-242.

[294] Karamzin, *op. cit.*, col. 235.

[295] T. S. Willan, *op. cit.*, pág. 120.

[296] *Ibíd.*

[297] *Ibíd.*, pág. 128; E. A. Bond (ed.) *Russia at the Close of the 16th.*

*Century* (Londres, Hakluyt Society, 1856), pág. 184.

[298] Al morir Iván, le sucedió su hijo Feodor; el otro hijo, Dmitri, fue trasladado a la pequeña ciudad de Uglich, junto al Volga, al norte de Moscú, en compañía de su madre. Se dice que Dmitri murió en el año 1591, y las discusiones respecto a su muerte iban a ser desastrosas tanto para Boris Godunov de una forma personal como para Rusia como nación, porque fueron la causa final que dio lugar al período de anarquía, que se conoce en la historia como «La época de las dificultades», y que finalizó en 1613 cuando se eligió a Mikhail, el primero de los Romanov, para ocupar el trono.

[299] El motivo del repentino deseo de Iván de procurarse una esposa inglesa no está claro. Quizá lo discutiría ya en 1568 con Jenkinson, pero no es probable. Quizá despertaron su interés por tener una mujer inglesa Robert Jacob, que era médico de Iván, de origen inglés, o Eliseus Bomelius, procedente de Westfalia, también médico y astrólogo, y que había llegado a Rusia después de pasar por Inglaterra. Sea cual sea el origen de su petición, está claro que Iván no pretendía la mano de Isabel, pero quería que su esposa fuera pariente de la reina. E. D. Morgan y C. H. Coote (eds.), *op. cit.*, pág. 257; Willan, *op. cit.*, pág. 161; E. A. Bond (ed.), *op. cit.*, págs. XLVII-XLVIII.

[\[300\]](#) N. Casimir, «Historical Notes Relating to Czar John the Terrible of Russia and Queen Elizabeth of England», en *The Reliquary*, vol. XVI, 1875-1876, pág. 13.

[\[301\]](#) *Ibíd.*, pág. II.

[\[302\]](#) *Ibíd.*, págs. 12-13.

[\[303\]](#) G. Tolstoy, *op. cit.*, pág. 205.

[\[304\]](#) N. Casimir, *op. cit.*, pág. 17.

[\[305\]](#) R. Hakluyt, *op. cit.*, II, pág. 262.

[\[306\]](#) Karamzin, libro III, vol. IX, col. 256.

[\[307\]](#) Solovyev, libro III, vol. VI, pág. 704.

[\[308\]](#) R. Hakluyt, *op. cit.* (Londres, 1809), págs. 525 y 526.

[\[309\]](#) Karamzin, *op. cit.*, col. 257.



[310] Ibíd.

[311] No está clara la naturaleza de la enfermedad de Iván. Sin embargo algunos médicos han aventurado la diagnosis de que era «sífilis cerebral difusa y sífilis de la válvula aórtica», lo que quizás explica la violenta irascibilidad de Iván y su inmoralidad. Esta diagnosis, sin embargo, no es muy valiosa debido a que está basada sobre las leyendas e historias más perjudiciales y falsas que han sido atribuidas a Iván; en el mejor de los casos no es más que una aventurada suposición y no merece ninguna clase de crédito. C. Mac-Laurin, *Mere Moríais* (Nueva York, 1925); W. W. Ireland, *The Blot upon the Brain* (Edimburgo, 1892).

[\[312\]](#) Durante el curso de unas renovaciones en la estructura de la catedral de San Miguel Arcángel, en el Kremlin, se abrieron las tumbas de Iván y de sus dos hijos, el heredero Iván y el zar Feodor. La prensa soviética ha dado alguna información respecto al contenido de estas tumbas. El sepulcro interior de la tumba de Iván confirma que murió el 18 de marzo, no el 19 como algunas veces se cita. Los restos estaban vestidos con ropas sencillas de monje y había sido afeitado y bendecido bajo el nombre de Iona bien mientras estaba muriendo o, lo que parece más probable, inmediatamente después de muerto. En su tumba se encontró una copa maravillosa de cristal veneciano que

contenía restos de schrism o unguento sacramental. M. N. Tikhomirov, «The last of the Kalita Dynasty», en *Izvestiya* (Moscú, 21 julio 1963).